

ERNESTO SEMÁN

BREVE HISTORIA DEL ANTIPOPULISMO

Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri





ERNESTO SEMÁN

BREVE HISTORIA DEL ANTIPOPULISMO

Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri



Índice

Ernesto Semán

BREVE HISTORIA DEL ANTIPOPULISMO

Los intentos por domesticar a la Argentina plebeya, de 1810 a Macri


XXI
siglo veintiuno
editores

Semán, Ernesto

Breve historia del antipopulismo/ Ernesto Semán.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Singular)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-801-083-0

1. Populismo. 2. Historia Política Argentina. 3. Personajes Históricos. I. Título.

CDD 320.56620982

<www.sigloxxieditores.com.ar>

Diseño de cubierta: Ana Zelada & Rompo

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina

Primera edición en formato digital: junio de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-083-0

Introducción

El pasado perpetuo

La Argentina fue sediciosa antes de ser la Argentina.

Desde el siglo XVI, el Tribunal de la Inquisición con sede en Lima estaba comprometido con la imposición de la fe católica en América. No solo se trataba de convertir indígenas en cristianos. Al presidente del Tribunal, Francisco Verdugo, le inquietaba la contaminación religiosa que la propia Europa traía al otro lado del Atlántico, penetrando sus bordes menos custodiados. Desde 1601, insistía con la necesidad de controlar a las flotas portuguesas que, con su influencia "judaizante", salían de Lisboa y llegaban a Buenos Aires tripuladas por flamencos, ya fuera judíos, protestantes o moros, ajenos al catolicismo, refugiados en la libertad religiosa de los Países Bajos.

Fingiendo que transportaban vino o sal, estos personajes traían en pipas "libros e imágenes que metían a escondidas en casa de algún vecino para extraerlas después y enviarlas tierra adentro", decía Verdugo. Desde España, la Inquisición confirmaba: "Aquí se ha entendido que a esos reinos y provincias pasan algunos herejes de diferentes naciones con ocasión de las entradas que en ellas hacen los holandeses y que andan libremente tratando y comunicando con todos y tal vez disputando de la religión". Llegaban al Río de la Plata para "introducir sus sectas y falsa doctrina entre la gente novelera, envuelta en infinidad de supersticiones". Para todo esto, Verdugo pedía y proponía eficaz remedio, ya fuera la creación de una sucursal del Tribunal en Tucumán o el refuerzo de soldados realistas en la zona del Río de la Plata. Los españoles esperaban que, así, la disposición nativa se doblegara bajo las dos posibilidades que ofrecía la Inquisición: la conversión o la pira, "conforme a derecho y severidad de los sagrados cánones […] antes que lleguen a ser mayores los inconvenientes".[1]

Desde bordes geográficos o sociales, el peligro de ideas que fomentaran la

sedición siguió acechando los equilibrios básicos del orden en los siglos siguientes. La obsesión de las autoridades y de las élites políticas o religiosas con ese peligro se acentuó cuando esta vaga zona del sur del continente dejó de ser la parte remota de un virreinato para transformarse en la capital de otro nuevo. Y se incrementó aún más cuando el mundo colonial colapsó y la propia idea de orden político se tradujo en instituciones, identidades y decisiones que conformarían la nueva nación. Algunas veces, como durante buena parte del siglo XIX, los cimientos de esa nación eran tan precarios que la amenaza al orden se constituyó en el orden mismo. La figura elegida por una parte importante de la élite heredera de la Revolución de Mayo para designar a esa realidad acechante fue la de "barbarie", una forma política premoderna en la que líderes despóticos –como Rosas– se apoyaban en intermediarios –como los caudillos– para explotar las emociones de masas iletradas –como los gauchos–. Otras veces, como alrededor de 1920, 1945 o 1970, las fuerzas oscuras que ponían en peligro la armonía de la nación parecieron salirse de cauce y romper los equilibrios internos en busca de una mayor participación de las masas en las decisiones políticas, en la expansión de derechos o en el reparto de la riqueza. La idea de la barbarie aparecía de nuevo en el lenguaje de quienes se sentían intimidados y prometían corregir estos desvíos. Pero en la advertencia fundante de la Argentina moderna –que la nación está amenazada por un mundo plebeyo espectral y que las élites tienen una forma de contener, suprimir o corregir esa amenaza– siempre hubo una apuesta a un futuro redentor.

Ese futuro redentor se hizo realidad en 2015, cuando Juntos por el Cambio se convirtió en la primera coalición en llegar al poder por la vía electoral sobre la base de una agenda ardientemente antipopulista. Mauricio Macri, el primer representante de las élites argentinas en ganar elecciones democráticas desde la década infame, gobernó cuatro años con una lealtad suicida al mandato de corregir el pecado original de la política de masas. La liberalización de las relaciones económicas y el control sobre la protesta social desterrarían los obstáculos que mediaban entre la Argentina y el progreso. Esos obstáculos, claro, eran fruto de la existencia del populismo. El colapso de aquellos cuatro años mostró que la realidad del progreso era más compleja o, en la mirada antipopulista, que aquel país plebeyo no era tan fácil de desterrar.

Durante el siglo XX, el antipopulismo ha sido la forma predilecta de imaginar esa amenaza que viene desde abajo y aquella promesa correctora que debería aplicarse desde arriba. En los últimos cien años y bajo diversas formas, la lucha contra la amenaza fantasmagórica del populismo anima las ilusiones de un

proyecto de nación victorioso. Aquel peligro populista es difuso y variado en el tiempo, una quimera más que un objeto, pero con una característica estable: el populismo se piensa casi siempre como una forma defectuosa de integración de las masas a la política moderna. Esta falla convierte al populismo no solo en un obstáculo sino en el obstáculo que se interpone entre la realidad de un país inconcluso y su ideal. La historia del antipopulismo es, entonces, la historia de los intentos por corregir esa imperfección.

¿Cuál es la receta para enmendarla? La respuesta varía. No hay un antipopulismo, hay antipopulismos. Frontales, conciliadores, defectuosos, aspiracionales, democráticos, violentos, violentísimos, efímeros. La respuesta mutó a lo largo de los años, sobre todo porque quienes veían un problema en la relación entre masas y política tenían solo ese punto en común. Conservadores buscando retornar a un pasado de gloria perdido, liberales persuadidos de la necesidad de avanzar a una economía moderna para el progreso del país, demócratas señalando el respeto a las instituciones democráticas como requisito para acuerdos sociales sustentables, socialistas y marxistas convencidos de que los trabajadores debían sostener su proyecto sin alianzas sociales que desvirtuaran sus intereses, nacionalistas afirmados sobre una unión indestructible entre Iglesia y nación; la lista parece inagotable porque la lista de preocupaciones es igualmente extensa.

La pregunta central de este ensayo es cómo, en el último medio siglo, una forma específica de antipopulismo, de carga liberal y conservadora, se impuso sobre las restantes. Hay ahí una historia corta y una historia larga. La historia larga es la forma en que las élites imaginaron el lugar de las masas en la política a lo largo de la historia nacional desde 1810. Supone tener en cuenta un rasgo fundamental de las élites argentinas: que raramente imaginaron una esfera política que excluyera a las masas. Esta voluntad de inclusión las obligó a recorrer caminos tortuosos para imaginar cómo se las incorporaba sin dañar el status quo que mantenía a esas mismas élites en la cúspide. Esta es una diferencia con, por ejemplo, las élites de los Estados Unidos, donde el lugar dominante que ocupó la esclavitud en la economía y en la unificación política de la nueva república forjó la convicción de que, bajo ciertos parámetros, las masas o parte de ellas podían ser efectivamente desterradas de la polis. En la Argentina, en cambio, el antipopulismo abrevó en (y deformó) una extensa tradición de diseñar formas políticas en las que gauchos, obreros o pobres tuvieran una inserción en el sistema, siempre que esa inserción no pusiera en riesgo el liderazgo de las élites. Ese equilibrio precario que debió reconstruirse periódicamente tuvo dos rupturas

en la historia moderna, que en su momento se percibieron como definitivas, como si toda la imaginería de las élites para hacer las cosas ordenadamente se hubiera desbordado para siempre: una en la segunda década del siglo XX con el triunfo del radicalismo, la otra en 1945 con el ascenso aún más disruptivo de Perón.

La historia corta es la que se cifra desde la crisis del modelo de crecimiento industrial, una crisis que empieza con el propio nacimiento del modelo, pero que se radicaliza desde el comienzo de la dictadura militar de 1976. Es durante este período en el que otras críticas valiosas al populismo –y al peronismo en particular– pierden protagonismo o relevancia en la discusión nacional, hasta que el antipopulismo se convierte casi en sinónimo de parte del liberalismo argentino.

Aquellos que nombran conquistan. “Populismo” no ha sido casi nunca una identidad adoptada por algún proyecto político, sino la combinación de una descripción, una categoría y una acusación contra formas específicas de imaginar la relación entre política y sociedad. En la actualidad es, sobre todo, un concepto usado como arma más que como categoría de análisis. A diferencia de la crítica a nociones como “democracia” o “socialismo”, no hay en ese uso una separación mínima entre el rechazo y el concepto. Con excepciones aisladas, entre las que destaca el trabajo de Ernesto Laclau, “populismo” significa sobre todo un problema por resolver.

Pero ¿existe la cosa por fuera de quien la nombra? Claro que sí. El populismo latinoamericano, como experiencia histórica, es la forma dominante de inclusión de las clases populares (obreros urbanos y campesinos) en la política de masas entre los años treinta y los sesenta del siglo XX. Sus ejemplos paradigmáticos son el peronismo de la Argentina, el varguismo en Brasil y el cardenismo en México. Con muchísimas diferencias, estos movimientos tuvieron algunos rasgos comunes, además de la fuerte representación personalista. Todos buscaron una mejor participación de los sectores más postergados en los frutos de la modernización industrial y comercial de la economía dentro de los límites del capitalismo de posguerra. Y todos hicieron esa búsqueda con instrumentos similares: fuerte intervención del Estado en la economía (algo que en muchos casos compartieron con sus enemigos liberales de los años treinta), nacionalizaciones, más y mejores regulaciones laborales, expansión de beneficios sociales y económicos, amplia presencia de los sindicatos y un férreo control del líder (o al menos un intento de parte de los líderes en cuestión) sobre

las organizaciones políticas y sindicales que lo apoyaron.

Como espacios políticos, se formaron alrededor de coaliciones pluriclasistas que combinaron pragmáticamente dosis de confrontación y negociación. En el centro ideológico del populismo latinoamericano está la noción de derechos sociales: la creencia de que ciertos grupos han sido sistemáticamente postergados de los réditos económicos de la nación, por lo que el gobierno debe proveer beneficios, garantías y derechos adicionales a esos grupos, más allá de los derechos y de las cualidades individuales de sus integrantes y del rendimiento económico de sus acciones. De ese modo, los miembros de estos grupos postergados podrían alcanzar de forma colectiva y por la acción política el mismo peso en la sociedad que otros tienen de forma individual y gracias a su poder económico. En el caso de los populismos latinoamericanos, estos derechos sociales fueron pensados como forma de recomponer el lugar de los trabajadores en la sociedad y el poder de su representación, los sindicatos, en la política.

Lo fascinante en verdad es comprobar que casi no hay trabajos sobre el antipopulismo. Está abordado en la buena historiografía sobre el antiperonismo (cuantitativamente menor que la que hay sobre el peronismo), sobre la derecha y sobre el neoliberalismo. Pero para un término que se convirtió en identidad aglutinante en las élites argentinas y masiva entre la población, el estudio del antipopulismo en sí está limitado a unos poquísimos trabajos de calidad.[2]

Argumento(s)

Si, por definición, el análisis social y político se concentra en aquello que percibe como problemático, la ciencia política, la sociología y la historia transformaron al antipopulismo en sinónimo de normalidad. Hay cinco ideas que recorren este ensayo para poner en cuestión esa normalidad. El argumento central es que la Argentina está fundada sobre la invención de un mundo plebeyo amenazante y la promesa de defendernos de esa amenaza. De ahí que el nombre mismo de "antipopulismo" sea engañoso. Insinúa una reacción, un rechazo a algo. Pero contra lo que su nombre sugiere, ese rechazo es más que nada el dispositivo interno de una visión política, una maquinita para producir una mirada orgánica, totalmente autónoma respecto de esa amenaza populista. Esto se ve más claramente cuando se coloca el antipopulismo en una cronología histórica más extensa. La emergencia del peronismo en 1945 desestabiliza un poco esta fórmula, en la medida en que esa amenaza plebeya deja de ser abstracta o parcial para convertirse en una forma duradera y resistente de poder político. El final del gobierno de derecha en 2019, a su vez, evidenció el agotamiento de esa promesa pacificadora y ofreció algunas claves sobre los legados del antipopulismo para el futuro.

En segundo lugar, la prehistoria del antipopulismo es tan importante como su propia historia. Al igual que otras formas de pensamiento atravesadas por versiones de la teoría de la modernización, el antipopulismo se concibe como la lucha contra la presencia espectral del pasado. Puede ser un fenómeno de las sociedades modernas, pero el antipopulismo está sostenido en un argumento profundamente cronológico, organizado alrededor de una idea de pasado que se niega a desaparecer y resurge obstinadamente en el presente, deformándolo. En esa mirada, el pasado se presenta de dos formas distintas y superpuestas. Una, propia de las miradas decadentistas que alimentan el antipopulismo, es como una época dorada perdida por la irrupción de las masas en algún momento de la historia. La otra, que convive con el decadentismo, es la que se sitúa en el presente para advertir los riesgos de un retorno al pasado, marcado por la política plebeya y las tres formas ominosas que se trasladan del campo a la ciudad: la violencia por encima del consenso, la centralidad de las emociones por encima

de la razón y la lealtad testaruda de las masas a los caudillos.

El tercer elemento es el carácter transnacional del antipopulismo como identidad política. La Argentina absorbió creativamente ideas del resto del mundo sobre las masas, sus prácticas políticas y el Estado. Desde Antonio Gramsci a Friedrich Von Hayek, y desde José Ortega y Gasset a Gustav Le Bon, políticos e intelectuales recurrieron a ideas de avanzada a la hora de elaborar sus propias concepciones sobre qué era el pueblo y qué lugar debía tener en la nación. Sarmiento, Ramos Mejía y José Luis Romero nutrieron su pensamiento sobre las masas con un intercambio intenso con el resto del mundo. Pero el transnacionalismo también funcionó en la otra dirección: el estudio del peronismo, y del populismo latinoamericano en general, alimentó la redefinición del liberalismo en los Estados Unidos y Europa. De lo que representaba Perón se extrajeron conclusiones sobre lo que no debía suceder allá, hasta convertir al peronismo en lo que un sociólogo norteamericano definió como “el caso poco conocido que, moldeado a los requerimientos de la teoría, imparte una sensación de universalidad” a preocupaciones fuertemente domésticas.[3]

El cuarto tema, la bisagra que une al populismo argentino con el mundo, es el concepto de transición, la idea de que en distintos momentos las masas necesitan alguna forma de guía para evolucionar de fuerzas sociales a sujetos políticos. En ese imaginario, el presente pierde textura, casi deja de existir más que como un momento de confusión de las masas, atrapadas entre algo que se perdió y algo que no llegan a aprehender. En la Argentina en particular, la interpretación de la adhesión de los obreros al peronismo en 1945 como producto de la inseguridad e inexperiencia de los trabajadores que recién llegaban a la ciudad dominó las ciencias sociales durante décadas y aún hoy es una forma de relatar la historia nacional. La transición de la esclavitud al trabajo libre, del campo a la ciudad, de la agricultura a la industria, de la industria a la era digital, de lo local a lo global; ya sea para entender el surgimiento del peronismo en la Argentina de los años cuarenta como el movimiento Brexit en el Reino Unido o el ascenso al poder de Donald Trump en los Estados Unidos, el presente para las masas existe solo como lugar de desorientación.

Finalmente, el antipopulismo ha sido sobre todo el intento de producir un ajuste cronológico de la Argentina y una adaptación de sus consensos fundamentales a los cambios ocurridos en el mundo desde la década del ochenta del siglo XX. Esta formulación presenta dos paradojas. Una es que el antipopulismo se hace más fuerte cuando el populismo, como experiencia histórica, ha desaparecido

junto con la sociedad industrial en la que germinó. La otra, en sentido contrario, es que desde los años ochenta en adelante se combinaron algunos legados del populismo de posguerra con aprendizajes de la década del setenta para producir el “complejo derechos humanos-derechos sociales” que se convirtió en el verdadero enemigo del antipopulismo. Este consenso, parecido al “momento constitucional” con el que Bruce Ackerman describe el New Deal en los Estados Unidos, se asienta en transformaciones lo suficientemente profundas, duraderas y extendidas como para dar forma y lenguaje a la sociedad. En la Argentina, este consenso se organizó alrededor de la idea de que la democracia solo podía validarse en la medida en que satisficiera una aspiración igualitaria de la sociedad. “Con la democracia se come, se cura y se educa” fue el lema de la campaña de Raúl Alfonsín de 1983, pero su sombra se extendió por cuatro décadas. En ese sentido, el legado populista fue tanto o más poderoso que la experiencia populista en la que se inspiró. Pero lo interesante es que esa visión se hizo más fuerte cuando los instrumentos para realizarla estaban desapareciendo, y cuando la revolución conservadora en los Estados Unidos e Inglaterra reforzaba, justamente, una separación tajante entre derechos humanos y sociales. Desde 1983, el antipopulismo señaló que la Argentina estaba a contramano del tiempo y del mundo y que el triunfo de un consenso profundamente liberal era la única actualización posible. Ese día llegó en 2015.

Antipopulismo, el corazón de la patria

La cronología de esta historia acompaña los cambios en los temas de la conversación nacional. La primera parte, “Prehistoria”, empieza con la Revolución de Mayo en 1810 y termina con la sanción de la Ley Sáenz Peña en 1912. Es un siglo que precede al surgimiento de los movimientos populistas latinoamericanos, en el que toman forma las primeras definiciones de “pueblo”. Pero también es el siglo en el que se construye el Estado nación del que ese pueblo va a ser fuente de legitimidad y de peligro. La segunda parte, “Historia”, comienza en 1912, sigue con la extraordinaria llegada al poder de la Unión Cívica Radical en 1916 de la mano de Hipólito Yrigoyen y termina con el final de la dictadura militar en 1983. Lo que ocurre en este período es el crecimiento, apogeo y caída del populismo, con el surgimiento del peronismo en el centro. El último período, “Poshistoria”, comienza con la restauración democrática en 1983 y finaliza en 2019. Es el período en el que el antipopulismo adquiere sus perfiles más definidos.

Para una historia del antipopulismo, el interés de esta cronología está dada por la percepción del mundo popular como una zona extraviada del paisaje social argentino, incapaz de (o desganada para) adaptarse al mundo moderno. La indisposición de ese mundo para sumarse a la economía de mercado y a una cultura política de avanzada es el principal obstáculo para la modernización del país. En muchos casos, este fue el fundamento para opciones políticas autoritarias que encauzarían a esas masas, reemplazando líderes demagogos por regímenes dictatoriales bajo la idea de que las masas, en el desamparo de la sociedad moderna, no estaban preparadas para lidiar con la democracia por sí solas. La democracia siempre llegaría cuando se produjera ese ajuste. El problema populista no era el líder ni su agenda, como se declamaba, sino sus seguidores. La secuencia:

gaucho-compadrito-cabecita negra-choriplanero

recorre esos doscientos años de representaciones de los sectores populares en el punto justo de encuentro entre la sociedad y la política. Y es, por eso, el verdadero arco narrativo de esta historia. La preocupación por el populismo ocupa la segunda parte de ese arco. Son descripciones distintas, con énfasis diferentes, médula de un país que no para de cambiar, pero con una preocupación más o menos permanente por las formas en las que las pasiones o los intereses o la educación o la geografía o la soledad extrema o la compañía excesiva pueden llevar a estos personajes a ser parte de opciones políticas opresivas y autoritarias, pero por sobre todas las cosas, como aquellos indígenas de 1601 susceptibles a la influencia extranjera, incontrolables.

En las últimas décadas de esta larga historia, la ambición de un país liberado de los sacudones de la acción colectiva y de las demandas y los modos plebeyos se hizo más transparente. La reivindicación del individuo como el sujeto político por excelencia y como agente económico racional capaz de progresar mediante el mérito y la razón dejaron de ser una alquimia para convertirse en una agenda precisa con medidas concretas para abrir los cerrojos que mantenían encerrada a la Argentina. Consecuentemente, la retórica sobre el populismo como el obstáculo ingobernable, que desde 2015 ofrecía el camino de la sanación mediante la superación personal y el esfuerzo individual, se tornó violenta y tóxica contra quienes no lograban reconvertirse. En esa combinación se cifró el ascenso y caída del primer experimento antipopulista en democracia entre 2015 y 2019.

Pero la frustración ante la terca presión por mejores niveles de vida y menor desigualdad social que condicionó el accionar del gobierno en esos años, lejos de obligar a una reflexión sobre los límites del liberalismo, reforzó en este un rechazo a la acción colectiva y a sus formas políticas que se acercó bastante a la violencia y la insensibilidad. Así llegó Macri al final de 2019, derrotado por el peronismo, removido del poder antes de lo que nadie en su lugar hubiera previsto. En marzo de 2020, al comienzo de una epidemia que expuso en el mundo los fracasos de las salidas individuales y de las soluciones monetizadas, Macri subió a un escenario en Guatemala para decir que “este fenómeno que estamos viviendo, que recién comienza, nos lleva al desafío de evitar algo que es mucho más peligroso que el coronavirus, que es el populismo”.

El escenario era el de la Fundación Libertad, una distinta y homónima a la que

presidía Macri en la Argentina, fundada y financiada por el millonario guatemalteco Dionisio Gutiérrez. Hay paralelismos obvios entre Macri y Gutiérrez, descendientes de familias acaudaladas, figuras del futuro generacionalmente distanciadas del autoritarismo de derecha que caracterizó a la región. La violencia retórica de la comparación retomaba la impugnación totalitaria clásica en la que el adversario era el contaminante externo de un cuerpo social sano. “Realmente, el populismo lleva a hipotecar el futuro”, comentaba Macri en el tono de un simple fluir de su conciencia. “No cree en el equilibrio macroeconómico y realmente compromete no solo al desarrollo de sus comunidades”.

Macri retomaba los argumentos decadentistas, preguntándose si “creemos que las sociedades progresan cuando son meritocráticas o queremos caer en el relativismo moral”. Era un razonamiento recurrente en América Latina. Pero el antipopulismo le servía a Macri como puente para conectarse con sectores más amplios de la derecha y el liberalismo para quienes la violencia política y material son parte de un plano continuo. Pasados los primeros espasmos y malpasos, Macri y Cambiemos ya habían encontrado un universo de empatías con Donald Trump en los Estados Unidos y Jair Bolsonaro en Brasil. Y al fin y al cabo, el foro de la Fundación Libertad en el que estaba participando se proponía explícitamente poner en contacto “personalidades del mundo económico, político y social” de América Latina con “agencias de seguridad de Estados Unidos”. Una convocatoria con resonancias inequívocas: Guatemala es el país que en 1954 sufrió el primer plan de desestabilización de América Latina organizado por la CIA contra el gobierno reformista de Jacobo Árbenz. Varios golpes de Estado y unos trescientos mil muertos más tarde, el país había retomado la senda de una democracia diezmada por el terror y la desigualdad.

En las semanas siguientes a aquella conferencia, los muertos y arruinados del covid-19 comenzaban a multiplicarse por millones en todo el mundo. Por primera vez en el siglo, la humanidad se hundía en una forma global del desamparo, mal equipada por Estados desmantelados y el ideal de los refugios de millonarios exóticos en islas remotas como única y perversa fantasía irrealizable. En la Argentina y el resto del mundo, la crisis consecuente bien podía funcionar como un amplificador para las palabras de Macri aquella noche guatemalteca en la que los fantasmas de 1954 bailaban en las sombras de un abandono global que recién estaba llegando.

El antipopulismo seguía hablando en nombre del futuro. Pero ese futuro ya había

llegado y en la vida de millones no tenía el candor de un sueño, sino las marcas de una pesadilla.

[1] José Toribio Medina, Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima, t. I: 1569-1820, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1887, pp. 304-305.

[2] Entre otros, Jorge A. Nállim, Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2014; Marcela García Sebastiani, Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951, Buenos Aires, Prometeo, 2005; María Estela Spinelli, Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”, Buenos Aires, Biblos, 2005; Andrés Bisso, El antifascismo argentino, Buenos Aires, CeDinCi y Buenos Libros, 2007; Cristian Buchrucker, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Mariano Plotkin, “The Changing Perceptions of Peronism. A Review Essay”, en James Brennan (ed.), Peronism and Argentina, Wilmington, Scholarly Resources, 1993, pp. 29-54; Pierre Ostiguy, “The High-Low Political Divide. Rethinking Populism and Anti-Populism”, Political Concepts. Committee on Concepts and Methods, Working Paper, nº 35, noviembre de 2009; Antonis Galanopoulos, “Anti-Populism and ‘Normality’ from Greece to Chile”, OpenDemocracy, 10 de febrero de 2020.

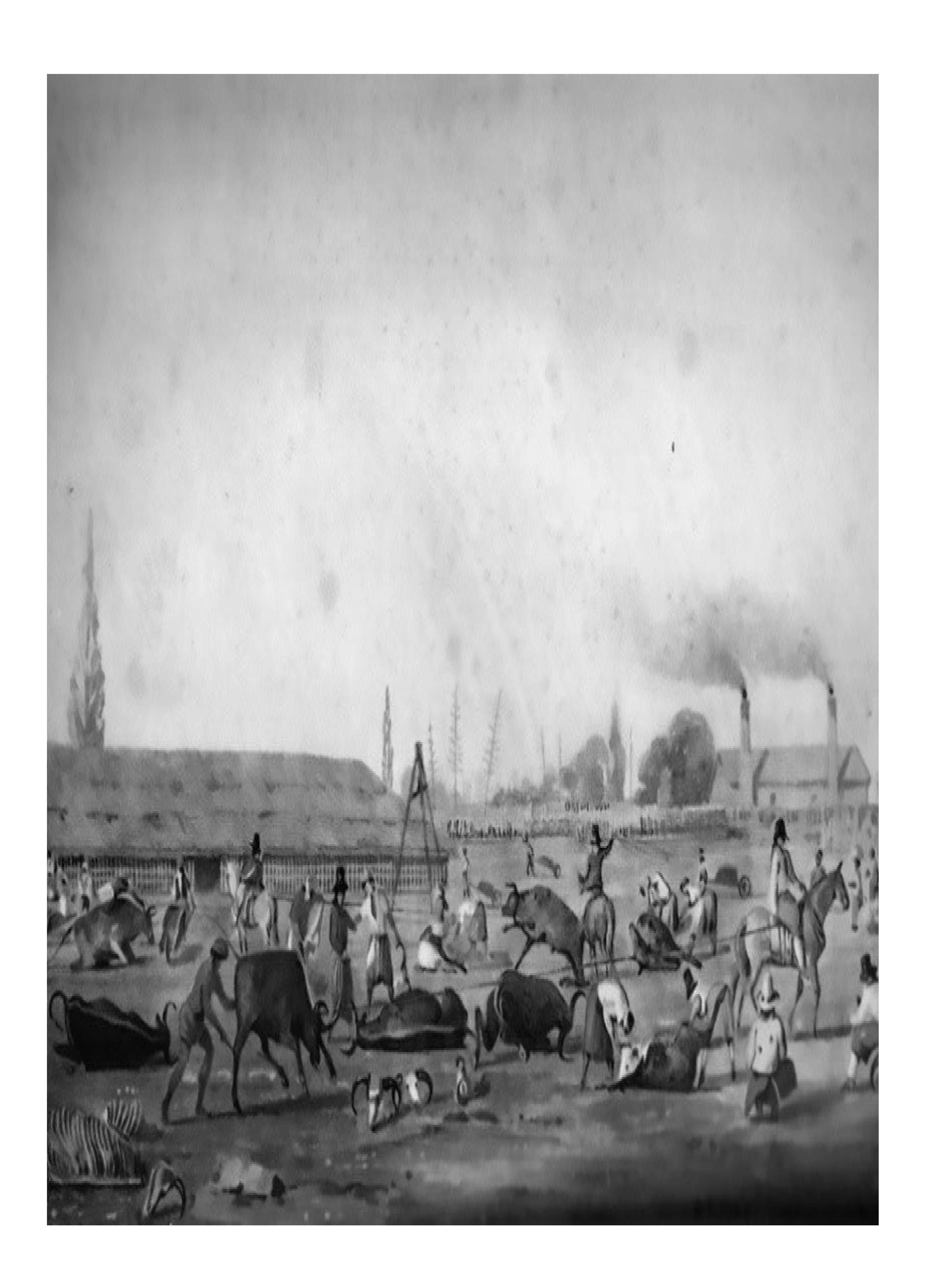
[3] Eldon Kenworthy, America/Américas. Myth in the Making of U.S. Policy Towards Latin America, University Park, Pennsylvania State University Press, 1995.

Parte I

Prehistoria

1. “El pueblo compite en excederse”

Mayo



Animales y muerte, instinto, sangre y descontrol. Luego de 1810, los mataderos despertaron entre jóvenes intelectuales fantasías sobre las masas y sus comportamientos.

Carlos Pellegrini, Impresiones de un matadero en Buenos Aires (1829), Museo Nacional de Bellas Artes.

Los primeros festejos por la creación de la patria tomaron la forma de una expresión popular que debía ser al mismo tiempo promovida y contenida aún antes de que la misma idea de “patria” tuviera algún sentido real. La Revolución del 25 de Mayo de 1810 fue uno de esos eventos cuya magnitud se hace inmediatamente evidente para sus contemporáneos. Las celebraciones comenzaron apenas un año más tarde, en 1811, cuando la Junta Grande, el primer gobierno más o menos funcional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, decidió que la parte de la plaza central frente al fuerte, del otro lado de la Recova, se llamara Plaza 25 de Mayo, y resolvió erigir en el medio un obelisco en homenaje a lo que varios miembros de la misma junta habían hecho el año anterior.

¿Cómo se acuña una identidad, cómo se imagina un destino común, un interés? Así: desde la pirámide salía una comparsa. La comparsa recorría las calles adyacentes a la plaza y declamaba para los vecinos una crónica teatralizada de los sucesos de mayo del año anterior. Actores, cantantes, poetas personificaban algo que ni siquiera era pasado pero que ya debía convertirse en mito mediante recitados y proclamas. En la revolución del año anterior, grupos patricios habían escenificado una diferenciación con la península, ya fuera para dramatizar un perjuicio comercial, ya fuera para reafirmar la adhesión a un rey perseguido. Un año después, actores laboriosos declamaban la historia de una burocracia y un grupo de patricios que habían hecho de esos sentimientos el comienzo de un espacio común, de una forma de organización de la cosa pública que llevaría después a la creación de la Argentina.

Antes de Rosas y sus masas ensangrentadas, antes de El matadero, del Facundo, antes de la desazón, antes de aplaudir a falsos ídolos, demagogos y eruditos, antes de Milagro Sala y los hurtos de la Puna, antes de la frontera, antes del horror. Antes que la nación misma, inscripta en la geografía nacional, aparecía la idea de un pueblo. Esa idea se inscribía sobre todo en la palabra “plebe” (las referencias a un “pueblo”, en cambio, sugerían el conjunto de la población). La plebe no era una imposición obligada desde abajo, una presencia irremediable ante la cual las élites no podían cerrar los ojos. Era más bien el corolario de la comprensión por parte de los grupos ilustrados de la dimensión de aquello que habían puesto en marcha. Muestra de esa magnitud era la certeza entre ellos, los revolucionarios, de que la alegría por esa hazaña de 1810 debía ser compartida y celebrada por sectores más amplios que ellos mismos.

En esa escena temprana de la nación, en la forma teatralizada de los festejos, el pueblo irrumpía en el comienzo de la historia nacional menos como un hecho inevitable, y más como creación de esos dirigentes patricios de un sujeto con sensibilidades específicas, más pasionales que racionales, necesitado de expresarse. Lo cual no significa que la plebe no existiera en sí misma y más allá de las interpretaciones de la élite. Al contrario, esa multitud de grupos más o menos informe fue una protagonista clave desde antes de la independencia y, sobre todo, del proceso de organización política de las décadas siguientes. Esclavos, libertos, mestizos, artesanos, labradores y otras denominaciones difícilmente se identificaran a sí mismos como parte de un colectivo con intereses comunes, pero sí eran vistos desde afuera y desde arriba como elementos distintos de una misma cosa: la plebe. Es esa foto, externa y jerárquica, el embrión de una mirada del pueblo como amenaza y posibilidad que nutrirá más tarde al antipopulismo moderno.

El lugar de esa plebe podía ser una invención, la comparsa proyectaba el imaginario de lo que debía ser. Lo que no era una invención era que esos sectores habían tenido su lugar en ese otoño porteño de 1810, momento seminal de la nación poblado de paraguas, signo de distinción y bonanza. Hay varias razones por las que la historia puso en duda ese lugar de la plebe en toda América Latina, sobre todo en el siglo XX: liberales que destacaban el carácter rector de las élites en un proyecto republicano inspirado en la filosofía política europea, nacionalistas que condenaban… precisamente eso, marxistas que vislumbraron en el Estado nación la expresión de los intereses de una incipiente burguesía local frente a un protoproletariado. Esas posiciones nunca resistieron la evidencia histórica diversa que mostraba, de distintas maneras a lo largo del continente, que esclavos, negros libres, pequeños propietarios, artesanos e indígenas, tuvieron un lugar clave en un paisaje marcado menos por las reuniones de patricios en cuartos cerrados y más por la política en las calles, pueblos armados, sublevaciones desde abajo contra autoridades coloniales y no coloniales, demandas por mejores condiciones económicas o mayor participación política. En la Argentina, desde Mariano Moreno en el lugar de los hechos hasta Bartolomé Mitre en su rol de historiador fundacional, y desde Halperin Donghi hasta Gabriel Di Meglio en la actualidad, si algo dejan en claro es que esos conjuntos dispersos participaron con entusiasmo de la política de esas décadas. Domesticar y reimaginar la narrativa de esa intervención popular ha sido una clave en la construcción de una identidad antipopulista moderna.

Con o sin plebe, la Revolución de Mayo es, además, casi un acto municipal,

circunscripto. Y también por eso más tangible que la independencia de 1816, cuya ambición –nacional y sudamericana– implicaba niveles de abstracción que identificaban a regiones, economías, idiomas y poblaciones desconocidas para muchos como parte de una gesta común. Pero en los límites del tramado urbano porteño, tan expandido era el entusiasmo con la Revolución de Mayo, que en 1813 la Asamblea del Año XIII oficializó la conmemoración bajo el título de "Fiestas Mayas", con tres días de festejos en la ciudad. El conocido relato de un observador norteamericano revela en 1818 las ambivalencias de los festejos respecto de qué es un pueblo, cómo debe expresarse. En vez de fiestas cívicas, comenta, "en que el pueblo compite en excederse en comer y beber, acá se inventan una variedad de exhibiciones públicas mucho más conformes a la razón y el buen gusto". Las Fiestas Mayas son populares pero educadas, desbordadas y contenidas al mismo tiempo. Allí, "cierto número de los esclavos más meritorios son comprados y libertados; se apartan sumas y se tiran a la suerte para ayudar a los artesanos que están ansiosos de poner tienda".

Las Fiestas Mayas son el carnaval sin carnaval.

Las reglas se levantan momentáneamente, reafirmando que su vulneración es solo tolerada en ese espacio controlado. El resto del año, las reglas son las reglas. Y sobre esas reglas se instaura el orden en el que esa pequeña multitud tiene que acomodarse.

¿Qué es ese pueblo en gestación? ¿De qué hablan en esa época cuando evocan a la plebe? El observador norteamericano no tiene una demografía social de la ciudad que describe, pero en su comentario habla, justamente, de la fuente de conflicto inaugural de la plebe nacional: esclavos y artesanos. Porque la ayuda que necesitan esos artesanos, creadores de oficios varios, pequeños productores, holograma precámbrico de la clase media, se debe a su pobreza extrema y a la enorme dificultad que tienen para encontrar un mercado para el fruto de su trabajo. Buenos Aires es una metrópolis pequeña y pujante, que sin embargo no logra contener con un mínimo de bienestar a sus cincuenta mil habitantes. Claro que el paisaje porteño no es el de los leprosarios ni el de las aglomeraciones infrahumanas de otras ciudades del continente, pero los artesanos son la imagen misma de la desolación.[4] El cliché de la leyenda negra del imperio español atribuye la chatura económica de esos grupos al carácter ocioso de la colonia, acostumbrada a las certezas de una sociedad jerárquica en la que nadie sale de la casta a la que pertenece y, por tanto, tampoco se esfuerza por prosperar.

Pero desconfiemos siempre de los argumentos que hablan de una cultura nacional emancipada de sus formas materiales, en la historia y en el presente. Las materialidades de ese pueblo en gestación son mucho menos esotéricas, y la principal razón por la que artesanos y productores están en la pobreza no es la vagancia ni el legado peninsular, sino la competencia de la producción esclava de Buenos Aires y las otras provincias, que pulveriza cualquier emprendimiento de trabajo libre.

Y la competencia esclava es brava porque es mucha. ¿Cuántos esclavos hay en ese momento en las Provincias Unidas del Río de la Plata? Un montón. Luego de un período temprano en el que la mayoría de los cargamentos siguen viaje a Potosí o Chile, los esclavos pasan a extender la población de Buenos Aires y las provincias del virreinato. Entre 1740 y 1810 entran unos cuarenta y cinco mil por el puerto de Buenos Aires y hacia fines del siglo XVIII son mayoría en Catamarca, Santiago del Estero y Tucumán, además de ser el 25% de la población bonaerense.[5]

Son las manos. En la economía del siglo XVII y XVIII los esclavos se cuentan como manos. El hacendado cordobés compra catorce manos. Se necesitan treinta manos para levantar la caña en una propiedad de Tucumán, seis para servir la casa relativamente modesta del comerciante bonaerense. Llegan en barco, en posición horizontal o fetal, son lotes. Y los que sobreviven el rigor y la tortura del viaje, regulan a la baja el precio de la fuerza de trabajo que se expande mísera pero libre en el continente. Un siglo después, el paso de "manos" a "cabezas" es probablemente una de las transformaciones más significativas en el discurso de los grupos dirigentes sobre sus dirigidos. No porque "cabecita negra" sea mejor o peor que "manos", sino porque en esas figuras metafóricas se condensan también formas de entender la politización de los sectores que se conciben como subordinados, y la forma en la que estos actúan en la vida pública. En la Argentina, la convivencia de la razón y los sentidos, la pasión y la inteligencia, es un engranaje fundacional de nuestro sistema republicano que se perpetúa hasta el siglo XXI. La separación entre élites racionales y masas pasionales va a ser siempre una fractura disputada e inestable organizada alrededor de cómo sentimos y de qué importancia tiene esto en la conformación de un orden político.

Esa masa de esclavos y artesanos es la que se suma a los vecinos para celebrar las Fiestas Mayas y pasearse por las partes de la ciudad que permanecen vedadas para ellos el resto del año. Son los que expresan su mirada del mundo en formas

que no van a ser juzgadas como políticas, pero que no podrían ser más políticas. No tiene sentido dilucidar si en la esclavitud porteña predomina un racismo puro y duro o una versión destilada, un “lenguaje” que habla de algo más, como si la raza en cualquiera de sus formas pudiera ser más que un lenguaje que hablara siempre de eso y de algo más. Como con los gauchos y las versiones modernas del mundo plebeyo, el racismo es también un espacio ambiguo donde el impulso por la aniquilación convive con la esperanza sanadora. El ritual de la compra y liberación de esclavos durante las Fiestas Mayas es un escalón en ese proyecto perpetuamente inacabado.

Ese pueblo hace el ingreso a la narrativa patriótica con la patria misma, esas “clases medianas, los más pobres de la sociedad” que “son los primeros que se apresuran a porfía a consagrar a la Patria una parte de su escasa fortuna”, como los describe Mariano Moreno en 1810 en las páginas de La Gaceta. Y aunque el monto aportado por los ricos para la causa de Mayo sea más elevado, este “no podrá disputar ya al pobre el mérito recomendable de la prontitud en sus ofertas”.

En la valoración de Moreno ingresa la necesidad de una élite capaz de transformar esa voluntad de cambio imprecisa en un proyecto republicano un poco más claro. Para el historiador Oscar Terán, más de ciento cincuenta años después, se trata de la “valoración del mundo de los simples, de matriz cristiano-populista”.[6] Que Terán lleve de paseo el término “populista” desde la Argentina moderna hasta 1810 no es un error. Tiene que ver menos con 1810 y más con 1980, pero eso es algo a lo que no llegamos aún. Terán “confunde” en el sentido literal del término; funde en un solo concepto deliberadamente anacrónico la acción populista que caracteriza a las masas obreras de posguerra con el uso jacobino que hace Moreno del apoyo popular para radicalizar el deseo de productores y propietarios de abrir el comercio y transformarlo en un proyecto político republicano. En esa confusión deliberada está la gestación del engendro populista.

Como invención, esa comparsa que en 1811 arranca de la Plaza de la Victoria –el lado este y contiguo a la Plaza 25 de Mayo, dos secciones que recién hacia final de siglo se conocerán juntas como Plaza de Mayo– va a seguir dando vueltas por la Argentina, caravana serpenteante que avanza levantando esperanzas. Siguen vivas en 1813 con sus Fiestas Mayas institucionalizadas, y más vivas aún en esas masas hipersexualizadas bajo la exuberancia totalitaria del rosismo que describe José Mármol en Amalia. En los festejos de mayo de 1838, los afroporteños y sus

bombos ocupan un lugar central ante Rosas y su hija. Excepción carnavalesca donde “negras y mulatas… juraban por el héroe con el orgullo de la barbarie armada”, como recordó Vicente F. López, quien los oía “como un rumor siniestro y ominoso desde las calles del centro, semejante al de una amenazante invasión de tribus africanas, negras y desnudas”, anticipando en su prosa un componente central del dispositivo antipopulista del siglo siguiente: el de las apariciones espectrales, indefinidas y hasta cierto punto ininteligibles.[7]

La excepción carnavalesca finalmente es carnaval, concesión a esa cultura híbrida que excede a esclavos y descendientes, morena y miserable, autorizada y celebrada desde el Estado. No por Rosas ni por Facundo, sino por el mismísimo Sarmiento, que como presidente en 1869 no solo restablece los festejos oficiales del carnaval de la época rosista –más allá de que en las calles el carnaval se celebrara desde los tiempos de la colonia–, sino que organiza el primer corso oficial de la Argentina, porque “el pueblo se muestra tal cual es en estos días de desorden autorizado”.[8] Claro está, “desorden autorizado” es el núcleo dinámico de la relación entre grupos dirigentes y pueblo. Bajo Rosas, esa sensualidad ominosa escenifica la supresión del disenso público. Con Sarmiento, lo torna viable y contenido.

Ahí se hace obvio lo que pocos dicen, y es que, mil años más tarde, por los capilares del espíritu desafiante del peronismo circula sangre sarmientina. En la prosa del hombre más bastardo de nuestra élite dirigente está también la convicción de que orden y revuelta son polos destinados a convivir dentro de la república. Que la nación solo será posible si hay lugar para desafiarla, pero que solo se puede desafiarla si hay luego un espacio para suturar lo que se ha abierto. Semillas de esa ambivalencia aparecerán en la perpetua esperanza peronista: carnavalesca, potente y frágil al mismo tiempo, breve muchísimas veces. Sarmiento se deleita con ellas:

“¡Hagan bulla, canten, salten, rían a más no poder”, dice el Emperador de las máscaras, como lo llamaban a Sarmiento después de haber reestablecido el carnaval. Pero no jodan.

Hay bombos y gritos, hay canciones y versos. De negros y mulatos, gauchos, indios, mestizos, blancos, un estruendo informe. Solo desde la vereda de enfrente esa explosión imperfecta se escucha como un bloque de ruidos amenazantes. Los cánticos y la inventiva plebeya tientan hasta a los más enaltecidos. Como “Los habitantes de la luna”, la murga que imita a Sarmiento y que en 1873 monta un espectáculo en su honor.

Pero he ahí el desafío. Los grupos dirigentes del siglo XIX tienen ideas claras sobre cómo quieren que sea el país y cómo debe comportarse el resto debajo de ellos, aun si no cuenta con los recursos políticos necesarios para transformar esas ideas en el interés general. En muchos casos se trata de ideas de avanzada, incluso en formatos inclusivos, como el republicanismo que desde Rivadavia en adelante fluye entre los patriotas de la década siguiente. Pero siempre son opciones estéticamente predeterminadas. La explosión populista del siglo siguiente fue menos una respuesta al carácter retrógrado de los programas de los grupos dominantes, como Perón sabiamente nos hizo creer, y más una superación de la obtusa necedad con la que esos mismos grupos despreciaron otras voces.

El problema con esos grupos es entonces la forma en la que sus capacidades sensoriales los disponen para entender el poder. Llegan para imponer un orden, aun en sus versiones más lúcidas, como si el mismo acto de incorporar a nuevos sectores no empezara por tratar de entender qué significa “incorporar” para esos recién llegados. Las élites argentinas difícilmente pensaron su lugar en el mundo sin alguna forma de integración de los otros a su proyecto de país. Pero la forma de ese país no siempre estuvo abierta a debate, porque en la Argentina las élites no vienen a escuchar, sino a hablar.

Siguiendo desde el aire a esa comparsa en su paso por el siglo XIX, observando las pasiones y miedos que genera, emerge una panorámica de las cuestiones que van a dar forma a las preguntas del siglo siguiente. Esas interrogaciones fundamentales se organizan a partir de dos sistemas de problemas y soluciones, que se persiguen unos a otros construyendo la historia argentina. Una de esas secuencias es la que se pregunta dónde radica la riqueza y el poder económico de la república. Así, el orden colonial en su fase terminal está marcado por el predominio de los comerciantes, sobre todo de Buenos Aires, que se benefician

de los derechos de intercambio comercial con la península y el tráfico ilegal con el imperio británico, a expensas de los productores del campo. La Revolución de Mayo reacomoda esas inequidades y las décadas que siguen marcan el traslado del poder político de la ciudad al campo, a los grandes hacendados y dueños de la tierra y de la vida en el interior del país. Es el período político dominado por la experiencia caudillista del rosismo, a la que Sarmiento le opone el ideal de la ciudad, un sueño en el que la riqueza del agro alimenta una cultura urbana atada al comercio, la industria, el gobierno y el conocimiento.

La otra secuencia de problemas y soluciones es la de la genética social y política de los habitantes de estas nuevas geografías. Ahí, el dispositivo de regeneración del sujeto de masas se transforma en una máquina que produce sus propios problemas para poder generar nuevas soluciones, avanzando moeabiamente siempre sobre el mismo lugar. En el comienzo del siglo XIX, son los desamparados que rodean y habitan las ciudades de la colonia los que en Buenos Aires sirven de apoyo para jacobinizar la Revolución de Mayo. Las élites patricias se relacionan con esto de forma paradojal. Conciben que la transformación del fin del status colonial en revolución necesariamente incluye a las masas. Pero al mismo tiempo han visto los estragos y desbordes de la Revolución Francesa, y más cerca de casa, la violencia extrema de la rebelión de Tupac Katari que había sitiado por seis meses a La Paz, y la revolución haitiana que había puesto fin a la esclavitud y en defensa de esa libertad amenazada había aniquilado a buena parte de la población blanca. Para los que imaginan un futuro desde Buenos Aires, las masas son parte de la revolución, pero también un problema para esta.

Mala y deforme, la escena escolar de la Primera Junta y el negrito vendedor de velas unidos el 25 de Mayo reúne de todos modos el conjunto complejo de una sociedad heterogénea. La solución al problema colonial viene de la mano del traspaso del poder de la ciudad al campo y con esto el cambio en el imaginario sobre lo que hay más allá del despacho oficial y la propiedad. Y en el encuentro con ese mundo que hay puertas afuera aparece el relato letrado de la Argentina sobre un conjunto heterogéneo: el de los seguidores. Son los que se disputan los restos de las vacas en los alrededores del matadero, los que festejan el carnaval junto a Rosas o bajo Rosas, los que viven en el campo y los que pelean a ambos lados de la frontera, los que protagonizan la militarización de la vida rural. Pordioseros, negros, gauchos, incluso indios. Son los que van a excitar cuarenta años de imaginación política, desde la generación del 37 a la del 80. De esa borrachera analítica y política sale, ni más ni menos, el Estado nación de la

Argentina moderna.

▪

[4] Tulio Halperin Donghi, Historia de América Latina, Buenos Aires, Alianza, 1992, p. 47.

[5] Marta B. Goldberg, “La población ‘negra’, desde la esclavitud hasta los afrodescendientes actuales”, en Hernán Otero (dir.), Historia de la provincia de Buenos Aires, t. I, La Plata, Unipe, 2012, p. 279.

[6] Oscar Terán, Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 55.

[7] Vicente F. López, Historia de la República Argentina, Buenos Aires, Sopena, 1949, p. 365.

[8] Domingo Faustino Sarmiento, 1857, en Pedro Luis Barcia, Ideario de Sarmiento, t. I, Buenos Aires, Peterson, p. 190.

2. ¡Cerquen!

Sarmiento, barbarie y propiedad



En la mirada de Sarmiento, racionalizar las relaciones económicas era una herramienta prioritaria para la creación de ciudadanos modernos. Medir y delimitar los terrenos era también una forma de civilizar al campo, de transformar aquel paisaje rural que había despreciado en un bien con valor de cambio.

Sarmiento en la estancia de Emilio y José M. Muñiz, Mar Chiquita, 1884 (tras su visita se llamaría oficialmente "Mar Sarmiento").

Volvemos a Él forzados por el modo en que otros se han puesto bajo su sombra. El hecho de la nación moderna y próspera tomó forma alrededor de lo que Sarmiento escribió y produjo políticamente junto con el resto de su generación, pero de entre todo eso hay tres partículas de proyecto nacional que viajaron por décadas y se mantuvieron relativamente estables en el tiempo para seguir siendo el nudo de la narración antipopulista del siglo XXI: los caudillos, los seguidores y la lealtad. Sin esos tres elementos en crisis permanente, corriendo a la historia desde atrás y siempre a punto de alcanzarla, no hay narración antipopulista moderna.

Caudillos

De forma cabal, parecería que no hay una traducción al inglés de la palabra "caudillo". No existe. Nada. En apariencia, no hay una sola palabra en todo el idioma que pueda expresar la imagen de un líder fuerte y de las masas enardecidas que lo siguen. El inglés y los siglos de vocabulario acumulado se hacen a un lado para que entre "caudillo". Se lo necesita así como es, castellano, latinoamericano, no-inglés. Se lo necesita extranjero y amenazante para ocupar un lugar en el horizonte. Es una ironía de la poética del imaginario político norteamericano que solo preservando la esencia hispana del concepto "caudillo" se pueda evocar su sentido anglosajón más profundo: el del pavor perenne a las masas, a su amenaza irreductible.

Obviamente, esto no es así. No es verdad que no haya una palabra que exprese sentidos similares a "caudillo" en inglés y en otros idiomas. Cuando Mary Mann tradujo Facundo en parte para promover la figura de su amigo Sarmiento en los Estados Unidos, optó por usar el término chieftain. Otros habían usado la misma palabra para hablar antes del conquistador Hernán Cortés. Los islandeses discuten el rol de los stórgoðar, líderes a mitad de camino entre punteros y caudillos que organizaron poblaciones y distribuyeron recursos en la isla a mediados del siglo XIII.

Su imposibilidad sajona moderna, su intraducibilidad, es externa e impuesta sobre la palabra. Como creador de sentido, el término "caudillo" se convierte en un valor de cambio global, un vehículo que asegura la libre circulación de sentidos a través de fronteras e idiomas, pero preservando siempre el sello de origen inconfundible de la herencia hispánica en Europa y América.

El murmullo sobre caudillos y caudillismos existe en todo el mundo desde muchísimo antes de que Sarmiento le diera contornos contundentes y configurara el imaginario político antipopulista del continente como para que, siglos después, alguien como Alfonso Prat-Gay pudiera enunciar el término sin tener que dar explicaciones para invocar la sensación de pavor que buscaba en su audiencia al advertir que "cada diez años nos dejamos cooptar por un caudillo

que viene del norte”. De hecho, “caudillo” precede incluso esfuerzos por sistematizar el idioma, y aparece en el Tesoro de la lengua castellana de Sebastián de Covarrubias de 1611, el primer diccionario español. Allí es “el guiador de las huestes […] de donde también viene ‘capitán’, que significa lo mismo que el caudillo […] porque ha de cuidar de toda su gente”. Pero más interesante aún es la aparición en la definición del término “xeque”, la forma antigua de la escritura de “jeque”. Covarrubias explica que, “en árabe”, jeque puede ser entendida como “anciano, Alcalde, señor de vasallos”, que “vale tanto como el que es caudillo de gente, del verbo xeiche, que significa envejecer, porque son los más ancianos y honrados entre todos”.

Sarmiento, cuya mirada del mundo árabe lo llevó a imaginar a los gauchos como beduinos de las pampas, hubiera amado el hallazgo. Covarrubias ve a la palabra “jeque” como un caballo de Troya árabe dentro del Imperio Español (que acaba de expulsar a la población árabe pocos años atrás). Es un líder con cualidades que lo hacen capaz de corporizar un orden, o la resistencia a él, en una sola persona, y de llevar tras de sí no solo la aceptación, sino la devoción de las mayorías. Los fundadores del Estado moderno argentino van a encontrar en los secretos de esa incondicionalidad, tan temidos como deseados, el comienzo del ovillo para entender la especificidad de la política latinoamericana.

A primera vista, Facundo es un retrato de Facundo Quiroga, el jefe político de La Rioja ligado a Juan Manuel de Rosas y asesinado en Barranca Yaco en 1835. En esa mirada sarmientina, Facundo es Facundo y es también el arquetipo de una clase de liderazgo específica de la región. Tanto o más importante, el libro ofrece una descripción vívida de una tierra desolada, una evaluación de su dinámica política bárbara, y en el mismo acto bosqueja el proyecto de la nación moderna que, Sarmiento creía, curaría estas deficiencias. Con una mirada caleidoscópica, su descripción del caudillo argentino fue sobre todo un medio para examinar el mundo emergente de la política y las relaciones sociales modernas. Para, como decía Ezequiel Martínez Estrada, ser el primero “que en el caos habló del orden […] que en el desierto explicó qué era la sociedad”.[9]

Facundo sale por entregas en Chile en 1845. El caudillo que escribe Sarmiento en ese momento es fruto de su lugar en el mundo, huyendo de Rosas, iniciando su exilio en Chile, buscando prestigio, imaginando apoyos en los Estados Unidos y Europa. Es decir, creándose a sí mismo como el anti-Facundo en el mismo acto de crear a Facundo. Para eso, recurre a una multitud apurada de géneros e ideas, inventa anécdotas, vuelca sus delirios, celos y odios respecto de

una política que le intriga y un territorio que desconoce.

Un foco de ese texto es lo que despierta en Sarmiento el lugar del pueblo desde 1810. No son los setenta años de peronismo, pero las páginas de Facundo están inspiradas en una reflexión histórica análoga sobre qué salió mal en los treinta y cinco posteriores a la revolución. Ahí conviven sensaciones escurridizas donde se mezclan el desorden social, la militarización y la lealtad política. Sarmiento comparte en ese momento la idea de que la Revolución de Mayo ha sido truncada. E intuye que, como señalaría José Ingenieros más tarde, los traidores son los hacendados –futura columna vertebral del rosismo–, que obstruyeron con su poder cada intento modernizador. Son los que usan el fervor patriótico de la plebe para expandir su capacidad de comerciar con el resto del mundo y para conspirar en casa sucesivamente contra Moreno, Alvear, Rivadavia y Dorrego, erosionando en apenas una década las chances de una sociedad dinámica como la que había prometido la revolución. Se trata de una mirada que no es perfecta para el pasado, pero sí es profética para el país que Sarmiento ayudará a fundar, en el que las clases terratenientes creadas alrededor de sus políticas se convertirán en el obstáculo abyecto de sus sueños democráticos.

La vida rural corporiza el atraso y, en ese panorama sombrío, Facundo Quiroga representa el modo defectuoso de integración de los gauchos a la vida política que da forma al orden rosista, que al menos es un orden, y que sucede al período revolucionario. Ese es el último eslabón de un proceso de organización de décadas pobladas de facinerosos, bandoleros, milicias e intereses particulares que pululan en el campo, todas formas supuestamente de la pre o la antipolítica que se interponen en la construcción de un régimen.

Los personajes que alimentan hasta la intoxicación el imaginario de Sarmiento son protagonistas de ese pueblo que moldea el mundo rural desde la Revolución de Mayo y que representan un desafío a los dos pilares fundamentales del Estado moderno por venir: el monopolio legítimo de la fuerza y la propiedad. Familias de vagos que se niegan a desalojar la hacienda de un propietario que se la adjudica con los títulos correspondientes. Caravanas armadas que asaltan las rutas. Grupos armados que ofrecen protección contra los asaltos en las rutas a cambio de una colaboración. Pequeñas comunidades que trabajan la tierra y presumen por eso que tienen derecho a ella. Personajes idiosincráticos que se atribuyen la representación de esas comunidades ante el gobierno civil, ante los mandos militares, ante las amenazas indígenas. Conjuntos familiares que recurren a estos recursos para preservar su vida y su espacio ante la amenaza de

malones indígenas y la coacción de tropas lejanas. Bandoleros violentos que resisten cualquier forma de autoridad. Cabecillas que negocian entre el ejército, los indios y los propietarios un espacio para ellos. Caciques que median entre todos esos mundos y presionan al juez para definir una idea de derecho. Dirigentes osados que se atribuyen, en el borde presunto del desierto, el apoyo incomprobable de algún hacendado como Rosas.[10]

La vida de esos años requiere de este tipo de arreglos, negociaciones y formas de representación para desarrollar tareas cotidianas como plantar alimentos, construir una vivienda, comerciar, contratar a alguien, ofrecer la fuerza de trabajo propia o imaginar un futuro para los seres queridos. Desde Sarandí a San Pedro, todo ocurre en un mundo rural al que hoy se puede acceder en menos de una hora por autopista. El universo del orden y de la ciudad es un punto minúsculo en un mundo caótico e ininteligible para quienes han construido una filosofía política basada en otras formas de representación. Ese abismo que perciben como la amenaza atávica que resiste a la política es, en verdad, la política misma, un mundo cargado de sentidos, intereses, tradiciones y visiones de futuro que está más vivo que nunca durante la primera mitad del siglo XIX.

El ciclo revolucionario que había comenzado en 1810 empieza a cerrarse una década más tarde al mismo tiempo que se disuelve el gobierno central. El año de 1820 es, como afirma Gabriel Di Meglio, un año con muy mala fama.[11] Sin embargo, en las cenizas del legado de Mayo también están las prácticas, visiones y proyectos que van a alumbrar la política de las décadas posteriores. Lo que ocurre desde 1820 es, fundamentalmente, la emergencia de un proyecto de republicanismo popular, singularmente latinoamericano. Un conjunto informe de intereses en el que los sectores populares, ni más ni menos, “contribuyeron a delinear […] la forma en que se fue construyendo otra realidad política, económica y social que reemplazó al sistema”.[12] Con matices enormes a lo largo de la Argentina, ese territorio poblado de caudillos, revoluciones, inestabilidad y proyectos fallidos de Estado tiene poco que ver con una patología o un fracaso. Desde Salta a la Mesopotamia y desde San Juan a Buenos Aires, lo que se agita en esas décadas es una sociedad movilizada consolidando un proyecto de país. Aquellos ruidos son, como señala Hilda Sábato para América Latina, las manifestaciones evidentes de un proceso de construcción política en el que élites y sectores populares experimentan con distintas fórmulas: la expansión del derecho a voto y la ciudadanía, la república, la movilización de ciudadanos en armas que abren el espacio para la participación política y la movilidad social, o la intervención enérgica de la opinión popular en un espacio

público naciente, poblado de asociaciones, partidos políticos y periódicos.[13] Bajo esta luz, la inestabilidad política del siglo XIX que muchos historiadores atribuyen a la herencia colonial, premoderna y antirrepublicana, emerge como algo distinto a la barbarie y más parecido a una forma radical de republicanismo que conecta a América Latina con lo que está ocurriendo en otros lugares de Europa y los Estados Unidos.

Pero aquella interpretación de este proceso en clave mítica, como el origen del fracaso nacional, y como la consecuente negación del carácter de avanzada de la experiencia política latinoamericana de aquellos tiempos, será uno de los pilares del antipopulismo menos de un siglo después. Durante el siglo XX, pero sobre todo hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, intelectuales, diplomáticos y funcionarios harán una relectura del período tratando de dar cuenta de la nueva realidad en la que viven: la poderosa hegemonía política, económica y militar de los Estados Unidos en el mundo. En esa revisión, el legado católico y español de sociedades jerárquicas con posiciones fijas es lo que impide a América Latina abrazar el riesgo implícito en el comercio y la exploración que caracterizaría a la cultura anglosajona. “Los brazos de la España no nos oprimen; pero sus tradiciones nos abruman”, diría Esteban Echeverría, reproduciendo y creando la leyenda negra del legado ibérico. Será una de las leyendas del período colonial que más se proyectará hacia el siglo XX.[14]

Pero Sarmiento nace en 1811 junto con la aparición de este elenco de personajes y de este conjunto de prácticas, y aunque nunca va a tomar una conciencia cabal de las contribuciones de esa política popular a un proyecto republicano, su vida adulta va a girar alrededor de un rechazo hacia ese proyecto que apenas oculta su admiración y perplejidad. Algo que, de distinta forma, también le van a provocar los Estados Unidos y Europa.

“Los hombres materiales”

La ambivalencia de Sarmiento entre el impulso imaginativo y las convicciones es lo que va a definir la idea de política popular en el liberalismo argentino hasta nuestros días. Desde el siglo XVII, la filosofía política moderna adoptó una forma de domesticar la ficción a la hora de imaginar el funcionamiento de ciudades, imperios y naciones. Hay tantos elementos imaginativos o puramente fantasiosos para imaginar un orden político en el estado de naturaleza de Hobbes, el buen salvaje de Rousseau, la ciudad de Maquiavelo o en las historias de Miguel de Cervantes. Lo que ocurre con esos textos una vez que salen de la mente de sus creadores es un esfuerzo por hacer de unos verdad y de otros un juego. Esa separación entre ficción y teoría le dio forma a la teoría política moderna: el poder se entiende más desde las enseñanzas de Rousseau que desde las de Lope de Vega, aun si en ese juego, de alguna manera, perdemos todos. Dos siglos después, Facundo es casi un esfuerzo por retroceder en el tiempo, por unir lo que el tiempo ha separado y suturar la brecha que separa a la ficción y la filosofía política. Sarmiento está tensionado entre divertirse con la pluma o construir la nación, pero este último impulso es el que termina de dar forma a sus acciones y, sobre todo, a cómo esas acciones serán leídas más tarde.

Sarmiento recorre todos los géneros imaginables para describir a Facundo Quiroga, merodea el delirio e inventa historias que bien podrían ser heroicas o salvajes. Facundo lidera con Rosas una “guerra obstinada […] al frac y a la moda”, es un hombre “genio a su pesar” nacido “para mandar, para dominar, para combatir el poder de la ciudad, la partida de la policía”. Su infancia y juventud son el gótico sarmientino por excelencia, donde el héroe no solo pelea con tigres imaginarios. Intenta arrebatarle dinero al padre y, ante la negativa, prende fuego al rancho donde duermen sus progenitores. Castiga a sus seguidores desleales y a un ladrón con un fusilamiento sumario; a otro con cien azotes hasta que confiese lo que se ha llevado de una estancia. Cuando el reo admite, Quiroga explica cómo lo supo desde un principio: “Vea, patrón, cuando un gaucho al hablar está haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo”. En El Tala, un Facundo demoníaco enarbola “una bandera que no es argentina, que es de su invención. Es un paño negro con una calavera y huesos

cruzados en el centro". Así se produce un Facundo "que no gobierna, porque el gobierno ya es un trabajo en beneficio ajeno" por lo que "se abandona a los instintos de una avaricia sin medidas, sin escrúpulos".[15]

Sarmiento es un creador a lo largo de todo el libro, tensionado entre sus frutos, entre una obra maestra literaria y una nueva nación. Y por más que se dedique a cruzar esas fronteras con una sordera (literal) ante los gritos de "deténgase", ya no puede hacer como Cervantes y ser recibido desde la ironía y la gracia. Sarmiento apenas puede decidir cómo escribir, pero poco puede incidir en cómo será leído.

Pero también por eso, sus disquisiciones sobre las aventuras del caudillo Facundo Quiroga son el telar en el que teje una geografía social, la de la pampa y el gaucho, que lo obsesiona. Así inaugura un mecanismo íntimo de la narrativa antipopulista:

El desvelo por los líderes es siempre una preocupación por sus seguidores.

El gaucho es la primera de una serie de caracterizaciones que acompañarán la transformación de la plebe en sujeto político hasta nuestros días. No es que a Sarmiento no le interesaran los caudillos, ni que fuera el primero en preocuparse por los hombres y el poder que tienen en sus manos. Nada nunca es nuevo, tampoco en la obra de Sarmiento. El grupo de sagas del siglo XIII reunidas en los Íslendingasögur, por ejemplo, describe la política local y los problemas que los lazos entre líderes y seguidores provocan en un contexto distinto como es Islandia en la era medieval temprana. Emotiva o interesada, la conexión entre aquellos que tienen poder y aquellos que tienen necesidades es una preocupación que precede incluso a la modernidad, a la Argentina, a todo.

El gaucho es la quintaescencia de la vida rural. El "gaucho malo" corporiza todo lo que va a estar asociado a la barbarie, el andamiaje sobre el que las élites no solo construirán su mirada de los de abajo, sino también el lugar desde donde

imaginarán las soluciones a los problemas que estos generan.[16] El campo es ese espacio que le permite a Sarmiento fundamentar su rechazo al gaucho como sujeto político y a la vez idealizar la vida salvaje que forja a un individuo que es al mismo tiempo bárbaro y único. En su cuerpo, en el del gaucho, se cifran el pasado y el futuro de la patria que Sarmiento ha construido en su imaginación. Lejos de demonizarlo, en ese ideal conviven la admiración, el terror y el desprecio. El carácter del gaucho está forjado en la dureza de la vida rural, alguien a quien el "hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza, de desafiarla y vencerla, desenvuelve en él el sentimiento de la importancia individual y de la superioridad". El gaucho que acompaña al ejército en los bordes de la futura nación es imprescindible, "es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia".

Esa misma naturaleza alimenta la teoría que ya tiene decidida: por qué están ahí, instalados como el principal obstáculo para el atraso. En su imaginario, ese atraso está asociado al mundo árabe. El caudillo es "un Mahoma", "como en Asia [es] el jefe de la caravana" que encarna "el espíritu de la fuerza pastora, árabe, tártara, que va a destruir las ciudades". A Sarmiento le preocupa que "el aspecto de la Palestina es parecido al de La Rioja", introduciendo la cuestión del medio ambiente que da forma a la personalidad (que, a su vez, dará forma a la conducta política).

El gaucho es el producto del campo argentino, un territorio tan vasto que no promueve las dos condiciones cruciales para la sociedad moderna: el estímulo a la asociación y el gobierno, y el respeto a la propiedad. Esta última ocupa un lugar prominente e incómodo en el ideal republicano. Sarmiento relee la década de 1810 como un tiempo en el que tanto Rivadavia como Martín Rodríguez habían logrado dejar una huella clara colocando al respeto a la propiedad al tope de su legado. El problema no es centralmente político. En Facundo, él ve que el aislamiento dificulta la obsesión por el límite, que es intrínseca a la propiedad, a su sentido y utilidad. A diferencia de los beduinos, "en las llanuras argentinas […] el pastor posee el suelo con títulos de propiedad", pero la distancia infinita entre una casa y otra, la soledad que Sarmiento intuye en la pampa, vuelve a ese título inverosímil. "El desenvolvimiento de la propiedad mobiliaria no es imposible […] pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece", se queja. De ahí que detecte la ironía de que el sistema político de este régimen social esté liderado por Rosas, "el gaucho propietario" (aunque más irónica aún para el

imaginario sarmientino es la compra de la casona de los Lezica en la ciudad de Buenos Aires por parte de la viuda del mismísimo Facundo Quiroga).[17]

La razón por la que la propiedad en la Argentina no tiene el efecto civilizatorio que Sarmiento espera es la mismísima pampa, la extensión infinita en la que los hombres viven aislados. Es una falencia que afecta a todas las clases sociales. A las clases altas porque no encuentran el interés común, ya que “no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades públicas que satisfacer”. “En una palabra –agrega– no hay res publica”. Al gaucho le moldea tanto su cuerpo como su predisposición política: “En estos largos viajes” por la llanura, escribe, “el proletario argentino adquiere el hábito de vivir lejos de la sociedad y de luchar individualmente contra la naturaleza”.

Aislado de todo menos de la naturaleza, el gaucho desarrolla las facetas de un hombre asocial tanto o más que el cowboy norteamericano. Para Sarmiento, es ahí donde el hábito de carnear vacas lo acostumbra a la sangre, la muerte y el cuchillo, donde la dureza del clima y las amenazas de animales diversos le fortalecen el cuerpo y lo hacen valiente, donde “ese hábito de triunfar de las resistencias, de mostrarse siempre superior a la naturaleza […] desenvuelve prodigiosamente el sentimiento de la importancia individual y de la prodigiosidad”. Sumado a eso, Sarmiento intuye que los gauchos “desde la infancia, están habituados a matar las reses, y que este acto de crueldad necesaria los familiariza con el derramamiento de sangre, y endurece su corazón contra los gemidos de las víctimas”. El escrutinio de lo que los pobres comen y dejan de comer, cómo lo obtienen, cómo y por qué comen lo que comen es un asunto que va a obsesionar a políticos y analistas. En Una excursión a los indios ranqueles, Lucio V. Mansilla se extiende aún más que Sarmiento (a veces, con más ironía que condena) sobre esto. Esa misma atención se va a mantener imperturbable hasta nuestros días, convencidos todos de que en ese acto básico de la alimentación, en las razones, los sabores y los intercambios involucrados, se esconde una clave de la política popular.[18]

Sarmiento es el escritor pop por excelencia, el que juega con collages, palabras, datos e inventos para crear una imagen poderosa del presente con la que se va a construir el futuro. Base y protagonista de un orden político tiránico, el seguidor de Rosas es para Sarmiento quien porta las enzimas del sujeto populista. No son buenos o malos. Sobre todo, no forman parte del rosismo como parte de un proyecto colectivo. Más bien, tienen sus intereses particulares muy por delante de cualquier proyecto colectivo, son hombres “para quienes el interés de la

libertad, la civilización y la dignidad de la patria es posterior al de comer y dormir". Exactamente un siglo antes del 17 de octubre de 1945, en la descripción del gaucho rosista, Sarmiento anticipa la interpretación del apoyo al líder carismático como el infeliz resultado de los beneficios inmediatos que obtienen los seguidores en una relación desigual. Aquellos que "pacen su pan bajo la férula de cualquier tirano" son, en su poderosa figura retórica, "los hombres materiales".

Moldeados por un orden social fundado a su vez en el medio ambiente compartido, gaucho y caudillo, líderes y seguidores, se funden en la matriz común de la barbarie. Pero de esa fundición emerge también una segunda verdad que perdurará en el tiempo para forjar el antipopulismo moderno:

La forma defectuosa en la que adeptos desorientados acompañan a líderes despóticos no es un problema político, sino social.

Esta diferencia no siempre es evidente de forma inmediata. Aun si la emoción que une a seguidores y déspotas es percibida como prepolítica, lo cierto es que a Sarmiento le fascina la política. Él y la extensa generación del 37 que será progenitora de la del 80 luchan infatigablemente contra el régimen de Rosas y la gorgona de caudillos que pueblan el interior de la patria. Entre 1820 y 1862, las provincias tienen una autonomía política relativa respecto de Buenos Aires. En ese espacio, se construye no solo la relación con Rosas, sino también los instrumentos políticos para los caudillos, la economía de los hacendados y comerciantes del interior, y las necesidades múltiples de armadas populares. Esa tríada es la obsesión de los unitarios, que buscarán infructuosamente en la política un modo de desactivarla. Cierto, es un momento en el que la política se parece demasiado a lo militar. El rosismo ha hecho de la vida pública un espacio opresivo para los unitarios.

Bajo el rosismo, Buenos Aires es una ciudad ambigua. Un observador extranjero

se asombraba por los contrastes del centro porteño: arrancando por Perú desde el sur hacia lo que es hoy Plaza de Mayo, aparecía una vidriera con “una guirnalda de flores artificiales que podría figurar muy bien en un salón del Quartier Saint-Germain” o “el taller del inteligente Favier, que hace con la misma delicadeza un retrato al óleo que uno al daguerrotipo”. Pero llegando al Cabildo la cosa cambiaba. Ahí “se amontonan los soldados […] negros y blancos, con uniforme y sin él, tal cual lleva un poncho indio y otro el talle oprimido por una chaqueta inglesa”. El panorama es deplorable, cuenta el visitante impresionado: “el pantalón desflecado […] y los pies descalzos” de los soldados. Unos ciento treinta años antes de que Julio Cortázar imaginara que en la Galería Güemes alguien podía entrar desde Buenos Aires y salir a París por el otro lado, el viajero anticipaba una forma de cosmopolitismo que resurgiría periódicamente en la Argentina: “Estábamos en Europa; ahora estamos en la América primitiva, en la región de las Pampas,” resume el viajante. El observador extranjero era el francés Xavier Marmier, un personaje que corporiza como pocos al viajero europeo del siglo XIX que descubre el mundo nuevo que aparece ante sus ojos. Con el mismo tono de asombro contenido, Marmier escribió numerosas crónicas de viaje cubriendo desde el ártico hasta Siria y de la Argentina a Rusia.[19]

Pero es difícil señalar en esa patria bárbara y rosista un quiebre con el orden imaginado por los patricios de Mayo. Más bien al contrario. En una de sus mejores definiciones de la historia argentina del siglo XIX, Tulio Halperin Donghi percibe que, en verdad, “tal como entrevió Sarmiento, la Argentina rosista, con sus brutales simplificaciones políticas, reflejo de la brutal simplificación que independencia, guerra y apertura al mercado mundial habían impuesto a la sociedad rioplatense, era la hija legítima de la revolución de 1810”.

Lealtad

Para la élite en gestación, la América primitiva lo ocupará todo. En cartas y escritos, Sarmiento relata cómo, desde San Juan hasta Córdoba, las ciudades del interior pierden durante esas décadas su resplandor incipiente bajo el polvo de la guerra civil y la monocromía federal. Los unitarios se esfuerzan por creer que la civilización puede llegar de la mano de un proyecto político liberal. Con más candidez que convicción, buscan sin éxito que los caudillos abracen su causa y sus instituciones. Pero no importa de qué lado se pongan, la puerta que separa la política de la sociedad les pega una y otra vez en las narices. Los unitarios asumen que la lealtad de los gauchos a los caudillos está viciada de origen, es el fruto de una dependencia personal, desigual, injusta. De todo eso los sacudirá un espacio de libertad, con instituciones centrales y transparentes que separen, geográfica y conceptualmente, el poder personal de los déspotas locales respecto de los derechos universales y de la distribución de recursos.

Esa relación que fortalece a los caudillos y fascina a los unitarios provee una variedad de beneficios a los gauchos. Las milicias montoneras eran uno de los espacios privilegiados de movilidad social ascendente, sobre todo en el interior del país. La participación en las campañas militares era uno de los pocos trabajos disponibles en amplias zonas del territorio. En ellas, los caudillos, sobre todo aquellos de mayor peso, ofrecían no solo un ingreso monetario, sino la posibilidad de ascender dentro de la milicia a posiciones más altas, con más prestigio (y mayor remuneración). Sumarse a la tropa también aseguraba ropa y calzado, lo suficientemente buenos como para llevárselos a casa tras la batalla. E igualmente importante, los gauchos esperaban, como un contrato implícito, que su participación en las montoneras también les diera acceso a una rara delicia en su dieta: la carne de vaca. A diferencia de lo que imaginaba Sarmiento, el consumo de carne por parte de los gauchos se había reducido con el correr del siglo. Hacia 1850, la mayoría de ellos vivía bajo una dieta de subsistencia en la que el bife solo aparecía en tiempos de escasez y hambre, cuando se veían forzados a robar ganado, o durante las movilizaciones militares, cuando la única posibilidad de alimentar a las masas de soldados era capturando el ganado del lugar en el que acamparan.[20] Salario, posibilidades de ascenso, vestimenta y

comida; las milicias populares podían resolver buena parte de los problemas básicos de subsistencia en las zonas rurales.

A los jefes unitarios les costaba entenderlo, pero los gauchos asumían estas retribuciones como una versión de orden, más cerca del derecho que de la dádiva, sin llegar a ser enteramente lo primero. Los caudillos, a su vez, ocupaban un lugar importante en la vida social. Presenciaban bautismos. Mediaban en disputas entre pobladores, eran padrinos de casamiento. Advertían a un juez si una sentencia podía perjudicar a sus hombres. Facundo Quiroga, recordaba un unitario que lo había combatido, realizaba actos personales de caridad: "Mucha gente pobre, de cerca y de lejos, venía a su estancia [donde abundaba el ganado] a pedir una ternera para carne", lo que Facundo satisfacía. El observador concluía lo obvio: "Con actos de este tipo, se aseguraba la lealtad de la gente común".[21]

Hasta ahí, todo parece confirmar las ideas sobre las formas prepolíticas y clientelares que hacían esa relación impermeable al discurso libertador. Solo que cuando los unitarios deciden jugar el mismo juego, se encuentran con una sorpresa. En el crepúsculo del régimen caudillista, en 1863, los caudillos del Chacho Peñaloza en La Rioja hacen una oferta generosa a los gauchos para resistir a la guardia nacional. Pero Peñaloza jamás llega a cumplir sus obligaciones, asesinado por sus perseguidores en Olta luego de haber entregado su faca, la última arma en su poder. Mientras tanto, las tropas nacionales buscaban reclutar sus propios soldados, ofreciendo, en la medida de sus posibilidades, otros sueldos y otros beneficios. Cuando Pueblas, uno de los segundos de Peñaloza, informa a los gauchos sobre la muerte de su líder, les ofrece la chance de abandonar. Es el escenario imaginado por los unitarios: sin líder carismático, en desbandada, sin chances de recibir retribución material alguna y con la derrota a la vista, los gauchos renunciarían a la pesadilla federal para abrazar la libertad y los beneficios materiales que ofrecía. Solo que, para el desquicio de los jefes unitarios, los gauchos deciden en su mayoría seguir en la derrota a Puebla y a la montonera a la que habían pertenecido en el triunfo.

Siendo realistas, es necesario situar las dificultades de la generación del 80 para entender cómo hace política la plebe en el contexto de lo que estaba ocurriendo en el mundo. Pocos logran comprender el fenómeno de las masas por fuera de nociones clásicas de turba. Menos aún son los que logran descifrar sus acciones como prácticas eminentemente políticas. Casi ninguno escapa a interpretar ese nuevo paisaje social bajo el lente del temor. En La retórica reaccionaria, Albert

Hirschman se preguntaba “hasta qué punto la idea de la participación de las masas en política, aunque fuera en la forma diluida del sufragio universal, debió parecer aberrante y potencialmente desastrosa a buena parte de las élites de Europa”.[22] La Revolución Francesa en 1789 y la inauguración política de los sans-culottes habían sacudido a todos con el fin de una época. El horror ante la idea mínima del sufragio universal condensaba distintas formas de escepticismo ante la relación de las masas con la política. Desde distintos lugares y a lo largo de un siglo, Gustav Flaubert, Edmund Burke, Jacob Burckhardt, Friedrich Nietzsche, hasta Fiodor Dostoievski, los intelectuales y analistas vieron con pavor la universalización de derechos, ya representara una decadencia del sistema político, la profundización de los horrores de la Revolución Francesa, la creencia casi religiosa en la verdad de las mayorías o, simplemente, una amenaza al orden establecido.

La irrupción de las masas urbanas asociadas a una industrialización acelerada hacia mediados del siglo XIX fue, para muchos, aún más difícil de comprender. No tanto la representación de “los de abajo”, sino sobre todo que la transformación de esa condición de explotado en una identidad política era una novedad en cualquier lugar del mundo. Alexandre Martin era un famoso maquinista y activista socialista designado secretario del gobierno provisional de Luis Blanc luego de la revolución de 1848 en Francia. Pero lo que lo distingue es su decisión de asumir el seudónimo de Alexandre l’Ouvrier (Alejandro el Obrero) y convertirse así en uno de los primeros casos no ya del acceso de los trabajadores al poder, sino del acceso al poder en tanto trabajadores. La revuelta de 1848 había sido vista por muchos como una forma barbárica de destruir el orden en nombre de la falta de orden. Ni siquiera Marx (por lejos quien mejor leyó esos eventos) escapaba enteramente a esa lectura sobre la dificultad de las masas para construir poder político. La fama de Alexandre l’Ouvrier venía a demostrar lo contrario.

Con todo, el cambio explosivo que había arrancado con la Revolución Francesa estaba centrado en la representación política de aquellos previamente excluidos. Como elemento disruptivo, “la cuestión social” irrumpiría de manera más central con el marxismo, y antes con configuraciones distintas bajo el anarquismo y el socialismo. La forma más radical que adoptó el republicanismo en América Latina, en cambio, asociaba esa ciudadanía política a alguna percepción de equidad, anticipando el reloj de la discusión sobre la igualdad social.

He aquí entonces una primera tensión hacia adentro del desarrollo del

pensamiento liberal argentino del siglo XIX. A diferencia del antipopulismo del siglo siguiente, Sarmiento, Alberdi y otros recogen, con muchos matices, las banderas de un republicanismo radical que en 1810 imaginaba un sistema político inclusivo, pero también alguna forma de igualitarismo. La experiencia norteamericana que inspiraba a ambos gastaba sus energías en explicar y dilatar desigualdades económicas y políticas afianzadas en la estructura esclavista; el sueño que tenían para la Argentina ponía en la expansión de la ciudadanía, la educación pública universal y hasta en la imposición del castellano como idioma oficial un énfasis más marcado en una igualdad que ayudaría a acotar el conflicto político. Aun así, el enfrentamiento al autoritarismo rosista los enceguece de tal modo que les impide ver en las luchas de esos años la forma efectiva que adopta el republicanismo inclusivo en la Argentina.

El país no es la excepción; en toda América Latina, el poder de los caudillos carismáticos aparece como la llave para entender hacia dónde irá la región en esa búsqueda de naciones justas. Pero fue Sarmiento, y Alberdi antes que él, quienes entendieron mejor que la representatividad de los caudillos respecto de la sociedad ruralizada era sólida y excedía lo material.[23] Si en esa sociedad no había lugar para otro tipo de régimen, lo que había que cambiar era la sociedad.

El eterno retorno de la ciudad

El arma infalible para cambiar a la sociedad agraria será la ciudad. Los años que siguen a la batalla de Pavón en 1861 van a ser los del retorno a la ciudad, la matriz original de la América Latina que tomó forma durante los siglos de dominio español. Un retorno paradójico, porque la nueva vida urbana se cimienta (financieramente) en la espectacular explosión de la agroganadería. Será la victoria sobre el poder del interior, de los hacendados y de la sociedad barbárica que el campo había producido. El Arzobispo, un personaje detestable de Sartre, afirmaba que toda victoria, vista de cerca, era indistinguible de una derrota; el triunfo de la ciudad sobre el campo produce ese efecto por duplicado. Primero, porque ocurre sobre la base de la consolidación del Estado nacional y su expansión territorial, creando un poder agrario de nuevo tipo que marcará la experiencia argentina moderna. Que la idea del buen gobierno se siga discutiendo todavía hoy a golpes, silbidos, subsidios y amenazas en la muestra anual de la Sociedad Rural habla de la durabilidad férrea de aquella matriz. Y segundo, porque desde adentro mismo de la ciudad, aquella cura contra todos los males, volverán a emerger las amenazas espectrales del pasado agrario con nuevos y más agresivos ropajes.

El fin del rosismo tras la batalla de Caseros en 1852 abrió, otra vez, una década de guerras civiles en las que caudillos del interior y fuerzas bonaerenses buscaron una forma de imponer el diseño de algo que parecía necesario aunque no inevitable: la formación de una nación. Mientras fuerzas liberales surgían desde San Juan hasta la Mesopotamia, los caudillos federales, aun en retirada, seguían ejerciendo una resistencia formidable a una integración nacional subordinada a Buenos Aires. Eso terminó en 1861, con el improbable triunfo del gobernador bonaerense Bartolomé Mitre sobre las fuerzas federales de Urquiza en la batalla de Pavón. Sobre la base del control bonaerense de las catorce provincias y manteniendo vigente la Constitución de 1853, los unitarios establecieron la República Argentina, lo que significó el comienzo del fin del caudillismo clásico.

La Argentina moderna tomó forma en el siguiente cuarto de siglo, uno de los

períodos más conflictivos de la historia, bajo las presidencias de Mitre, Sarmiento, Nicolás Avellaneda y Julio A. Roca entre 1862 y 1886. Hay razones poderosas para que esa etapa proyecte su sombra hacia el futuro y llegue hasta nuestros días. Desde las ideas liberales de avanzada durante la década del treinta hasta los argumentos contra el legado de Perón y las advertencias del siglo XXI contra el retorno de los caudillos, una mirada de la historia permanece obsesivamente fijada en el período que comenzó ese año y a las ideas que se forjaron en las dos décadas siguientes al calor de la prosperidad económica más grande que haya vivido la Argentina.

He aquí una segunda marca diferenciadora entre los proyectos de las élites del siglo XIX y las del siguiente. Mirando hacia 1810 como un intento fracasado para fundar una república moderna, las generaciones del 37 y del 80 construyeron un futuro triunfal que los distinguiera de aquel paso en falso inicial. Los intelectuales de los siglos XX y XXI, en cambio, serán presa de aquel apogeo de fines del siglo XIX y tendrán una enorme dificultad para analizar el presente e imaginar el futuro si no es como réplica de aquel pasado de gloria.

La Argentina en la que había nacido Sarmiento en 1811 al calor de la revolución, o la de 1845 cuando escribió Facundo, eran irreconocibles en esta nueva realidad apenas unas décadas más tarde. El tiempo en esos treinta años se aceleró. Las calles, los trenes, los edificios gigantes, los parques, los puertos, la riqueza del campo, los artesanos, los rostros de la gente común, la cantidad de gente. La Argentina de catorce provincias que se constituyó en 1862 expande sus bordes y su extensión. Los propietarios de la tierra acompañan esta expansión al ritmo del ejército y a veces precediéndolo. Una ampliación ejecutada a costa del desplazamiento, disciplinamiento y ejecución de las poblaciones indígenas: entre treinta y cincuenta mil indígenas murieron a manos del ejército argentino o producto de enfermedades derivadas de su desplazamiento y malnutrición durante la llamada Conquista del Desierto, entre 1878 y 1888 solamente. Muchos más fueron asesinados antes, durante la campaña de Rosas en 1833, y durante el período, a manos de pobladores locales, prototipo de gauchos, contratados por estancieros decididos a hacer respetar el derecho de propiedad.[24] La inmigración ya era un rasgo distintivo de los pequeños pueblos durante el rosismo (Sarmiento la imaginaba como el último anticuerpo contra el régimen) pero, fomentada por la Constitución de 1853, tomó un impulso gigantesco unas décadas después. Casi un millón de personas se radicaron en la Argentina en esa época, unos seiscientos mil entre 1880 y 1889, como

preámbulo para la oleada europea que llegaría en las décadas siguientes. Aunque en números totales la inmigración de comienzos del siglo XX es abrumadora, la quintuplicación de la inmigración durante este período no tiene comparación. Para 1895, Buenos Aires era una metrópolis de más de medio millón de habitantes, cinco veces más que en 1850: apenas la mitad de ellos eran nativos. Era la plataforma para el nacimiento de lo que José Luis Romero llamó "las ciudades burguesas", que incluían a buena parte de las urbes portuarias de América Latina, con una vida cultural y económica vibrante y una arquitectura, mayormente de inspiración francesa, pensada para deslumbrar.[25]

Fuera de la ciudad, la Argentina era reconocible como una identidad singular en una serie de instituciones más allá del ejército, incluidos desde el correo hasta las escuelas (Sarmiento diría que el país tenía más maestros que soldados, lo cual no era estadísticamente cierto, pero ayuda a comprender el complejo de ideas que alimentaba la época), y también un sistema tributario relativamente extendido. Esa expansión vino acompañada de un crecimiento económico acelerado, en parte porque el país arrancaba de una base bien baja tras cuatro décadas de guerras, en parte por la expansión territorial, en parte por la liberalización del comercio que caracterizó al período y en parte, al contrario, por el fuerte apoyo del nuevo Estado nacional al desarrollo.

Sin duda, el cambio más visible que tuvo al mismo tiempo un efecto revolucionario fue la extensión de los ferrocarriles. El primero, el Ferrocarril al Oeste, arrancó en 1857 y para 1860 tenía apenas cuarenta kilómetros. En 1885, tenía seis mil, y para 1915 superaría los treinta mil kilómetros. La ampliación de la red de los ferrocarriles multiplicó por diez el valor de las tierras y por cinco el de las exportaciones en amplias zonas de la provincia de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Y a la par de esta expansión, el capital privado y extranjero se convirtió en una presencia dominante, sobre todo (pero no solo) a través de préstamos y endeudamiento.[26]

El gaucho vivió la década de 1860 entre represión, guerra, reclutamiento y tributación. Resabio de una nación que se iba extinguiendo, podía convertirse ahora en un objeto en disputa. La glorificación del gaucho como representación de la bravura de los soldados patrios –como lo hiciera Lugones con su lectura del Martín Fierro en el siglo XX–, o su desprecio como materialización del atraso –como lo vieran Sarmiento y Borges– sobrevivió largamente al gaucho como actor social. Un mundo después, en 2019, un grupo de productores agropecuarios vestidos de gauchos atacaron desde sus caballos a activistas

veganos en pleno barrio de Palermo, los rebenques y bombachas convertidos ahora en símbolo de tradición e imposición de jerarquías y hábitos. Pero como sujeto político y expresión de la plebe durante el siglo XIX, el gaucho iba a ser pronto reemplazado por otros imaginarios no menos interesantes.

Toda esta transformación multifacética puede amarrarse a tres hechos que le dieron un nuevo rostro a la élite y que dejarían una huella identitaria singular en el antipopulismo futuro. El primero tiene fecha en la mañana del 12 de abril de 1878, durante la presidencia de Avellaneda: ese día se produjo la primera exportación de trigo argentino. Aquellas 4500 toneladas de cereal expresaban a la nación que nacía: salían desde el puerto de Rosario, camino a ser el más grande del país, en media docena de buques con una primera parada en el puerto de Glasgow. El trigo había sido cosechado en la estancia La Candelaria, de Carlos Casado del Alisal. Llegado a la Argentina en 1857, Casado se convirtió en solo dos décadas en el latifundista más grande del país, accionista del flamante Ferrocarril Central Argentino, con propiedades que se extendían incluso al Paraguay, donde había aprovechado la Guerra de la Triple Alianza para arrebatar con testaferros enormes terrenos en el Chaco boreal. Casado fue también gobernador de Santa Fe, creador del Banco de la provincia, asesor de Avellaneda. Aquel embarque de un país que hacía pocos años importaba trigo fue el comienzo de un modelo económico, el agroexportador, que le iba a dar a la Argentina casi medio siglo de prosperidad inédita y que no desaparecería jamás de la estructura económica nacional. La relevancia de ese 12 de abril es solo comparable a la del 23 de mayo de 1877, cuando salió el primer cargamento de carne congelada. Así, en ese breve lapso de menos de seis meses tomaron forma las dos patas del modelo económico agroexportador determinante hasta el día de hoy.[27]

El otro evento se produjo un par de décadas antes, en 1845, cuando Ricardo Blake Newton regresó de Liverpool a Chascomús con dos cosas que cambiarían a la Argentina: cien atados de alambre y quinientas varillas de fierro. Con eso, Newton rodeó parte de su estancia, la Santa María, erigiendo así el primer alambrado del campo argentino y empezando la carrera que coronaría en 1855 Francisco Halbach, cónsul honorario de Prusia, quien fue el primero en alambrar la totalidad del perímetro de su estancia, Los Remedios, sobre el río Matanzas, a la altura de Cañuelas. Por primera vez en la historia del campo argentino, el alambrado remarcó los límites de la propiedad privada y, con ello, destacó su importancia. Mucho más que una razón técnica, ahora se podía tener una medida más clara de los terrenos, un control más estricto de la cantidad de animales y

una certeza mayor de sus propietarios. El robo podía sancionarse con mayor precisión. La racionalización de las relaciones económicas (una demanda de viejo cuño: como dueño de un saladero junto a Dorrego, Rosas se quejaba en 1817 de los gauchos que entraban a su propiedad cazando ñandúes sin su permiso) era el otro gran cimiento para la modernización económica argentina.

De ahí que Sarmiento gritara en 1855, en las páginas de El Nacional:

“¡Cerquen, no sean bárbaros!”.

Ahí mismo se acabó la libre circulación del gaucho por la pampa que tanto asombraba a los visitantes, algo similar a lo que ocurre con el cowboy en los Estados Unidos para la misma época. En esa regulación del espacio se profundizaba un ejercicio de control sobre los cuerpos y los movimientos, y se establecía de forma aún más clara lo que era correcto y lo que no. Y al mismo tiempo, el alambrado fijaba por primera vez de forma visible un adentro y un afuera que iba a tener reverberaciones en todo el orden social. Mientras los de adentro ejercían una libertad protegida desde afuera por el Estado, los de afuera perdían la libertad que habían tenido y estaban condenados a ser el objeto de disciplinamiento de ese Estado que debía resguardar la propiedad. Tener y no tener arrancaba en la riqueza, pero iba mucho más allá.[28]

El tercer elemento, finalmente, era cómo fundamentar la exclusión de la enorme mayoría de la población de las decisiones que los involucraban como parte del país. Legitimar la exclusión no era un problema menor, ni en el momento ni hacia el futuro. La explosión económica de las últimas décadas del siglo había generado una desigualdad sin precedentes. El sueño sarmientino de los granjeros norteamericanos, que ni siquiera era del todo cierto en los Estados Unidos, se hizo realidad en amplias zonas de La Pampa y ayudó a desarrollar una amplísima clase media. Pero el grueso de aquella prosperidad inédita quedaba en las manos de comerciantes conectados con el exterior y grandes terratenientes. Por fuera de la región pampeana y de Tucumán, el interior participó de este período de gloria más como espectador y consumidor que como protagonista. La

Argentina iba camino a ser rica, su ingreso per cápita era superior al de Francia, pero hacia fines de siglo, los palacios de los ricos en Buenos Aires estaban a escasas cuadras de los conventillos de los pobres. Una distancia geográfica breve que realzaba la enorme distancia social. ¿La política democrática podía ser el lugar en el que las masas buscaran achicar esa brecha y cuestionar los fundamentos de esa injusticia?

No. Para mitigar esa consecuencia posible de la política de masas estaba a mano el legado que Alberdi había dejado en sus Bases: la república posible. El desafío argentino a la salida del rosismo era ser un país próspero y estable. Aquella mirada repetía la idea del problema externo a la política: las causas de la violencia e inestabilidad estaban afuera de, y antes que, la política, y ahí debían solucionarse. La única tarea del gobierno debía ser facilitar la llegada de capitales e inmigrantes extranjeros. ¿Cómo hacerlo? Garantizando la libertad y el orden en el comercio y el derecho, pero restringiéndolos momentáneamente en la política para evitar turbulencias. En la idea alberdiana, las restricciones a la libertad política de masas eran el único medio para lograr la libertad política de masas. Luego, con el tiempo, cuando la dinámica social moderna hubiera dado sus frutos, la libertad política reinaría en la patria. Se culminaría así la evolución desde la república posible a la república verdadera.

Ahí está, flamante, la idea de la transición como una instancia en la que el presente de las masas se disuelve en una apuesta al futuro. Claro que la generación del 37 estaba rodeada por la violencia rosista, a la que veía como el derrape de los sueños revolucionarios de Mayo, y leía en los diarios (o reconocía en sus viajes) las revoluciones de 1848 que en Europa habían pulverizado los sueños de incorporar a las nuevas masas urbanas en el viejo orden monárquico. Europa había visto caer regímenes legendarios en revueltas iracundas, no era cuestión. ¿Cómo fundamentar la exclusión política en una generación que tomaba el legado de una revolución que se había concebido como profundamente igualadora? Como claudicación de su proyecto libertario, la república posible parecía al menos una respuesta a una coyuntura particular.[29]

Lo que el tiempo iba a demostrar era que el argumento de la transición como una espera que nunca termina es intrínsecamente ahistórico y está en el corazón de la idea de modernización. Tras la caída de Rosas, Alberdi mismo va a tratar de atenuar la idea de la espera, sin demasiado éxito. Primero, entre 1862 y 1880, el proceso de organización del Estado nación y la concreción de su mapa político (incluida la Guerra de la Triple Alianza que liquidó al Paraguay). Luego, la

consolidación del país por la generación del 80 hasta fines de siglo; siempre había una razón para la suspensión del presente de las masas, un tiempo que estaba constantemente por venir. Los gobiernos que se sucedieron desde la presidencia de Roca en adelante tuvieron esa particularidad liberal conservadora hasta 1910. Al margen de las grandes diferencias entre el Partido Nacional y el Autonomista primero y dentro del Partido Autonomista Nacional (PAN) después, el régimen de aquella época protagonizó una experiencia única: el formidable consenso político de las élites liberales sobre la necesidad de posponer la participación de las mayorías en las decisiones sobre el destino de la nación y la decisión de recurrir a una serie de recursos fraudulentos para mantener la legitimidad de esa exclusión.

Hubo que esperar a la crisis de 1890 para que comenzara a erosionarse la legitimidad de esos métodos y surgiera una crítica a los hábitos que esa superposición de poder económico y poder político. “Bah, de todos modos es el pueblo el que paga”, dice el doctor Granulillo en La bolsa, la novela que Julián Martel publica por entregas en La Nación reaccionando con desengaño contra una clase que no ha sabido retener su poder. El rencor de Martel, además, está dirigido a la falta de patriotismo de las élites por no haber sabido, con sus descuidos y su afan por la riqueza, proteger al país de una serie de males, entre los cuales los inmigrantes y los judíos son prominentes.[30] Esa erosión desde arriba da espacio a la revuelta desde abajo, una reacción consagrada en la Revolución del Parque de la que surgió la Unión Cívica Radical. Tarde pero seguro, algunos núcleos del PAN recién se reconocieron como conservadores hacia principios del siglo XX. Y fue ante esos grupos que emergió el ala moderada promoviendo una salida a esa transición eterna. El medio siglo que va desde la batalla de Pavón hasta 1912 revela la construcción del liberalismo moderno argentino no como adaptación pasiva de ideas llegadas de afuera, sino como una construcción activa de un proyecto político marcadamente histórico y profundamente nacional. De ahí emerge, robusta, la matriz de una superposición entre liberalismo, conservadurismo y la necesidad de incorporar a las masas que se va a repetir apenas décadas más tarde.

Sarmiento llega a 1880 con sus sueños realizados. Pero, como suele suceder con los sueños cumplidos, su realidad es demasiado distinta a lo que soñador tenía en mente. Nada es igual, y Sarmiento deambula las últimas décadas de su vida entre el desencanto y, como sugiere Halperin Donghi, la desintegración de las certezas que le dieron fuerza a su escritura décadas atrás. Más que el granjero que produce la riqueza de la nación y participa activamente de la vida pública, el

símbolo de la espectacular expansión nacional es el oligarca, que promueve que el Estado se endeude antes de que aumente los impuestos e insiste en reducir el espacio público a su esqueleto mínimo. “La cajetilla de frac”, como los llama Martínez Estrada. Quizá sea la educación su mayor legado: no solo en la expansión que atravesó, sino sobre todo en la forma en la que las élites impulsaron la enseñanza laica, pública e inclusiva.

Pero la ciudad. Esa que sería el remedio contra el gaucho. Ese destino luminoso que sacaría a la barbarie de cuajo para reemplazarla con sus hábitos universales e igualadores. El arma misteriosa que iba a relegar al gaucho a un objeto cultural en disputa entre ciudadanos modernos, urbanos, vestidos, asociados, educados, libres. La ciudad empezaba a hacerse realidad, sobre todo en Buenos Aires. Sin embargo, en sus entrañas se estaba gestando un nuevo monstruo que amenazaría todo lo que se había logrado.

▪

[9] Ezequiel Martínez Estrada, Radiografía de la Pampa, edición crítica de Leo Pollmann (coord.), Buenos Aires, Colección Archivos, p. 253.

[10] Sobre el mundo de estas transacciones incipientes en el comienzo de la organización legal, económica y política de la Argentina, véase Raúl O. Fradkin, “¿‘Fascinerosos’ contra ‘cajetillas’? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales”, en Islas e Imperios. Estudios de historia de las sociedades en el mundo colonial y postcolonial, nº 5, Barcelona, Tardor, 2001, pp. 5-33.

[11] Gabriel Di Meglio, Manuel Dorrego. Vida y muerte de un líder popular, Buenos Aires, Edhasa, 2014. En particular, capítulo 6 (“En nombre del orden”).

[12] Gabriel Di Meglio, Historia de las clases populares en la Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 2012, capítulo 6 (“Un orden nuevo”).

[13] Hilda Sabato, Republics of the New World. The Revolutionary Political Experiment of Ninteenth-Century Latin America, Princeton, Princeton University Press, 2018.

[14] Esteban Echeverría, Obras completas, t. IV, Escritos en prosa, Buenos

Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, p. 159.

[15] Domingo Faustino Sarmiento, Facundo (5ª ed.), Buenos Aires, Colección Austral, 1959 [1845]. Todas las referencias posteriores corresponden a esta edición. Principalmente, capítulos I y III de la Parte Primera, capítulos II, IV y V de la Parte Segunda y capítulo I de la Parte Tercera.

[16] Para una observación más específica del gaucho y su lugar excluyente en la construcción del mundo de lo popular en la historia argentina, véase sobre todo Ezequiel Adamovsky, El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019. Sobre el lugar fundacional de Facundo en ese proceso, véase el capítulo 6, "El gaucho mirado desde arriba".

[17] Acerca del liderazgo de Rosas, véase el minucioso estudio comparativo de Juan Pinto Vallejo, Daniel Palma Alvarado, Karen Donoso Fritz y Roberto Pizarro Larrea, quienes lo atribuyen a una debilidad de las élites a la hora de reafirmar su autoridad. El orden y el bajo pueblo, los regímenes de Portales y Rosas frente al mundo popular (1825-1852), Santiago, LOM, 2015.

[18] Alfredo Montoya, Historia de los saladeros argentinos, Buenos Aires, Letemendia, 2012; Osvaldo Gelman y Jorge Barsky, Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX, Buenos Aires, Sudamericana, 2013; Pablo Gerchunoff y Juan Llach, El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días, Buenos Aires, Crítica, 2018 [1998], capítulo I.

[19] José Luis Romero, Latinoamérica. Las ciudades y las ideas, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, pp. 228-229.

[20] Ariel de la Fuente, Children of Facundo. Caudillo and Gaucho Insurgency during the Argentine State Formation (La Rioja, 1835-1870), Durhan, Duke University Press, 2000; en particular, capítulo 5 ("Caudillos and Followers: The Forms of a Relationship").

[21] De la Fuente, Children of Facundo, p. 100.

[22] Albert Hirschman, La retórica reaccionaria, Madrid, Clave intelectual, 2020 [1991], traducción de Teresita de Vedia, epílogo de Santiago Gerchunoff.

[23] Juan Bautista Alberdi, Fragmento preliminar al estudio del derecho [1837].

[24] Hay una extensa bibliografía sobre el rol de los hacendados y la contratación de gauchos para la matanza de indígenas. Para una mirada simultánea de la patagonia argentina y chilena, véase José Luis Alonso Marchante, Menéndez. Rey de la Patagonia, Santiago de Chile, Catalonia, 2014.

[25] Romero, Latinoamérica. Las ciduades y las ideas, p. 247.

[26] Gerchunoff y Llach, El ciclo…, pp. 27-29; Halperin Donghi, Historia contemporánea…, pp. 258-159.

[27] Gelman y Barsky, Historia del agro argentino.

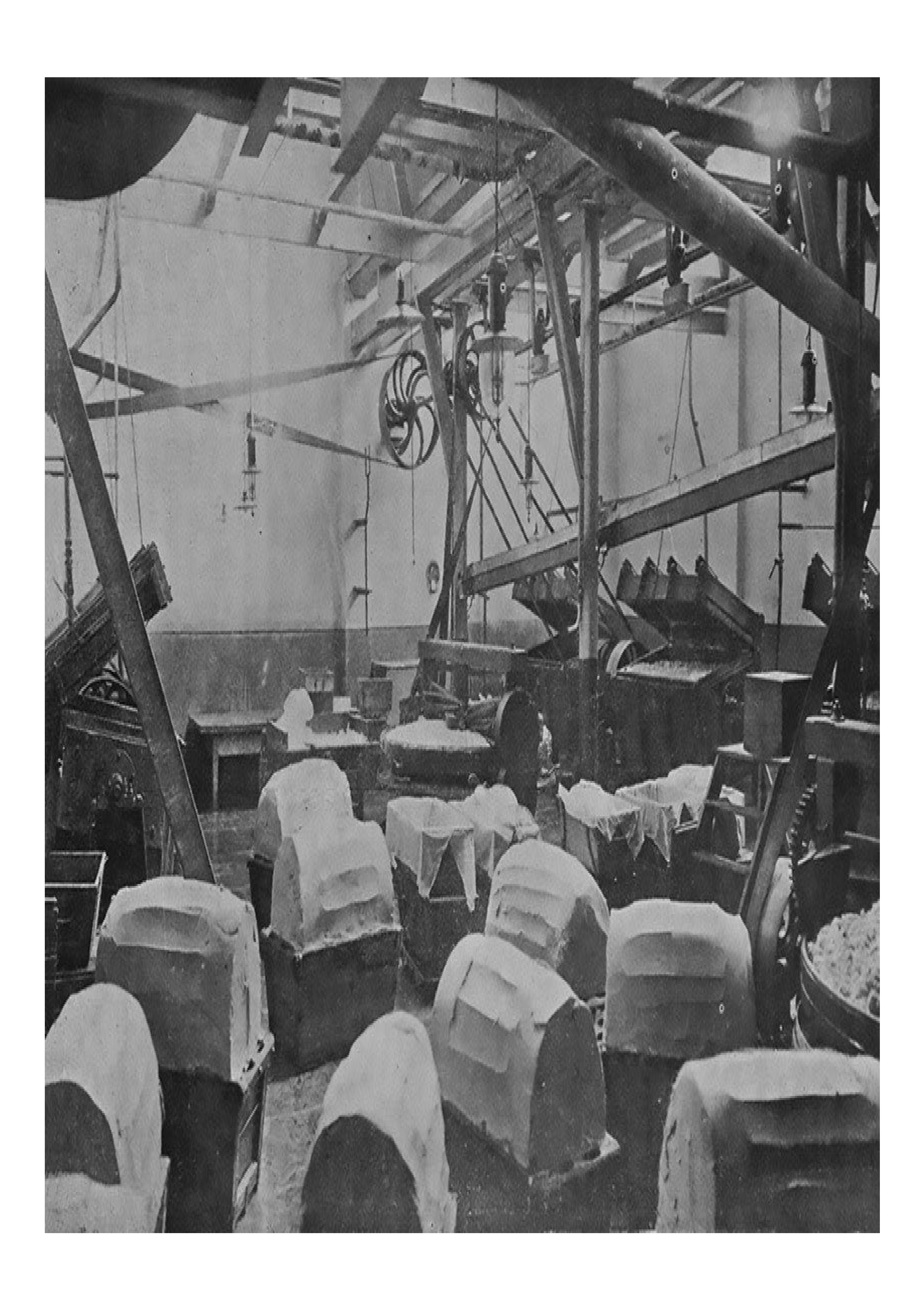
[28] Noel H. Sbarra, Historia del alambrado en la Argentina, Buenos Aires, Letemendia, 2008; Gleman y Barsky, Historia del agro argentino; Richard W. Slatta, Gauchos and the Vanishing Frontier, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983, pp. 147-151.

[29] Natalio Botana, El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916, Buenos Aires, Edhasa, 2014 [1977], Primera parte ("La fórmula alberdiana"). Tulio Halperin Donghi, "Introducción", en Domingo Faustino Sarmiento, Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América, Mexico, FCE, 1958. pp. 27-30.

[30] Julián Martel, La Bolsa, Buenos Aires, Huemul, 1964 [1891], p. 113.

3. El día que la plebe tenga hambre

Las masas del programa centenario



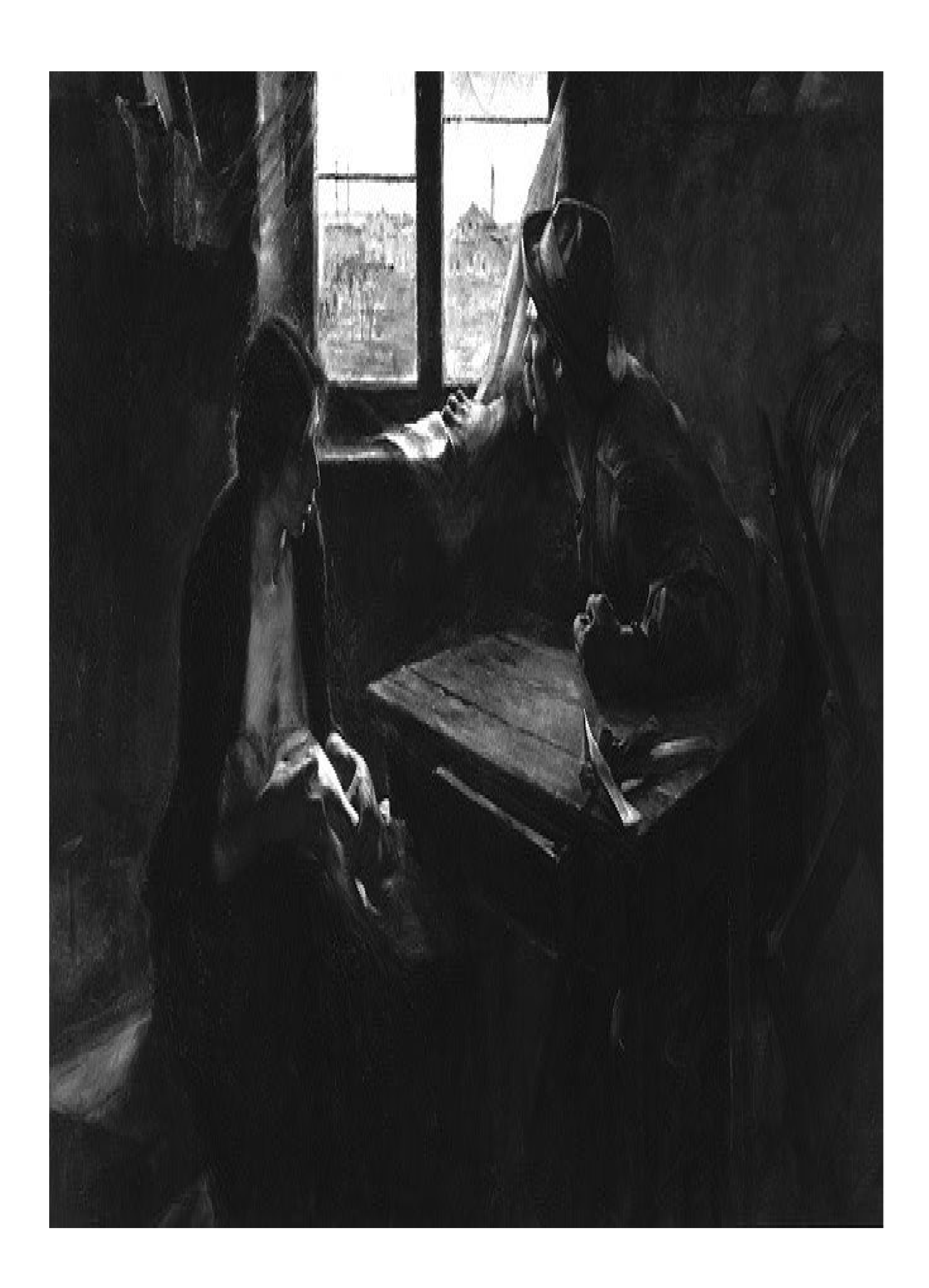
Argentina entraba al siglo XX como una potencia exportadora de productos primarios, alimentando la ilusión de las elites en un progreso ilimitado y un control de la cuestión social. El camino hacia el Centenario parecía idílico, y “tirar manteca al techo” se convertía en una expresión que denotaba excentricidad suntuaria, pero también posibilidad.

Bloques de manteca listos para empaquetar y exportar. Sociedad Rural Argentina, The Argentine Estancia. Review of the Livestock and Agricultural Industries, and of the Rural Prospects of the Argentine Republic (1903), p. 69.

Apenas siete años separan la muerte de Sarmiento en 1888 y el nacimiento de Perón en 1895. Dos siglos de dos Argentinas separadas por el espacio mínimo, uno de espaldas al otro. Entre ellos, un cuadro: Sin pan y sin trabajo, que Ernesto de la Cárcova pintó en Buenos Aires en 1894, recién llegado de Italia. Es un cuadro moderno en todo el sentido del término, un poco alejado del naturalismo, que representa en símbolos fragmentarios del presente aquellas temáticas que van a ser el futuro de todo un orden social. No hay grandes edificios ni aglomeraciones de masas; sim embargo, la ciudad está ahí en los elementos que la constituyen socialmente: la fábrica cerrada, los caballos de la policía, el descampado de las orillas urbanas y la bronca del trabajador mientras comparte la pobreza con su familia.

Hay algo inquietante en aquel cuadro. Mientras la espalda estirada del obrero acentúa el dramatismo de su puño cerrado sobre la mesa, su única reacción parece ser la de la rabia contenida. La acción, tanto la protesta como la represión, ocurren afuera; el trabajador aún no es parte de la masa organizada, como lo sería en Manifestación de Berni cuarenta años más tarde. Quienes están afuera defendiendo sus derechos tampoco lo hacen en un clima celebratorio o desafiante (como también ocurriría más tarde). La escena de la protesta es visible, sobre todo, por la presencia de la policía que la reprime. La vida obrera es todo lo demás: el edificio moderno de la fábrica cerrada en el horizonte y la herramienta sobre la mesa. La masa aún no es, pero ya se la percibe. De la Cárcova, que dos años antes se había afiliado al Centro Obrero Socialista (precedente inmediato del Partido Socialista) y que no retomaría el comentario social en su obra, está a caballo entre dos mundos.[31]

El siglo XX comienza con la pregunta que se mantendrá inconmovible en el centro de las preocupaciones argentinas hasta nuestros días: ¿cómo se integran las masas a la política? La propia pregunta dejaba de lado la esperanza romántica de algunas élites de retroceder el tiempo hasta la época en la que esas masas no eran percibidas como sujetos legítimos. Todos asumían, con énfasis muy distintos, que el mundo había cambiado. Bastaba caminar por las calles de Buenos Aires para comprobarlo. Alcanzaba incluso con cerrar los ojos y escuchar las voces y las pronunciaciones desde una mesa de café para darse cuenta de la profundidad de esos cambios. “Los de abajo” habían llegado para quedarse. Los antipopulismos, y el populismo al que condenan son, en esencia, respuestas distintas a la pregunta inquietante sobre cómo deberían integrarse.



Sin pan y sin trabajo, Ernesto de la Cárcova (1894).

¿Qué son las masas? El siglo XIX se despide con la mirada hacia adelante, cuando José María Ramos Mejía publica en 1899 Las multitudes argentinas. Ramos Mejía era médico, en una época en la que esa profesión estaba a la cabeza de una cruzada civilizatoria que atravesaba todo el arco político. En su libro, Ramos Mejía entiende que la “multitud” es un objeto de estudio específico, como aquellos que se pueden ver bajo un microscopio, y se aboca a analizarlo en detalle. En ese sentido (y solo en ese sentido) sigue los pasos de Gustav Le Bon, quien cuatro años antes publicó en Francia Psicología de las masas con esas mismas inquietudes.

Bajo el microscopio de Le Bon, las multitudes no tenían nada que ver con la suma de los individuos que las componían. En ciertos momentos y forzados por determinados impulsos o necesidades, los individuos podían unirse con un objetivo común y, en ese acto, dejar de ser individuos. La multitud no actúa con ninguno de los atributos que el pensamiento cartesiano y el liberalismo político le atribuían al individuo, a quien concebían como un sujeto racional y dotado de una voluntad libre y autónoma. La multitud, en cambio, actúa por impulsos, la mayor parte de los cuales son desconocidos para ella misma tanto como sus objetivos. La multitud aparece cuando existe “cierta facilidad de contagio”, un magma difícil de aprehender, guiado por emociones que se convierten en el mínimo común denominador de un grupo.[32]

Varias de estas ideas eran fruto de la observación propia. Ramos Mejía toma distancia de Le Bon y sostiene que solo los pobres pueden ser multitud. No cualquier individuo puede transformarse en parte de la masa (como sí asumía Le Bon), ya que “se necesitan especiales aptitudes morales e intelectuales, una peculiar estructura para alinearse en sus filas”. “El verdadero hombre de la multitud –dice– ha sido entre nosotros el individuo humilde, de conciencia equívoca, e inteligencia vaga y poco aguda, de sistema nervioso relativamente rudimentario e ineducado”.

Ramos Mejía no deja lugar a dudas de que el análisis de las multitudes se base en (y nutre a) una mirada jerárquica de la sociedad. Si bien hay aspectos

fisiológicos comunes a todo ser humano (hay seres educados que, en circunstancias excepcionales, pueden perder la racionalidad), estos rasgos se desarrollan plenamente en la pobreza. Ahí, arrinconado, explota lo que en otros está de modo inmanente: “el calor de la pasión, la irritabilidad que despierta un sentimiento herido, el ardiente estímulo de la lucha”.

Munido de esta visión, Ramos Mejía va a reescribir la historia argentina para colocar a esa multitud en el centro de la vida política desde la Revolución de Mayo. Su libro es un rechazo a la historia escrita hasta entonces bajo el tono de Bartolomé Mitre, en la que los hechos pueden explicarse por las cualidades de ciertos individuos (Moreno, San Martín, Rosas, Sarmiento). En esta nueva versión, en cambio, el pueblo movilizado ha sido el que empujó los acontecimientos de un año a otro para darle forma a la patria. Son “las cabezas subalternas”, como los denomina Vicente Fidel López, las que, reaccionando frente al miedo, finalmente fuerzan a actuar a los hombres de ideas en los años tempranos de la historia, desde la victoria contra las invasiones inglesas hasta la Revolución de Mayo.

Pero una vez triunfantes, estas multitudes establecen un sistema despótico sobre el resto, sobre todo si no son debidamente controladas. Esa mirada lleva a Ramos Mejía a una recuperación del caudillismo, en la que los caudillos emergen como aquellos que han sabido domesticar y conducir a unas masas que, de otro modo, habrían impuesto el terror. De ahí a rescatar la figura de Rosas había un solo paso, que Ramos Mejía da con entusiasmo en este libro (y en el siguiente, dedicado enteramente a la figura del gobernador bonaerense). La lección que han dejado estos caudillos para el futuro es la necesidad de apelar a las emociones por sobre la razón, a las imágenes por sobre el enunciado complejo, al encantamiento por sobre las ideas. Los caudillos confirmaban la necesidad de líderes que pudieran orientar a las multitudes y transformar expresiones emotivas e inorgánicas en algo más manejable. Más de un siglo después iban a surgir argumentos análogos al de Ramos Mejía en relación con el papel contenedor del peronismo en la política argentina. Cuando se expandieron las protestas en Chile hacia fines de 2019, una explicación recurrente de su irascibilidad remitía a una comparación con la Argentina, bajo la idea (en buena parte acertada) de que, en general, el peronismo y las organizaciones sociales eran capaces de vehiculizar este tipo de protestas hacia los terrenos de las políticas públicas, las elecciones, la negociación. Sin peronismo, Chile parecía condenado a una revuelta inorgánica y difícil de satisfacer.

La buena noticia para el médico argentino, fiel a una fuerte tradición dentro de las élites argentinas que registra pocas excepciones, era que las multitudes podían ser redimibles. El texto de Ramos Mejía adquiere tonos xenófobos y racistas que llaman la atención vistos tanto en ese momento como, sobre todo, fuera de su contexto. Aun así, esos énfasis son menos pronunciados que los que uno encontraría en sus predecesores, incluido Sarmiento. En la mayoría de los casos, las élites argentinas desarrollan una versión de lo que la sociología peruana llamó “raza social” antes que biológica. No es que esta última sea otra cosa que social, sino que el énfasis, a tono con las teorías neolamarckianas de moda en esa época, está puesto en atributos derivados de la vida en sociedad y que por tanto, a diferencia del color de la piel, pueden ser modificados y mejorados. En esa idea jerárquica y redentora, el arma de la sociedad para adocenar a las multitudes es la educación. La escuela y la formación son, para Ramos Mejía, una forma de “igualar para arriba” al mismo tiempo que un modo de evitar el imperio de las emociones.

Finalmente, y moderando el optimismo, la dependencia de las multitudes del accionar de un caudillo capaz de llevarlas a buen puerto las convertía en un objeto particularmente inestable. El tono del argumento de Ramos Mejía se balancea entre el escepticismo analítico (no siempre impostado) y el dramatismo. Si en sus páginas históricas hay una esperanza condescendiente sobre el papel de esas multitudes enardecidas, el final adquiere un tono profético y dramático:

“En la actualidad [en la cresta de la ola de la prosperidad nacional] no hay hambre, no hay odios engendrados por la miseria; no hay obreros sin trabajo y familias sin lumbre y sin calor en el invierno […] no existe aún la epidemia de la miseria, que es lo que le da su personalidad colectiva de plaga permanente y de fenómeno social ponderable [pero]temo que el día que la plebe tenga hambre, la multitud socialista que se organice sea implacable y los meneurs que la dirijan representen el acabado ejemplar de esa canalla virulenta que lo contamina todo”.[33]

Ese día tan temido estaba a punto de llegar. Una y otra vez.

Seres nuevos bajo el sol

Todos los remedios encierran en sí mismos los efectos secundarios de los que surgirán problemas mayores que aquellos que venían a solucionar. De lo que estaba hablando Ramos Mejía, y en lo que están pensando quienes lo rodean, es en la población de trabajadores inmigrantes de la ciudad. Si Sarmiento había imaginado a la ciudad como el antídoto contra el carácter chúcaro del gaucho solitario, ahora la fuente de preocupación era la contraria: la asociación y la cercanía entre los trabajadores. Si Alberdi proyectó la renovación de la población reemplazando el mestizaje colonial por la inmigración europea, ahora era la dificultad para asimilar a los inmigrantes lo que los ponía como amenaza permanente del otro lado de la vereda. Si ambos imaginaron a la industria como la fuente del progreso que dejaría atrás a la barbarie, ahora eran los obreros de esas industrias incipientes los personajes torvos que no aceptaban un lugar inferior en el orden social. Nada nunca soluciona nada.

La región había cambiado. La ciudad portuaria que había sido el símbolo del progreso de América Latina ahora era también el caldo de cultivo de las amenazas que ese mismo progreso traía. En la región, las multitudes podían ser rurales, pero en la Argentina, la preocupación por los grupos problemáticos era una referencia directa a los trabajadores urbanos inmigrantes, categorías que se superponían de forma mayoritaria. Buenos Aires era el paradigma de la "ciudad multitudinaria", como la denominó José Luis Romero, quien veía el país de fines del siglo XIX como la "sociedad aluvial" cuyas ciudades incorporaban hombres y mujeres de distinto origen, formación y expectativas. El punto de contacto entre la "sociedad normalizada" y la multitud era el espacio social, no político, en el que se definía, otra vez, el futuro de la nación. Esa multitud no siempre estaba contra los "normalizados", pero buscaba espacios para ascender y alcanzar a ese grupo. La idea de la asimilación era particularmente poderosa. En un clima de abundancia, la educación y el trabajo podían hacer milagros. Al menos para algunos: los inmigrantes con ideas más radicalizadas y aquellos con menos aptitudes ("vagos", para Ramos Mejía) serían más refractarios a cualquier integración. Así, el monstruo no era algo uniforme ni estable, y la esperanza en la integración convivía con el temor por el choque. Es una ambivalencia con

largas reverberaciones: cuando Romero escribe su magnífica obra sobre las ciudades, publicada finalmente en 1976, aún afirma que "las masas son formaciones sociales virtuales, y una circunstancia cualquiera puede operar como factor desencadenante de su aglutinación".[34]

No faltaría ocasión para que el factor desencadenante se presentara. Buenos Aires era una ciudad próspera en la que abundaba la pobreza, la Argentina era un país liberal en el que las masas no tenían representación legítima. ¿Cuánto faltaba para que un episodio como el retratado por De la Cárcova encendiera la mecha? En la ciudad, la mayoría de sus habitantes había nacido en otro país, y otros (pocos aún) habían llegado del interior. Los idiomas eran distintos, pero también los hábitos nocturnos, las ideologías, la noción de lo que era justo, la idea de ahorro y consumo, el sentido de asociación, la percepción del espacio público o el concepto de tiempo libre. Gino Germani observaba que, en 1895, de los 216.000 habitantes de la ciudad de Buenos Aires, apenas 42.000 eran argentinos nativos.

La transformación dejaría sus huellas en todos lados, empezando por el lenguaje, donde el lunfardo se consolidaba como idioma de hecho:

Hay una manera, hermano,

de ser nuevo bajo el sol:

Parlar en lunfaespañol,

pensar sudamericano.

Álvaro Yunque, 1961[35]

Y lo que sucedía por fuera de la ciudad de Buenos Aires no era menos espectacular. En la zona de la provincia de Buenos Aires que hasta 1870 había sido el sangriento "territorio de frontera" entre la nación y las comunidades indígenas, ahora había pequeños pueblos de una vitalidad asombrosa. Desde Bahía Blanca (la "Liverpool del Sur") a San Nicolás, Las Flores o Barracas al Sud (actualmente Avellaneda), todo era irreconocible en apenas una generación.

La cultura del cafecito alrededor de la plaza central, los pequeños comercios, la edificación pública incipiente y, tras la Ley 4874 que expandió la educación pública y laica en 1905, las escuelas, y entonces también la prensa escrita (los diarios locales para los moderados, los periódicos socialistas y anarquistas para el resto), y las asociaciones vecinales, y los sindicatos para los trabajadores y los Clubes del Progreso para los acaudalados y los comités de los partidos políticos: en no más de veinte años, ahí mismo, en el rincón más lejano del planeta, afloraban en su formato imperfecto todos los componentes de la esfera pública burguesa que Habermas puso en el centro de la experiencia moderna.[36]

¿Cómo se integra todo eso? En la Argentina, para hacer de esos grupos dispersos un sector social integrado se requería un piso de legitimidad del Estado o de las élites. Y de lo que no cabía dudas hacia comienzos del siglo XX era de que la distancia entre la riqueza social y la estrechez del sistema político se había agrandado más que nunca. En un país que había cambiado tanto, un solo dato se mantenía inamovible: en el casi medio siglo que va desde la elección de Mitre como presidente en 1862 a la de Roque Sáenz Peña en 1910, la participación popular a través del voto había oscilado entre el 1,2 y el 2,8% del total de la población.

Eso también estaba a punto de cambiar.

Reformismo desde adentro

Oh, sí… Algo hiede. ¿Seremos nosotros, los reaccionarios, que nos estamos cayendo a pedazos?

Aurora Venturini, Nosotros, los Caserta, 2011

Obviamente, Roca y un amplio sector de la élite política argentina registraban este problema desde adentro, tanto como aquellos que empujaban desde afuera. Hay un legado de las élites argentinas de finales del siglo XIX, diferente a las de otras partes del mundo, que se proyecta hacia el futuro:

Los grupos dominantes nunca imaginaron una política duradera que excluyera a las masas.

Pero buscaban la cuadratura del círculo: cómo conducir un cambio de régimen sin que cambiaran las relaciones jerárquicas entre “los de arriba” y “los de abajo”. Es decir, cómo ampliar la política y promover la inclusión social sin que los recién llegados desplazaran a los establecidos. He aquí uno de los últimos legados de la prehistoria para la conformación del antipopulismo moderno. El temor a la violencia y el descalabro del cambio de régimen lleva siempre a caminos de reforma concebidos como pausados pero que en los hechos funcionan como freno para esas mismas reformas. Un centro del argumento antipopulista histórico es que el populismo implementó de manera violenta y manipuladora cambios que de todos modos estaban contemplados para su momento adecuado. La llegada del radicalismo al poder iba a ser el primer

ensayo de esta tesis explicativa.

La imposibilidad intrínseca de la reforma desde adentro se graficaba en la evolución contemporánea de la Ley de Residencia de 1902 y el primer Código de Trabajo de 1904. La primera, introducida al parlamento como pedido de la Unión Industrial Argentina –que llevaba apenas una década de vida– en 1889 frente al clima de protesta social, autorizaba a expulsar extranjeros (o impedir su ingreso), algo que se hizo de inmediato contra activistas y dirigentes sindicales, principalmente de origen anarquista y socialista. Paradojas del destino y de las ambivalencias de la política de masas posterior, la Ley de Residencia iba a ser derogada recién en 1958, y hasta ese momento fue utilizada por todos los gobiernos, incluido el peronismo, que la blandió como amenaza contra… los almaceneros españoles durante el período de la campaña contra el agio. La ley era el instrumento jurídico notable de un amplio dispositivo para preservar “la riqueza pública” –como afirmaba la fundamentación–, y que incluía el estado de sitio y la persecución de dirigentes obreros nacionales y extranjeros por igual. Una vez más, la experiencia internacional nutría de forma determinante la mirada sobre las transformaciones locales. El proyecto había sido llevado adelante desde 1902 por el diputado Miguel Cané quien, recién llegado de Europa, había sido testigo privilegiado del auge del sindicalismo en Francia y otros países de la región, y regresaba con una idea de las huelgas como “crímenes que han producido horror a la humanidad entera”.

A la vez, Roca, el entonces presidente que promovía esta ley, había convocado a un grupo de abogados y dirigentes políticos para atender una realidad evidente: el rasgo distintivo de la Argentina moderna estaría dado por el mundo del trabajo, esa actividad dominante que ocurría por debajo de las élites, que mantenía al país en marcha y sobre la que existía escasa regulación. Quiso la incongruencia propia de la historia que fuera un hombre de la misma tierra de Facundo Quiroga, el riojano Joaquín V. González, quien estuviera al frente de la redacción del nuevo Código de Trabajo. La norma no podía ser más de avanzada: establecía la creación del Departamento de Trabajo, el establecimiento de foros laborales en la justicia, la jornada de ocho horas, la limitación de las horas de trabajo para los más jóvenes, la prohibición del trabajo para los menores de 14 años, la exclusión de las mujeres de ciertas actividades, el salario mínimo para los empleados públicos, la seguridad en el trabajo y la responsabilidad patronal en caso de accidentes, entre otras cosas. Joaquín V. González no había trabajado solo. Con él estaban quienes harían buena parte de la historia argentina de la primera mitad del siglo XX, desde Manuel Ugarte y

Enrique del Valle Iberlucea hasta Leopoldo Lugones y un joven que retomaría la posta del ideario de un reformismo desde adentro en otra coyuntura posterior: Carlos Saavedra Lamas, futuro canciller del presidente Agustín P. Justo durante la década infame y uno de los políticos más brillantes y ambiciosos de su generación.

Joaquín V. González también participaba de la otra epopeya iluminista de Roca: la reforma electoral de 1902. González era el hombre de la hora para todo lo que significara actualizar el régimen y adecuarlo a la nueva realidad. Distintas fracciones del oficialista PAN (que el historiador Natalio Botana calificó como "populistas" en uno de los usos más tempranos del concepto) convergían con la oposición enérgica de la Unión Cívica en la necesidad de revisar la forma de elegir a los representantes políticos. González logró que el congreso aprobara la ley que establecía una serie de innovaciones en el sistema electoral, la confección de los padrones y las instituciones a cargo de las elecciones, y que anticipó la Ley Sáenz Peña que una década después buscaría garantizar el sufragio universal masculino.

Sin embargo, son muchos los problemas de la estrategia de una reforma controlada, y todos hicieron eclosión en el mismísimo 1904. Las elecciones de ese año demostraron que la reforma electoral tenía el potencial de transformar el mapa político de la Argentina: precisamente por eso fue derogada al año siguiente. En cuanto al ambicioso Código de Trabajo, la oposición logró que el proyecto quedara congelado en el congreso. Socialistas y sindicalistas veían en la iniciativa una forma de injerencia del Estado en la fábrica que, a los codazos, desplazaba a los gremios, justo en el momento de una extendida protesta social. A diferencia de la reforma electoral y el Código de Trabajo, la Ley de Residencia ya llevaba dos años de plena vigencia en 1904 y el aparato represivo estaba lo suficientemente desplegado como para que durante las protestas del 1º de Mayo de ese año la policía reprimiera una marcha de más de cincuenta mil obreros en La Boca, en la que fue asesinado el trabajador portuario Juan Ocampo, cuyo cuerpo, en un ominoso precedente, fue luego robado por la policía durante el velatorio sin que nunca pudiera ser recuperado.

El año 1904 era el último de la presidencia de la figura más destacada del período de mayor prosperidad de la historia argentina. Roca, que se imaginaba partiendo al frente de una élite iluminada que abría la transición ordenada hacia un futuro de paz, terminaba como solo esas imaginerías suelen terminar: sin la legislación laboral que había promovido, sin la reforma electoral y con la ley

represiva más infame vigente, encabezando el gobierno que ese mismo año perpetraba el primer asesinato de un trabajador por las fuerzas represivas y se atribuía así el primer desaparecido de la Argentina.

Una vez más, la actitud de las élites de cara a los festejos del centenario de 1910 iba más allá de la caricatura autocelebratoria asociada al concepto de "oligarquía", que también existió. Los mismos grupos que aplaudían el centenario con una inserción única de la Argentina en el mundo de la prosperidad veían sus propios logros jaqueados. En la década que precedió a los festejos, recordaba el socialista Nicolás Repetto, hubo más de cien huelgas en la industria y el agro, seis paros generales, cinco declaraciones de estado de sitio y cinco matanzas obreras a manos de fuerzas de seguridad; se sancionó la Ley de Residencia y se perpetró el asesinato del jefe de la policía, Ramón Falcón, como venganza por la masacre cometida por la fuerza bajo su mando. Nadie era ciego, ni podía serlo. Para muchos era una sensación de amenaza. Para otros, como Sáenz Peña, un clima de final de época que buscaban reorientar mediante reformas políticas.

Si Joaquín V. González era el hombre de la vieja guardia que venía a renovarla, Saavedra Lamas era el joven que llegaba a la política para dirigir sus destinos futuros. Lector de Marx y Spencer, al tanto de las teorías y tendencias políticas más de avanzada para la época, Saavedra Lamas llevaba en sí mismo el ADN de la élite: bisnieto del presidente de la Primera Junta, Cornelio Saavedra; nieto del gobernador bonaerense durante la presidencia de Mitre, Mariano Saavedra, su familia habitaba América desde la época de la conquista. Una prosapia que tomó nuevo vigor con las decisiones propias, al contraer matrimonio con Rosa Sáenz Peña, hija del futuro presidente argentino Roque Sáenz Peña. ¿Una élite endogámica? Seguramente, pero una élite que al mismo tiempo podía generar protagonistas novedosos. Por algo Saavedra Lamas inauguró su estudio jurídico en la calle Florida con especialización en derecho del trabajo, un campo mayormente inexistente en el universo de preocupaciones de las familias patricias argentinas. Culto y dandy, celebrado como el "embajador del London chic en Buenos Aires", Saavedra Lamas se inició en la política porteña junto con el siglo, trabajando en la municipalidad como asesor, antes de ser designado a los 27 años como director de Crédito Público de la ciudad de Buenos Aires. De ahí en más se asoció a las causas reformistas con las que los gobiernos de la república posible imaginaban la república verdadera. Desde 1908, como diputado (por la ciudad de Buenos Aires primero, por la provincia después) participó, como señalamos, de la redacción del Código de Trabajo con Joaquín

V. González, pergeñando un lugar para los trabajadores en la sociedad de la que él mismo era un centro de gravitación importante.

Así es como compartió los preparativos y ejecución de la Ley 4824 que cambiaría profundamente la cara de la ciudad de Buenos Aires. La norma, sancionada en 1905, más conocida como la “Ley Irigoyen de casas baratas”, respaldaba a los municipios para que construyeran complejos habitacionales para obreros. En Buenos Aires, el intendente Carlos Torcuato de Alvear obtuvo los terrenos y los fondos para que en 1907 se iniciara la construcción del Barrio Butteler en un sector del Parque Chacabuco, el primero de una serie de complejos que crecerían en la ciudad y que aún son parte de su estética inconfundible. Muchas de las casas eran de gran calidad, y aunque la oferta era insuficiente para la cantidad de gente viviendo en los conventillos, señalaba una dirección de inversión pública e inclusión.

Una foto de ese espacio de política pública encierra las contradicciones de la élite que se iba y los desafíos de la que vendría. En el caluroso mediodía del 15 de diciembre de 1907, el presidente José Figueroa Alcorta se acercó a Parque Chacabuco para inaugurar la construcción del Barrio Butteler. La delegación no podía ser más expresiva de ese tiempo de transformación. En el palco, junto al presidente y al intendente porteño, aparecía Carlos Thays, el arquitecto y paisajista que renovó los parques y el paisaje del país para ponerlos a tono con la opulencia de una república venturosa. Junto a él, Saavedra Lamas, el joven que venía a integrar las nuevas camadas de funcionarios. En la misma tarima se paraba el jefe de la Policía Federal, el coronel retirado Ramón Falcón, cuyo bautismo en el cargo apenas meses atrás había sido, justamente, la represión a una protesta de inquilinos. Un poco más allá de Falcón estaba Alfredo Palacios, el primer diputado socialista de América y uno de los más entusiastas defensores de los derechos de los trabajadores.

La época iba a llegar a su fin en 1912, con la reforma electoral conocida como la Ley Sáenz Peña, bajo la cual haría ingreso en la política el primer movimiento populista de la Argentina. Roque Sáenz Peña había llegado al poder en 1910 decidido a encabezar una suerte de final de época. Aún antes de asumir se había reunido con Hipólito Yrigoyen, la bête noire del régimen, para ofrecerle un cargo en el gobierno, una osadía que deja al Pacto de Olivos del final de siglo a la altura de un juego de chicos. Era tan claro que la reforma electoral abriría las puertas para la llegada del radicalismo que Indalecio Gómez, uno de sus redactores, hizo un cálculo de cómo se repartirían los votos tras la aprobación de

la ley que fue casi exacto a lo que ocurrió cuatro años después.

El régimen había ido cambiando desde adentro y desde afuera. En el interior del país, el roquismo, que había llegado a lugares como Jujuy de la mano del Ejército y las intervenciones federales, había progresado hacia una élite política, con un grupo de propietarios y alguna forma de vida social. En la ciudad de Buenos Aires, la revolución de 1890 había transformado las elecciones en eventos relativamente competitivos (lo que en parte explica eventos como el del Barrio Butteler); en la provincia, la lucha era entre el PAN, la Unión Cívica Nacional y la Unión Cívica Radical. Distante de la imagen de un bloque incapaz de registrar al país de abajo, la política de las élites reflejaba los cambios de la época. El Roca de la presidencia era la cara de un gobierno en el que, como señala la historiadora Paula Alonso, “negociar, negociar, negociar, fue el dictum de la política”.[37] Negociar para cambiar sin perder demasiado. Como se escuchaba en el Teatro Avenida durante un acto en apoyo a la candidatura de Sáenz Peña en 1909: “No nos empeñemos vanamente en conservar la línea originaria. A la incorporación de elementos ajenos, debemos nuestra prosperidad y nuestra fuerza”.[38] Solo faltaba un detalle: los votos.

Postdata para la prehistoria del antipopulismo

“Este país, según mis convicciones después de un estudio prolijo de nuestra historia, no ha votado nunca”.

La frase que condensaba el tono de la época era de Joaquín V. González, uno de los promotores más brillantes de la ley, un hombre del régimen insospechado de radicalizado o marginal (diputado, senador, gobernador, asesor múltiple de presidentes varios). Ese país que no había votado nunca llegaría a hacerlo de la mano de la ley que él estaba impulsando. La Ley Sáenz Peña no consagró el voto universal y secreto; lo primero había sido sancionado en 1857; lo segundo estaba presente en la legislación desde 1902. Sí, en cambio, impuso el voto obligatorio y el cuarto oscuro, así como cambios en la conformación de los colegios y mesas electorales. Por sobre todo, motorizó algunos cambios cruciales en la forma en la que se implementaba la universalidad del voto durante la conformación del padrón electoral al reemplazar las comisiones inscriptoras –que hasta entonces eran un mecanismo privilegiado de exclusión de los ciudadanos y de fortalecimiento de los aparatos políticos– por los datos obtenidos en la libreta de enrolamiento. La nueva legislación estaba pensada para poner en marcha un sistema de partidos políticos modernos que compitieran por un electorado de masas. Y aunque eso ocurrió no siempre en las formas que sus autores habían imaginado, la ley dispuso cambios en los mecanismos para conformar los padrones electorales, en la autoridad que debía regir los comicios y en las garantías para ejercer el voto que transformaron de cuajo el panorama electoral. Se acababan las “elecciones canónicas” y arrancaba la competencia política.[39]

La ley marcó un punto de inflexión en la política argentina, junto con el fin de la prehistoria del populismo. Los estudios clásicos del período, así como la liturgia pública, la asociaron al triunfo de la Unión Cívica Radical cuatro años después,

la llegada de Hipólito Yrigoyen al poder y el comienzo de la política de masas en el país. Sin embargo, en estas dos décadas del siglo XXI, un amplio grupo de historiadores y académicos comenzaron a mirar más de cerca los detalles de la ley. Varios trabajos se enfocan en reformas previas a la ley (como la universalidad del voto sancionada medio siglo antes), en los avances que produjeron esas reformas, en las maneras disímiles con las que se implementó la Ley Sáenz Peña a lo largo del país (el analfabetismo como obstáculo para votar se interpretaba de distintas maneras) y en la persistencia de irregularidades propias del viejo régimen luego de 1912: entre ellas, el rol de los aparatos políticos y de los caudillos en las jornadas electorales.

Estos estudios sirvieron para repensar la forma en la que se cuenta la historia de esos años. Todos matizaron los enunciados grandilocuentes sobre la ley; algunos se esforzaron en la "desmitificación". Entre ellos se destaca Luciano de Privitellio, un historiador especializado en elecciones, partidos políticos y la evolución de la idea de ciudadanía. Para De Privitellio, la importancia de la Ley Sáenz Peña es distinta y menor que lo que en general se cree. Escribiendo en 2012, el historiador atribuye la notoriedad de la ley a la hagiografía del partido radical y al imaginario reformista posteriores. Para él, la ley de 1912, aunque introduce cambios, "no constituye una ruptura tan fuerte" como se ha pretendido. En esta mirada, las transformaciones que sí introduce tampoco "describen las prácticas que le siguen": es decir, los efectos de esos cambios distan mucho de las aspiraciones de quienes los impulsaron.[40] Así, la ley aparece disociada de las primeras elecciones presidenciales realizadas bajo su amparo y, mucho más, del resultado de ellas.

Pero si la reforma no había sido una ruptura y "no agregaba ni modificaba nada respecto del universo de votantes que tenían derecho a voto", a De Privitello solo le queda un detalle pendiente por explicar: por qué el número de votantes, después de mantenerse estable durante medio siglo, se multiplica de una elección a la otra en un 375%, de 199.000 a 745.000 personas. El impacto de ese cambio es imposible de ignorar; los votantes pasan del 2,8 al 9% de la población del país, una cifra modesta comparada con los números actuales, pero un salto abismal en apenas seis años. Si el universo de quienes tenían derecho a voto era el mismo que antes, ¿por qué ahora votaba el cuádruple de personas? La respuesta real está en que la ley no modificaba (sustancialmente) ese universo, pero disponía los mecanismos para que hubiera menos obstáculos y más incentivos para votar.

La omisión de ese dato central de la elección de 1912 le abre a De Privitellio las puertas para un argumento mayor. En esta renovada narrativa privitelliana sobre el momento culminante del surgimiento del populismo en la Argentina, la ampliación del voto es solo el producto endógeno del orden conservador en el que los dirigentes, por iluminación o por necesidad, extienden el sufragio. Se trata, en esta interpretación, de "una élite que por distintas razones decidió imponer la obligación del voto", para luego explicar con alguna audacia: "Los electores argentinos no presionaron por ampliar un derecho que ya tenían y que, al parecer, poco les interesaba, sino que fueron obligados a votar por una élite que veía en esta ampliación de la participación un mecanismo de solución para los problemas que según estimaban eran propios de la política".

Esta descripción modernista en la que "los de abajo" son receptores relativamente pasivos de decisiones tomadas en su nombre es una versión temprana de una "política de audiencias". En sentido opuesto a lo que asume De Privitellio, la evidencia sobre la presión por la expansión de la ciudadanía y la participación política en la Argentina en los veinte años previos a la Ley Sáenz Peña es abrumadora. En la mayoría de los casos no se expresaba en una demanda por el voto… porque el voto era visto, con justa razón, como un instrumento manipulado que no cambiaba nada. Pero la ley llega tras dos décadas de revueltas populares (la que creó a la Unión Cívica en 1890 es la más recordada), crecimiento de las organizaciones obreras y partidos de izquierda (sobre todo el socialismo), incremento en la protesta social y en su violencia. Dicho de otro modo: hay pocos momentos en la historia en la que la demanda por la expansión del proceso de toma de decisiones fuera tan clara como en 1910. Es justamente esa presión desde afuera lo que genera conflictos internos en el orden conservador, en la medida que las maquinarias para manipular los votos que habían funcionado en el pasado se tornan problemáticas y, en algunos casos, impredecibles. Lo que Joaquín V. González y los protagonistas del régimen de la época perciben con claridad, en contraste con el historiador un siglo después, es que las reformas previas no han sido eficientes y que garantizar la expansión del voto (no su derecho) podía oxigenar un sistema asfixiado por la protesta social.

Es crucial entender esta argumentación histórica privitelliana, porque alrededor de su lógica se producirá una forma específica del antipopulismo: la critica a reformas juzgadas innecesarias y, al mismo tiempo, radicales e inconsecuentes. En La retórica reaccionaria, Hirschman encuadraba este tipo de argumentos dentro de una de las tres formas de reacción al cambio, la de la "tesis de la

futilidad”: el impulso de reformas políticas, económicas o sociales de fondo es innecesario, porque estas reformas no van a cambiar nada, y porque ellas generan conflictos que impiden avanzar en medidas que de todos modos ya estaban en marcha. Analizando un varietal de las reacciones de Tocqueville y otros intelectuales franceses que veían con preocupación los efectos de la Revolución Francesa, Hirschman mostraba que estos negaban la necesidad de los cambios (desde la administración centralizada hasta la distribución de la tierra, pasando por la creación de un cuerpo de funcionarios públicos), dado que esas reformas ya estaban bien encaminadas por el ancien régime.[41] Hirschman hace estas reflexiones a fines de los años ochenta, cuando la revolución conservadora de Thatcher y Reagan acelera el desmantelamiento del Estado de bienestar y varios economistas (Hirschman se enfoca en el trabajo de George Stigler, de la Escuela de Chicago) utilizarán una lógica análoga para fundamentarla: no se trata (solo) de que la intervención pública fuera condenable, sino que ni siquiera producía los efectos igualadores a los que aspiraba.

La lógica argumentativa de De Privitellio aparece en muchos análisis de otros autores sobre cambios políticos bruscos. Como veremos, planteos análogos se aplicaron también a los estudios acerca de los orígenes del peronismo. Bajo esta idea, lo que Perón llegó a representar (la idea de derechos sociales) llevaba décadas de vida antes del 17 de octubre de 1945; lo que Perón corporizó fue una versión distorsionada de aquel espíritu. En esta aproximación, la presión social desaparece como motor de cambio, pero al mismo tiempo reaparece por otra puerta como fuente de peligro. Como afirma el historiador en su balance sobre el impacto de la ley de 1912 que abrió el camino a la política de masas y al final del orden conservador, “la modificación de las normativas electorales no cambió demasiado las prácticas: las máquinas, y no los ciudadanos aislados, siguieron siendo los únicos interesados en la práctica del sufragio. Ni ciudadanía ni opinión, sino enfrentamientos más o menos violentos entre grupos facciosos movilizados a los efectos de la elección”. La ciudadanía aparece como un atributo estrictamente individual que debe ser protegido contra la influencia de las maquinarias políticas, para que el votante, ahí sí, pueda ejercer su derecho en absoluta (es decir, individual) libertad.

De Privitellio no establece conexiones con formulaciones contemporáneas mientras desarrolla esta nueva mirada revisionista. No lo necesita: quienes lo rodean al momento de la producción de esta narrativa (el historiador fue director del Museo de la Casa Rosada durante la gestión de Mauricio Macri) harán uso y

abuso de esta lógica con la que se analiza el momento de génesis del populismo moderno, para confirmar la validez de sus propias políticas un siglo después.

Los recursos, las instituciones y las ideas que habían permitido liderar políticamente el período más próspero de la historia argentina se estaban agotando. Y sus líderes, miembros de una oligarquía endogámica pero dinámica, lo sabían.[42] Es curiosa la superposición de los momentos históricos, el de 1912 y el de 2012. Los hombres de un orden conservador que había existido en base al fraude y la exclusión tenían suficientes recursos ideológicos para comprender lo que ocurría por fuera de su clase. Un siglo después, los representantes de un movimiento político de derecha que debía legitimar las ideas e intereses de una clase mediante el voto popular se amputaban su ambición de masas en la incomprensión fanática de lo que podía considerarse aceptable como "interés general". He ahí una paradoja de la última cruzada antipopulista.

▪

[31] José Emilia Burucúa, Nueva historia argentina. Arte, sociedad y política, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 199-201; Laura Malosetti Costa, Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a finales del siglo XIX, Buenos Aires, FCE, 2001.

[32] Para una revisión general de Le Bon y Ramos Mejía, véase Oscar Terán, "Lección 5. El positivismo: José María Ramos Mejía y José Ingenieros", en Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, en particular, pp. 129-132.

[33] José María Ramos Mejía, Las multitudes argentinas. Estudio preliminar y bibliografía de Abel Langer, Buenos Aires, Marymar, Colección Identidad Nacional, Secretaría de Cultura de la Nación, 1994 [1899].

[34] Romero, Latinoamérica, en particular pp. 331-343. Carlos Altamirano, "José Luis Romero y la idea de la Argentina aluvial", Prismas. Revista de historia intelectual, Quilmes, Universidad de Quilmes, 2001, nº 5, pp. 313-326.

[35] Álvaro Yunque, "Renovación", en La poesía dialectal porteña. Versos rantes, Buenos Aires, Peña Lilo, 1961.

[36] Dos minuciosos análisis de esas transformaciones culturales "desde abajo", en Osvaldo Graciano, "El mundo de la cultura y las ideas", y Ricardo Pasolini, "Vida cotidiana y sociabilidad", en Juan Manuel Palacio (dir.), Historia de la provincia de Buenos Aires, t. IV: 1880-1943, La Plata, Unipe Editorial Universitaria-Edhasa, 2013, capítulos 4 (pp. 153-180) y 11 (pp. 363-392).

[37] Paula Alonso, Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX, Buenos Aires, Edhasa, 2010, p. 39.

[38] Horacio P. Areco, discurso de apoyo a la candidatura de Roque Sáenz Peña, 13ª sección electoral. Buenos Aires, 20 de diciembre de 1909, Latin American Pamphlet Digital Project, Master Microforms, Widener Library, Harvard University; sobre Roca, véase Alonso, Jardines secretos, p. 36; Natalio Botana, El ordel conservador…, Postcriptum, segunda parte, 2012.

[39] Sobre Joaquín V. González y sus ideas, véase Horacio Crespo, "Tradición historia y republicanismo: el proyecto cultural de Joaquín V. González", en Carlos Altamirano y Adrián Gorelik (eds.), La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo XX, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

[40] Esta y las referencias de las páginas siguientes corresponden a Luciano de Privitellio, "Qué reformó la reforma? La quimera contra la máquina y el voto secreto y obligatorio", Estudios Sociales. Revista universitaria semestral, año XXII, nº 43, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2012, pp. 29-58.

[41] Hirschman, La retórica reaccionaria…, p. 128.

[42] Para una caracterización matizada de las clases terratenientes, sus intereses y decisiones, que vaya más allá de la caricatura de la "oligarquía", véase Roy Hora, Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Parte II

Historia

4. Democracia de arrabal

La irrupción radical y la política de masas



Con la Ley Saenz Peña, la expansión del voto y la llegada del radicalismo al poder, el espectro del compadrito aparecía como una figura monstruosa. Los análisis sociológicos lo pensaban como el producto del roce entre la ciudad y el suburbio, y el portador de la violencia que el gaucho había desplegado en el siglo anterior.

Frank Vega, en Hernán Vanoli, “Querido Monstruo”, revista Crisis, 20 de enero de 2017.

Pero algo vos darías por ser solo un ratito

el mismo compadrito del tiempo que se fue

pues cansa tanta gloria y un poco triste y viejo

te ves en el espejo del viejo cabaret

Carlos Gardel, “Bailarín compadrito”

Compadrito. s. Individuo de la plebe, pendenciero, jactancioso, afectado en la vestimenta y en su manera de conducirse… 3. adj. Dícese del individuo altivo, desafiante. “Es un compadrito. No me meto más con él. Siempre buscando camorra”.

Fernando Hugo Casullo, Diccionario de voces lunfardas y vulgares, Buenos Aires, 1964, pp. 67-58

Se los veía en la calle, en cualquier lugar de la ciudad, aunque se hiciera evidente de inmediato de dónde venían. O uno podía cerrar los ojos y darse cuenta de su presencia perturbadora en el acento marcado de los inmigrantes semiadaptados, en el tono varias veces más arriba que el de una conversación civilizada. El amplio campo académico de la historia del sonido podría hacerse un festín con la musicalidad de sus voces. Y no necesitaría de mucha imaginación: su tono y sus palabras únicas eran celebradas por una extensa cultura de masas que, desde los discos al cine, ahora contaba con nuevas tecnologías que permitían retratarlos al detalle. Su presencia penetrante era sonora, odorífera, anclada en el orden de los sentidos más que en el de sus ideas. Aparecían en los negocios y en los bares. Pero, sobre todo, estaban en los comités, otorgando y recibiendo favores y castigos, la razón de ser de la política.

Si el interés por los líderes esconde una preocupación por sus seguidores, el antipopulismo se estrena con la centralidad del compadrito como el sujeto político de la nueva democracia argentina. El compadrito es la continuación del gaucho como construcción conceptual de quiénes son y cómo piensan “los de

abajo”, pero también es mucho más que eso. Porque hacia adelante, el compadrito también es el cabecita negra antes del cabecita negra, el puntero antes del puntero. Y a su vez, obviamente, es un modelo específico, diferente de su predecesor y de sus sucesores. En el largo linaje gaucho-compadrito-cabecita negra-choriplanero que encadena las representaciones antipopulistas de la multitud, el compadrito es el primer sujeto popular que forma parte de la política democrática y que, a diferencia del gaucho, comparte un espacio institucional y político con sus detractores. La democracia de masas forzaba a una convivencia inédita entre las élites y quienes eran percibidos por ellas como la causa de todos los males. Y el resultado, contra las ilusiones más esperanzadas, no iba a ser una creciente armonía, sino la creación de un país dividido.

El compadrito es el hombre del suburbio, situado en los bordes de la ciudad cosmopolita, el que no ha podido acceder a los boulevards iluminados y debe vivir en las orillas, el orillero del arrabal que, ejemplo de la cultura de fronteras, vive entre la economía informal y el crimen. Mezcla de guapo y compadre, tiene la prepotencia del primero y la marginalidad del segundo. El compadrito se suma a la política con los saberes propios de sus hábitos y su geografía que son, en muchos casos, actualizaciones de la caracterización del gaucho: no solo la violencia física y armada, sino la relación ambivalente con la ley y la construcción de lealtades políticas basadas en el intercambio de favores más que en ideas universales de derecho. Para quienes enfatizan todas estas características, esta primera expresión del sujeto político de la democracia de masas deja mucho que desear. Heredero del “espíritu empobrecido” del gaucho, como afirma Luis Reyna Almandos, el compadrito es un personaje “sumiso al señor de la tiranía y, por lo tanto, alzado contra el orden, el derecho y la ley”. Así emergía ante los ojos de conservadores e ilustrados el primer sujeto populista. Este tipo social fruto de la ciudad moderna, pero con los vicios de la sociedad agraria que había dejado atrás, era la base sobre la que se montaba el edificio tiránico que tenía en la cúspide al liderazgo personalista de Hipólito Yrigoyen. [43]

Muchos de los compadritos harán nombre en las producciones culturales que los ensalzan en la radio, el cine y la literatura. Pero los reales tienen una vida que brilla, más bien, por el contraste del arrabal oscuro en el que transcurren. El tango, la literatura y el sainete (y el cine inmediatamente después) lo transformarán en un personaje mitológico; he ahí una de sus similitudes con el gaucho. Pero la existencia del compadrito que vive en los arrabales de la ciudad de Buenos Aires es menos romántica. Los bordes de la ciudad son difusos.

Puede ser Avellaneda en el sur, afuera de la ciudad misma, o Villa Luro en la ciudad, o La Boca, o un barrio perdido al norte, el Abasto mismo; el límite es también una decisión acerca de dónde se termina la normalidad de la ley y rige la discrecionalidad de los hombres.



Inmigrantes recién llegados a Buenos Aires. Frank G Carpenter (c. 1923). Colección Frank y Frances Carpenter de la Biblioteca del Congreso.

En esa secuencia de caracterizaciones del sujeto de la multitud, primero que nada, el compadrito comparte con el gaucho la condición de hombre de frontera: solo que la frontera se ha corrido ahora mucho más cerca de casa. Es, también, un producto de su entorno, un sujeto cuyas predisposiciones políticas pueden explicarse por condiciones sociales anteriores, desde la dieta hasta su niñez. De esas condiciones prepolíticas que fundamentan su accionar, la que más destaca es la de inmigrante o hijo de inmigrantes. Sin embargo, al mismo tiempo, muestra algunas facetas novedosas que no estaban tan presentes en el imaginario sobre el gaucho rosista. Sin dudas, la más relevante es que el compadrito, ese portador del virus irredento de la división nacional, ya no está tan lejos de todos, sino que convive con nosotros en la ciudad y sus alrededores. La ciudad y los inmigrantes, los dos antídotos contra la barbarie que imaginaron Sarmiento y Alberdi, han producido su propia megabacteria. Como el gaucho, el compadrito es un tipo social impuro (con el indio auténtico, impoluto, Sarmiento va a tener una reverencia –y un desprecio– distintos). De hecho, algunos de sus rasgos principales –la propensión a la violencia, la bravura, el carácter temerario– son ideas sacadas de las descripciones del gaucho matrero y asociadas a él por el mismísimo Sarmiento.[44] De hecho, el compadrito asoma, desde las sombras de la vida gauchesca, en el Facundo, cuando Sarmiento indaga sobre lo que él cree que será la futura base social del rosismo: “¿Los gauchos, la plebe y los compadritos lo elevaron? Pues él los extinguirá, sus ejércitos lo devorarán”.

Escribiendo en 1930, Carlos Sánchez Viamonte retomaba el argumento de Sarmiento para mostrar que el compadrito no era la base social del rosismo estrictamente hablando, pero había prohijado su continuidad en el radicalismo. Y ahora, “del mismo modo que el gaucho es el protagonista rural, el compadrito es el protagonista suburbano” de un “suburbio cosmopolita” que “constituía el servicio doméstico” de la ciudad. Viamonte reconocía en el radicalismo “una misión social de innegable importancia […] al quebrar el círculo cerrado de los antiguos núcleos sociales”. Sin embargo, no puede dejar de ver en ese gobierno radical una fuerza “conservadora y reaccionaria por su origen y por la incultura de sus dirigentes”. Ese es “el medio social y político que produce a Hipólito

Yrigoyen; subcaudillo, el último caudillo”.[45]

De forma más clara que el gaucho, y más en línea con el cabecita negra que lo sucederá, el compadrito representa el problema dilecto de la mirada antipopulista: es la expresión de lo que podríamos denominar un sujeto en transición. Estos sujetos políticos leales a quienes los sojuzgan son, para miradas como la de Viamonte, el producto de la modernización que dio el mal paso. La condición de inmigrante y de habitante de los bordes de un medio social al que no termina de pertenecer lo tornan una materia inestable. Esta impresión se mantendrá presente en un grupo de miradas sobre la política de masas hasta nuestros días. La bendita transición es la que permite definir a la barbarie y la civilización, para construir luego la narrativa bíblica en la que la multitud, haciendo la travesía desde una hacia la otra, tropieza siempre con alguna tentación que la desvía de la salvación y la retrotrae al pasado. Solo que ahora esos campos de civilización y barbarie son más porosos y entonces la política y el tiempo tienen la misión de ayudar a cruzar ese puente. Ya sea con él o con su progenie, la educación y la industria harán de estos sujetos un hombre nuevo, uno que hablará castellano con propiedad y tendrá los hábitos de un ciudadano en vez de los de un esclavo.

El compadrito es un sujeto redimible.

Y eso justo es lo que también lo diferencia del cabecita negra que viene. El cabecita negra es un sujeto social de la transición hacia la modernidad, pero su existencia está indisolublemente atada a su adhesión al peronismo, a su líder obsceno y a su programa radicalizado. Su lugar social está determinado por la política y no al revés, y esto hace su existencia más tóxica e intolerable. El compadrito, en cambio, existe antes que la política. Es cierto que es lo que le ha dado vida al caudillo radical, pero el compadrito tiene un lugar político más vago: ¿o acaso Carlos Gardel no canturreaba bajo la protección del caudillo conservador de Avellaneda, Alberto Barceló, en los comités de Barracas al Sud de Juan Ruggiero, “Ruggierito”? ¿O no son malevos y compadritos los que dan forma a la extraordinaria maquinaria conservadora de Manuel Fresco, el

gobernador bonaerense que prohijó aquel clima decadente y que aceitó consensos y fraudes durante la década infame?

Esta es una particularidad de la época: el compadrito es el personaje característico para explicar el carácter plebeyo del radicalismo, pero no es, bajo ningún concepto, propiedad exclusiva de la UCR. Hay compadritos en las bases conservadoras (¡tan famosos como Gardel!) y a lo largo y ancho del espectro político, porque su existencia demuestra que la Ley Sáenz Peña simplemente ha agravado los problemas que el viejo orden había germinado antes. La UCR es el síntoma de un problema mayor: más que una deformidad de un partido político en particular, el odio al compadrito es sobre todo una denuncia contra la política de masas y contra una época que ha puesto un final ignominioso al régimen.

Y si el compadrito no es solo propiedad radical, el rechazo a la política que este representa no es solo conservador. La llegada de la política de masas de la mano del radicalismo deja disconformes a una amplia gama de sectores. Esto incluye, obviamente, a los sectores antipersonalistas de la UCR que se agruparon detrás de Marcelo T. de Alvear, aunque las diferencias entre su presidencia y la de Yrigoyen son menos notorias que lo que parecen en principio. Pero el rechazo a las consecuencias de la nueva política era extendido. Hay más de un elemento para suponer que la participación marginal de Juan Domingo Perón en el golpe que derrocó a Yrigoyen en 1930 tiene mucho que ver con la mirada jerárquica del militar corporativista que ha visto los años veinte dominados por el desorden, la protesta social y la expansión de las ideas radicalizadas.

No es el único. Alberto Gerchunoff, uno de los intelectuales más agudos de la época, expresó el liberalismo progresista que había impulsado el fin del orden conservador pero ahora veía con escepticismo la realidad que había ayudado a crear. El autor de Los gauchos judíos denunciaba lo que podríamos llamar el “plebeyismo” de los nuevos grupos dirigentes, “gente sin experiencia, sin aptitud, sin la ilustración indispensable […] una muchedumbre informe e ignara”. La impugnación al plebeyismo tendrá ecos en los años treinta y proyección en las décadas siguientes entre amplios grupos liberales y de izquierda que se conciben firmemente del lado de la igualdad social, pero que están convencidos de que ella solo puede obtenerse mediante el liderazgo político de élites educadas en la misión.[46] Es la creencia de tendencias liberales como la de Federico Pinedo, quien también veía en el radicalismo y en su atropello a “los más puros principios o doctrinas democráticos” un obstáculo para el progreso social. Es el razonamiento que, como a tantos otros, lo llevará a

apoyar el golpe de Estado de 1930. El decadentismo convocaba también a los nacionalistas, estudiantes y militares de derecha que habían crecido durante los años veinte y que habían recibido el golpe con el canto, tan militante como escasamente imaginativo, de “José Félix Uriburu / presentes estamos ya / y te gritamos ¡presente! / José Félix General”. El mismo general Justo, que sucederá a Uriburu en 1932, era un radical antipersonalista.

Pero en los años veinte también va a germinar otro varietal que, complementario al plebeyismo, es el armónico del imaginario antipopulista: la denuncia a la política de masas como expresión de una ideología jacobina. Ahí los problemas están más ligados a la virulencia de los cambios y la intransigencia de los protagonistas que al arrastre de prácticas premodernas. En esta denuncia, la figura del caudillo radicaliza los debates hasta tornar insostenible la construcción de un espacio político común. Expresan en su sola persona al pueblo de forma única y excluyente. El caudillo entonces concentra dos problemas superpuestos pero distintos del populismo: la aspiración totalitaria y la agonística.

El descontento era la fuerza motriz del suburbio, pero ese reflejo jacobino no siempre venía de la ciudad. Ahí aparece entonces otro elemento distintivo del antipopulismo temprano: las críticas a las secreciones extremistas de la política de masas se extienden más allá de la ciudad y de los suburbios porteños y bonaerense, para encontrar a estos personajes recalcitrantes en otros confines.

En Cuyo, por ejemplo, los hermanos Cantoni en San Juan y José Néstor Lencinas en Mendoza son la cara visible del populismo del interior en las primeras tres décadas del siglo XX. No es casual que estos caudillos fueran descriptos por sus críticos como gauchos: en el caso de Federico Cantoni, como una virtud resaltada por los propios, la de un hombre generoso y del pueblo. En el de Lencinas, “el primer gobernador populista” de la Argentina según la narrativa conservadora, como una denuncia a su origen del interior bastardo de la provincia. Un recorrido común a ambos es el de sus comienzos dentro del radicalismo, su enfrentamiento con camarillas políticas y económicas locales y la fractura posterior con la UCR para conformar versiones provinciales más radicalizadas.

Lencinas gobernó unos pocos meses en 1905 luego de la revolución armada de la UCR contra el régimen, un comienzo que marcó a fuego su relación con las élites locales (y que lo enfrentó a quienes defendían los cuarteles, comandados por el teniente Basilio Pertiné, quien sería el abuelo de Inés Pertiné, esposa del

radical Fernando de la Rúa, una casualidad que también es expresiva de los círculos estrechísimos en los que se desarrolla en el tiempo el poder de las élites). Lencinas volvió al gobierno en 1918, luego de que Yrigoyen interviniera la provincia para empujar el final del orden conservador, pero al poco tiempo rompió con la UCR. El lencinismo fue revulsivo para las élites: mientras desde el gobierno creaba la Secretaría de Trabajo y el salario mínimo, Lencinas construía un personaje alrededor de gestos que traían al presente la experiencia caudillista, desde la distribución de ropa hasta las visitas a los barrios humildes. Del lencinismo, el peronismo tomó prestado nada menos que las alpargatas como símbolo del mundo popular. Su enfrentamiento con la Compañía Vitivinícola que nucleaba a los productores mendocinos (y que, como muchas élites del interior, promovía el fin del laissez faire y una mayor intervención pública para mantener alto el precio de la uva) derivó en un conflicto judicial y una posterior intervención federal de Yrigoyen, esta vez contra Lencinas, quien murió en 1920. De ese período queda el soneto de la campaña conservadora en apoyo al ex gobernador Emilio Civit, “el Roca mendocino”, para las elecciones de 1917, donde asoma la mirada decadentista ante el fenómeno caudillista:

Cuando Civit gobernaba, se comía y se cenaba / Luego vio Rufinito, y se comía un poquito / Gobierno de Pancho Álvarez, flor de azucena, no se come ni se cena / Y si gobierna Lencinas, no habrá fuego en la cocina.

Cantoni es el ejemplo del populismo jacobino. La defensa de su poder personal y las diferencias con Yrigoyen lo llevaron a romper con la UCR nacional para formar la UCR Bloquista, una versión intransigente de la política de la plebe. No es en la ciudad porteña ni con Yrigoyen, sino en San Juan, donde surge el fantasma de un populismo radicalizado en medio de una sociedad presuntamente retrógrada como la de esa provincia, controlada por los impulsos fuertes pero no dominantes de la oligarquía bodeguera. Desde los confines de la patria, el bloquismo avanza con un programa de reformas nunca visto hasta entonces en la Argentina. Desde el salario mínimo hasta el voto femenino a nivel provincial y desde la prominencia de los sindicatos emergentes hasta la confrontación con los grupos dominantes mucho más allá de la retórica (es decir, en materia impositiva), el bloquismo es revulsivo, intransigente. La violencia es la que extrema el conflicto político. Los hermanos Cantoni sobreviven a media docena

de atentados, Federico es encarcelado como conspirador en el asesinato del gobernador de facto Amable Jones. Durante los años veinte, enviados federales y fuerzas de seguridad se enfrentan periódicamente con los bloquistas, descriptos como “hordas” y “muchedumbres”, sobre todo por los radicales, no solo los de Marcelo T. de Alvear. Cuestionado en su legitimidad, el radicalismo dirigía hacia el caudillo sanjuanino las acusaciones de las que era objeto en la nación.

El discurso que forja el bloquismo alrededor de su programa de gobierno es elocuente, expresivo de esta nueva identidad política intratable. El eslogan del periódico bloquista La Reforma, que aparece entre 1924 y 1949, no deja dudas ni espacios intermedios:

“Oderint dum metuant”: Que me odien con tal de que me teman.

Jacobinos de provincia, sans-culottes de la periferia. El lema parece pensado para que Ricardo Piglia y la teoría literaria finisecular redescubran la relación entre cultura y nación. En la tierra de Sarmiento, los Cantoni elijen el salvajismo, desmontan sus mandamientos sin criticarlo frontalmente. Pero si Sarmiento condena a los bárbaros con una frase en francés, mal citada y antojadizamente traducida, los hombres del bloquismo deciden abrazar la barbarie con una frase en latín, pero rememorando el poder tiránico de Calígula (que a su vez citaba en esos versos a Lucio Accio). Cantoni anunciaba en los años veinte que había llegado el tiempo de “la chusma de alpargatas, sudorosa y maloliente”. Desde un rincón remoto pegado a la cordillera, invocaba las peores fantasías de las élites. Introducía así una innovación que será propia de los movimientos populistas, y reivindicaba la acusación para transformarla en virtud.

La confrontación de las élites locales con los fenómenos caudillistas del interior es el microcosmos de una elaboración ideológica mayor. En ese espacio limitado, el populismo queda reducido a una relación antagónica de un “nosotros versus ellos”, en una identidad irreductiblemente confrontativa que grupos liberales y conservadores van a señalar como un obstáculo para la democracia y

que, en el siglo XXI, muchos van a asumir como presunto mérito de los gobiernos populistas. Pero el reduccionismo de la denuncia, como vemos, deja afuera una experiencia argentina y latinoamericana mucho más vasta, en la que los populismos fueron justamente lo contrario: movimientos pluriclasistas que buscaron formas de congeniar (demasiado en muchos casos) intereses económicos y tradiciones políticas diversas. Las negociaciones de Yrigoyen con las élites políticas y oligarquías locales, la represión aguerrida contra el sindicalismo que ocurre bajo el radicalismo entre 1916 y 1930 son elementos que anticipan un rasgo distintivo del populismo, que es su marcada ambivalencia frente al conflicto social.

La idea de que el populismo es una tradición política solamente antagonista es, en verdad, el principio fundante del antipopulismo.

Los cambios en la economía argentina durante los gobiernos radicales, ya sea los de Yrigoyen o el de Alvear, están lejos de marcar una ruptura drástica con la prosperidad del régimen anterior. Entre 1918 y 1929, el PBI crece a un 3,9% anual promedio, debajo del 6% del período de gloria, pero muy por arriba de la enorme mayoría de los países, incluidos los Estados Unidos. Más importante aún, también sube el PBI per cápita, apenas por debajo del norteamericano. La Primera Guerra Mundial y el lugar preponderante de la economía norteamericana en el mundo cambian las reglas de juego, pero no alteran esa bonanza. Aun en pleno gobierno de la barbarie, la Argentina seguía produciendo a la par de Canadá o Australia, aquellos mitos comparativos que volverán una y otra vez a la narrativa antipopulista.

El verdadero cambio se da en la cuestión social y el bienestar de las mayorías. Un único dato resume el impacto de la nueva democracia de masas: en 1929, el crecimiento del salario real era mucho más alto que el crecimiento económico, y era más del doble que el de 1918. Si parte de ese crecimiento era una recuperación de lo perdido durante la guerra, la otra parte era el producto del

recetario de la política de masas, en la que el incremento del gasto público para estimular la demanda interna impulsada por el radicalismo se conjugaba con una batería de derechos sociales y garantías para los trabajadores impulsada por los socialistas, incluidas la jornada laboral de ocho horas, la reglamentación del trabajo de mujeres y la obligación de pagar los sueldos en dinero para evitar la sujeción de los trabajadores, típica de muchas empresas en el interior, a través del pago por créditos que solo podían canjear en las proveedurías. Aquellas ideas que Joaquín V. González había promovido a principios de siglo ahora tenían respaldo político. Saavedra Lamas, el dandy joven del viejo orden, trabajaba agitadamente en la agenda social del nuevo régimen, y representaba al país en los novedosos ámbitos internacionales en los que se discutía la cuestión laboral. [47]

La crisis derivada del crash de la economía norteamericana en 1929 no dejó nada en pie. En la Argentina, el colapso amalgamó a una extensa variedad de grupos disconformes con la política radical mucho antes y por muchas otras razones que el propio colapso. La crisis alimentó las narrativas (algunas fundadas, muchas no) sobre el desgobierno radical, las limitaciones personales de Yrigoyen, los negociados, la traición a la patria, un conjunto informe de pedazos de argumentos distintos que confluyeron en un justificativo común para atentar contra el orden institucional por primera vez desde 1853. El golpe de 1930, preanunciando una dinámica que se repetiría más de una vez en el futuro hasta nuestro presente, alimentó coaliciones improbables bajo el común denominador del rechazo a las malformaciones que el populismo había producido en la política democrática.

A partir de la primera década del siglo, la cultura fue el espacio fértil para la producción inédita de esa Argentina. Las élites, que habían cimentado su identidad en la ambición cosmopolita asociada el comercio con Inglaterra y el gusto por la literatura francesa, estaban mal equipadas para liderar las demandas nacionales de los nuevos. No es que faltaran esfuerzos por reencontrarse con la tradición telúrica. El gaucho se había extinguido, y podía ser un medio inocuo para estetizar cierta idea de pueblo, algo que Leopoldo Lugones entendió mejor que nadie cuando propuso en los años veinte que Martín Fierro –ese gaucho indisciplinado y rebelde– fuera el emblema de la nación. Y fueron las élites azucareras de Tucumán las que iban a invertir recursos simbólicos y económicos en la invención de una tradición folclórica nacional. Era otra forma de lo que Juan José Sebreli llamaría “populismo oligárquico” como una forma distinta (y ciertamente fallida) de integrar las masas a la política (Sebreli escribía sobre este

período en diciembre de 2001: las reverberaciones de aquellos fracasos varios se hacían evidentes).[48] Borges hará lo propio con el relato romántico del gaucho y con el compadrito, esa forma de populismo que, como sugiere Juan José Saer, “se ejerce, paradójicamente, a espaldas del pueblo, y en cierto sentido contra el pueblo, en la medida en que las clases populares, privadas del uso de la palabra, son transformadas en imagen rentable ante las clases cultas”.[49]

La asimilación de las masas inmigrantes y la contención relativa de las tendencias más radicalizadas del sindicalismo anarquista y comunista alimentaron la esperanza en la convivencia de clase y la negociación, aun durante la famosa década infame. Las élites creyeron religiosamente en que los sectores populares estaban siempre dispuestos a ser controlados. Tanto creyeron en eso que cuando un coronel del ejército, Juan Domingo Perón, les propuso una forma de contenerlo, lo despacharon por charlatán. Pero la cultura de masas se estaba consolidando en otro lado, de espaldas y en contra de la experiencia elitista. Es, sustancialmente, una cultura de clase, visible en el tango y los sainetes y la radio y, a su debido tiempo, el cine. Y si bien mucha de esa producción reproducía ideas conformistas y escapistas, también generaba algunas versiones de la identidad nacional que acentuaban la división de clases. Ya sea desde abajo o desde arriba, los símbolos y sujetos asociados a la identidad nacional eran expresiones culturales de los pobres. Roberto Arlt decía en 1919 que el 90% de los trabajadores argentinos no sabía quién era Marx, pero sí Rodolfo Valentino. Sin embargo, la pátina pesimista de Arlt impedía ver que, en América Latina, la construcción de una conciencia de clase podía tener poco que ver con Marx. Esos mismos obreros que consumían productos de Hollywood también disfrutaban de alguien como Dante Linyera, tanguero y poeta que miraba con cierto escepticismo las ilusiones conciliadoras: “en cada barrio hay una sociedad de fomento para los ricos y una comisaría para los pobres”.[50] Ese reparto no podía terminar bien.

Con el compadrito como depositario tanto de un rencor de clase como de un desprecio iluminista, los años posteriores a la Ley Sáenz Peña y los del gobierno radical realzaron una realidad que se convirtió en el sustrato hondo del imaginario antipopulista romántico: el único momento de toda la historia en el que la Argentina no estuvo dividida fue durante el orden conservador que va desde 1880 hasta 1916. En ese período dorado, las masas en su versión proteica fueron excluidas de la polis y los grupos en el poder, élites u oligarquías, encontraron formas duraderas de legitimar esa exclusión. Antes del orden conservador, cuando el país apenas existía, las élites liberales por un lado y las

multitudes federales con sus caudillos por el otro vivieron en dos naciones distintas, en una guerra en la que la existencia de una dependía de la aniquilación de la otra. Después del orden conservador, el monstruo estaba adentro y la concordia con la multitud y con sus representantes se hizo al mismo tiempo obligada e imposible. La Argentina dividida del 45 en verdad toma formas definitivas en la cultura política de los años veinte.

Las élites, que nunca pensaron el país sin las masas adentro, jamás aprendieron a imaginarse junto a ellas.

▪

[43] Ricardo Martínez Mazzola, “De la pampa al suburbio. La indagación sobre las raíces del caudillismo en los yrigoyenistas”, en Altamirano y Gorelik, La Argentina como problema…; Ricardo Martínez Mazzola, “¿El último manifiesto reformista? Democracia y socialismo en El último caudillo de Carlos Sánchez Viamonte”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García, Cultura interior. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura, Villa María, Eduvim, 2016, pp. 161-196.

[44] Ezequiel Adamovsky, El gaucho indómito…, capítulo “La música popular y la radio”.

[45] Los textos corresponden a distintos artículos de Sánchez Viamonte publicados en El País de Córdoba y luego editados como libro, meses antes del golpe de Estado. El último caudillo, Córdoba, Diario El País Editor, 1930.

[46] Véase, al respecto, el breve texto de María Ines Tatto, “Alberto Gerchunoff y los dilemas del liberalismo ante la política de masas”, en Altamirano y Gorelik, La Argentina como problema…, pp. 129-139.

[47] Para una perspectiva general del período, incluidos estos datos, véase Gerchunoff y Llach, El ciclo de la ilusión…, capítulo II (“Últimas imágenes de un modelo”).

[48] Juan José Sebreli, Crítica de las ideas políticas argentinas, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, p. 62.

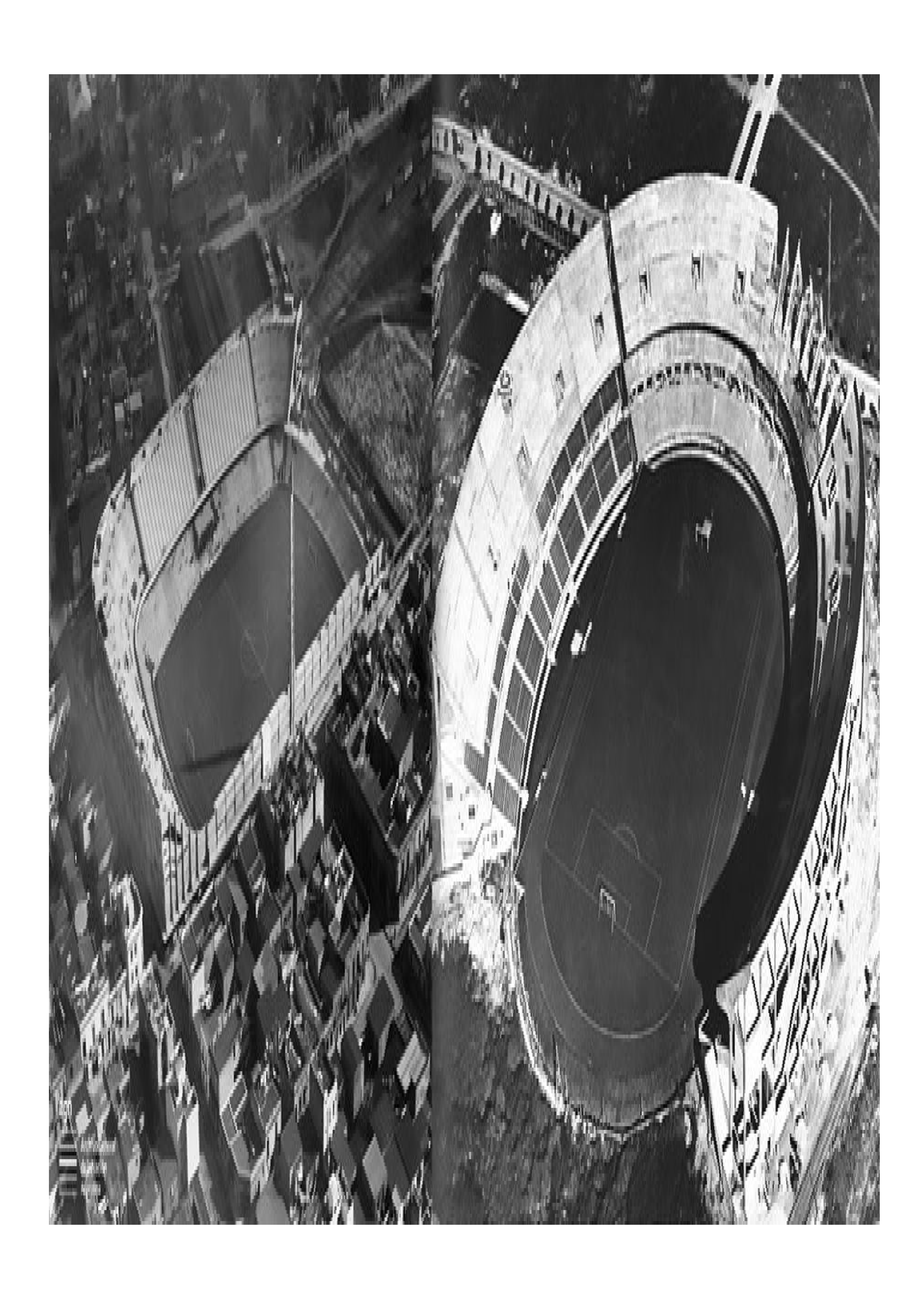
[49] Juan José Saer, El concepto de ficción, Buenos Aires, Seix Barral, 2014, p.

116.

[50] Oscar Chamosa, The Argentine Folklore Movement. Sugar Elites, Criollo Workers, and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955, Tucson, University of Arizona Press, 2010; Juan José Sebreli, Crítica de las ideas políticas argentinas, capítulo “Excurso: El populismo conservador”; Juan José Saer, El concepto de ficción; Matthew B. Karush, Culture of Class. Radio and Cinema in the Making of a Divided Argentina, Durham, Duke University Press, 2012.

5. Ascenso y caída del despotismo ilustrado

Caterva o los monstruos de la década infame



Los estadios de Boca y River fueron construidos durante la Década Infame, coliseos diseñados para grandes audiencias. La arquitectura, el deporte, la literatura y la obra pública de la época evidenciaban la llegada de una sociedad de masas que, sin embargo, seguía sin reflejarse en la representación política.

Izq.: Fotografía aérea del estadio de Boca en construcción, Buenos Aires, 1939. Caja 490 - Inventario 185239. Der.: Estadio de River Plate, vista aérea. Aslan y Ezcurra. Buenos aires. En Jorge Francisco Liernur, Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2001, p. 179.

Los gangsters son los próceres de esta actualidad turbulenta. El culto moderno del heroísmo requiere algo más que audacia: la envergadura moral de un alma bien templada en las desigualdades de la vida. Para ser prócer es requisito indispensable identificar en la pureza de los sentimientos la aspiración fecunda de llantos de la conciencia popular.

Juan Filloy, Caterva, Madrid, Siruela, 2003 [1937], p. 47

Katanga habla como una máquina loca desde el rincón de un calabozo en Córdoba, después de huir y dejar de huir de la policía. Habla, en verdad, desde Caterva, la novela que Juan Filloy escribió en 1937 y publicó en una edición personal, un gesto discreto para una novela sobre lo paupérrimo. Katanga, Longines, Aparicio y Lon Chaney, Viejo amor, Dijunto y Fortunato. Son siete linyeras (“no somos linyeras, somos desocupados”) huyendo desde Villa Desocupación, en Buenos Aires, el nombre de la Villa 31 cuando se creó en 1932.

Los nuevos barrios porteños, su vida urbana dinámica y rica, habían incorporado de alguna manera las demandas y los hábitos de aquellos actores sociales que antes estaban condenados al destierro. Pero la vida extramuros seguía existiendo. La fuga del grupo de linyeras entre pobres, ganaderos, peones, industrias, villas miserias, militantes comunistas, sindicalistas anarquistas y represores es un recorrido por el paisaje social de la Argentina de Agustín P. Justo, por el clima sombrío y la coerción material y simbólica que bajaba sobre la vida cotidiana de los pobres. Lo que Katanga no quiere dejar de decir, acá y en el resto de la novela, es que la vida al margen de la ley es un espacio como ningún otro para la construcción de poder contra la opresión y la producción de sentido. Tres décadas antes de que el historiador Eric Hobsbawm publicara su estudio sobre el alcance político de los bandidos, tres siglos después de que Cervantes coqueteara con Roque Guinart en Don Quijote, Filloy buscaba que uno de sus personajes telúricos modernos trazara un linaje mundial en el que el gánster norteamericano reemplaza al caudillo y al compadrito como ese objeto de fascinación.

Esos submundos están más vivos que nunca durante los trece años de gobiernos fraudulentos que dominan la década del treinta y se extiende hasta 1943. El golpe de 1930 es una reacción a los catorce años de gobiernos radicales y ahí se

aglutinan fuerzas muy distintas y relaciones diversas con el universo popular. El nacionalismo arcano de José Félix Uriburu, quien lideró el golpe y gobernó hasta 1932, expresaba la convicción de varios sectores –élites viejas y conservadoras, grupos nuevos y germanófilos– de que el país había perdido su rumbo con las reformas electorales de 1912. La Ley Sáenz Peña fue el 17 de octubre de ellos: el punto exacto en el que se podía fijar el comienzo de una decadencia, no porque la democracia liberal no pudiera ampliarse, sino porque esa forma había sido excesiva, apurada. Esa mirada, a su vez, fue muy distinta a las aspiraciones reformadoras de Agustín P. Justo, quien de hecho proviene de las filas del radicalismo antipersonalista, y va a gobernar mediante elecciones amañadas y un fuerte control estatal hasta 1938.

Los gobiernos de la década del treinta, ¿llegaron para restaurar el sueño del orden conservador que había regido entre 1880 y 1916? Sí y no. La retórica que impuso el peronismo sobre ese período infamante sugiere esa interpretación. Que el compañero de fórmula de Justo fuera el hijo de Roca alimenta, aunque más no fuera simbólicamente, esa lectura, cuya importancia crece alrededor del rol del propio vicepresidente en la elaboración del Pacto Roca-Runciman con el que la Argentina buscó reactivar la exportación agrícola a Inglaterra tras la Gran Depresión y que terminó por convertirse en un símbolo de los renovados vínculos coloniales con Gran Bretaña. Pero la Argentina ha cambiado tanto, las tareas son tan distintas, la sociedad es casi otra, la crisis de 1929 abre tantos caminos que no estaban en la visión de Roca ni de la mayoría de los miembros de su generación. Ya no es la época dorada, hay catervas de pordioseros por todo el país.

No. Los gobiernos de ese período no vienen a restaurar el sueño de un país para pocos. O al menos no vienen solo a eso, o no todos vienen a eso. Uriburu era germanófilo, pero no idiota. La misma selección de Justo –exministro de Guerra de Alvear– como su sucesor en contra del consejo de terratenientes varios que veían con recelo los orígenes radicales de Justo, señalaba que aun en los sectores más decididamente autoritarios del régimen existía desde el comienzo el registro de la necesidad de imaginar consensos, aunque fuera precarios. Forzados y bajo coerción, amañados, pero que inhibieran resistencias de parte de aquellos que en los catorce años anteriores se habían acostumbrado a una democracia relativamente expandida.

Sobre todo con Justo, los hombres del “fraude patriótico” ocupan el Estado para finalizar la tarea interrumpida de orientar a las masas para su integración

ordenada y pausada a la vida política moderna. Ahí va Justo, haciendo campaña por los barrios y las provincias, reforzando en cada discurso la centralidad de la “justicia social” en su plataforma y la necesidad de “atenuar, sino eliminar, las desigualdades sociales”.[51]

Sin embargo, la participación en la vida pública ligada al Estado se legitima en la impugnación al partido de las mayorías y la aceptación de la intervención militar. Es un problema. El régimen configura en la política los rasgos de una sociedad dividida que se ha formado en los años veinte y que va a manifestarse con claridad en los años cuarenta. La coalición fraudulenta que lo acompaña en este acto y en todos los restantes de su campaña electoral, bajo el paraguas del llamado Partido Demócrata Nacional, expresa un arco político estrecho unido por dos hilos que van a alcanzar también a la oposición: participar en elecciones fraudulentas es un mal menor en el esfuerzo más amplio por rectificar los desvíos del país en los años anteriores; impugnar la democracia yrigoyenista es la base para la creación de un orden nuevo y virtuoso.

La oposición de los partidos socialista y demócrata progresista acepta esta plataforma común e imagina que puede hacer del golpe de 1930 una suerte de correctivo democrático. Los socialistas consideraban el culto a la personalidad y la manipulación política como parte de una desviación general en la conciencia de los trabajadores, una idea que se ampliaría años más tarde. Los demócrata-progresistas de Lisandro de la Torre (de los cuales Gerchunoff no es una figura central, aunque sí tal vez una de las más lúcidas) imaginan que este será un período de transición hacia el ejercicio pleno de la ciudadanía, sin los vicios que el radicalismo arrastró de las épocas del régimen conservador.

Ahí va, en esa misma caravana, el mismísimo Saavedra Lamas, la joven promesa del viejo orden, con una valija cargada con reformas sociales y una política exterior de marcados tonos antiimperialistas, para protagonizar el momento más estelar de su carrera antes de opacarse en un instante. Ahí están Federico Pinedo y Raúl Prebisch liderando una política económica que anticipa y compite con el keynesianismo aun antes de que este fuera una teoría y que le posibilita a la Argentina una recuperación económica de la Gran Depresión más rápida y sólida que la de la mayor parte de América Latina.

Mientras por abajo de ellos el brote populista que germinó el radicalismo va a producir en la década siguiente una amenaza aún mayor, desde arriba se reforzaba la creencia fantástica de que esas masas podían ser sumadas a las

decisiones sobre el destino de la nación y la distribución de sus recursos, pero sin cambiar sustancialmente las decisiones mismas, ni quiénes las tomaban, ni quiénes decidían la forma y la velocidad de esos cambios. No es casual que en el mismo discurso en el que Justo señalaba la misión social de su futuro gobierno ensayara también la impugnación del resultado de la política de masas como el fundamento de un nuevo orden. Ante la convención de la UCR antipersonalista, el futuro presidente ponía como condición para la recomposición institucional “que el gobierno que surja de las urnas no signifique el absolutismo de un hombre y sí el equilibrio de los poderes”, para que, esta vez sí, “concluya para siempre con los odios y los rencores”.[52]

El despotismo ilustrado y la inclusión social. La voz pasiva en la expresión “ser sumadas” no es casual. Busca más bien ser elocuente de los alcances y limitaciones del proyecto liberal de la época, y de la forma en la que terminará por generar un monstruo a la medida de sus temores. “Es en esta época de claroscuros donde surgen los monstruos”, dice Gramsci.

Hay que hacer un esfuerzo contraintuitivo para leer este tiempo en sus propios términos y no como la antesala de la llegada del peronismo, un evento que nadie anticipaba en el momento. Pero, al mismo tiempo, los años treinta son sin ninguna duda el período en el que toman forma muchos de los elementos de la Argentina peronista de la década siguiente. La relevancia de la época para la construcción de una cultura política antipopulista tiene dos plataformas superpuestas. La primera es la de la política del período mismo: los gobiernos entre 1930 y 1943 (sobre todo hasta 1938) son los últimos que van a reaccionar ante lo que perciben como las malformaciones de la política de masas con una especie de despotismo liberal ilustrado. En ese universo ideológico, la coerción, el fraude, el control vertical del Estado y la exclusión de la polis de aquellos que pueden cuestionarlo son percibidos como complementos necesarios para llevar a buen puerto una inclusión ordenada de los nuevos actores sociales no solo en la política, sino en los beneficios de una economía que se está modernizando aceleradamente. Los fracasos de esa ambición por una “inclusión controlada” marcarán a fuego a las generaciones antipopulistas futuras.

El segundo legado, relacionado con esto último, es el que influirá en cómo contar la historia para las generaciones por venir. Sobre todo desde los años sesenta y hasta el siglo XXI, políticos e intelectuales verán esa década, con nostalgia o con rechazo, como el final de una época. Claro está que los protagonistas no lo vivieron así. Pero tenemos a la historia a nuestras espaldas, y

la escritura desde el presente orienta la forma en la que miramos el pasado. Hagiógrafos y críticos se posarán sobre la idea del fracaso para construir su relato posterior. Con una eficacia narrativa formidable, el peronismo y buena parte de lo que se conoció como “revisionismo histórico” convirtió a la década del treinta en una llanura de injusticia sin demasiados matices, contra la que consolidó su noción de cambio. Para otros, como veremos, la frustración y el desengaño por lo que pudo haber sido y no fue dejó lecciones mucho más diversas. Todas esas lecciones tuvieron un denominador común: la idea de que aquel final de época dio comienzo a la experiencia populista más formidable de América Latina y a un período de inclusión social juzgado siempre como insustentable y condenable. Los proyectos políticos que surgieron de esa lectura y algunos relatos históricos posteriores imaginarán desde entonces formas de revertir esos efectos.[53]

La década (más o menos) infame

El antipopulismo tomaba forma en esa disociación estólida entre progreso social y totalitarismo ideológico propia de la Ilustración. Justo y los más iluminados de su generación se convencieron de que la fuerte coerción política evitaría todo lo que Filloy pintaba en Caterva, tanto los abusos de la democracia de masas como el radicalismo de las fuerzas de izquierda. Con el debido control, esa sociedad a la que intuían como moderada podía disfrutar de reformas sociales de avanzada. Sin embargo, con el correr de los años quedaría en claro que eso que el gobierno imaginaba como una fórmula salvadora de un orden era en verdad la receta para su autodestrucción.

En 1910, un inmigrante italiano había diseñado una máquina para producir pan más barata y eficiente que las importadas. Su fábrica creció con el consumo durante el yrigoyenismo y su dueño se benefició de contactos con el régimen de los años treinta para obtener protecciones a las importaciones y extender sus intereses desde las fábricas a las estaciones de servicio. En esas fábricas y negocios, otros inmigrantes e hijos de inmigrantes formaban sindicatos para reclamar una distribución equitativa de los beneficios de estos emprendimientos. El gobierno que había beneficiado al dueño de las fábricas reprimía a esos sindicatos, pero también era, inevitablemente, permeable a sus demandas. Es un problema ineludible de la década del treinta, una contradicción intrínseca del antipopulismo totalitario en un país plebeyo:

La creación de un orden basado en la impugnación del otro genera una legitimidad porosa que termina por corroer el control al que ese mismo régimen aspiraba.

El dueño de esas fábricas se llamaba Torcuato Di Tella (padre).[54] Nuestro Henry Ford. Como Di Tella, otro inmigrante, proveniente de Hungría, llegó a Buenos Aires en 1943 huyendo del nazismo, con iniciativa e ideas, y el 17 de junio de ese año, apenas trece días después del golpe militar, patentó junto con su hermano y su socio un invento que cambiaría la escritura. Sus años de periodismo en Budapest le habían enseñado lo difícil que era llevar las palabras al papel sin una máquina de escribir o con una pluma. Su creación era una pequeña bolita que se mojaba con tinta por arriba y se deslizaba en el papel por abajo. La birome, la creación de Ladislao Biró, empezó a producirse en un garaje y llegó a ocupar más de cuarenta empleados hasta convertirse en una de las producciones más representativas de la industria argentina. La provincia de Buenos Aires no era Silicon Valley, pero tenía espacio, capital y mano de obra como para que florecieran oportunidades en cada esquina.

En ese contexto, los sindicatos y la izquierda en general siguieron siendo perseguidos con virulencia. El anticomunismo viral de Matías Sánchez Sorondo, figura clave del Senado durante el período, permeaba el discurso político general, mientras la sociedad, por debajo de las clases dirigentes, se transformaba. La calidad de vida de los trabajadores, sobre todo hacia fines de los años treinta, mejoró notoriamente. En 1948, un obrero que representaba al peronismo en el exterior destacó cómo, en la nueva Argentina, los trabajadores se alimentaban más y mejor que casi todo el resto de la humanidad: la ingesta diaria llegaba a 3273 calorías por cada trabajador argentino.[55] Una cifra imponente en el mundo pobre de posguerra, superada mínimamente en los Estados Unidos y Nueva Zelanda. Con el detalle de que los datos no eran de 1948, sino de 1940. Expresaban, en buena parte, el nivel de vida de los trabajadores industriales en la década fraudulenta, bajo un gobierno que, desde la Junta Nacional de Carnes, contrató en 1938 a una joven cocinera en ascenso para que escribiera un libro con las mejores formas de preparar carnes para enriquecer la alimentación de los ciudadanos: Doña Petrona C. de Gandulfo. Nada de esto niega que la llegada del peronismo produjera un sismo que partiría a la historia argentina en dos. Claro que en la clase trabajadora no solo había familias bien alimentadas, sino también pobreza, hacinamiento y privaciones entre quienes llegaban del interior a poblar las ciudades industriales. Pero sí evidencia, junto con otros datos, que el país vivía un período de expansión económica que se sentía en todo el tejido social.

La publicación británica The Economist elogiaba ya en 1936 el keynesianismo intuitivo del gobierno que había logrado que, "pese a su falta de carbón y hierro", la Argentina fuera el segundo país más industrializado de América Latina (detrás de Brasil). El corresponsal veía no solo molinos y frigoríficos, sino textiles, metalúrgicas, algunos aparatos eléctricos, fruto de una salida a la Gran Depresión en la que "la depreciación del peso y las nuevas tarifas trajeron un renacimiento industrial que encontró luego protección en el control de cambios".[56] En la acuarela social de la Argentina de 1940, junto con la miseria económica y la exclusión política, abundaban las fábricas, la negociación permanente con el Estado autoritario, la vida cultural y política de Buenos Aires, Rosario y otras ciudades argentinas, la ciudadanía democrática construida a espaldas de las instituciones, la buena dieta de muchos trabajadores.

El 4 de junio de 1943, el golpe de Estado de un núcleo de militares nacionalistas puso fin a trece años de convivencia conservadora y dio comienzo a dos de los años más veloces de la historia argentina. En las razones del golpe convivían desde la exclusión política hasta las simpatías nazi-fascistas de muchos de sus miembros. Pero en lo que sucedió hasta 1945 se consolidó una revolución social sin precedentes. La ventana por la que entró el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) se abrió cuando el gobierno de Ramón Castillo decidió impulsar la continuidad del régimen fraudulento con la candidatura del estanciero jujeño Robustiano Patrón Costas. Está de más discutir acá las cualidades individuales de un hombre que en el comienzo de la década había sido uno de los impulsores de las alas más moderadas del gobierno de Justo y cuya relación familiar con Federico Pinedo lo emparentaba con las reformas económicas más de avanzada. Pero su nombre, origen y posición lo convertían en un símbolo de la incomprensión en una época que había cambiado definitivamente. Perón, como Jorge Eliécer Gaitán en Colombia y otros pocos, captó que el capitalismo de posguerra había puesto la cuestión social en el centro de América Latina con tanta fuerza que el resto de las conversaciones sobre ideas como libertad o justicia sonaban, desligadas de la economía, a hueco y a traición.

¿Robustiano Patrón Costas? Nadie hubiera podido imaginar un blanco tan fácil.

En los veintiocho meses siguientes al golpe de junio de 1943, las élites vivieron en el desconcierto de un final de época que contrastaba con el experimento de apertura política controlada ensayado con la Ley Sáenz Peña. Antes de la confrontación irrenunciable que caracterizó a su relación con el peronismo, hubo sobre todo desconcierto y subestimación. Los grupos que presenciaron el paso

fulgurante de Perón como quien mira por la ventanilla del tren no podían saber en esos meses que la historia, que nos persigue siempre desde atrás, estaba por pasarlos por delante. En su famoso discurso de agosto de 1944 en la Bolsa de Comercio, Perón –por entonces secretario de Trabajo– describió un Estado corporativo como receta para frenar la radicalización de los trabajadores. Los empresarios desestimaron la oferta, convencidos de que, como el sindicalismo no era radicalizado, el viejo orden aún podía recuperarse.[57]

El Partido Comunista y el socialismo, por separado, veían en el surgimiento de Perón un efecto tardío del fascismo (en una coincidencia con la mirada de los Estados Unidos sobre lo que estaba ocurriendo en el país). Pero era imposible para estos dirigentes, y en buena parte para el propio Perón, darse cuenta de que la gangrena irrefrenable de activistas sindicales que migraban desde la izquierda hacia las filas inorgánicas del secretario de Trabajo estaba creando una nueva identidad política. La Iglesia había liderado el cambio de atención de las élites católicas y nacionalistas hacia las condiciones de vida de los trabajadores. No exageraba el nacionalista Federico Ibarguren cuando escribía en los años treinta en su diario que "la intervención de la Iglesia en las luchas sociales de este siglo […] es el hecho más importante de la historia contemporánea".[58] Pero a mediados de esa década, el teólogo francés Jacques Maritain imaginó que esa atención a lo social expresada en las encíclicas papales Rerum novarum y Quadragesimo anno eran la base para apoyar decididamente a la República en la Guerra Civil española. La lucha de la República contra el fascismo en España partió aguas en la Iglesia al otro lado del océano. En la Argentina, una parte importante de la jerarquía eclesiástica reafirmó su idea de Iglesia y ejército como base del Estado fascista y apoyó decididamente a Perón como la opción del orden, algo de lo que se arrepentiría con el tiempo. El cardenal Copello, el primer cardenal de América Latina, difundió en 1946 un texto que prohibía votar a ningún otro que no fuera Perón, con una formulación similar a la que la Iglesia había utilizado en 1931 para apoyar a Justo. Otros sectores de la jerarquía católica argentina no solo rompieron con Maritain, sino que tomaron sus ideas como una advertencia, y empezaron a desandar su entusiasmo reformista con más velocidad con la que lo habían abrazado.

El ascenso de Perón y la pulverización de tradiciones y alineamientos entre 1943 y 1945 y el panorama social que precedió a la tormenta dejaron tres legados fundamentales para el ideario antipopulista futuro. El primero fue la idea de que las masas se aferraban a un líder demagogo porque estaban social y económicamente arrinconadas. El mito antipopulista tradujo "simpatía

populista” como “reacción atávica de las masas” cuando los individuos que las integran no pueden pensar racionalmente en el largo plazo. Es un postulado fundamental de la teoría social de posguerra y una piedra basal en la sociología argentina. Es un mito, el del arrinconamiento, que el mismo peronismo paradójicamente va a retomar para construir su narrativa redentora, la de una torsión en la historia que liberó a los oprimidos con la fuerza que esa gesta requería. En los hechos, la situación de los trabajadores distaba mucho del precipicio, y la economía estaba lejos de ser solo la caricatura impuesta en el Pacto Roca-Runciman. Parte del desconcierto de las élites ante la aparición del peronismo fue fruto de la fascinación autoinfligida ante la evidencia de que el despotismo ilustrado que ellos encarnaban estaba dando resultados.[59] La Argentina había salido de la Gran Depresión mejor y más rápido la mayoría de los países de América Latina, mientras su industria disfrutaba de a poco los efectos del proteccionismo prekeynesiano de Justo. Para el régimen, su propia licuación solo podía explicarse por haber desconocido a una masa inorgánica que crecía alrededor. “Turba”, “lúmpenes” y otros términos análogos vendrán a rellenar el vacío conceptual.

En verdad, muchos de los que se rebelarán son aquellos trabajadores organizados, con un bienestar relativo, acostumbrados a las negociaciones con el Estado y el capital que caracterizan a una dinámica política moderna, y con una cultura política desarrollada e integrada al mundo. Ni desesperados ni arrinconados: lo que Perón y los trabajadores están produciendo es la denuncia de un orden injusto, abriendo las compuertas para redefinir qué es una sociedad justa. La fuerza de esta lección desaprendida cotidianamente durante setenta años es que buena parte de la teoría política enfatiza que los populismos surgen en momentos de crisis, cuando la verdadera definición es que

Los populismos son movimientos muy efectivos para producir una crisis, al denunciar una injusticia y hacer de esa denuncia el comienzo de un nuevo orden.

La diferencia no es formal. El populismo como reacción a la injusticia reduce su discurso a una respuesta volitiva, sin una visión. El populismo como productor de una crisis repone a sus protagonistas, sean el líder o los trabajadores, como creadores activos de una sociedad. No había una crisis terminal del régimen que tuviera que derivar necesariamente en el surgimiento del peronismo. No hay nada por fuera del peronismo que explique sus características mejor que el propio peronismo.

Todo esto lleva a una segunda lección y es la evidencia de que el populismo no es un fenómeno derivado de un desajuste en la esfera social que tiene a la política como víctima inocente. Es, tanto como el liberalismo, un producto eminentemente político. No es la transición del campo a la ciudad ni de la tradición a la modernidad lo que explica en su totalidad la caída de un régimen. Al contrario, el peronismo fue sobre todo una forma política de denunciar la injusticia social. El camino para que esa denuncia fuera efectiva se construyó desde afuera del peronismo. En la dificultad del régimen para dejar atrás el fraude. En la elección de Patrón Costas como candidato presidencial. En el desinterés ante el modelo fascistoide que Perón les ofrecía en la Bolsa de Comercio en 1944, pero también en enfrentarlo luego con una amplia coalición antifascista cuando era evidente, para quien quisiera verlo, que ese ya no era el debate relevante. En la decisión de 1945 de dar “todo el poder a la Corte” como mecanismo para contener el crecimiento de Perón. En el desarreglo posterior de enviarlo a prisión cuando aquella estrategia no dio resultado. En la creación de una alianza electoral auspiciada por los Estados Unidos que al mismo tiempo no podía capitalizar el prestigio norteamericano entre los trabajadores (Perón, que era más lúcido que fascista, terminó su discurso de campaña señalando a Braden como representante del imperialismo, pero citando párrafos enteros del discurso inaugural de Franklin Delano Roosevelt de 1937).

La negación del carácter político de las razones populistas va a engendrar tres filamentos diferentes de inspiración antipopulista: la idea de que el populismo puede ser “curado” si se reparan los defectos de la sociedad que lo engendró; la visión de que la adhesión a los símbolos, líderes o ideas populistas tiene un carácter religioso y distinto a la simpatía con otras miradas de la política; y la convicción de que el populismo no tiene una pertenencia legítima a la polis y que por lo tanto puede ser impugnado como interlocutor político.

La tercera lección fue la creación del último mito nostálgico de lo que pudo haber sido y no fue. La Argentina modernizada de principios de los años

cuarenta alimentó el imaginario de un despotismo ilustrado que estaba liderando efectivamente a una sociedad madura que en breve hubiera podido disfrutar de la siempre postergada república verdadera, con fuerzas liberales y conservadores repartiéndose los favores de un electorado moderado y las simpatías de una clase media extendida. En círculos intelectuales y políticos, esa idea volvería con terquedad a fines de los años cincuenta y a mediados de los años ochenta –y mil veces más–, con formas distintas de aperturas democráticas que despertaban la ilusión de que, esta vez sí, la Argentina finalizaría lo que se había encaminado en los años treinta y "normalizaría" su sistema político en torno al eje convencional de la Europa de posguerra.

Pero quien llegó más lejos en este ejercicio fue Juan Carlos Torre, uno de los observadores más agudos del peronismo. En 2005, el sociólogo se animó a escribir un ensayo, entre la utopía y la ucronía, imaginando el futuro si el 17 de octubre hubiese fracasado. En el texto, el gobierno militar decide reprimir a los obreros y exiliar a Perón en la Patagonia (como él mismo había requerido apenas tres días antes). Sin líder, los obreros vuelven a sus partidos de izquierda originales e integran la Unión Democrática que sí gana las elecciones. El flamante nuevo gobierno simplemente completa la obra de la generación del 30, que en el ensayo es bastante parecida a la gestión de Perón pero sin represión. Torre visualiza que tanto Justo como Alvear son fieles representantes de ese ideario. Sabe que las reformas laborales y el Estado de bienestar son parte de un clima de época que había comenzado en los años treinta, y lleva al extremo las fantasías de un país sin peronismo y con bonanza económica en el que los obreros se expresan por izquierda, las clases medias por el centro y las clases altas por derecha.

Lo que tiene que ignorar para darle verosimilitud a su texto es que el antipopulismo inclusivo de los años treinta iba a vivir su último momento de apogeo en la década que pasó a la historia por sus limitaciones. Los intentos por reanimar aquel particular ideal de progreso posteriores al peronismo serán, literalmente, espectros del pasado que renacerán en formas marginales (dentro de la izquierda y en el radicalismo) o crecientemente recalcitrantes dentro de la derecha. Aunque Torre no lo pensara así, la lectura de la historia posterior al 17 de octubre como un perpetuo declinar bajo la sombra de "setenta años de peronismo" es un corolario omnipresente de imaginarios como el que él desarrolló. El texto condensa todas las ilusiones arruinadas de una formidable generación intelectual que construyó su edificio teórico sobre la base de que el peronismo había destruido el camino de una Argentina normal. En su ensayo,

Torre cierra el círculo utópico con una nota triste: las dificultades económicas a comienzos de los cincuenta favorecen el retorno de Perón, quien de todos modos no puede con la crisis y, como en la vida real, termina depuesto por un golpe en 1955.[60]

Retomando argumentos del capítulo anterior, lo que resulta más llamativo al recorrer el momento mítico del 17 de octubre de 1945, la fecha asociada a la fractura definitiva de la historia argentina, son dos dinámicas en apariencia contradictorias. Una es que esa sociedad fracturada frente a la que reaccionan las masas era mucho más porosa que lo que la narrativa peronista va a instalar para la posteridad. La otra es que la Argentina dividida que todos recordamos en la foto de los obreros refrescando sus pies en las fuentes de la Plaza de Mayo y, sobre todo, en la reacción visceral que despertó ese gesto plebeyo, se cristalizó al aire libre en esa noche del 45, pero tomó forma entre los años veinte y los años cuarenta a partir de la apertura política derivada de la Ley Sáenz Peña. ¿Cuál de las dos realidades le daría forma a la Argentina del futuro? Para Agustín P. Justo, las reformas sociales módicas, la represión (menos módica) a la izquierda y las vías de negociación abiertas. La historia demostraría lo contrario.

Cada día de esos dos años que lleva el ascenso de Perón son escenarios para reacomodamientos políticos que durarán décadas. Las expresiones de la economía y la política moderna de entonces vivirán un envejecimiento sorprendente, acelerado. Di Tella analizará con desprecio la forma que tomaba esa sociedad industrial que él había ayudado a construir. Uno de sus hijos lo recordará en 1948, en el camarote familiar del crucero que los llevaba a Europa cada año, mirando con desprecio hacia los pisos inferiores, donde representantes diplomáticos peronistas viajaban por primera vez al exterior con sus gestos, ropas y voces inadecuadas.[61] Biró, aquel motor de la inventiva industrial, no lo juzgó con mejores ojos. El 21 de setiembre de 1945 le hizo llegar a Braden una lapicera de su fábrica para que se llevara de recuerdo en su retorno a los Estados Unidos. Era su demostración de fe no solo en su producto, sino en el futuro industrial de un país que imaginaba más cerca de Braden que de Perón. Biró le entregaba la Stratopen Birome “en la creencia de que este nuevo instrumento de escribir podrá serle útil, y como un modesto recuerdo de su histórica actuación en este país, dado que la lapicera adjunta está fabricada enteramente en la República Argentina”.[62]

Pero lo que mejor simboliza la transformación de aquella generación de avanzada en una antigüedad es el recorrido acelerado del canciller Saavedra

Lamas. Los funcionarios de la década infame eran mejores afuera a la hora de construir un punto de encuentro entre liberalismo y republicanismo latinoamericano que incorporara la cuestión social moderna. El logro más significativo de la Argentina durante esa época fue el rol en la mediación que puso fin a la Guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay. Saavedra Lamas recuperaba ahí un liberalismo asociado a ideas de justicia, independencia y soberanía en clave fuertemente latinoamericana. Esta se relacionaba con la prioridad de la mediación sobre el conflicto y con el principio de no intervención que, en los hechos, denunciaba las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos en la región. Las reverberaciones de esta acusación se extendían al rol que ese país aspiraba a ocupar como líder de un continente entero contra el avance del fascismo en Europa, y remarcaba en cambio la autonomía de América Latina para tomar distancia de un conflicto que no la tenía como protagonista central.

Que la mediación norteamericana en la Guerra del Chaco estuviera representada por Spruille Braden es la anécdota con la que se atará el final de un período histórico con el comienzo de otro. Saavedra Lamas chocó con Braden a lo largo de toda aquella mediación, pero ese no era el primer roce. También había encabezado la delegación a la VI Conferencia Panamericana que se realizó en Montevideo en 1933, donde tuvieron lugar las primeras conversaciones regionales sobre la cuestión social, el rol de los sindicatos y las regulaciones laborales nacionales. La intervención argentina mostró la actualización de las élites del país en su ideario político y social. Conducida por Saavedra Lamas, que venía de haber integrado la Organización Internacional del Trabajo durante los años del radicalismo, la delegación chocó con los Estados Unidos en dos temas clave. Uno era la negociación del pacto antiguerra, más conocido como el "pacto argentino", cuyo artículo II establecía que las disputas territoriales debían ser resueltas en mediación y no de forma violenta si los países involucrados querían obtener reconocimiento internacional. Los Estados Unidos fueron categóricos: "A menos que se hagan reservas muy claras, el artículo puede disparar dudas sobre nuestros derechos bajo algunos tratados (como aquellos con Cuba, Panamá, Haití y la República Dominicana)".

El segundo choque durante la Conferencia de Montevideo fue aún más revelador. La Argentina, a tono con las transformaciones regionales que acompañaban la salida de la Gran Depresión, promovió la creación de la primera Oficina Interamericana de Asuntos Laborales. Diseñada junto a México y Chile, el organismo estaba pensando no solo para recabar y comparar datos

estadísticos, sino para recomendar a los Estados miembros políticas públicas sobre “la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores”, “la promoción de la seguridad en la industria” y “la mejora en las condiciones de vivienda”. También fue una de las primeras iniciativas que promovió “formas prácticas de seguro de desempleo” a nivel regional. Los Estados Unidos bloquearon la propuesta, con el argumento de la falta de “razones adecuadas para la acción internacional en este campo”, y la certeza de que el gobierno “difícilmente pudiera imaginar algún beneficio adecuado”.[63]

Aunque suene cacofónico a nuestro oído histórico, durante los años treinta la Argentina empujó muchas veces por una radicalización de la “política del buen vecino” de los Estados Unidos, llevándola a niveles que sus propios inventores no contemplaban primero, y resistieron después. El gobierno de Justo volcaba ahí los saberes de una burocracia pública incipientemente involucrada en la cuestión social, empezando por Saavedra Lamas. Los Estados Unidos, que habían lanzado oficialmente la “política del buen vecino” en marzo de ese año, ejercitaban los primeros intentos de contener los efectos de lo que habían anunciado. En aquella Conferencia de Montevideo, Braden hacía su debut en la diplomacia norteamericana.

Por el papel de la Argentina, que de paso reafirmaba sus propias ambiciones en la región, Saavedra Lamas obtuvo el premio Nobel de la Paz en 1936, generando las antipatías mayores de los Estados Unidos. Braden, que había visto en primera fila las ambiciones argentinas y su peso en la región, dijo entonces –no sin algo de razón– que la mejor manera de ganar un Nobel de la Paz era promover una guerra para después mediar en su finalización.

Alguien podría pensar que una generación dorada como la de Saavedra Lamas estaba bien equipada para liderar los cambios por venir. No fue el caso. Después de dejar el gobierno con Justo en 1938, Saavedra Lamas era el hombre más prestigioso y uno de los más populares del régimen. A su interés por la cuestión social le había sumado una gestión luminosa como canciller. En 1941 coronaba su trayectoria con una posición envidiable por todos, como rector de la Universidad de Buenos Aires, cargo que tuvo hasta 1943. Su nombre como candidato a presidente era una referencia cotidiana en los diarios hasta entrados los años cuarenta.

Para 1945, algunas de las transformaciones que Saavedra Lamas había anhelado empezaban a tomar forma bajo el manto de la revolución nacionalista de 1943.

El 28 de agosto al mediodía, mientras el peronismo definía los contornos de su forma particular de antinorteamericanismo social, Braden, aquel archienemigo de Saavedra Lamas, se despedía de la Argentina, derrotado, con un almuerzo en el Hotel Plaza para ochocientos de sus admiradores, organizado por Martina Britos de Repetto, y celebrado por la casi totalidad de los nombres prominentes de la aristocracia argentina. En las mesas los esperaban ejemplares de Despedida del pueblo de los Estados Unidos, de Jorge Washington (como rezaba el programa oficial del evento). Ahí estaban, todos en un mismo salón, los que habían conocido a personajes como Katanga y otros tantos sin alcanzar a entender cómo formarían parte de la nueva Argentina. En la cabecera, junto a Braden y su mujer, la chilena María Húmeres Solar, se sentaban Rosa Martínez de Cantilo y Elvira Santamarina de Lezica Alvear.

Y en la mesa al frente de esa minoría fervorosa, separado de Braden solo por dos mujeres, estaba Saavedra Lamas.[64]

La realidad de clase del ex canciller estaba muy lejos de la ilusión de Juan Carlos Torre y mostraba las limitaciones del régimen que había integrado. Quizá la observación cáustica de un diplomático norteamericano es la que mejor expresa la curiosidad de la escena, "la cosa más extraordinaria que pudiera haber". "Ochocientos gente bien congregados en los salones del Hotel Plaza –decía–, toda esta gente sosegada levantándose enérgicamente y bailando sobre las mesas para escuchar las denuncias contra su propio gobierno".[65]

Desde ese instante político y emocional, el aplanamiento fulminante que el peronismo produjo sobre las formas varias de antipopulismo no se detendría por un largo tiempo.

▪

[51] "Discurso del General Justo, candidato proclamado a Presidente, ante la Convención de la UCR Antipersonalista", reproducido en Sebastián Giménez y Gerardo Aboy Carlés, "Orden político, antagonismo y democracia en la Argentina de los años treinta", Passés Futurs, nº 7, París, junio de 2020.

[52] "Discurso del General Justo, candidato procamado a Presidente, ante la Convención de la UCR Antipersonalista", reproducido en Giménez y Aboy Carlés, "Orden político, antagonismo".

[53] Giménez y Aboy Carlés señalan que el defecto de "leer el pasado en función de las necesidades del presente político para intentar legitimar los posicionamientos en las distintas coyunturas" no es propiedad exclusiva de los revisionistas, sino también de "una parte de la historia académica" que reacciona al revisionismo ("Orden político, antagonismo").

[54] Thomas Cochran y Ruben E. Reina, Entrepreneurship in Argentine Culture: Tortcuato Di Tella and S.I.A.M., Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1962, pp. 45-49.

[55] Ernesto Semán, Ambassadors of the Working Class. Argentina's International Labor Activists and Cold War Democracy in the Americas, Durham, Duke University Press, 2017, p. 116.

[56] En Gerchunoff y Llach, El ciclo de la ilusión y el desencanto, p. 71.

[57] Discurso de Perón ante la Bolsa de Comercio, 25 de agosto de 1944, reproducido en Carlos Altamirano, Bajo el signo de las masas (1943-1973), Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 42-53.

[58] Ernesto Semán, Ambassadors of the Working Class, p. 31.

[59] Roy Hora, "The Impact of the Depression in Argentina Society", en Paulo Drinot y Alan Knight (eds.), The Great Depression in Latin America, Durham, Duke University Press, 2014, pp. 22-49.

[60] Juan Carlos Torre, "¿Qué hubiera ocurrido si el 17 de octubre hubiese fracasado", en Juan Carlos Torre, Santiago Senén González y Gabriel D. Lerman (eds.), 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después, Buenos Aires, Lumiere, 2005.

[61] Entrevista con Torcuato Di Tella (hijo), Nueva York, 27 de agosto de 2012.

[62] Ladislao Biró a Spruille Braden, Buenos Aires, 21 de septiembre de 1945, Braden Papers, Caja 22, Correspondence General A-Z, carpeta "Argentina", Columbia Rare Book&Manuscript Library.

[63] Ernesto Semán, Ambassadors of the Working Class, pp. 50-52; Leonardo Morgenfeld, Vecinos en Conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas, Buenos Aires, Continente, 2011.

[64] “Uno de los discursos más agresivos e insolentes”, La Prensa, 29 de agosto de 1945. Sobre esta descripción, véase Félix Luna, El ‘45. Crónica de un año decisivo, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pp. 140-141, n. 23.

[65] Richard D. McKinzie, Oral History Interview with John M. Cabot, Massachusetts, 18 de julio de 1973; Harry S. Truman Library and Museum, <www.trumanlibrary.org/oralhist/cabotjm.htm>.

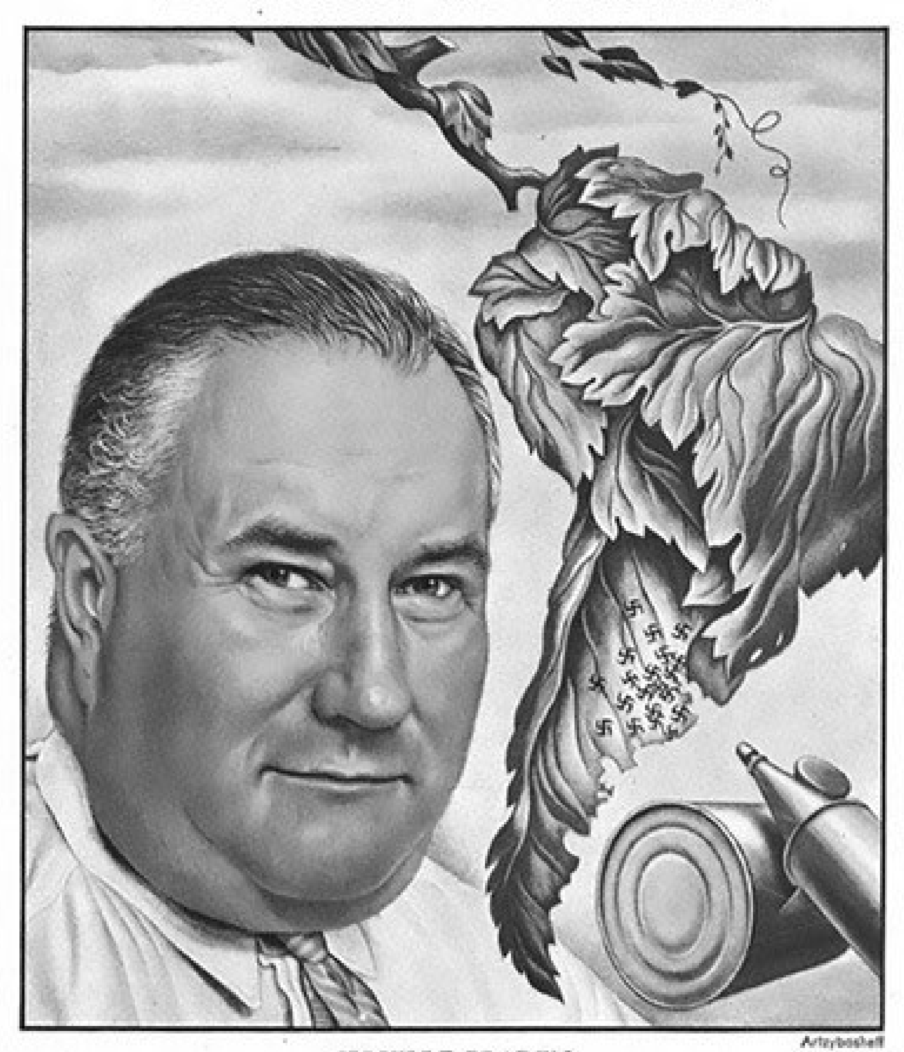
6. “Inculcar en la gente de limitada cultura aspiraciones irrealizables”

La década peronista

FIFTEEN CENTS NOVEMBER 5, 1945

TIME

THE WEEKLY NEWSMAGAZINE



SPRUILLE BRADEN

Sometimes sovereignty is more precious than liberty.

(Latin America)

VOLUME XLVI

La asociación del los nacionalismos latinoamericanos con la amenaza nazi energizó al antipopulismo desde el comienzo. Y vehiculizó un elemento clave del antiperonismo argentino: concebir a la movilización de masas como una amenaza totalitaria contra el liberalismo.

Spruille Braden, “Sometimes Sovereignty Is more Precious than Liberty”, revista Time, noviembre de 1945.

El estudio más influyente publicado en la Argentina en 1945 fue un libro que leyó muy poca gente. Escrito por el periodista nacionalista José Luis Torres, describe la historia del país entre 1930 y 1943 como un período de elecciones fraudulentas, injusticia social y capitulación a los poderes económicos extranjeros. El mote distintivo para el régimen era el de "oligarquía", un término que los nacionalistas, la izquierda y los diplomáticos norteamericanos usaban para caracterizar un sistema injusto y una sociedad a la que juzgaban atrasada, en la que no había una idea de derechos universales que prevaleciera sobre la riqueza. El argumento del libro era atractivo, aunque no particularmente original ni limitado al país. Pero lo que sobreviviría en el tiempo como símbolo de la transición histórica entre un pasado sórdido y un futuro brillante fueron las tres palabras del título:

La década infame.

Perón se preocupó poco por la historia, pero cuando lo hizo fue implacable. El peronismo se constituyó como una identidad política centrada en la justicia social a partir de reinterpretar la década anterior como un período de atraso y opresión. El contraste entre la percepción de ese pasado y la realidad de los cambios que vivieron los trabajadores bajo el peronismo produjo una dinámica desafiante y democratizadora que fue mucho más allá que lo que Perón hubiera imaginado, y probablemente querido. Su famosa carta a Eva Perón del 14 de octubre de 1945, en la que le promete un retiro urgente y un exilio interno, prueba lo poco que Perón intuía sobre lo que él mismo había ayudado a generar. Una forma de leer la historia en las décadas siguientes al 17 de octubre es la del perpetuo (y muchas veces sangriento) esfuerzo de Perón por disciplinar, contener y subordinar a una base social que ante su mirada impávida se reveló radical, irredenta, movilizada.

Quizá sin saberlo, las élites tuvieron razón en no aceptar las ofertas de Perón para montar un Estado corporativo como forma de controlar la radicalización de las masas. No porque sus miembros fueran necesariamente sagaces. Compartían

con Perón la ignorancia del futuro. Pero la experiencia del poder también produce un saber acumulado. Y los terratenientes, empresarios y familias patricias sabían algo que Perón, desde su mirada militar verticalista, subestimaba: cuando se abre demasiado la puerta para atender las demandas de los que están afuera, hay chances serias de perder el control sobre la puerta misma. Ahí importa poco el estudio de las condiciones sociales de la Argentina en los años cuarenta, análisis que de todos modos las élites producían y consumían con sabiduría. Lo que pesaba era un bien intangible, capital cultural, conocimiento de clase acumulado en la larga historia de buscar una forma de construir la nación con las masas adentro. Y si las masas eran, como construcción histórica, una figura sombría del pasado, su realidad del presente de posguerra era igualmente fantasmagórica a los ojos de las élites.

En ese lugar de la experiencia sensible anterior a la razón es donde va a germinar la forma inicial del antiperonismo como una reacción sobretedeterminada y cultural, como el miembro ausente que se siente aún después de la amputación. Por un instante breve pero fundamental, el aprendizaje histórico y el saber acumulado sobre la relación entre masas y política se transforma en una sustancia gaseosa. Ahí aparece “Casa tomada”, artefacto cultural que hizo de aquel miedo atávico un punto de contacto entre dos tradiciones disímiles: la del autor, Julio Cortázar, con la de Jorge Luis Borges, el primero que entendió el valor de aquel trabajo. En el cuento, escrito en 1946, los hermanos se van replegando dentro de su vieja casona ante la avanzada de una invasión que solo se puede intuir, que nunca aparece. “Casa tomada” pasó a la historia como una metáfora sobre la llegada del peronismo, más allá de que Cortázar afirmara haberlo escrito después de un sueño que no podía asociar directamente con la política. Es, sobre todo, un relato sobre el aparato sensorial de los hermanos: solo sus oídos detectan los ruidos que llegan desde lugares remotos, los interpretan como una amenaza que avanza. Como intimidación, la invasión ni siquiera se transforma en palabras. La amenaza no aparece nunca, no sabemos nada de ella, no hay un solo elemento que indique al lector su carácter amenazador. En contraste con esa presencia difusa del invasor, el cuento está marcado por una multitud de detalles que hacen real el mundo de los hermanos que está a punto de desaparecer: los libros de Francia que dejaron de llegar a Buenos Aires en 1939, las horas infinitas del día, la calle Rodríguez Peña, la renta del campo, las estampillas de Eupen y Malmedy –los territorios que Alemania tuvo que ceder a Bélgica en el Tratado de Versailles–, una materialidad robusta que sirve como contraste al carácter inasible del invasor. Mucho más que sobre el peronismo, “Casa tomada” es, en verdad, un relato

sobre el antiperonismo y el modo en que la amenaza le da una forma definitiva, algo sobre lo que Cortázar volvería de forma recurrente en el futuro. El cuento saldría publicado recién en 1951, justo antes de que el autor iniciara su marcha al exilio en Francia.

Las lecturas de aquel cuento abren un espacio en la cultura política argentina definida sobre todo como la reacción ante una amenaza inmaterial. Esa base arenosa será un núcleo duro del pensamiento antipopulista. Quizás esta sea una razón, al margen de las cualidades literarias, por la que “Casa tomada” trascendió como objeto cultural de la época y no lo hizo “La fiesta del monstruo”, el relato contemporáneo de Borges y Adolfo Bioy Casares. En este cuento, el temor al peronismo aparece en su manifestación obvia, la perplejidad ante la movilización y la conducta embriagada de la masa, la violencia sexualizada de los sentidos y la pérdida de los atributos propios del individuo moderno, sobre todo la racionalidad. La historia de las lecturas políticas de los dos relatos ilumina un espacio significativo del antiperonismo, sobre todo entre 1943 y 1950, para luego dar lugar a construcciones intelectuales diversas. En su versión fenomenológica, la de “Casa tomada”, el antipopulismo está obligado a tener menos, necesita prescindir del populismo como fenómeno histórico concreto para convertirlo en esa manifestación sensorial que, por momentos, parece ser solamente una experiencia interna de quien la sufre.

Esa primera reacción extemporánea achata la elaboración de explicaciones sobre los orígenes del peronismo a una indagación por “el problema”, una búsqueda, muchas veces quejosa, sobre qué es lo que salió mal y debería corregirse para retomar el rumbo. El rechazo al peronismo aplastó bajo el común denominador de un enojo apasionado formas muy distintas y hasta opuestas de entender la nación, la sociedad y la política. Aunque desde adentro de esa sequía panorámica surgirán algunas de las ideas que dominarán la discusión pública durante la segunda mitad del siglo, el antipopulismo es mucho más rico intelectualmente desde la caída de Perón en 1955 que durante la árida década de oposición. Así, a la interpretación histórica de la Argentina como un producto de “los setenta años de peronismo” se le corresponde de forma análoga la de “los sesenta años de antipopulismo”.

De aluviones y zoológicos

En ese magma iniciático de los comienzos del antiperonismo, uno de los conceptos analíticos que se convertirá en la plataforma polivalente de distintas miradas políticas es el del "aluvión". El término pasó a la historia grande asociado al "aluvión zoológico", la frase con la que el diputado radical Ernesto Sammartino describió en 1947 a los que con sus votos habían llevado al peronismo al congreso:

"El aluvión zoológico del 24 de febrero parece haber arrojado a algún diputado a su banca, para que desde ella maúlle a los astros por una dieta de 2500 pesos. Que siga maullando, a mí no me molesta".

De ahí en más, la expresión siguió su carrera meteórica. No tardó en convertirse en el sentido común de amplios sectores de clases altas y medias, politizados y no tanto, que veían en el peronismo la llegada a la esfera pública de protagonistas que carecían de la legitimidad para ocuparla. Su potente carga retórica también va a ayudar a la transición desde el compadrito al cabecita negra como nueva fuente de preocupación. Pero la idea del aluvión tenía su propia historia intelectual y se emparentaba con las transformaciones que habían dado su carácter a las masas argentinas. Incluso para el propio Sammartino, que no pasó a la historia por la sutileza de sus intervenciones, la impugnación social al peronismo iba acompañada del reconocimiento de una realidad nueva en la que amplios sectores previamente excluidos eran hoy parte de la comunidad. El diputado radical, que en verdad había participado del golpe de 1943 del que emergió Perón, apoyó junto con el resto de su partido la sanción del voto

femenino, pero durante el tratamiento de la ley argumentó que había dos clases de partidarios del sufragio de las mujeres: “los que lo apoyan como demagogos […] y los que luchan por él por entender sinceramente que es justicia otorgar a la mujer esa conquista”. Era preocupante, para él, que se hablara de darle el voto a las mujeres en un contexto de cercenamiento de las libertades individuales, y se preguntaba qué ocurriría a las mujeres opositoras en el instante en que pretendieran exteriorizar su crítica al oficialismo.[66] Sammartino sabía que las “intenciones” no solo son algo muy difícil de medir, sino que son irrelevantes para la política. Su reacción salía de algo más profundo: la convicción de que había ciertos avances que eran necesarios para la Argentina pero que debían llevarse adelante de forma pausada y liderados por la gente adecuada.

Con toda su brutalidad, la figura aluvional se colocaba en el punto justo de encuentro entre la sociedad y la política. Antes de convertirse en amenaza los miembros del aluvión venían transformando a la sociedad desde mucho tiempo atrás: para el momento en el que Sammartino pronuncia su frase, la mayor parte de la burguesía urbana, a diferencia de sus pares del campo, llevaba el tipo de apellidos italianos y españoles que podía encontrarse entre compadritos y obreros.[67]

El propio aluvión tenía una historia más rica que la enjundia de Sammartino. En 1946, casi en simultáneo con el surgimiento del peronismo, un historiador daba un paso fundamental para el pensamiento de toda una generación con el lanzamiento de su libro Las ideas políticas en Argentina. El autor era José Luis Romero, el primer intelectual que desarrolló aspectos básicos de la historia social del país a partir de una búsqueda obsesiva sobre los aspectos que definían a las sociedades modernas: las masas, la inmigración y las ciudades. De sólida formación marxista, Romero advierte desde temprano que la “conciencia de clase” de las masas trabajadoras no es un producto automático de sus condiciones materiales –como de alguna manera podía interpretarse el marxismo–, sino el fruto de la creación humana, de las formas específicas de la sociedad y de la acción política.[68] Esa premisa sencilla, que Romero postula en los años treinta, será el núcleo duro de su aproximación a la historia social de las ideas. Era ineludible que, en los años cuarenta, a Romero le surgiera un marcado interés por las ideas y los instrumentos políticos que construían las masas desde su condición de trasplantadas, un paso que daba forma a la sociedad como un conjunto ligero, inestable y en formación. La inmigración dejaba de ser así un fenómeno relativo a quienes habían llegado al país desde el exterior para convertirse en un rasgo distintivo de todo el orden social.

El concepto con el que Romero definía a ese orden marcaría su trayectoria e influiría en la forma de pensar de todo un país: la sociedad aluvial. La expresión surge en Las ideas políticas…, donde Romero iba hasta el encuentro de Roma con la cultura griega para analizar a la Argentina. Fue en los tiempos del Imperio Romano, señala, cuando la cultura helenística que “Roma descubre bajo el nombre de Grecia” trajo al imperio moderno el bagaje de las viejas culturas orientales y, en ese acto, “conservaba para sí el papel de núcleo del movimiento de aluvión”. En la Argentina, escribía Romero en 1946 con certeza ante un mundo políticamente irreconocible, el “ciclo histórico que en este libro se designa con el nombre de era aluvial se mantiene abierto”. El autor buscaba en la historia de las masas las señales de su avance hacia una revolución que dejara atrás el régimen de las sociedades burguesas, y que actuara bajo los principios científicos del socialismo. Pero se encontraba con que, desde 1880, las élites que “nos dieron una magnífica legislación liberal”, frente “al gran problema que germinaba ante sus ojos [el de la inmigración de masas], se constituyeron como oligarquía hermética y se negaron a replantear el problema político-social de la nación”. En ese desencuentro, Romero veía un tropiezo en el que el nuevo orden social, “informe e inorgánico”, en vez de producir la lucha de clases había generado para los obreros “la ilusión primaria” de que “un caudillo realizara el milagro de interpretar y satisfacer sus deseos”.[69] La metáfora aluvional se generalizó, y a ella se abrazaron pensamientos muy disímiles, para decir cosas muy distintas pero igualmente generadas ante la perplejidad y la preocupación por los orígenes del peronismo.

Hay cuatro ideas centrales al antipopulismo que se conjugan en las interpretaciones del 45: el impacto del aluvión, zoológico o no, de la masa inmigratoria sobre la política; el desvío de las masas de un destino original; los desajustes del país frente a su propio hecho moderno, y la identificación del peronismo como una expresión política de esa deformidad social y cultural, que abría una forma de incorporación defectuosa y engañosa de los trabajadores a la vida política.

El número 237 de la revista Sur, dirigida por Victoria Ocampo, que salió a fines de 1955, recoge de forma transparente y sin revisar algunos consensos básicos forjados durante la década previa. Como bien observó Carlos Altamirano, ninguno de los autores de aquellos artículos se creyó obligado a ofrecer un análisis o interpretación del peronismo. La década que terminaba había sido “oprobiosa e irracional” y eso era suficiente para imaginar las causas históricas del problema y la salida a él: pero sobre “el problema” en sí, nada.[70] La

operación ideológica que Altamirano observa en Sur puede extenderse a buena parte de la política y la intelectualidad argentina durante aquella década. El partido comunista, el trotskismo, Victoria Ocampo, Cortázar, el nacionalismo oligárquico, el liberalismo, las élites tradicionales del interior, el socialismo, las clases medias de las grandes ciudades, amplios sectores industriales emergentes, el periodismo, las nacientes ciencias sociales, los diplomáticos norteamericanos y los cronistas opositores exiliados: todos parecen razonar sobre la base de distintas conjugaciones de aquellas cuatro ideas.

A primera vista, la década que va de 1945 a 1955 está marcada por la monotonía de dos tradiciones fundantes de las ideas políticas argentinas. Una es el análisis histórico que coloca el peronismo como la reiteración moderna de la relación entre masas y caudillos que signó a la Argentina desde su nacimiento, bajo el marco interpretativo de civilización y barbarie que Sarmiento había impuesto en el Facundo. La otra, exudación de la primera, es que al peronismo se lo piensa como obstáculo unidimensional al que hay que superar, se relegan preguntas sobre las transformaciones que produjo y se enfatiza una especie de gesta restauradora para poner al país de pie una vez que el peronismo se derrumbe. Si esta primera impresión del discurso antipopulista fuera toda, y fuera cierta, este libro podría terminar acá mismo, o podría reproducir como una letanía los análisis y declaraciones que confirman las dos formas argumentativas en los siguientes setenta años.

Sobre esta base, la década aplanada de oposición al peronismo se ve como un campo fértil, porque de esas ofuscaciones inmediatas surgirán ideas más precisas en el futuro. Estas preocupaciones se pueden agrupar, de manera arbitraria pero con fundamentos, en cuatro líneas fundamentales: la modernización, la lealtad de las masas, la puja distributiva y el autoritarismo.

Cada una de estas cuestiones es apropiada de forma específica por sectores no necesariamente afines entre sí. Y muchos de estos temas se superponen y no aparecen en “estado puro”. Pero aun así pueden distinguirse dentro de un mismo discurso, como cuatro ideas políticas sobre las que se va a fundar la convicción de que hay algo llamado “populismo” y de que es el centro de un problema a resolver.

Ser modernos

El 18 de octubre de 1945, tras presenciar las movilizaciones en las calles de Buenos Aires, un analista observaba con precisión: “A menos que haya una reacción rápida, es probable que el retorno de Perón sea un gran paso adelante hacia una revolución social en la Argentina. Con los extremos de riqueza y pobreza que hay, esto en sí mismo es quizá lo adecuado”. El análisis coincide con la mirada que el peronismo impuso sobre la década infame. En esa perspectiva, el peronismo es la respuesta no solo a un orden social injusto, sino a una clase dirigente incapaz de adaptarse a la democracia de masas, incapaz de ser moderna. El cambio social desde abajo estaba más que justificado por la ceguera desde arriba.

El autor de aquellas líneas, sin embargo, no podía estar más lejos de Perón: era John Cabot, embajador de hecho de los Estados Unidos ante la Argentina tras la partida apresurada de Braden unas semanas antes. Cabot remataba con una nota sombría su convicción de que la revolución era apropiada: “La tragedia es que la esté liderando un dictador fascista”.

La convicción de que las élites argentinas eran atrasadas, de que no habían sabido liderar un sistema político en el que se construyera un interés general convincente para las mayorías, y que ese fallo había permitido el surgimiento de un dictador que denunciaba la injusticia: las pocas líneas del diplomático norteamericano condensan el núcleo del análisis sobre el origen del peronismo alrededor de la idea de modernización. ¿El peronismo es un hecho moderno, o es la consecuencia de que el país no lo fuera? Las respuestas durante la década combinan partes de las dos hipótesis. Como horizonte, “la Argentina moderna” es una fórmula actualizada de la república verdadera alberdiana, punto de llegada en el que el país está, por fin, a la par del resto del mundo y que puede conjugar en su proyecto desarrollo económico, inclusión social y democracia republicana. Y, también como en la fórmula de Alberdi, es una especie de espejismo en el desierto, al que cada vez que estamos por alcanzar, se aleja un poquito más.

El concepto predilecto para denunciar a la Argentina como un territorio premoderno era el de “oligarquía”. Uno de los pocos códigos de la época comunes al peronismo, la izquierda, el nacionalismo y los analistas norteamericanos es la insistencia en referirse a los grupos dirigentes como “oligarquía”, es decir, quitarles su condición de élite. El mote enfatizaba el

carácter injusto del sistema y una sociedad atrasada en la que no existía una idea de derechos universales que prevaleciera sobre la riqueza. Señalaba como responsable de esto al carácter excluyente de los grupos dominantes del pasado, un país en el que el poder económico y el poder político estaban superpuestos y fijos. En eso, la Argentina era parte de una región en la que las repúblicas liberales ahora estaban asociadas al atraso.

Todo el mundo habla de "oligarquías". Desde las "oligarquías" del sur de Brasil hasta las "oligarquías cafetaleras" de Colombia; la causa del atraso parece ser una y la misma en toda América Latina. En la Argentina, los hermanos Irazusta publican en 1934 un libro cuya tercera parte se titula "Historia de la oligarquía argentina", configurando el nacionalismo antiperonista posterior que busca las "nuevas minorías rectoras" que nos salven del "hombre masa". Desde el comunismo, Héctor P. Agosti se quejaba de la élite dirigente que "hablaba una lengua extranjera" y que abrazaba un liberalismo desentendido del problema de la tierra (a diferencia de Sarmiento) y aferrado a su aversión a lo plebeyo. Raúl Prebisch, director del Banco Central en los años treinta y asesor de la Revolución Libertadora en 1955, no habla de oligarquía, pero la describe: en su texto clásico de 1949, El desarrollo económico de América Latina, afirma que el principal problema para un desarrollo industrial autónomo es el gasto suntuario y la baja capacidad de ahorro de los terratenientes. Desde afuera, la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL, por sus iniciales en inglés), milita furiosamente contra el peronismo pero lo explica no como un defecto de los trabajadores, sino de las clases económicas dirigentes, como producto de un país que "había estado gobernado durante décadas por una oligarquía de estancieros […] y otros grupos económicos poderosos que dominaban la vida política".[71]

Mientras tanto, los que corporizaban la idea de "oligarquía" vivían su propia transformación. Durante el peronismo, el agro local deja de ser el granero del mundo, y va perdiendo su peso mundial en el comercio de trigo, maíz y carnes. Las causas, paradójicamente, están menos en las políticas antioligárquicas del peronismo y más en el eficiente esfuerzo de los Estados Unidos desde principios de los años cuarenta por sabotear la participación argentina en el comercio mundial, obstaculizar su mejora tecnológica e impedir su financiamiento en los mercados.[72] A este sector en crisis, el peronismo impuso una serie de restricciones y un discurso impugnatorio: Perón comprendió el potencial retórico que tenía el ataque a la oligarquía, aun cuando para ese entonces la burguesía industrial tenía tanto o más poder que aquella. Esas invectivas generaron reacciones tempranas. El Estatuto del Peón y la nueva Ley de Arrendamientos,

ambos sancionados con Perón como secretario de Trabajo y Previsión, confirmaron los peores fantasmas sobre el retorno de la política de masas. La Sociedad Rural Argentina reaccionó con un comunicado de notable asincronía: hablaba un lenguaje del pasado, avanzaba argumentos del futuro:

El Estatuto del Peón no hará más que sembrar el germen del desorden social, al inculcar en la gente de limitada cultura aspiraciones irrealizables, y las que en muchos casos pretenden colocar al jornalero sobre el mismo patrón, en comodidades y remuneraciones […] La vida rural ha sido y debe ser como la de un manantial tranquilo y sereno, equilibrado y de prosperidad inagotable.

De todos modos, retórica y política peronista cambiarán en poco tiempo, sobre todo a partir de 1950, cuando el gobierno busque ampliar sus apoyos (o reducir sus enemigos). Lo que cambia muy poco es el tono militantemente antipopulista de las caras más reconocibles de la oposición, desde el comienzo del peronismo y hasta su final.

Hacia abajo, hacia la flamante clase trabajadora, la pregunta sobre la modernidad de la estructura social argentina era igual de obsesiva, aunque las respuestas eran distintas. Ahí la historia tomaba un nuevo curso: para sus detractores, el peronismo traía violentamente a la actualidad el bagaje de caudillismo y masas enceguecidas de la vieja Argentina, pero era sobre todo un fenómeno moderno, diferente de las típicas dictaduras latinoamericanas. Estos obreros del siglo XX eran parte de una estructura económica avanzada, una de las más dinámicas de América Latina.

El problema no eran solo los obreros, ni el problema era siempre su atraso:

Preguntándose sobre los orígenes del peronismo mientras este se originaba, amplios sectores veían entre las razones de su aparición a clases altas

demasiado atrasadas y clases bajas demasiado modernas.

En la esquina de modernidad y atraso se encuentran tres argumentos. Uno dice: cuando analizamos el peronismo, analizamos un problema al que hay que buscarle causas. Otro agrega: el problema es el de la transición, ese momento en el que los obreros pierden sus referencias tradicionales y no encuentran refugio en las sociedades modernas. Y el tercero interrumpe: claro, y el representante de ese estado de cosas que es a la vez moderno y confuso, salvaje y profundamente político, no es otro que el cabecita negra.

El medio siglo siguiente a la aparición del peronismo va a estar signado por esta tríada inquebrantable. El punto de arranque era la noción de que el peronismo no podía pensarse como el surgimiento de un núcleo de preocupaciones legítimas sobre la cuestión social, sino como una reacción desacomodada frente a la injusticia, una noción tan duradera como el peronismo. Aún en 1999, Emilio De Ípola –probablemente quien pensó con más fineza el fenómeno populista en la Argentina– ironizaba sobre la comunidad intelectual a la que pertenece, relatando que lo habían invitado a una charla sobre “la idea peronista”, “pero dado el notorio oxímoron que comportaba para algunos ese título, lo cambiaron por ‘el hecho peronista’”.[73] El “hecho” es algo casi inmanejable, siempre constituido por otras acciones, otros hechos.

Uno de esos hechos era el de la transición, que como categoría de análisis se volverá fuerte sobre todo más tarde, tras la caída de Perón y de la mano de la sociología funcionalista, pero que se expresa de forma temprana durante la década peronista. Ahí, el peronismo era leído como el atajo que tomaron los trabajadores en su transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. Lo que la “sociedad moderna” significaba para cada uno era distinto, pero en todos los casos el espejo era el desarrollo político de la clase obrera europea desde fines del siglo XIX: el socialismo científico para los socialistas, el partido de clase para el comunismo, un partido laborista dentro de un sistema institucional republicano para los liberales, un Estado autoritario que contuviera a las masas radicalizadas del nacionalismo corporativista que simpatizó con Perón hasta percibir la relación que este y los obreros habían desarrollado. El

peronismo no parecía corresponderse con ninguna de las recetas para que los obreros llegaran a la sociedad moderna.

En muchos de estos análisis subyacía una versión de un “mundo tradicional” del que provenían los obreros argentinos: inmigrantes y habitantes de pequeñas ciudades y campos del interior del país, donde el sentido de la experiencia era visible de forma inmediata. Las instituciones podían ser la Iglesia y el gobierno que rodeaban la plaza central. El producto del trabajo era lo que salía del taller o la granja o el campo al final del día. La ayuda ante una crisis era la que proveía la familia y el núcleo cercano de afectos. La famosa transición implicaba dejar atrás todas estas referencias para ingresar al mundo moderno dominado por las abstracciones y los vínculos burocráticos. Las instituciones no están al alcance de la mano ni tienen un rostro, son un ente invisible al que se accede a través de trámites. El producto del trabajo es el fruto agregado del trabajo de muchos en áreas remotas. La ayuda proviene de gente a la que no conocemos, de instituciones de las que no formamos parte. Qué mejor espacio que ese trayecto desde las certezas a la imprecisión para que acechara el lobo, en la forma de un líder que ocupara el lugar paternal y ofreciera su protección a esta población novicia a cambio de quitarle su libertad. Si el populismo se articula alrededor de una fábula redentora, el antipopulismo construye una historia igualmente fabulada sobre la base de otras evidencias. Lo opuesto a aquella épica liberadora que propuso el peronismo fue la leyenda de una masa inocente abusada por un padre inescrupuloso. María Esperanza Casullo resume esta tensión que define la discusión sobre la irracionalidad en la política: “Como bien sabían en la Grecia clásica, lo opuesto al mito no es la razón, sino el silencio”.[74]

En todo caso, estas especificidades se desarrollarían con más precisión luego de 1955. En la década peronista, y sobre todo en sus comienzos, la reacción antipopulista se define sobre todo como una experiencia sensorial. El retumbar de los bombos, que el antiperonismo convierte en un símbolo del aluvión antes de que el peronismo los adoptara como propios, es el recordatorio de una presencia del pasado en el mundo del futuro. Permite situar al peronismo, como señala Ezequiel Adamovsky, como una reverberación (literalmente) de un pasado en el que las distancias y espacios eran más permeables y menos idealizados que en los tiempos de la razón moderna, en los que la frontera que separa a los individuos es más firme y evidente. Es el atentado del espacio invasor del sonido contra la esfera íntima y racional de la lectura.[75] En la transición a la sociedad de masas los sonidos invasores venían, por ejemplo, de “El rancho ‘e la Cambicha”, el hit de Antonio Tormo que las compañías

aceptaron grabar a regañadientes en 1950, después de años de que el tema circulara por las peñas de los inmigrantes en la provincia de Buenos Aires. No se equivocaban: el tema que relata las penurias de la vida en el interior se convirtió en un éxito inmediato, y con más de cinco millones de copias fue el disco más vendido de la historia argentina hasta ese momento.[76]

Detrás de esos bombos, en las noches ruidosas de esas peñas suburbanas, adentro de los cafés porteños en los que, protestaba Sebreli, ya no se podía leer por el ruido de las borracheras chorreando desde las otras mesas, habitaba el personaje distintivo de esta transición trágica a la democracia de masas moderna.

El cabecita negra y la lealtad de las masas

El cabecita negra fue llegando, se impuso con algo de tiempo como la representación de una nueva era, heredero de los tipos sociales que lo precedieron. En las movilizaciones del 17 de octubre aún vive el pasado. Los socialistas se preguntaban por qué los trabajadores demandarían por sus derechos como si fuera un carnaval. Descreen de la condición de legítimos trabajadores de esos marchistas, porque aquellos que "han apoyado la lucha de las organizaciones sindicales contra el capital no estaban presentes" ese día, porque el verdadero trabajador impone presencia con su tono "grave y taciturno" y no con "el espectáculo de una horda, de una mascarada, de una balumba".[77] El comunismo tenía una definición para lo que acababa de pasar: esos "clanes con aspecto de murga" estaban integrados por "el hampa" y por la presencia última del pasado en el instante antes de morir: "los compadritos".[78] La izquierda trataba de darle un sentido a la gangrena increíble que acababa de ocurrir en sus filas recurriendo a las tipologías que señalaban el sujeto imperfecto del suburbio aluvional.

El cabecita negra recogía algunos de los rasgos de sus predecesores pero en un formato distinto que anticipaba una amenaza totalmente novedosa. Como el gaucho y el compadrito, el cabecita negra era el tipo social del pueblo visto desde arriba, no solo desde las élites, sino también, con un entusiasmo igual o mayor, desde las clases medias y desde quienes estaban más cerca en la

experiencia cotidiana y buscaban aún más ansiosamente espacios reales y retóricos de diferenciación. El gaucho, el compadrito y el cabecita negra eran el obstáculo perpetuo que obligaba a resignarse a la república posible alberdiana. Pero el gaucho y el compadrito eran tipologías sociales que precedían a los fenómenos políticos a los que dieron forma. El gaucho era un producto de la pampa y de la falta de civilización. El componente bárbaro era previo e independiente a su condición de base política del caudillismo. Con el compadrito, esa separación entre la deformidad social y el efecto político era aún más pronunciada. El compadrito era el habitante desajustado de los suburbios cuya condición de inmigrante se asociaba al ocio, la violencia y la economía criminal, pero ese status entraba en escena para infectar a la democracia de masas en su conjunto, no solo al radicalismo. Radicales, conservadores y distintas variantes caudillistas del interior podían ser todos explicados como maquinarias políticas que se alimentaban de estos personajes al servicio de cualquier causa que les produjera beneficio y les diera una inserción.

El cabecita negra, en cambio, era una secreción social que solo se podía cristalizar como sujeto político: el simpatizante peronista. A diferencia de otras formas de categorizar la vida social, el estereotipo es algo que simplifica la mirada del otro. Resalta, como en una caricatura, rasgos que bien pueden estar presentes de un modo distinto o que son sencillamente fruto de la reacción que el objeto estereotipado despierta en el otro.[79] Pero esa simplificación encierra procesos de elaboración complejos. La distancia entre el problema social –la transición truncada– y la enfermedad política –la adscripción al peronismo– era en este caso mínima. Esa superposición intrínseca se convirtió en el centro de una forma de entender el peronismo por parte de sus adversarios.

Esa interpretación empezaba por preguntarse por la cuestión de la lealtad. Se interrogaba, entre la perplejidad y la rabia, por qué los trabajadores seguían a Perón de forma tan convencida y, con el paso del tiempo, de manera tan inclaudicable. Y se respondía con un estereotipo del simpatizante peronista hecho de una serie de atributos de distinto orden, pero con poco énfasis en la política: ropa de clases bajas, inmigrante del interior del país, rasgos físicos con trazos indígenas, hábitos de consumo inconsistentes con el progreso económico, incapacidad de entender la utilidad del confort moderno, iletrado, sumiso o violento, bruto. Los rasgos políticos, tales como su pertenencia al sindicato o su creencia en nociones de derechos sociales, eran apenas una transparencia de fondo. El cabecita negra –originariamente el nombre de un pájaro argentino– tenía el pelo duro y morocho, ensuciaba la casa, hablaba un castellano

incomprensible, como el que Miguel Cané, con su dosis de racismo, ponía en boca de los personajes de clase baja en Juvenilia. A diferencia del gaucho y el compadrito, pero también del choriplanero que lo sucederá en el siglo XXI, el cabecita negra solo puede ser peronista. Su foto está completa recién cuando se ve la tipología social y la adscripción política.

El ideal modernizador de la racionalización de las relaciones económicas es un punto de frontera social. El peronismo y muchos otros sectores condenaban los gastos superfluos de la oligarquía como símbolo de un pasado de atraso (y de la baja capacidad de ahorro nacional). Pues el antipopulismo se movía de manera análoga, pero hacia abajo. El cabecita negra se definía como aquel que despilfarraba los beneficios (inmerecidos) que recibía del Estado, los sindicatos o la Fundación Evita, en bienes que no necesitaba o no sabía cómo usar. En la famosa leyenda urbana en la que los cabecitas negras usaban el piso de madera del departamento nuevo para hacer el fuego del asado se conjugaban varias ideas. El elemento obvio era la ignorancia y brutalidad de estos nuevos propietarios, pero esto estaba atado al hecho mismo de que esta clase social tuviera, justamente, derechos de propiedad. El supuesto de que habían accedido a su nuevo hogar mediante una prebenda, y no gracias al trabajo y el ahorro, resaltaba que no habían completado el proceso de maduración necesario para estar a la altura del bienestar.

Ahí se expresa uno de los puntos centrales que marcábamos al comienzo de este ensayo: el prefijo “anti” esconde un proceso relativamente orgánico e independiente de construcción ideológica, en el que el antipopulismo define no solo su oposición a algo, sino su mirada sobre lo que concibe como proyecto de país. La idea antipopulista del obrero realza la tensión entre jerarquía y cambio con la que se enfrentó al peronismo. Pero lo interesante es que esta tensión no es solo propia de las miradas conservadoras, que rechazan el cambio y añoran un sistema en el que el liderazgo propio y las estructuras fijas no estaban (presuntamente) en cuestión. Quienes más se horrorizaron con el tono herético de la ocupación del espacio público y la expansión del consumo de masas del peronismo fueron los hombres y mujeres de las clases medias. Estos eran los sectores modernos de la sociedad, en los que estaban depositadas las esperanzas de una mirada liberal sobre la sociedad del futuro: clase media extendida, partidos políticos moderados e instituciones sólidas. Sin embargo, desde ahí salía con más énfasis el rechazo tradicionalista a la invasión mediante el recurso del estereotipo como una impugnación al cambio. Las clases medias eran producto del cambio y expresaban su pasión por una economía y una política que se

transformara de forma permanente… sin modificar violentamente el lugar propio en la sociedad. Eso era lo que había vulnerado el peronismo con agresividad en apenas unos pocos años. La música de Tormo invadía el aire de una ciudad diseñada para ser París; los cafés eran también el lugar para borrachines y los paseos públicos como la Costanera el espacio de ocio para mayorías ruidosas.

La materialidad de la movilidad social estaba en primer plano. El achicamiento de la distancia podía medirse en números: un estudio sobre la movilidad social durante 1949 señalaba que los salarios de los trabajadores industriales se habían triplicado, mientras que los de los empleados y administrativos se habían duplicado, y los de los profesionales se habían mantenido igual. Esto se traducía en una cultura y economías novedosas en las que nada estaba vedado para los trabajadores. Hacia fines de los años cuarenta más argentinos iban a los cines que a las canchas de fútbol. Mar del Plata había recibido 380.000 turistas en 1940, un millón en 1950, y casi un millón y medio en 1955.[80] Los cabecitas negras compraban electrodomésticos, libros, ropa, todos los signos de distinción de clase con los que la clase media se había hecho un lugar. La reacción a esa cercanía era el rechazo aún más pronunciado. Esta tensión produjo el efecto curioso de que la acentuada polarización social que se vivió durante los años peronistas no se experimentaba de manera tan agresiva en los extremos como en las partes que se acercaban peligrosamente.

El migrante del interior cuyos consumos invadían la vida cotidiana y cuyos hábitos y preferencias denotaban un espacio público nuevo solo podía ser producto del fenómeno político al que, por eso mismo, adhería de manera incondicional. Si ese rechazo a la movilidad social encontraba su forma en una crítica cultural, como reproche político subsistía la pregunta, aunque más no fuera de manera retórica, acerca de por qué los obreros eran leales a Perón. Era difícil encontrar una respuesta desde la construcción del estereotipo. Y era mucho más difícil traducir esa respuesta en una propuesta política en el marco de la esfera pública monolítica y opresiva que el peronismo construyó desde el Estado, particularmente desde 1950. El cierre masivo y la censura de la prensa opositora, la persecución de dirigentes opositores, el culto a Perón y Evita y la homogeneización de la palabra pública llevaban al antiperonismo a la autoconfirmación: solo aquellos que no estaban preparados para ejercer la democracia con madurez podían festejar el despotismo. Pero el objetivo de montar un estereotipo nunca es el de ofrecer marcos explicativos novedosos, sino más bien el de dar forma coherente a un conjunto de ideas que permanece ahí, latente. En la reacción ante el seguidor peronista, el antipopulismo se

encontraba en su intimidad con los fantasmas que denunciaba en su adversario, con las reacciones en estado emocional, con la violencia retórica, con la traducción de esa violencia en un programa que impugnaba ontológicamente al otro y, por último, con esa violencia ejercida contra el enemigo.

Desde ese punto de partida, el lamento draconiano sobre una lealtad que era al mismo tiempo inexplicable y fácil de explicar, emergían miradas políticas divergentes, que se hicieron más visibles y más divergentes tras la caída de Perón en 1955, aunque empezaron a tomar forma durante su mandato, incluso en los días inmediatamente posteriores a su ascenso al poder. Las nociones de atraso, opresión y engaño –muy distintas entre sí, sobre lo que volveremos en breve– van a poblar la narrativa sobre los cabecitas negras como base de apoyo al peronismo. Lo más interesante de esa figura estereotipada, quizás, es que en su aparición cultural escondía la dinámica de fondo que había cambiado a la sociedad argentina: la proximidad amenazante de las masas y la desestabilización de las jerarquías previas se alimentaban de un reparto marcadamente distinto de los recursos. Un cambio que había sido extremo pero que, sobre todo, había sucedido demasiado rápido.

La distribución de la renta

El principal argumento contra la mejora en el poder adquisitivo que experimentaban los trabajadores durante los primeros años del peronismo no hacía referencia a la desigualdad, sino que giraba en torno a la idea de que esa mejora derivaba de una redistribución de la renta y no de un incremento en la productividad de la economía. La redistribución de ingresos tenía expresión en la vida cotidiana. Aquella cercanía social entre trabajadores industriales urbanos y profesionales y comerciantes (o al menos la percepción de esa cercanía) no era una alucinación de la clase media. Tenía como base material más que justificada el achicamiento de la brecha entre los obreros y el resto de la sociedad. Para una variedad de sectores que cuestionaban el atraso y la desigualdad de la estructura social argentina, esa había sido siempre una transformación deseable. Amplios sectores del radicalismo (desde Ricardo Balbín a Arturo Frondizi), socialistas, economistas como Prebisch o los diplomáticos y sindicalistas norteamericanos

más aguerridamente antiperonistas, todos ellos promovían una sociedad más compacta e integrada como superación del régimen pasado. Como dijimos, la idea misma de "oligarquía" estaba basada en el estancamiento de esa brecha social. Pero ahora que el cambio estaba sucediendo, eran sus críticos más feroces. Las razones políticas son conocidas y se relacionan con las formas prebendarias del Estado o el lugar mediador de los sindicatos o la asociación entre los beneficios y la figura personal de Perón y Evita. Eso era la superficie de un cuestionamiento más profundo y duradero a la transformación que estaba viviendo el país y a los límites que ellos percibían en esos cambios. Más que como un principio diferente, la redistribución de ingresos aparecía como antagónica al incremento de la productividad.

Las consecuencias de este postulado se van a oír en la historia argentina hasta nuestros días en la forma de tres corolarios fundamentales. El primero es que sin incremento de la productividad esa mejora en la calidad de vida es insostenible en el largo plazo. El segundo es la apuesta por fórmulas indirectas para el mejoramiento de la calidad de vida de los sectores postergados, sobre todo la formación y la educación como fuentes de progreso, antes que el incremento salarial o los beneficios sociales. El último, derivado de los anteriores, es que el énfasis en la distribución de la renta por sobre el incremento de la productividad lleva de forma inevitable al incremento del conflicto social.

Quien mejor argumentó esta posición no estaba en la Argentina: era el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, que en 1945 hizo una formulación poderosa: "No se trata de quitar la riqueza al que la tiene, sino de crear riqueza para el que no la tiene".

Líder del APRA, Haya de la Torre era el dirigente populista que en los años inmediatamente posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial iniciaba una transición hacia el liberalismo moderado, con lo que se había ganado respeto y críticas por todos lados. En el momento en que Perón en la Argentina, Víctor Paz Estenssoro en Bolivia y Rómulo Betancourt en Venezuela avanzaban con programas relativamente radicales de redistribución del ingreso e intervención masiva del Estado en la economía, Haya de la Torre creía que la forma en la que América Latina podía disfrutar de los beneficios de la primavera democrática de posguerra era, en cambio, mediante formas de conciliación social y diálogo con los sectores de poder. Lo contrario, el conflicto social, llevaría al fortalecimiento de opciones de izquierda o de formas autoritarias de contenerla.[81]

Quienes tomaron como bandera este postulado con más convicción provinieron justamente de las filas sindicales norteamericanas. Mientras los Estados Unidos atravesaban el período de huelgas más extenso de su historia, la diplomacia de la AFL, principal central sindical norteamericana, en América Latina se había convertido en una fuente de recursos discursivos, políticos y financieros en contra del conflicto social. El representante de la AFL en la región, Serafino Romualdi, citaba esa misma frase de Haya de la Torre para argumentar, en un artículo de 1947 en la revista Foreign Affairs, que lo que estaba ocurriendo en la Argentina con medidas tales como las indemnizaciones por despido y otras leyes que imponían mejoras en el poder adquisitivo parecían "actitudes iluminadas hacia los trabajadores", pero "no resultarían en una mejora apreciable en su nivel de vida".

El formato peronista de redistribución del ingreso estaba en las antípodas del de los Estados Unidos, que en 1945 emergía como la potencia económica, política e ideológica indiscutida en el mundo, por lo que era natural prestarle atención a los argumentos que se originaban allí. La simbología asociada a la modernización era compartida por liberales, comunistas y populistas en toda América. Las represas hidroeléctricas para generar energía, las fábricas para producir bienes y los autos y electrodomésticos para ser consumidos eran las señas de un futuro próspero. Aunque ahí también había tensiones. Mientras el dato que ofrecía el peronismo al resto del mundo como evidencia de la Argentina próspera era la ingesta calórica de los trabajadores –signo inequívoco de la redistribución de ingresos–, las centrales obreras norteamericanas mostraban cuántos sueldos necesitaba un obrero para comprar un auto, dato que servía para comprobar cómo evolucionaba la productividad de la economía. La construcción de una antinomia entre redistribución y productividad era un territorio dilecto para imaginar a la primera como impedimento de la segunda. Si en el pasado el obstáculo para el progreso nacional había sido el gasto ocioso de los terratenientes, ahora eran los beneficios excesivos de los trabajadores.

Pasados los primeros años de la posguerra, la Guerra Fría iba a reponer estas discusiones en un contexto internacional y doméstico diferente. A partir de 1948, los conflictos derivados de la redistribución del ingreso eran percibidos por los sectores conservadores como el campo fértil para el comunismo. La paradoja obvia de que el marcado anticomunismo de Perón fuera señalado como germen del comunismo revelaba el sustrato último de la Guerra Fría en la región, que tenía menos que ver con las confrontaciones ideológicas y geopolíticas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética y más con batallas domésticas de larga data

entre élites económicas recalcitrantes y amplios sectores sociales que demandaban una mejor distribución del poder y la riqueza en la región.

Obviamente, el peronismo no se desentendía del incremento de la productividad, sino que imaginaba –con razón parcial– que podía alcanzarse al mismo tiempo que se redistribuían los ingresos. De manera especular, la preocupación de sus críticos por el incremento de la productividad escondía mal y poco la ansiedad que provocaba la acelerada redistribución de ingresos que tenían enfrente. El argumento de Haya de la Torre y de Romualdi, que sería furor en versiones del antipopulismo argentino luego de 1945, partía de la base de que la democracia no podía soportar el conflicto derivado de la disputa por la riqueza sin daños irreparables. Y para conciliar esa prevención con la idea de la movilidad ascendente, proponían un incremento de la riqueza que hiciera mejorar a unos sin cuestionar a otros, y una inversión de largo plazo en el andamiaje que les permitiría a los trabajadores disfrutar de nuevos recursos sin cuestionar las jerarquías de la sociedad que les daba acogida. En ese sentido, la noción de la educación como base del progreso era una doble apuesta al ascenso social y al disciplinamiento de los recién llegados. Sin esa herramienta civilizatoria básica, el fantasma que aguardaba a la vuelta de la esquina era el que estaba tiñendo los años peronistas: el autoritarismo.

Por la fuerza

Si todos estos argumentos anudaban parcialidades antipopulistas dispersas en distintas familias políticas y clases sociales, el espacio en el que las diferencias ideológicas se achicaban para convertirse en una preocupación común era la denuncia frente al oprobio autoritario. El único debate relevante durante esa década y con consecuencias profundas hacia el futuro discutió si esas formas autoritarias eran réplica o herencia del fascismo o respondían a alguna otra forma del pensamiento político.[82] Pero en esta mirada común a toda la oposición, el autoritarismo del gobierno, de su uso del Estado y de las estructuras políticas que lo sustentaban opacaban todas las otras consideraciones sobre las reformas sociales y la mayor inclusividad política de la época.

Las razones para esa fijación del peronismo como un fenómeno casi por completo autoritario incluyen, en un lugar relevante, justamente, las formas autoritarias que adoptó el peronismo en el poder. La construcción política desde el Estado, el adoctrinamiento en el sistema educativo, el control policial sobre la política, la persecución a los opositores en el parlamento, la represión a organizaciones políticas, estudiantiles y sindicales antiperonistas, los casos de torturas, el culto a la personalidad de Perón y Evita. La lista es larga y exhibe un menú de recursos de fuerte carácter coercitivo. Esa variedad de formas de abuso de poder son parte de lo que algunos hemos denominado “democratización autoritaria”, en la que la expansión de derechos sociales, políticos y económicos de amplios sectores previamente excluidos se produce junto con (y como derivado de) un control férreo de la vida política y social del país desde el Estado.[83]

Puesto en perspectiva histórica, ese repertorio es nimio comparado con el núcleo tiránico que caracterizó a las experiencias que le sucedieron. Experiencias que, en todos los casos, se presentaban como el recurso último para eliminar el autoritarismo que había instalado el peronismo. En esa contradicción sobre la relación con el autoritarismo se encierra una parte importante de la historia del antipopulismo. En lo inmediato, las principales líneas argumentales comunes a casi todo el arco político opositor señalaban al autoritarismo peronista como derivado de ideas y prácticas fascistas. Esta percepción se alimentaba de forma global con la casi total unanimidad de la comunidad política e intelectual norteamericana, que veía en Perón la llegada de Hitler y Mussolini a las costas del continente. Pero en la Argentina en particular, la denuncia al peronismo como expresión vernácula del fascismo europeo conllevaba un elemento importantísimo y problemático, que era el de considerar al movimiento como una patología foránea y extraña a las tradiciones políticas nacionales.

La historia sangrienta de la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX es un derivado de dos ideas básicas del antipopulismo fraguado en ese entonces, al calor de la denuncia a un fenómeno patológico y exterior al cuerpo nacional: la impugnación al peronismo y su designación como un actor ilegítimo, y la autopurificación de las tradiciones políticas que lo enfrentaban, cuyas acciones quedaban siempre justificadas cuando se comprendía la naturaleza diabólica del enemigo. Con la denegación de la legitimidad política, amplios grupos de poder desarrollaron nuevos recursos retóricos y materiales para deslegitimar no solo al peronismo, sino a otra cualquier forma de movilización social como germen potencial para el resurgimiento de la patología. La Guerra Fría proveyó desde

afuera ideas para hacer aún más aguda esa confrontación profundamente nacional. Y al mismo tiempo, si el autoritarismo era por definición propio del peronismo y ajeno a la Argentina, quienes enfrentaban al peronismo y recurrían a la violencia y la exclusión se asentaban necesariamente en visiones del país conciliadoras y en una idea específica de libertad. En las décadas siguientes, el abuso del poder, la denegación de derechos, la represión social y el terrorismo de Estado se definirían no tanto como expresiones autoritarias y miradas excluyentes sino como recursos transitorios para eliminar el cáncer que carcomía a la nación. Como veremos más adelante, la aplicación de estas metáforas hacia la izquierda y la guerrilla en los años setenta fue también un desplazamiento de ensayos retóricos experimentados primero sobre (y contra) el peronismo. Vista así, la mirada decadentista sobre la historia argentina que se hace fuerte en el siglo XXI podría reformularse pensando que:

Lo que marcó el destino nacional como la pesadilla de una caída permanente no fueron los setenta años de peronismo, sino los setenta años de un antipopulismo que obturaron cualquier posibilidad de integración política y económica de amplios sectores de la Argentina.

Claro que esa no fue la experiencia política de todas las miradas críticas al populismo. Desde Frondizi a Alfonsín, y pasando por parte de la izquierda, el antipopulismo también desarrolló formas e ideas democráticas acerca de cómo pensar al peronismo como problema. Pero buena parte de esas iniciativas fracasaron o se hicieron marginales. Y el proyecto antipopulista privilegiado que se consolidó sobre todo desde 1976 tomó sus formas básicas en ese ejercicio doble de impugnación del otro y purificación propia que se practicó entre 1945 y 1955 alrededor de la asociación del peronismo con el fascismo europeo.

Había una razón histórica básica para esa asociación. Tanto los actores

involucrados en la historia del peronismo como los que ejercieron la oposición habían forjado su vida política en relación con el ascenso del fascismo europeo. Todo el mundo pensaba en el fascismo y el nazismo. Empezando por el propio Perón, cuya estadía en la Italia de Mussolini entre 1939 y 1941 como parte de su capacitación en el Ejército lo convenció de los aportes que el fascismo podía hacer para contener la radicalización de las masas. Pero fue el horror ante el nazismo y el fascismo lo que en verdad formó a sus contemporáneos. La base de activistas sindicales que se convirtió en la columna vertebral del peronismo provenía del socialismo, el comunismo y el anarquismo y había hecho sus primeros palotes en la política defendiendo la República durante la Guerra Civil española y en la lucha contra el franquismo después, muchos de ellos luchando en España. La intelectualidad argentina que se expresaba simbólicamente alrededor de la revista Sur nucleaba a hombres y mujeres que desde el liberalismo oligárquico y el comunismo y desde Victoria Ocampo a María Rosa Oliver confluían desde finales de los años treinta en una lucha común contra el avance del fascismo. Cuando un grupo de jóvenes comunistas buscaron inspiración para desarrollar formas novedosas de entender el peronismo, recurrieron al trabajo de Antonio Gramsci, escrito en las mismísimas cárceles del fascismo. Y las ciencias sociales, que en la Argentina tomaron forma definitiva alrededor de la preocupación por los orígenes del peronismo, tuvieron en el centro a Gino Germani, quien había arribado a la Argentina huyendo de la Italia fascista. Afuera, Braden, que presentó al peronismo ante las élites políticas de los Estados Unidos, llegaba investido de la retórica antinazi que relegitimaba la política exterior norteamericana de posguerra en América Latina. Braden venía de Cuba después de pasar un par de años como embajador en Colombia, en una especie de espionaje paranoico, detectando e imaginando actividades nazis en la región (esa tarea, hecha bajo la estructura del FBI, serviría años más tarde como base para la creación de la CIA). Arnoldo Cortessi, el periodista de The New York Times que ganó el Premio Pulitzer en 1946 por sus notas descubriendo al peronismo para los Estados Unidos, era un italiano que había emigrado a Nueva York huyendo del fascismo. Romualdi, de la AFL, era otro italiano que se había sumado al ejército aliado para pelear contra las tropas de Mussolini antes de pasar a integrar la International Ladies' Garment Workers' Union (ILGWU), una de las centrales sindicales más fuertes de los Estados Unidos.

El fin de la Segunda Guerra Mundial terminó con el fascismo en Europa pero, de forma más que entendible, dejó la memoria de esa experiencia como un marco interpretativo que era al mismo tiempo necesario y anacrónico. Para la oposición al peronismo y para quienes se dedicaron a analizarlo, el dilema central fue,

durante décadas, si el movimiento era una réplica del fascismo europeo, una versión telúrica de este o algo distinto. El antipopulismo se debatió durante décadas entre estas opciones.

Esa mirada sobre el autoritarismo peronista redefinía el sentido de todo lo demás, desde el alcance de las reformas sociales hasta el rol de los sindicatos o la expansión de la ciudadanía a sectores previamente excluidos. Los aumentos de sueldo eran simples formas de engaño, que desde el socialismo Américo Ghioldi describía como un mecanismo que negaba el principio básico según el cual “por encima de los sindicatos están los intereses generales”. Desde las páginas del periódico Antinazi, su compañero de partido Enrique Dickman unía en 1945 la cronología nacional con la global al colocar al peronismo como “el grito de la barbarie contra la civilización resucitado por el totalitarismo nazifascista”.[84] Desde el comunismo, Vittorio Codovilla describía a los beneficios económicos obtenidos por los sindicatos para los trabajadores como “irrelevantes” y parte del “modo de operar de los ideólogos fascistas” para “confundir y desorientar” a los trabajadores “ante el despliegue de demagogia social que hacen y alardean”.

Para el radicalismo, que buscaba rescatar las reformas sociales de entre la condena al peronismo, el rechazo al autoritarismo peronista se convertía en un obstáculo para su propio desarrollo. La Unión Democrática, que la UCR había liderado, había cerrado su campaña electoral de 1945 con un acto en el que sus candidatos hablaban delante de un cartel infinito con la consigna “No al fascismo”. Muchos interpretaron entonces la victoria del peronismo como un “Sí al fascismo”, proyectando la disyuntiva propia en la subjetividad ajena, un pésimo paso tanto para el análisis como para la acción política. Las huellas de ese tropiezo subsistieron durante toda la década. Del mismo modo se interpretaban los signos de cambio social que se percibían en las calles. Cortázar dejaba el país en 1951, y en una carta le relataba amargamente a un amigo que los parlantes con la marcha peronista le impedían escuchar a Béla Bartók en su casa. Por la ventana abierta entraba, sin permiso, un mundo ominoso. Victoria Ocampo, como bien señalaba Altamirano, describió sus cuatro semanas de cárcel como una experiencia cuasi religiosa en la que por fin desaparecía la falsedad y el engaño para encontrarse con la verdad del régimen en estado puro: la opresión. “Ya estoy fuera de la zona de la falsa libertad; ya estoy al menos en una verdad”, recordaba la escritora en 1955.[85] Los conservadores (en la Argentina siempre superpuestos a expresiones del liberalismo) también habían desarrollado su propia versión de la denuncia totalitaria. Desde el congreso, Reynaldo Pastor, el caudillo del Partido Demócrata, perduraba como referente

conservador. Aquel que venía de ganar la gobernación de San Luis en una de las últimas elecciones de la década infame con un sospechoso 99,68% de los votos (y cuya familia construyó lazos duraderos con la familia Videla) denunciaba el sesgo totalitario de la revolución del 43, reafirmando el carácter antinazi de una parte de la derecha argentina. El Partido Demócrata trasladó luego el antinazismo al análisis del peronismo y de sus políticas, lo que le permitió a Pastor, famosamente, oponerse a la aprobación del voto femenino no solo en nombre de la tradición, sino también de la libertad, reivindicando una "democracia para los demócratas", una noción que tendría consecuencias duraderas en el pensamiento de la derecha argentina posterior a 1955.

Antiperonismo a diestra y siniestra. Y a diestra otra vez

Una década aplanada bajo esas cuatro preocupaciones por la modernidad, la lealtad de las masas, el efecto de la puja distributiva y el carácter autoritario del peronismo. Pero ahí, bajo el escombro de la obsesión, germinaban particularidades, formas distintas, compatibles o competitivas, sobre qué hacer frente a la amenaza. El fragor de la chatura cultural antiperonista no impidió que dirigentes y agrupaciones políticas evolucionaran durante la década en direcciones dispares. En la trayectoria de socialistas, comunistas, radicales y conservadores durante esos diez años se cifra el destino posterior de la Argentina. De izquierda a derecha, hubo quizás una sola regla general a todos: cuanto más firme fue la convicción de que el peronismo era la reencarnación del fascismo, más inconmovible fue la decisión de involucrarse de distintas formas en la violencia política como el único medio para erradicar el mal que estaba destruyendo a la Argentina. Esa aglutinación se vivió muchas veces lejos de instituciones como los partidos políticos, la Iglesia o el ejército. Ámbitos como la Facultad de Derecho reunían más fácilmente linajes dispares como el liberalismo, el cristianismo y el socialismo en la causa común de odiar al peronismo. Allí comulgaban jóvenes como Mariano Grondona, Guillermo O'Donnell y Carlos Corach, familias políticas sin ningún tema común fuera del antiperonismo. La escolaridad de Grondona había ido desde la institutriz personal, miss Jenny, al Colegio Champagnat. Pertenecía a ese grupo que, como

señala Martín Sivak, “ignoraba las marcas sociales que el Estado grababa en la vida cotidiana de los argentinos, no conocía hospitales ni escuelas públicas”. O’Donnell venía del cristianismo que se había forjado alrededor de la doctrina social de Jacques Maritain (que también informaría a Perón). Corach militaba en el socialismo. Pero los tres convivían en conspiraciones varias desde 1950, para sumarse con entusiasmos diversos a los Comandos Civiles en el final del régimen.[86]

El socialismo fue extremadamente efectivo a la hora de suprimir el disenso interno. En efecto, en el partido que había nutrido con más activistas al sindicalismo peronista imperó la decisión de que nadie se corriera de la definición del peronismo como un movimiento fascista. En eso influyó el liderazgo de hierro de Américo Ghioldi, quien afirmaba que la línea pro o anticapitalista de un fenómeno político importaba menos que su forma autoritaria. Pero debajo suyo algo cambiaba. Empezando por José Luis Romero, el joven historiador que en 1945 había ensayado su disección de la Argentina aluvional. Apenas un año después, Romero advertía que el socialismo no debía apurarse a condenar a las masas que apoyaban a Perón, quien las había conquistado con “palabras que se asemejaban mucho” a las del socialismo. El año 1950 marcó el turno de Julio V. González, hijo de Joaquín, el iluminista que había protagonizado la apertura del orden conservador. Julio llegó al 37º Congreso del Partido Socialista decidido a revisar la forma de oposición al peronismo. Lejos de ser una expresión fascista, decía, el peronismo había realizado el “Programa Mínimo” de mejoras de la calidad de vida de la clase trabajadora dentro de las relaciones capitalistas de producción (una caracterización que pasaría a ser compartida por casi todos los análisis posteriores de los populismos de posguerra). González fue arrasado en el Congreso y después. La represión del gobierno a la huelga ferroviaria encabezada por los socialistas en 1951, el incendio a la Casa del Pueblo y la clausura de La Vanguardia obligaron a Ghioldi y otros a marchar al exilio montevideano, y ciertamente dejaron poco margen para una reflexión más fresca sobre el peronismo. Ghioldi fue acusado (correctamente) por el gobierno de fragotear para el golpe fallido de 1951. La muerte de Eva Perón al año siguiente y un freno en el crecimiento económico alimentaron el tono más opresivo que el peronismo imponía en la esfera pública. Aun así, en 1952, Enrique Dickman hacía su famoso acercamiento personal a Perón. Aquel socialista, que en 1945 veía el peronismo como “un totalitarismo nazifascista”, ahora se reunía con Perón para abrir un canal de diálogo. Le fue peor que a González: fue expulsado del partido tras un plebiscito con el voto directo de los afiliados. Hubo que

esperar hasta 1955 para que el desafío interno a Ghioldi se hiciera abierto, centrado sobre todo en cómo debía interpretarse al peronismo y al golpe contra este.[87]

La discusión dentro del Partido Comunista fue difícil. ¿Cómo conciliar una visión que rescatara los avances de la clase obrera bajo el peronismo con el acentuado anticomunismo represivo de Perón? ¿Y cómo conciliar la estrategia de los frentes populares antifascistas que desarrollaba desde mediados de los años treinta con un acercamiento a lo "nacional popular"? La derrota de la Unión Democrática de 1946 abrió un debate sobre qué era eso que enfrentaban. Uno de los primeros cambios fue, justamente, dejar de pensar al peronismo solo como fascismo. Apenas seis meses después de la elección, el XI Congreso del PC llamó a "apoyar lo positivo y criticar lo negativo" del peronismo. Claro que eso es más fácil de decir que de ejecutar. Aquí, Victorio Codovilla cumplió un rol análogo al de Ghioldi en el socialismo: un liderazgo inclaudicable, en su caso subordinado a Moscú, bajo el cual el disenso era sinónimo de traición.

Tres espacios distintos dentro del comunismo expresaron la tensión interna a la hora de interpretar lo "nacional popular". Uno fue el del llamado del Congreso del 46 para volver a las bases. Durante esos años, las distintas organizaciones abrazaron el teorema imposible de congraciarse con la mirada positiva de los obreros sobre el peronismo al mismo tiempo que destacaban sus falencias. El PC enfatizaba que las ideas de independencia y unidad sindical lo distinguían del peronismo (la subordinación de los obreros al Estado y al líder fue un argumento antipopulista). Con algo de condescendencia, el partido llamaba a influenciar a los trabajadores peronistas mientras estos realizaban "su propia experiencia política". El experimento era revelador de los cambios que habían vivido los trabajadores. Como explicaba uno de los informes sobre un asado promovido por el partido al que concurrieron obreros comunistas y peronistas, "habló el camarada nuestro y luego habló un obrero peronista, para decir que él estaba en todo de acuerdo con lo que había dicho nuestro camarada. Ahora, dijo, soy peronista, muy peronista. ¿Saben por qué? Porque durante treinta años yo fui 'croto' y ahora soy un obrero, un hombre de bien, y esto se lo debo a Perón".

"Soy peronista, muy peronista". Era el muro contra el que chocaba el comunismo una y otra vez. El esfuerzo más recordado por redefinir la posición del partido frente al peronismo llegó luego de la mano de Juan José Real, número dos de la organización. En mayo de 1952, Real señaló la necesidad de acercarse a los obreros peronistas para "desbaratar los planes siniestros de la

conspiración oligárquico-imperialista” contra el gobierno de Perón. La apertura terminó en febrero de 1953, cuando Codovilla ofreció un discurso infinito al Comité Central denunciando el “desviacionismo” y “oportunismo” de Real, a quien imaginó como representante de “una corriente burguesa nacionalista orientada a […] obligar al Partido a marchar a la cola del peronismo”.

El tercer espacio dentro del comunismo en el que se meditó qué hacer frente al peronismo fue el más trascendente en el largo plazo. También hacia 1950, un grupo de jóvenes apañados internamente por Héctor P. Agosti reflexionaba sobre qué relaciones podría haber entre marxismo y nacionalismo popular. Para la izquierda, la pregunta “¿por qué los obreros seguían a Perón?”. había sido siempre una forma retórica de preguntar “¿por qué no nos siguen a nosotros?”. Para estos intelectuales veinteañeros el camino era distinto. Algunos de ellos, como José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Héctor Schmucler, recurrieron a formas de pensar la revolución allí donde el liderazgo no se había producido en los términos que había imaginado Marx. En el centro de ese repertorio estaba José Carlos Mariátegui, quien en 1928 había fundado el Partido Socialista Peruano –predecesor del Partido Comunista– sobre la base de pensar una relación entre el marxismo y la realidad histórica indígena que fuera más allá de suponer que las masas no obreras fueran solo fenómenos socialmente atrasados y premodernos.

Y si sí Perú, por qué no Italia. El otro centro de atención de estos jóvenes argentinos fue el trabajo de Antonio Gramsci, el intelectual del comunismo italiano que había muerto en las cárceles del fascismo. Entre otras cosas, Gramsci se preguntaba por la politización de obreros y campesinos en las regiones de desarrollo desigual como el mezzogiorno italiano. Su respuesta esbozaba algo importante para los argentinos: la conciencia de clase no derivaba solo de las condiciones materiales de producción, sino de la forma en la que los grupos dominantes coordinaban en el Estado sus intereses con los de los grupos subordinados en sociedades con un desarrollo desparejo de sus fuerzas productivas. Ese fue el anclaje para que Agosti pensara en la Argentina una idea de tradición nacional que fuera más allá de las nociones prevalentes de “asincronía” y “destiempo”. En 1950, Agosti condujo a estos jóvenes para la publicación de la primera traducción de las Cartas desde la cárcel al español, una de las primeras obras de Gramsci publicadas fuera de Italia.

El precio de esta herejía fue cierta marginalidad orgánica y, años más tarde, la expulsión del partido. Pero esto último solo amplió la capacidad de influencia de

aquel grupo, y puso en marcha la creación de la nueva izquierda argentina. En las dos décadas siguientes, la izquierda peronista, el maoísmo, la adhesión a la Revolución Cubana, la crítica a la Revolución Cubana, el sindicalismo de izquierda, las ciencias sociales y las ideas fundacionales de la transición democrática de los años ochenta abrevarían de las discusiones que empezaron a producirse en esos días sobre el peronismo.

Pero el antipopulismo que con las décadas terminó por imponerse en la Argentina germinó lejos de ahí, lejos de la izquierda. Los que se mantuvieron inconmovibles en su caracterización del peronismo como un fenómeno totalitario fueron, paradójicamente, los antifascistas de derecha en sus distintas variantes autoritarias. Los conservadores se agruparon en el Partido Demócrata Nacional, un conglomerado heterogéneo que incluía a caudillos populares como Manuel Fresco en la provincia de Buenos Aires, nombres del pasado como Julio Argentino Roca (hijo), liberales brillantes como Federico Pinedo, oligarcas del interior, como el mismísimo Robustiano Patrón Costas. Los conservadores fueron de los primeros en denunciar al golpe de 1943 como un florecimiento del nazismo en América, pero por presión de la UCR no pudieron sumarse a la Unión Democrática tres años más tarde. El partido y sus referentes llamaron a votar de todos modos a la fórmula Tamborini-Mosca, pero ya nada sería lo mismo. Su virtual desaparición fue mucho más que un pie de página en la historia nacional.

El ascenso y caída de los conservadores es la historia de la exclusión de la derecha de la política de masas en la Argentina. Organizados políticamente para desplazar mediante un golpe a la UCR y enfrentar en una fórmula fraudulenta a aquel primer partido de masas de la Argentina, el Partido Demócrata se opuso con más ínfulas aún a la llegada del peronismo. Esa cruzada civilizatoria tuvo más costos que logros. El partido que había ayudado a llevar a Justo a la presidencia en 1931 arañaba el 2% de los votos veinte años más tarde. Visto desde hoy, es más evidente aún el movimiento de tenazas que se produjo sobre la derecha conservadora durante esa primera mitad del siglo XX. Primero la UCR desde un lado, luego el peronismo desde otro, los dos partidos populares coparon la casi totalidad del espacio político, y dejaron para los conservadores un cubículo insignificante, extremista e impotente a la hora de ejercer una influencia sustantiva en la vida democrática. La expresión electoral de ese juego de tenazas se ve más claramente de esta manera:

Con la frustrada candidatura de Patrón Costas en 1943, las élites argentinas empiezan un período durante el cual ninguno de sus miembros volvería a encabezar jamás un proyecto electoralmente competitivo, ciclo largo que solo llegó a su fin en el 2015 con el triunfo de Mauricio Macri.

El corolario fue que, sin posibilidades de liderar un proyecto propio en democracia, las élites se sintieron con más libertad, incluso con la necesidad, de explorar caminos autoritarios. Aquello que empezó con alguna ambivalencia en 1931 tomó una forma radicalmente autoritaria contra el peronismo desde 1950 y, sobre todo, tras el intento de golpe de Estado de 1951. Fue un proceso de aprendizaje, pero para 1955 amplios sectores de las élites argentinas tenían más experiencia, técnica y esperanzas en la fajina de las opciones armadas para imponer sus intereses que en el trajín de la vida democrática para negociarlos.

Lo más interesante de esto es que el desarrollo del autoritarismo como espacio político dilecto de las élites fue de la mano de la elaboración del ideario antipopulista desde 1930 que denunciaba, justamente, el autoritarismo de los proyectos políticos de masas. Nacido en pecado, el antipopulismo de derecha vio en la política de masas no solo la frustración de sus propias expectativas electorales y la decadencia eterna de la nación, sino también, y por encima de todo, una amenaza a la libertad. En su convención de 1951, el Partido Demócrata avanzaba los argumentos básicos de ese espacio. Uno era histórico, y ahí se definía como "una fuerza liberal y progresista que aspira a acelerar la evolución del país pero cree que ningún avance social puede consolidarse y ser fecundo si no se apoya en el reconocimiento de la obra del pasado". El otro vinculaba a la sociedad y la política en la esfera económica, reivindicando la centralidad del derecho de propiedad "sin que ello implique su ejercicio contrario al interés social".[88] En ese sentido, el autoritarismo de derecha conversaba con el clima intelectual de posguerra en el mundo, donde el concepto de "totalitarismo"

encerraba fenómenos dispares que explotaban tensiones sociales para alterar el orden político liberal y las instituciones republicanas. La puerta de entrada de la derecha argentina al gran mundo de la Guerra Fría fue su lucha contra el populismo.

Hay personajes obvios y otros no tanto dentro de las Fuerzas Armadas, la Iglesia, las familias tradicionales y los grupos nacionalistas que fueron parte de este sector. La trayectoria de Reynaldo Pastor resume rasgos comunes a todos ellos. Cuando asumió la dirección del partido en abril de 1951, Pastor ocupaba la única banca conservadora en el congreso. Aunque, como dijimos, desde ahí se hizo fama en 1947 con su discurso en contra del voto femenino, había tenido un papel destacado como la voz opositora de derecha a lo largo de toda la década peronista. Era una posición paradójica, porque Perón persiguió con alguna dureza a los dirigentes conservadores, muchos de los cuales marcharon al exilio en Uruguay, al mismo tiempo que le daba visibilidad a cada gesto de Pastor, cada palabra, y cada declaración. Perón intuía, con algo de razón, que estas le daban la oportunidad perfecta para retomar la denuncia contra una oligarquía opuesta a los intereses de los trabajadores.

Los conservadores estaban firmes en sus convicciones que le asignaban al peronismo el rol de fascismo criollo. No estaban solos: entre los nacionalistas y nacionalistas católicos que habían argumentado en contra de aquella oligarquía, muchos habían pasado a las filas del peronismo. Pero muchos más, sobre todo desde 1950, se oponían a Perón con la misma intensidad que Pastor y repetían argumentos análogos que se retroalimentaban con los de los conservadores. Mario Amadeo, Máximo Etchecopar o Marcelo Sánchez Sorondo fueron algunos de los nombres de ese sector que advertía, en algunos casos desde 1946, contra la tiranía del “hombre masa” y el totalitarismo de forma lo suficientemente amplia como para incluir ahí al nazismo (el antisemitismo marcado de Etchecopar y muchos otros no parecía un impedimento para hacer esta caracterización) y al New Deal. Y, sobre todo, a Perón. De esa convivencia ideológica desordenada surgiría con fuerza, sobre todo a partir de 1955, una de las vertientes más duraderas del pensamiento antipopulista alrededor de la perspectiva decadentista de la Argentina. En esa perspectiva, lo que al país se le había ido de las manos en 1916 y había perdido por completo desde 1945 era un orden jerárquico en el que una clase dirigente pudiera efectivamente dirigir a masas convencidas de la conveniencia de acatar.[89]

Apenas seis semanas de 1951 sellaron el perfil político del antipopulismo de

derecha y la sombra con la que se proyectaría en las siete décadas siguientes sobre la historia argentina. El 28 de septiembre, grupos del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea (con el rol prominente de la por entonces aristocrática arma de caballería) liderados por el general retirado Benjamín Menéndez intentaron un golpe de Estado contra Perón. Con motivaciones varias, amplios sectores políticos participaron o apañaron la intentona: no tantos como aseguró Perón a la hora de repartir castigos, pero suficientes como para asegurar que el golpe militar había pasado a ser parte (otra vez) del menú de opciones políticas de la oposición.

Entre el liderazgo y las complicidades había un arco amplio de políticos, militares e intelectuales cuyo común denominador era la convicción de que era necesario erradicar a Perón por cualquier medio. Militares como el coronel Luis Máximo Prémoli, futuro esposo de la multimillonaria empresaria Amalia Lacroze de Fortabat, o Manuel Reimundes, creador de una logia antiperonista conocida como Dragón verde. Dirigentes radicales y socialistas habían estado en contacto con los militares y tenían información sobre sus pasos, muchos nacionalistas católicos estaban involucrados hasta en los más mínimos detalles, liberales conservadores como el propio Pastor aguardaban los resultados del golpe para asumir un lugar relevante en la Argentina post-Perón. En las horas que duró el golpe, Menéndez convocó a los dirigentes opositores a una reunión para intercambiar información y anunciarles los pasos del presunto próximo gobierno: allí estaban Frondizi por la UCR, Ghioldi por los socialistas y, obviamente, Pastor. Empresarios como el radical Raúl Lamuraglia –virtual financista de la Unión Democrática en 1946– también ofrecieron su apoyo ferviente. El desmantelamiento pacífico del golpe le dio a Perón la chance de revertir los roles, imputar la barbarie a quienes habían intentado derrocarlo y mostrarse magnánimo y hasta legalista con los militares arrestados y condenados. A los dirigentes opositores les valió la destitución en el congreso, la persecución y el exilio, finales modestos respecto de lo que habían intentado. [90]

El golpe fracasado ocurrió seis semanas antes de las elecciones del 11 de noviembre en las que Perón iba por la reelección. Si su triunfo estaba relativamente asegurado antes del golpe, después de él se tornó inevitable. La victoria peronista por el 63,4% de los votos arrinconó a las alternativas políticas en la irrelevancia, incluso al radicalismo que, liderado por Balbín, alcanzó el 32%. Pero los conservadores sufrieron la peor caída. El grupo de hombres que hacía medio siglo se consideraba, con legitimidad dudosa pero sin demasiadas

vacilaciones, los dueños de la Argentina, arañó el 2,3% liderado por Pastor.

La contundencia del triunfo, y la necesidad de compensar las flaquezas que mostraba aquí y allá el crecimiento económico, acentuaron los rasgos más irritantes del peronismo, incluida no solo la represión política sino, sobre todo, el clima más bien asfixiante de su cultura triunfalista, el culto a la personalidad alrededor de Perón y Evita, y la impresión para los opositores de que por fuera del peronismo solo estaba la irrelevancia. De esa frustración al fermento de la ira antipopulista había un solo paso. La alegría generalizada en ese sector por la muerte de Evita el 26 de julio del año siguiente fue el catalizador de estas renovadas convicciones. Un joven Mariano Grondona, que esa noche se encontraba con su referente universitario, Roberto "Bobby" Roth, recordó años más tarde el alivio compartido, en el que la frustración se destilaba como odio. "Esa hija de puta, Mariano, esa hija de puta… ¡al fin!", comentaba Bobby. La deshumanización que Echeverría había imaginado para los espíritus rosistas ciento once años atrás renacía fortalecida en el ánimo de la cruzada civilizatoria.[91]

Si la elección de 1946 había quebrado la historia argentina en dos, la de 1951 mostraba, sobre todo a las élites conservadoras, que aquel quiebre no era un accidente coyuntural, sino una transformación irreversible. El país estaba definitivamente perdido, esa era la convicción fundante del pensamiento decadentista. Para Pastor y la amplia mayoría de los grupos liberales conservadores, esa fue la base de una operación ideológica compleja que tendría largo impacto en el pensamiento antipopulista: por un lado, confirmaba que el peronismo era un movimiento totalitario, un concepto sobre el que Pastor se iba a explayar años más tarde. Pero, al mismo tiempo y precisamente por eso, la condición totalitaria del peronismo habilitaba a sus adversarios a abrazar opciones mucho más violentas que aquellas que buscaban desterrar en nombre de una libertad que estaba, siempre, un paso más allá. Como en la Argentina el fanatismo siempre es un fenómeno punteado por dosis variables de pragmatismo y resignación, Pastor también sumó su nombre a la larga lista de dirigentes que en los años posteriores se reunió con Perón y trató de imaginar formas de convivencia con aquello que despreciaban, un juego que Perón, obviamente, alimentó con interés y cierto placer perverso. Pero como si estuvieran recorriendo un guion escrito con anterioridad, el fracaso de cada uno de estos acercamientos reforzaba la convicción de que la violencia era una opción que, si de momento no había sido efectiva, a la larga era imprescindible.

Golpe y ¿final?

Aunque los hechos posteriores fueron mucho peores, la comodidad de liberales y conservadores con el bombardeo masivo de civiles en la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955 y con el derrocamiento de Perón tres meses después se forjaron en la experiencia de aquellas seis semanas de 1951. La certeza de que no había oxígeno político en el país y de que cualquier violencia, tanto física como retórica, era válida para retomar la senda que la Argentina había perdido fue una convicción arraigada en el sector derecho de la política argentina. El nombre de “Revolución Libertadora” con el que se bautizó al golpe que puso en marcha sesenta años de un antipopulismo fanático en tensión con la defensa de la libertad que decían abrazar representaba genuinamente las sensaciones de este grupo al ver a Perón refugiarse derrotado en una cañonera paraguaya.

La noción del “último recurso” se convirtió así en el campo fértil para una nueva legitimación de la violencia sobre la que se montó un proyecto antidemocrático duradero. Esta violencia perseguía objetivos físicos y simbólicos organizados alrededor de la idea de barrer con un orden social, su legado y sus signos distintivos. Pero con el bombardeo en Plaza de Mayo, ese espacio para la violencia antiperonista se abrió más allá del imaginario político de la derecha. Desde entonces y hasta meses después del derrocamiento de Perón, una coalición informe de liberales, conservadores, comunistas, radicales, socialistas, intelectuales, miembros de las Fuerzas Armadas, hijos de estancieros y profesores universitarios se volcaron a un terror que, tras su apariencia irracional, construía una lógica regular.

Y, sin embargo, en el momento de máxima violencia, era el campo del discurso en el que se le daba un sentido político profundo a esa ruptura material. Mientras se arrojaban 14 toneladas de bombas sobre Plaza de Mayo desde aviones que llevaban pintada la inscripción “Cristo vence”, los rebeldes leían a través de Radio Mitre la proclama redactada por los conservadores Adolfo Vicchi y Miguel Ángel Zavala Ortiz. “El tirano ha muerto”, anunciaba triunfal. El breve texto prefiguraba una visión integral de la sociedad amarrada a la oposición a Perón: “Nuestra patria es libre, Dios sea loado. Las fuerzas de la liberación

económica, democrática y republicana han terminado con el tirano”. Pero la proclama que resumía el sentido de la época culminaba con una apuesta al futuro:

“Ciudadanos, obreros y estudiantes: la era de la recuperación de la libertad y de los derechos humanos ha llegado”.[92]

El tirano no había muerto, pero el sentido de aquella mentira era profundamente verdadero. En ese instante que se olía triunfal, el antipopulismo argentino había dado un paso en la revolución conservadora que los Estados Unidos e Inglaterra realizarían recién un cuarto de siglo más tarde. La oposición al peronismo facilitaba desgarrar la unidad entre derechos humanos y derechos sociales que las Naciones Unidas habían consagrado apenas siete años antes: preservar a los primeros significaba erradicar al movimiento que realizaba los segundos. ¿Qué significaba “derechos humanos” en ese contexto, con las bombas cayendo como lluvia sobre la población civil? Su enunciación era parte de un párrafo abigarrado en el que la liberalización de las relaciones económicas era el factor unificador. Derechos humanos, para quien quisiera entenderlo, era el fundamento político del derecho de propiedad. En una matriz antipopulista y clasista, el antitotalitarismo de derecha avanzaba así en los cambios que el neoliberalismo solo materializaría años después.

La transformación del golpe de Estado en un “derrocamiento de la tiranía” requería de una furia dirigida contra la simbología peronista. Fundamentalmente, era una furia contra la abundante iconografía de bustos y estatuas y referencias a Perón y Evita, inédita aun comparada con la que había desplegado Yrigoyen en su momento, pero no solo eso. La ola de saqueos durante los días posteriores al golpe reproducía en parte los ejecutados en 1930 tras la caída de Yrigoyen, y agregaba elementos novedosos. Las Fuerzas Armadas y los nuevos funcionarios exhibían al público hallazgos de dinero o joyas o documentos presuntamente originados en actos de corrupción. En 1930, los jóvenes nacionalistas habían

entrado al domicilio particular del caudillo radical en la calle Brasil para vaciar sus alacenas, criticar las bebidas alcohólicas y tirar su ropa por la ventana. En 1955, los que entraron a las habitaciones de Perón para saquear sus pertenencias fueron miembros de las Fuerzas Armadas: uno de ellos extrajo incluso la carta que Perón le envió a Evita el 14 de octubre de 1945, aquella en la que, como dijimos, le confesaba su deseo de negociar un retiro anticipado para marcharse juntos al campo. Afuera, los comandos civiles organizados por socialistas y radicales, pero en los que también convivían nacionalistas católicos, se abocaron a otro símbolo fundamental de la década peronista: los sindicatos. El gobierno imponía la intervención de los sindicatos, pero el entusiasmo con el que jóvenes socialistas, comunistas y radicales saqueaban sus sedes era tal que el mismo gobierno golpista llamó a detener los desmanes. De hecho, para el sector duro de la Revolución Libertadora, la advertencia del gobierno contra los saqueos fue una señal de "tibieza" de Lonardi que usarían semanas más tarde para reemplazarlo por Aramburu. Organizados en el Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (Coasi), una coalición de activistas sindicales socialistas que había contado con el apoyo de la AFL, los jóvenes ocuparon la Federación Obrera de la Carne, la Fraternidad y el Sindicato de Conductores de Taxis, entre muchos otros sindicatos en la Capital Federal y el interior. En las sedes sindicales, las oficinas públicas y los locales peronistas se repetían escenas similares, en las que el desplazamiento de los líderes o funcionarios anteriores era menos importante que el destrozo público de cualquier iconografía que recordara a Perón, Evita o el apoyo de la clase obrera. Un testigo recordaba décadas después: "En el Policlínico Evita y en el Juan Perón, acá en Avellaneda, destruyeron los colchones y las sábanas y todo lo que dijera Fundación Eva Perón. Los quemaban y hasta los robaban. En Lomas, los bustos de Perón y Evita eran arrastrados por jeeps".[93]

¿De dónde venía esa gestualidad tan ampliamente compartida? ¿De la ira con la que Sarmiento imaginaba la sede del gobierno sepultando la residencia de Rosas en Palermo? ¿De los marchantes antiyrigoyenistas que en 1930 sentían que por fin podían respirar sin la abrumadora presencia del caudillo alrededor? ¿De la liberación de las ciudades europeas que habían sido ocupadas por el nazismo? Como con otros episodios políticos, no hay dudas de que los saqueos tras el golpe de 1955 absorbían estas y otras memorias históricas para ponerlas al servicio de algo que, al mismo tiempo, era singular y nuevo. Esos antecedentes nutrían una algarabía que convivía con la sensación de venganza por el dominio peronista anterior. Cada ataque a un busto de Perón y Evita construía una memoria histórica retroactiva en la que el paso del peronismo solo debía

recordarse como una experiencia totalitaria. Hacia adelante, la confirmación del carácter totalitario fundamentaba la negación del peronismo como un protagonista legítimo de la política nacional. Lo colocaba como algo foráneo, un virus que había carcomido la raíz de la nación y por lo tanto le negaba cualquier representación válida en la sociedad. Ante ese fenómeno invasivo, la violencia era un recurso que no necesitaba mayores fundamentaciones. El final del primer peronismo, en ese sentido, le dio las puntadas decisivas a la identidad antipopulista:

El antagonismo extremo, la impugnación al otro como miembro legítimo de la polis, la reacción emocional ante la presencia del adversario, el apego a los beneficios materiales propios por encima del bienestar general: casi todo lo que el antipopulismo veía en el populismo, lo contenía en sí mismo.

▪

[66] “Fue convertido en ley el proyecto de voto femenino”, La Nación, 10 de setiembre de 1947.

[67] Sobre el lugar de la inmigración en la formación de la burguesía nacional, véase Manuel Bejarano, “Inmigración y estructuras tradicionales en Buenos Aires (1854-1930)”, en Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperin Donghi, Los fragmentos del poder, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, pp. 74-147.

[68] Omar Acha, La trama profunda. Vida y obra de José Luis Romero, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005; Jorge Myers, “Entre el momento aluvial y la revolución posible: José Luis Romero y Las ideas políticas en Argentina”, en Altamirano y Gorelik, La Argentina como problema.

[69] Romero, Las ideas…; Myers, “Entre el momento…”, pp. 160-161.

[70] Carlos Altamirano, “Estudio preliminar”, en Beatriz Sarlo (ed.), La batalla de las ideas (1943-1973), Buenos Aires, Ariel, 2001, pp. 21.

[71] Ernesto Semán, Ambassadors of the Working Class, p. 56.

[72] Barsky y Gelman, Historia del agro argentino, en particular pp. 347-350.

[73] Emilio De Ipola, “El hecho peronista”, en Carlos Altamirano (ed.), La Argentina en el siglo XX, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 325.

[74] María Esperanza Casullo, ¿Por qué funciona el populismo?, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019. p. 196.

[75] Ezequiel Adamovsky y Esteban Buch, La marchita, el escudo y el bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner, Buenos Aires, Planeta, 2016, “Introducción” por Adamovsy y Buch, y El bombo peronista, de Adamovsky, en particular, pp. 356-362.

[76] Oscar Chamosa, The Argentine Folklore Movement. Sugar Elites, Criollo Workers and the Politics of Cultural Nationalism, 1900-1955, Tucson, University of Arizona Press, 2010, pp. 175-182.

[77] Citado en Daniel James, “17 y 18 de octubre de 1945. El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en Juan Carlos Torres (comp.), El 17 de octubre de 1945, Buenos Aires, Ariel, 1995.

[78] Orientación, órgano oficial del Partido Comunista Argentino, 24 de octubre de 1945.

[79] Sobre la discusión del cabecita negra como estereotipo, véase Natalia Milanesio, “Peronists and Cabecitas. Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change”, en Mattew B. Karush y Oscar Chamosa (eds.), The New Cultural History of Peronism. Power and Identity in Mid-Century Argentina, Durhan, Duke University Press, 2010, p. 53-55.

[80] Natalia Milanesio, “Peronists and Cabecitas”, pp. 61-65; Florencia Calzón Flores, “Exhibición de películas en los años peronistas. Prácticas y regulación Estatal”, artículo presentado en las I Jornadas de Trabajo de la Univresidad Nacional Arturo Jauretche, Red de Estudios sobre Peronismo, 22 de agosto de 2018, manuscrito.

[81] Victor Raúl Haya de la Torre, "Discurso del reencuentro", 20 de mayo de 1945, en Obras completas, t. V, Lima, J. Mejía Baca, 1977, pp. 346-247. Sobre el lugar del líder aprista en la América Latina de posguerra, Hugo Vallenas Málaga, "En la rebeldía hermanos. Confluencias peruano-chilenas en las luchas socio-políticas latinoamericanas (siglos XIX y XX)", en Sergio González y Daniel Parido (comps.), Las historias que nos unen. Episodios positios en las relaciones peruano-chilenas, siglos XIX y XX, Santiago de Chile, Universidad Arturo Prat y RIL, 2013, p. 220.

[82] Sobre la condena al autoritarismo en el imaginario antiperonista, véase en particular Jorge A. Nállim, Antiperonismo. Sus orígenes históricos e ideológicos, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2014.

[83] Ernesto Semán, Ambassadors of the Working Class, p. 13.

[84] Citado en Nállim, Antiperonismo, p. 154.

[85] Sobre la relación del sonido con la aversión al peronismo, y el episodio específico de Cortázar, véase Adamovsky, El bombo peronista, p. 358. Sobre el artículo de Victoria Ocampo, véase Altamirano, "Estudio preliminiar", en Sarlo, La batalla de las ideas, p. 20.

[86] Martín Sivak, El Doctor. Biografía no autorizada de Mariano Grondona, Buenos Aires, Aguilar, 2005, pp. 23-25.

[87] Véase sobre todo María Cristina Tortti, El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009; y María Cristina Tortti, "Estrategias del partido socialista". También Felix Luna, Perón y su tiempo, parte II: La comunidad organizada, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, pp. 53 y 131; y parte III: El régimen exhausto, Buenos Aires, Sudamericana, 1986, p. 77.

[88] Felix Luna, Perón y su tiempo, t II: La comunidad organizada, p. 132.

[89] Sobre la derecha nacionalista, véase Fernando Devoto, "Acerca de la clase dirigente como problema en el pensamiento de la derecha nacionalista", en Altamirano y Gorelik (eds.), La Argentina como problema, p. 219.

[90] Robert Potash, The Army and Politics in Argentina (1945-1962). Perón to Frondizi, Palo Alto, Stanford University Press, 1980; Roberto Baschetti, La

violencia oligárquica antiperonista entre 1951 y 1964. Su consecuencia directa, Buenos Aires, Corregidor, 2013, pp. 15-16; Horacio Verbitsky, Medio siglo de proclamas militares, Buenos Aires, Editora 12, 1998.

[91] Sivak, El Doctor, p. 19.

[92] María Stella Spinelli, Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “Revolución Libertadora”, Buenos Aires, Biblos, 2005, p 37.

[93] Sobre los saqueos tras el golpe de Estado contra Yrigoyen, véase Marianne González Alemán, “El saqueo de la casa de Yrigoyen. Iconoclastia política y contrarrevolucionaria (1930)”, en Di Meglio y Serulnikov, La larga historia de los saqueos en la Argentina, pp. 91-1123. Sobre los saqueos tras el golpe contra Perón, Juan Pablo Artinián, “1955: Saqueos, crisis y emociones políticas en una Argentina dividida”, en Di Meglio y Serulnikov, La larga historia de los saqueos en la Argentina, pp. 113-136. Sobre la violencia civil durante el golpe de 1955, Baschetti, La violencia oligárquica antiperonista, pp. 80-85.

7. Las masas sin Perón

Los rostros del antipopulismo de la Libertadora a 1976



Incendiar los símbolos, destrozar el pasado, comenzar de cero. El rechazo vitriólico al peronismo como una deformación de la participación de las masas en la política puso bajo un mismo techo ideas políticas varias, incompatibles entre sí. Pero que en 1955 coincidían en entender que la violencia contra el peronismo era un recurso legítimo para erradicar al populismo del país.

Reacciones tras el golpe de Estado en 1955, El Descamisado, año 1, nº 2, 29 de mayo de 1973.

En agosto de 1951, el sociólogo norteamericano Seymour "Marty" Lipset recibió en su oficina de la Universidad de Columbia a uno de sus estudiantes de maestría. Por aquel entonces, Lipset comenzaba a abandonar el marxismo y garabateaba sus primeras ideas sobre el comportamiento de los individuos en democracia. El estudiante, con una seguridad de sí mismo por encima de la del común de los jóvenes veinteañeros, sabía muy bien lo que quería hacer con su programa académico: buscaba entender el peronismo "para aprender cómo hacer para eliminarlo".

–¿Leyó El 18 Brumario de Luis Bonaparte?–, le preguntó Lipset a su estudiante, buscando en los estantes el libro en el que Marx analiza cómo el sobrino de Napoleón combinó el personalismo con el poder del Estado para encabezar una alianza heterogénea de sectores sociales en la cual los trabajadores perdían su autonomía y morían las esperanzas revolucionarias que la clase trabajadora había liderado en 1848.

–No–, contestó el estudiante.

–Entonces léalo.

El estudiante era Torcuato Di Tella. Ese día, el peronismo entró definitivamente en el radar de Lipset, quien en sus escritos posteriores lo convirtió en el paradigma de una forma de "autoritarismo de la clase trabajadora" en oposición a la cual edificó la noción moderna de "excepcionalismo norteamericano". Para Di Tella, fue el comienzo de una relación intensa entre estudios sobre el peronismo, marxismo y teorías de la modernización, un tridente sobre el que se forjó el nacimiento de la sociología en la Argentina. La preocupación por el populismo como una forma defectuosa de modernización de las masas que debía ser contenida y combatida tomaba forma en esos intercambios iniciales. Aquel encuentro iba a ser trascendente no solo para él y para Lipset, sino para los estudios sobre democracia y política de masas en los años cincuenta y sesenta en el mundo.[94]

Di Tella regresó a la Argentina dos años después de ese encuentro inicial, con un título de magíster y una receta para dejar atrás el peronismo. En 1955 fue uno de los fervientes miembros de los comandos civiles que dieron apoyo al golpe de Estado contra Perón. En los veinte años posteriores al golpe, el paisaje político del antipopulismo cambió radicalmente. Durante el gobierno de Perón,

intelectuales y dirigentes opositores habían mantenido líneas de diálogo inexplicables en cualquier otro contexto, canales de reflexión a partir de los que creció una especie de corteza común a identidades políticas dispares: en todas estaba la convicción de que el peronismo era un problema y la tarea de erradicarlo se encontraba, casi siempre, por encima de las distancias entre ellos.

Eso jamás volvió a ocurrir. Tras la caída de Perón estallaron mil formas de antipopulismo irreconciliables entre sí, radicalmente contrapuestas, trágicamente enfrentadas. Visiones opuestas del país, la política y la libertad para las que la noción de que el peronismo era un problema, que antes había sido todo, ahora era solo el comienzo. Buena parte de la guerrilla de izquierda, el maoísmo, el foquismo, la izquierda política, parte importante del sindicalismo combativo, las ciencias sociales y la historia, los movimientos democráticos liberales, una amplia gama de la ultraderecha, las expresiones tempranas del pensamiento económico neoliberal, extensos sectores de las Fuerzas Armadas y de grupos paramilitares de extrema derecha: esta es una lista parcial de los sectores que basaron su accionar, y en muchos casos el enfrentamiento a muerte entre ellos, en la percepción de que la Argentina tendría futuro si superaba el legado peronista. En muchos de estos casos, la búsqueda de este objetivo implicaba alguna forma de convivencia o alianza con el propio peronismo, pero siempre contenidos por la idea de que la integración de los trabajadores a la política nacional de la mano de aquel líder había sido un mal paso.

Este fue también el período en el que el término “populismo” se hizo presente con fuerza por primera vez como categoría de análisis y como concepto político. De ese modo adquirió rasgos específicos, reemplazando y compitiendo con expresiones como “movimientos nacional populares” o “nacionalismo popular” que habían sido excluyentes en el pasado. En todos los casos, la experiencia histórica frente a la que se construían estas herramientas teóricas eran las del fascismo europeo. Probablemente haya sido Gino Germani quién trabajó con más cuidado el fenómeno y quien comenzó a utilizar el concepto “populismo”, primero en los márgenes y luego más hacia el centro de su producción teórica. El desarrollo de esta categoría de análisis le permitía a Germani, quien colaboró largamente con Di Tella, hacer el pasaje entre la política y las ciencias sociales, entre sus convicciones políticas y sus intuiciones teóricas. Era, como sugiere el título del libro que la hija dedicó a su trabajo, un camino que iba “del antifascismo a la sociología”.[95] Como fundador de la sociología en la Argentina, Germani daría así a las ciencias sociales su rasgo distintivo, su pecado original profundamente nacional: la obsesión con los orígenes del

peronismo y la constitución del fascismo como la referencia histórica ineludible desde la cual estudiar la integración de las masas a la política.

Mucho más allá de Germani, esta inauguración del término “populismo” tenía al menos tres características compartidas por casi todos los intelectuales. Una era que el populismo, como formulación política, era un esquema triangular. Había un líder en el vértice superior, que establecía una relación emocional inmediata con los trabajadores (uno de los ángulos inferiores) eludiendo ya fuera las instituciones republicanas o la creación de una conciencia de clase basada en las condiciones materiales de existencia. Sobre ese sustento emotivo, la relación entre el líder y las masas producía una agenda política radicalmente movilizadora basada en una confrontación binaria entre el pueblo y el antipueblo (la tercera punta del triángulo). Un segundo juicio compartido por muchos, y sobre el que se abrirían distintas líneas de investigación, era, como lo describimos en el capítulo anterior, que esa adhesión emocional de las masas a un líder demagogo era el producto de una transición acelerada de los sectores populares desde la sociedad tradicional a las sociedades modernas. Un último punto común era que el populismo, en su encarnación peronista, era un fenómeno autoritario. Esta definición abrió el campo para ideas contrapuestas. Para la derecha liberal, la idea de autoritarismo permitió introducir al peronismo como un fenómeno totalitario y, de esa manera, incorporar a la Argentina al universo de la Guerra Fría, y a la amplia gama de enemigos que debía enfrentar cualquier proyecto civilizatorio. Para la izquierda, en cambio, el componente autoritario del populismo se relacionaba con la imposición, por la emoción o la fuerza, de una agenda “nacional” que subsumía los intereses de los trabajadores en una mezcla más amplia que preservaba las relaciones capitalistas de producción. La sociología proveyó herramientas teóricas y conceptuales para ambos argumentos. La historia abasteció el debate con un recorrido relativamente nostálgico del pasado nacional desde el apogeo del orden conservador. La literatura introdujo en esa disyuntiva una variedad de juicios y reflexiones sobre qué constituía la cultura de masas y cómo se relacionaba con una idea de “tradición nacional”.

Finalmente, y como revela el episodio inicial de este capítulo, estos debates se alimentaron de una conversación internacional cada vez más omnipresente. La sociología argentina se produjo en diálogo con el funcionalismo norteamericano, al que facilitó al mismo tiempo experiencias históricas y conceptos que formarían ideas, teorías y políticas sobre la sociedad de masas en los Estados Unidos.

La Guerra Fría, a su vez, fue parte del desarrollo del antipopulismo de formas variadas. Por un lado, entregó recursos retóricos, económicos y bélicos globales para endurecer las posiciones más recalcitrantes de las élites contra el fantasma del caos social derivado de la redistribución de ingresos. Por el otro, el antipopulismo contribuyó a esta cruzada con una idea más amplia que el comunismo como enemigo: en sentidos fundamentales, la Guerra Fría en América Latina tuvo menos que ver con aquel conflicto ideológico y geopolítico entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y más con el conflicto social por la expansión de derechos y de poder económico en sociedades en las que los movimientos nacional populares (a veces combinados con el comunismo, a veces en contra de este) eran una amenaza prevalente contra el statu quo. La Revolución Cubana en 1959 y su influencia decisiva en la historia de América Latina fue reveladora de ese complejo mapa político, al mismo tiempo que ayudó a producirlo. Desde La Habana hasta Buenos Aires, la opción por la lucha armada fue sobre todo producto de la frustración con los límites que los proyectos populistas habían mostrado para producir una reforma social profunda y sustentable en la región. Y al mismo tiempo, el elefante blanco seguía ahí, irredento y central. Si el impacto de la Revolución Cubana en la Argentina fue enorme, se reinterpretó muchas veces en clave de una pregunta que precedía y excedía a Fidel Castro: ¿cómo contribuye el análisis de aquella revolución caribeña al entendimiento del peronismo?

En medio de estas discusiones, muchas de las fuerzas que habían contribuido al final del gobierno peronista ponían en marcha un lento y contradictorio –pero sistemático– desmantelamiento de su herencia. La estructura social legada por el populismo fue lo suficientemente resistente como para que el país disfrutara una distribución de los recursos más igualitaria que casi todo el resto de América Latina. Y fue lo suficientemente duradera como para sobrevivir más de cuatro décadas salvajes, hasta la estocada final a manos de, sorprendente o no, un gobierno peronista como el de Carlos Menem. Pero el desmantelamiento del robusto Estado de bienestar montado en la década peronista fue permanente desde el día mismo del golpe en pequeños cambios y grandes decisiones que fueron reconfigurando la estructura social argentina. Para mediados de los años sesenta, algunos de los principales rasgos de la Argentina peronista, desde su estructura impositiva hasta el lugar de los sindicatos en las negociaciones, pasando por la calidad de vida de las clases bajas y medias, mostraban signos de crisis y agotamiento. El reemplazo de la Argentina peronista por otra nueva e imprevisible le dio forma al antipopulismo de derecha y le proveyó una misión y una organicidad en el tiempo hasta la llegada de la dictadura militar de 1976.

A desnazificar, a desnazificar

Uno de los primeros análisis sobre las distintas formas del antipopulismo posterior al golpe vino en 1956 de la pluma de Mario Amadeo, un ferviente antiperonista que llegó a canciller de la Revolución Libertadora durante la brevísima presidencia de Eduardo Lonardi. Amadeo cifraba el futuro en la posibilidad de unir al país en un proyecto restaurador, e identificaba cuatro visiones distintas sobre el "hecho peronista". Una era la de los conservadores, para quienes "el peronismo no ha sido otra cosa que una pesadilla" que se dejaría atrás mediante un gobierno enérgicamente represivo que erradicara la experiencia histórica mediante la "desperonización". La segunda pertenecía a un subgrupo dentro de los conservadores, que también veía la historia reciente como un calvario, pero creía que las huellas que había dejado el peronismo serían, lamentablemente, mucho más perdurables. Una tercera visión era la de la izquierda liberal del Partido Socialista, el Demócrata Progresista y sectores del radicalismo, para quienes el peronismo seguía siendo sinónimo de fascismo, por lo cual "desperonización" también era "desnazificación". La última perspectiva era la de la izquierda antiliberal que, según Amadeo, veía en el peronismo una forma "cruda y primitiva pero eficaz de la lucha contra el imperialismo" y aspiraba a ocupar el liderazgo del proletariado que Perón había dejado vacante. [96]

Son veinte años vertiginosos para interpretar y combatir al populismo, dos décadas en las que el consenso inicial de desperonizar a la Argentina estallaría rápidamente en mil pedazos. Aramburu reemplazó a Lonardi a las pocas semanas del golpe y la Revolución Libertadora adoptó un tono más sinceramente anclado en sus motivaciones: erradicar al peronismo como movimiento político, borrar su memoria histórica, deshacer su legado para recién ahí reorganizar al país sobre nuevas bases. La historia corta se resume en que el exterminio del peronismo, por cierto, no funcionó. Vistos retrospectivamente, los sucesivos fracasos en el intento de extinguirlo produjeron el conocimiento y la experiencia que alimentaron a la dictadura militar de 1976 como el experimento más violento de la violenta historia del antipopulismo argentino.

1955-1958. Que estallen las diez mil flores del antiperonismo

Para desperonizar, Aramburu no se limitó a la violencia, sino que recurrió a la producción de un consenso controlado sobre una Argentina nueva. Mientras el gobierno proscribía al peronismo, reprimía a los sindicatos, revisaba los mecanismos de negociación salarial y controlaba el disenso interno dentro de las Fuerzas Armadas, la Junta Consultiva reunía a una amplia gama de partidos políticos para pensar una nueva organización política nacional. A la hora de recolectar ideas sobre un futuro sin Perón, Aramburu convocó, entre otros, nada menos que al mismísimo Germani. Una década después del final de la guerra, las metáforas sobre el nazismo seguían dándole forma a la mirada política nacional. Solo eso explicaba que el "fascismo antifascista" que inspiraba a las Fuerzas Armadas pudiera acercarse al pensamiento científico de Germani, que abrevaba en corrientes teóricas muy distintas. La lucha contra el totalitarismo, expresión que seguía fascinando a la intelligentsia global, era un paraguas tan amplio como informe. Si lo que había seguido a la derrota de Hitler había sido la "desnazificación" de Alemania, pues algo similar debía ocurrir en la Argentina. Prohibir la pronunciación de la palabra "Perón". Descubrir con regularidad el costado moralmente revulsivo de la década pasada. Mirar hacia adelante sin dejar por un segundo de producir temor por lo que se había dejado atrás.

Para la Revolución Libertadora había pocas dudas sobre la obligación de trabajar en la erradicación y la necesidad de retornar en el menor tiempo posible a una democracia política sin peronismo. Ambos mandatos iban unidos. Lonardi exploró alguna forma de acercamiento a los resabios del peronismo sin Perón; duró seis semanas. El gobierno de Aramburu no fue ambivalente. Deshacer el tramado del poder sindical, correr al peronismo de la conducción de los sindicatos y de cualquier forma de poder estatal, reformar el sistema electoral para impedir su resurgimiento, proscribir al peronismo no solo del sistema político, sino de la esfera pública. Las iniciativas dejaban pocas dudas acerca de cuál era la interpretación dominante sobre el peronismo.[97]

La lectura más influyente sobre los orígenes del peronismo es, sin dudas, la de

Germani. En 1955, había sido convocado para crear la carrera de Sociología de la UBA de la mano de José Luis Romero, ahora interventor de la universidad. Mientras la dirigencia política canalizaba su apoyo a la dictadura a través de la Junta Consultiva, profesionales e intelectuales lo hacían desde el flamante acceso al poder del que ahora podían disfrutar. Desde ahí señalaban, también, sus especificidades. Romero, por ejemplo, aprovechaba una reedición de su viejo texto sobre la Argentina aluvial para subrayar que, para bien o para mal, el peronismo era un hecho nacional destinado a perdurar y que, por lo tanto, el imaginario desperonizante inspirado en la experiencia nazi tenía serias limitaciones. A Germani, el antiperonismo lo había llevado a acercarse al gobierno de Aramburu, convencido de que estaba aportando a la causa contra el totalitarismo. Pero la idea dominante en el nuevo gobierno de que esa causa se asentaría sobre todo en la simple erradicación de un hecho político de la esfera pública lo alejaba definitivamente del pensamiento de la Revolución Libertadora.[98]

Germani produce por entonces sus ideas fundamentales sobre qué era el peronismo. En una serie de artículos que publica entre 1955 y 1957, el sociólogo oscila entre describir al peronismo como una forma de fascismo, autoritarismo o totalitarismo, términos que quedarán plasmados de forma un tanto confusa cuando estos textos tomen la forma de libro en 1962. Sus ideas emergían de un análisis minucioso y teóricamente sofisticado de cifras de censos sobre población, origen social, ingresos y educación. El estudio social atado al análisis de datos estadísticos era un campo de vanguardia en la sociología de entonces. Durante las siguientes dos décadas, Germani compartió estas reflexiones con colegas del resto del mundo, sobre todo de los Estados Unidos. Sobre esa base no solo trajo a la Argentina las primeras traducciones al español de los principales textos de la sociología funcionalista, sino que también impuso al peronismo en el centro de los debates sobre el totalitarismo durante la Guerra Fría, lo que contribuyó a formar un verdadero campo transnacional sobre los estudios del populismo.

En 1955, Germani aún no utilizaba ese término. En tensión con ideas como las de la intelectualidad de derecha, usaba la noción de totalitarismo para ver qué era lo que diferenciaba al peronismo del fascismo. En esos estudios inmediatamente posteriores a la caída de Perón, lo primero que resaltaba era que la base social era muy distinta y hasta opuesta a la del fascismo italiano. Mientras que en Europa el fascismo se había afianzado en las clases medias, con simpatías entre las élites, en la Argentina, esas “masas disponibles” sin una pertenencia virtuosa

en la sociedad industrial habían sido los obreros. Ahí aparece la idea del populismo como un totalitarismo de clase trabajadora. Pero, además, Germani desmentía que el peronismo hubiera sido solo un engaño para los trabajadores: la tesis del "plato de lentejas" según la cual los obreros habían vendido su libertad "al dictador" debía ser rechazada. Sí, "el dictador" hacía demagogia, argumentaba el sociólogo, pero dada la explotación económica y la falta de democracia precedente, lo que los trabajadores habían encontrado en el peronismo era una combinación de mejoras económicas, más y nuevos derechos, y una comprensión cabal del poder que un obrero podía tener si actuaba colectivamente organizado en sindicatos y liderado por Perón. Finalmente, si bien adhería fervientemente a la idea de "desperonizar la Argentina", Germani creía que no se trataba solo de prohibir el nombre de Perón sino, sobre todo, de ofrecer a los trabajadores otra forma de obtener aquello que habían logrado con el peronismo. Esa idea, claramente, no estaba en la mente de los conservadores, de Aramburu o de los sectores del campo y la industria que apoyaban la Revolución Libertadora. Y eso ayuda a explicar por qué su vínculo con el gobierno fue mayormente infructuoso.[99]

En esta misma época aparece lo que probablemente sea la primera identificación inequívoca entre peronismo y populismo. Lo más curioso es que esta asociación explícita no vino de parte de Germani, ni de las ciencias sociales, ni de los sectores políticos y sociales que aborrecían al populismo aun antes de saber que se llamaba de esa manera. Esta exaltación original del populismo provino de la dirigencia peronista del interior del país en 1957, cuando el catamarqueño Vicente Leónidas Saadi empezó a publicar el periódico Populista con la dirección de Fermín Chávez. El periódico, del que se hicieron nueve números durante 1957, rescataba por entre los pliegues de la censura las noticias sobre la reorganización del peronismo. Más que eso, sus directores abrazaban cabalmente el nombre que le habían puesto, como forma de expresión de aquellos que habían vuelto al tiempo previo a 1945, a un lugar inferior en una estructura social que se proponía jerárquica y normativa en la que los de arriba gritaban y los de abajo obedecían. La consigna bajo el nombre del periódico era elocuente de este sentimiento que no rescataba solo las conquistas sociales o "el plato de lentejas", sino el desafío a las subordinaciones del pasado: "Venimos a hacer porque estamos cansados de oír".

Así, el término "populismo" hacía su ingreso pausado al lenguaje político argentino. Saadi también se había proclamado fundador del Partido Populista, al que imaginaba como posible heredero del peronismo. El primer número, del 17

de mayo de 1957, lo hacía explícito en letra de molde: “¡Populista!: El Partido Del Pueblo Descamisado”. Bajo la proclama, el título de la nota era “Defendamos la justicia social contra las minorías en el poder”, y allí se criticaba por igual a la dictadura, a Balbín y a Nicolás Repetto. Pero sin duda, el blanco preferido de Saadi y Chávez era la Revolución Libertadora. “Aramburu es el fraude. Y pretende ser la dictadura” era el título de la segunda edición, reflejando el espíritu de Populista. Con todo, la cobertura estaba dedicada por partes iguales a criticar a la dictadura y a informar sobre la intensa actividad sindical y los conflictos en las fábricas que sacudían la legitimidad del régimen desde abajo. La retórica recogía la narrativa histórica del peronismo, al preguntarse si la Revolución Libertadora había hecho volver al país a 1942 (cuando se trataba de criticar la represión política) o a 1906 (cuando se deploraba su política económica). “Otra vez: Braden o los descamisados”, decía la primera página de Populista en otra de sus ediciones, y criticaba la presencia del “imperialismo” en la política doméstica del país. Y yendo aún más atrás, recordaba los fusilamientos de José León Suárez contra simpatizantes peronistas ocurridos en junio de 1956 invirtiendo el imaginario liberal del siglo XIX. La nota condenaba “aquel orgiástico festival de sangre” bajo un título sarmientino: “Bárbaros, bárbaros”.[100]

El antiperonismo se repensaba a sí mismo a paso acelerado. En 1956, Ernesto Sabato publica un texto en respuesta a Amadeo, en el que reconoce que su odio atávico al peronismo le había impedido ver las confrontaciones complejas que explicaban su surgimiento. Una frase memorable sintetizaba su argumento y concentraba en una oración lo que a otros les llevaría varios libros explicar: “Aquella noche de setiembre de 1955, mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas”.

La versatilidad de Sabato para entender lo que había ocurrido y retroceder algo sobre sus pasos no era compartida por muchos de sus colegas. La intelectualidad antiperonista argentina, con Jorge Luis Borges a la cabeza, fue de los sectores que más firmemente se mantuvo en las convicciones y razones que forjó desde 1943. Pero las palabras de Sabato sí llegaban a los oídos de las clases medias y de sectores políticos que, al mismo tiempo que apoyaban el golpe, empezaban a imaginar cómo instaurar una nueva democracia.[101]

Otros, no menos lúcidos y mucho más influyentes, seguían anclados en el

antiperonismo fraguado durante la década anterior. El “Informe preliminar acerca de la situación económica” que Prebisch elaboró para el gobierno pocas semanas después del golpe reforzaba viejos argumentos críticos de las formas de intervención del Estado en la economía y del aislamiento del país que habían llevado a “la crisis más aguda de su desarrollo económico”. En aquel informe, Prebisch, que para entonces llevaba un lustro como director de la Comisión Económica para América Latina (Cepal), modificó algunas de sus prioridades. Solicitado por Lonardi, el informe fue redactado junto con sus colaboradores sobre la base de datos que luego el propio Prebisch puso en duda y en parte sirvió como plataforma para la política económica de Aramburu.

Aún seguía en el centro su preocupación sobre cómo financiar el desarrollo industrial en un país dependiente de la renta agraria y condicionado por la baja tasa de ahorro. Pero ahora, para resolver ese cuello de botella, Prebisch estaba dispuesto a postergar en el tiempo la idea del “bienestar de las masas” que estaba en el centro de su trabajo de 1949. El economista responsabilizaba de la inflación a los aumentos salariales dictados por el peronismo, criticaba las múltiples regulaciones económicas y proponía una fuerte devaluación para recuperar la competitividad externa. El gobierno congeló los salarios, abandonó el sistema de cambios múltiples y devaluó el peso un 50% en tres meses. La devaluación –que en los hechos implicaba una transferencia regresiva de los ingresos de los asalariados hacia el sector agrario exportador– era vista como una medida que en el tiempo se corregiría a sí misma, pero no debía trasladarse a los salarios ya que esto “alentaría nuevamente la espiral de costos y precios”. Pero la plataforma necesaria para la industrialización no vendría solo del campo. Prebisch creía ahora que el ingreso al Banco Interamericano de Desarrollo y al Fondo Monetario Internacional (FMI), algo que el propio Perón había buscado secreta e infructuosamente, conformaban la otra pata para la capitalización que necesitaba el país. El gobierno aceleró las gestiones con el FMI –que con Perón fuera del poder se mostraba flexible y dispuesto a tolerar irregularidades iguales o peores que las que había señalado apenas un año atrás– y concretó su integración al organismo en agosto de 1956.[102]

Esas mismas tensiones económicas y políticas sobre cómo debía ser una Argentina sin Perón atravesaron y fracturaron al socialismo y a la UCR. Los socialistas, esa “izquierda liberal” en la mirada de Amadeo, vivieron en 1958 la primera de una serie de fracturas, cuando un grupo de jóvenes (entre los que se encontraba mi padre, Elias Semán) fundó el Partido Socialista Argentino (PSA), dejando el Partido Socialista Democrático para Repetto y Ghioldi, quien

corporizaba una forma de antipopulismo tan opuesta a la de los jóvenes socialistas que el año anterior había estrenado un sobrenombre elocuente, “Norteamérico Ghioldi”, cuando un semanario lo describió en estos términos: “Norteamérico es lo más fino en la casa. Fue especialista en bombitas y solo lleva masitas (nunca pudo con las masas…)”.

El PSA adelantaba los argumentos antiimperialistas que se harían norma al año siguiente tras la Revolución Cubana. Bajo la preocupación antiimperialista, el grupo se radicalizaría progresivamente, fracturando en el camino al socialismo en partes cada vez más pequeñas. En 1958, uno de los fundamentos de ese corrimiento a la izquierda era la crítica a Ghioldi y a la oficialidad del partido por su obstinada incapacidad para entender qué había significado el peronismo para la clase trabajadora, a la que el socialismo había perdido entre 1943 y 1945 para no recuperarla. Las diferencias se habían hecho públicas desde 1955, cuando las publicaciones de las Juventudes Socialistas condenaban el espíritu revanchista de la Revolución Libertadora. Desde el PSA, esta generación iba a tomar distancia simultáneamente del antiperonismo y del anticomunismo del viejo socialismo, para acercarse al mismo tiempo a una mirada distinta de la “cuestión nacional” y de la identidad latinoamericana. Esto último tuvo una importancia crucial al año siguiente, cuando La Habana se convirtió en el foco de toda la región. Pero en la Argentina el signo de origen de esa nueva izquierda socialista no había sido el entusiasmo revolucionario con Cuba, sino la posibilidad de encarar una relación teórica y política nueva entre socialismo y peronismo, en la que la idea de superarlo desplazaba a la de combatirlo.[103]

Las visiones contrapuestas sobre el peronismo hacia adentro de la UCR fueron las que tuvieron más consecuencias inmediatas para el país. El sector de la UCR Intransigente, liderado por Arturo Frondizi, seguía reivindicando aquel Programa de Avellaneda de 1945, que rechazaba el ascenso de Perón pero disputaba sus banderas (e incluso iba, como en el caso de la reforma agraria, más allá del peronismo). Esa era una de las fricciones centrales con el almirante Isaac Rojas, jefe de la Junta Consultiva, a quien le reclamaban un inmediato llamado a elecciones. Balbín, al frente de la UCR del Pueblo, se mostraba más dispuesto a seguir los tiempos marcados por el gobierno. La fractura entre la UCRI y la UCRP para las elecciones de constituyentes de 1957 –en la que el peronismo estuvo proscripto– precipitó la primera gran fractura partidaria. Tras dos años de “desperonización” el país permanecía, mayormente, peronista. La represión había sido eficiente en evitar un retorno del peronismo al poder. Eso no iba a suceder por mucho tiempo. Pero los sindicatos habían reacomodado sus

estrategias de negociación, y como para confirmar que el peronismo no era el nazismo, la enorme estructura política y estatal creada desde 1945 no se había sentido enteramente liberada por la caída del tirano, ni había pisoteado con entusiasmo y autonomía la simbología del régimen, sino que en muchos casos añoraba la gesta de la que había sido parte. Las reformas electorales, la proscripción y la remoción de los dirigentes sindicales peronistas habían tenido efecto relativo: en ese contexto represivo, en 1957 un cuarto de los votantes siguió la orden de Perón de votar en blanco para la elección de constituyentes.

Frondizi fue el primero en darse cuenta de que “el hecho peronista” había llegado para quedarse. La UCRI llegó a la Convención Constituyente, denunció su ilegalidad y se retiró. La UCRP, en cambio, convalidó la derogación de la Constitución de1949 y el marco legal que imponía la nueva Carta Magna. Esa división fue irreversible y le dio a la UCRI la posibilidad de explorar un camino antes impensado: el acercamiento al peronismo.

La decisión de Frondizi de negociar un acuerdo con Perón para recibir los votos peronistas en las elecciones presidenciales del año siguiente tenía al menos dos motores. Uno, obvio, era la comprensión cabal de que sin el apoyo peronista sería muy difícil ganar las elecciones e imposible gobernar. Frondizi supo desde 1957 que no podría llegar al poder reemplazando al peronismo ni heredando a su líder, sino que debía adaptarse a la realidad de tratar encabezar un movimiento ajeno. Ese reacomodamiento se explicaba también desde una suerte de misión redentora, basada en la convicción de que, si se lo reconocía como un actor político legítimo, el populismo podía expurgar al menos sus peores pecados. Muchos habían negociado con Perón en el pasado, pero nadie había ido tan lejos, mucho menos tras su derrocamiento y proscripción. Esta forma específica de antipopulismo democrático imaginaba que el populismo era un fenómeno que distorsionaba la democracia liberal y era autoritario, pero que de todos modos había sido un canal efectivo para la participación en la política de los obreros, quienes bajo el peronismo habían incrementado su poder político y mejorado su calidad de vida, mientras el país vivía una modernización masiva pero defectuosa. Económicamente, Frondizi conjeturaba que lo que le faltaba al país era desarrollo, una forma de garantizar la infraestructura industrial para dejar atrás la dependencia de un sector agrario que no podía traccionar al resto de la nación.

Pero en lo político, la UCRI era aún mucho más innovadora. Frondizi suponía que si se reconocía la legitimidad de la adhesión de los trabajadores al

peronismo en vez de luchar por su erradicación, esta adhesión iría perdiendo los elementos más problemáticos. Eventualmente, podría incluso convertirse en la base política de un partido laborista y desarrollista. El reconocimiento del peronismo como un interlocutor válido y no como un virus externo al cuerpo nacional fue un acto de un atrevimiento difícil de dimensionar históricamente. De hecho, esta concepción del antipopulismo como un instrumento sanador solo volvería a repetirse más de treinta años después, cuando Raúl Alfonsín puso en marcha el Pacto de Olivos con Carlos Menem.

La negociación de la UCRI con el peronismo llevó a Frondizi a la presidencia en 1958. Pero el gambito político chocó de frente contra ese antipopulismo inconmovible que reinaba desde 1955 y del cual Frondizi se había alejado. Perón le había dado su apoyo a cambio de la promesa de preservar el futuro político del sindicalismo argentino (que a su vez él imaginaba, con bastante lógica, como el instrumento para su retorno). Para el nuevo presidente, la alternativa para construir un poder propio era convertirse en el jefe de esa "burguesía nacional" que imaginaba moderna, con capacidad para integrar a las masas a una economía dinámica, y dispuesta a entender la necesidad de reconocer al peronismo para apuntalar los intereses de la nación. El mayor problema era que esa burguesía, como tal, aún había que inventarla.

Frondizi llegó entonces al poder con el apoyo de un sector que no lo reconocía como líder y buscó ser líder de un sector que no existía.

El resultado fue el de un gobierno que muy pronto estuvo cercado de enemigos formidables y aliados más que cautos o directamente inexistentes. El poder efectivo de Frondizi duró poco, el del gobierno duró cuatro años, dos menos de lo que era por entonces el mandato presidencial. El ideal frondizista del desarrollo económico abrevaba tanto de la herencia peronista de una industrialización asistida como de los señalamientos de Raúl Prebisch sobre las limitaciones de esta estrategia. Bajo su mitología entraban los obreros

sindicalizados –aun si el peronismo seguía proscripto–, los industriales como Di Tella –lo más parecido a la burguesía nacional que Frondizi y Rogelio Frigerio tenían en mente–, y los intelectuales y dirigentes de la izquierda que se esperanzaron con un proyecto de nación progresista que al menos no estuviera enfrentado con el movimiento obrero organizado. Todos ellos se fueron desencantando, con énfasis distintos, en los cuatro años siguientes a 1958.

1959-1966. La confrontación

En enero de 1959, Fidel Castro entró triunfal a La Habana. En ese instante, la Revolución Cubana puso al desnudo el agotamiento de los proyectos populistas y democráticos de reforma social en América Latina y su reemplazo por apuestas de transformación mucho más radicales y violentas en toda la región. En la Argentina, la Revolución Cubana desató un debate renovado sobre cómo imaginar el cambio social en un país donde había peronismo. Distintas variantes de la izquierda empezaban a discutir cómo "el hecho peronista" era no solo un obstáculo para la revolución, sino una identidad política fuertemente arraigada entre los trabajadores. Unos meses después de la toma del poder de Castro, Guevara y Cienfuegos en Cuba, Reynaldo Pastor publicaba en la Argentina su libro Frente al totalitarismo peronista. En él, el conservador elaboraba los términos de un antipopulismo de signo opuesto que, mientras reconocía la amenaza dominante del comunismo en el mundo, conjugaba la cruzada casi mesiánica de restaurar el viejo orden en el país como un subproducto del concepto estrella de la Guerra Fría: la lucha contra el totalitarismo. Pastor adelantaba los argumentos de un "fascismo antifascista" que se irían perfeccionando hasta culminar en la forma acabada que tendrían en la dictadura militar de 1976. En esa mirada, el comunismo y la guerrilla habían puesto el país al borde de la perdición, pero su penetración había sido posible por la crisis en las jerarquías sociales que había provocado el populismo desde su emergencia en 1916.

Desde 1955, el conservadurismo acentuaría sus rasgos reaccionarios, mientras la izquierda produciría una sucesión de fraccionamientos cada vez más radicalizados. Con algo de incomodidad, estas dos formas de antipopulismo habían convivido bajo el paraguas común de la lucha contra el peronismo. Dos formas por completo opuestas de pensar el mundo habían encontrado en "la lucha contra la tiranía" ese terreno momentáneamente común. De aquí en más serían los polos de un enfrentamiento cada vez más violento entre dos proyectos opuestos sobre qué se podía considerar una sociedad justa. En este período en el que se superponen el fracaso del gobierno de Frondizi y el triunfo de la revolución en Cuba, el cambio social separa definitivamente estas dos formas de

antipopulismo; una que acentuaba que el peronismo era una amenaza a la paz social, las prácticas republicanas, la tradición nacional y la propiedad; otra que, al contrario, veía el peronismo como un obstáculo, un desvío o un socio eventual, para un ataque frontal contra esas mismas prácticas e instituciones.

Una inevitable revolución violenta

La frustración con los límites del populismo ocupó algún lugar en las biografías políticas de Castro y Guevara y en la decisión de abrazar la lucha armada. Castro había hecho una de sus primeras incursiones internacionales en 1948, con solo 21 años, tras ser contactado en la embajada argentina en La Habana por el agregado obrero, uno de los activistas sindicales designados por Perón en las representaciones diplomáticas. Con fondos y la ayuda logística del peronismo, Castro y tres militantes más viajaron a Colombia para protestar contra la presencia del secretario de Estado norteamericano, George Marshall, durante la IX Cumbre Panamericana que dio origen a la Organización de Estados Americanos. En el camino de Cuba a Colombia, los cubanos recorrieron Venezuela y Panamá, donde se reunieron con activistas estudiantiles, sindicales y dirigentes políticos, incluida la plana mayor del gobierno venezolano liderado por el escritor Rómulo Gallegos. En Bogotá, Castro tuvo contacto con el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, el dirigente populista en ascenso en la región, con un apoyo abrumador entre obreros y campesinos en Colombia, que iba camino a arrasar en las elecciones presidenciales. Ahí conversaron sobre la posibilidad de un movimiento que, liderado por el peronismo, encarnara la primavera democrática desatada tras el final de la guerra y se organizara alrededor de un rechazo a la dominación creciente de los Estados Unidos en la región. Tan entusiasmado estaba con la iniciativa, que el 4 de abril, tres días antes del comienzo de la conferencia, Castro le escribió una carta a su padre, en la que comentaba: “Los argentinos nos dan el mayor apoyo posible a nuestro movimiento”. Esa alianza incipiente le permitió a Castro terminar su nota en un tono esperanzado sobre su futuro, convencido de que “después de esto, puede que me vaya a la Argentina a pasar tres meses ahí con una beca del gobierno argentino”.

El entusiasmo duró un par de días más. El asesinato de Gaitán el 8 de abril puso fin al sueño de una reforma radical en Colombia por la vía electoral y desató una ola de violencia sin precedentes. Las élites, que habían resistido a Gaitán con odio, ahora acusaban al comunismo por las protestas contra su asesinato y sobre esa base desplegaron un aparato represivo que mantuvo al país militarizado

durante el medio siglo siguiente. Perón recalculó prioridades, leyó el apoyo de los Estados Unidos a la represión como un renovado ímpetu intervencionista y se sumó a las condenas al comunismo. Sin alianza reformista regional ni viaje a la Argentina peronista, Castro abandonó enseguida la esperanza en los proyectos reformistas de cambio social, una frustración que pavimentó el camino a la lucha armada.

El recorrido del Che Guevara fue análogo. En 1952, durante su segundo viaje como mochilero por América Latina, Guevara se cruzó con los efectos de la propaganda peronista en Ilave, un pueblo perdido del Perú, unos 800 kilómetros al sureste de Lima. Allí tomó nota de un "un indio que se nos acercó tímidamente con su hijo, que hablaba bien español, y empezó a preguntarnos sobre las maravillosas 'tierras de Perón' […] El hombre nos pidió una copia de la Constitución argentina, con la declaración de los derechos para los ancianos". El futuro líder tuvo ahí una primera evidencia del impacto que las políticas de reforma social argentinas tenían en el resto de la región. Años más tarde, el Che Guevara estuvo en Guatemala durante la caída del gobierno de Jacobo Arbenz, uno de los últimos intentos de cambio radical por la vía democrática en la posguerra. El experimento fue violentamente interrumpido en 1954 por el primer golpe de Estado explícitamente coordinado por la CIA. Instalado en Guatemala, Guevara participó del entusiasmo del gobierno de Arbenz y, tras el golpe, terminó refugiado en la embajada argentina junto con más de doscientos activistas de toda la región, incluidos los futuros líderes de la guerrilla guatemalteca. Como Castro en Colombia unos años antes, Guevara vivió en primera persona las limitaciones intrínsecas de los proyectos democráticos para enfrentar la dinámica de la Guerra Fría, en la que los Estados Unidos proveían razones y recursos a las élites locales para hacer aún más intransigente su posición en conflictos domésticos sobre la desigualdad y la distribución injusta de la riqueza. De Guatemala, el Che partió hacia México, donde tuvo contacto con Castro para empezar un trayecto que cambiaría la historia de la región.[104]

La referencia al anecdotario político de los dos líderes de la Revolución Cubana no es antojadiza. Señala en las biografías personales un proceso de transformación regional más amplio y en general poco discutido. Pasados los primeros años de la primavera democrática de la posguerra, el fracaso de los proyectos populistas de reforma social es en verdad el suelo fértil, sino la razón, de la Guerra Fría en América Latina.

Tanto la fase populista más clásica del cardenismo mexicano como la

reencarnación defectuosa del varguismo en Brasil y el peronismo en la Argentina estaban no solo fuera del poder, sino carentes de una visión de desarrollo económico inclusivo sustentable como el que habían imaginado en las décadas previas. Estrangulados entre el endurecimiento de las élites locales y el involucramiento de los Estados Unidos en cualquier conflicto social que pudiera ser leído como un campo propicio para el surgimiento de formas de protesta comunista, los populismos –aun aquellos marcadamente anticomunistas, como el de Argentina– perdieron eficacia política y chocaron contra las limitaciones que los economistas como Prebisch habían previsto años atrás. Preocupado por detener el potencial expansivo de Cuba en la región, los Estados Unidos lanzaron en 1961 la Alianza para el Progreso, cuya ambición de promover la mayor inversión en infraestructura en la historia de América Latina solo es comparable con su fracaso. En el primer aniversario del programa, John F. Kennedy pronunció aquella frase que no solo podía ser una reflexión sobre el conflicto social en la región y el rol de los Estados Unidos en él, sino que también era un análisis de la historia reciente y una anticipación de un futuro ominoso: “Aquellos que hagan imposible una revolución pacífica, harán inevitable una revolución violenta”.

La revolución pacífica con la que soñaba Kennedy –más como forma de anticomunismo que como visión de la sociedad– no era tanto la de la Alianza para el Progreso de ese momento, sino la de los proyectos populistas que acababan de agotarse. Es este colapso de las vías reformistas hacia finales de los años cincuenta, esa fuerza virulenta contra el surgimiento de líderes como Gaitán a fines de los años cuarenta, esa determinación por contener y revertir las reformas sociales de posguerra, lo que dejó a una generación entera la opción de la lucha armada como una alternativa posible para afrontar los problemas históricos de la región, asociados a la desigualdad interna y la dependencia externa.[105]

Desde el comunismo al socialismo y el nacionalismo de izquierda, la trayectoria de quienes se inspiraron en la Revolución Cubana en la Argentina se cruzaba con este proceso de forma distinta. Muchos habían estado en contra del populismo durante su apogeo, y la realidad de sus transformaciones los había forzado a un acercamiento justo cuando aquel mostraba su agotamiento terminal. En ese cruce entre la experiencia histórica y la coyuntura, Cuba se convirtió rápidamente en algo muy distinto a lo que ocurría de hecho en La Habana: un insumo más para redefinir “la cuestión nacional”.

Orden, disciplina y trabajo

Quien había entendido rápidamente que la Guerra Fría era un engranaje nuevo y poderoso de la cuestión nacional había sido Pastor. Su libro Frente al totalitarismo peronista no era particularmente agudo. Pero, visto en perspectiva, capturaba el clima de época en el que el comunismo desplazaba a los codazos al peronismo como preocupación central de partes de la derecha argentina. Si las diferencias en el antiperonismo se mantienen en baja intensidad desde 1945 y empiezan a estallar tras 1955, el lenguaje anticomunista de la Guerra Fría habilita en 1959 la fragmentación total del antipopulismo que pasa, como afirma Flavia Fiorucci, "de un medio dominado por el consenso y las medias palabras [...] a otro donde lo que prevalecía eran las divisiones y el debate".[106]

El texto de Pastor corresponde al género del pastiche, en el que una serie de características estéticas, escenas y detalles precisos lo habilitan a situar al peronismo, "el peor régimen de gobierno que hemos conocido en esta tierra" según lo define Federico Pinedo en el prólogo, como una versión empeorada del rosismo que lo emparenta con el comunismo. Un año después, el ex diputado radical Santiago Nudelman refraseaba argumentos similares en El régimen totalitario. Pero si el peronismo había adoptado rituales del nazismo y del estalinismo en sus políticas públicas y sus liturgias funerarias, Pastor no los tomaba como mera decepción, sino que los utilizaba para refundar la noción decadentista de la Argentina. El libro retomaba el año 1945 como un momento de quiebre que había dejado atrás un pasado argentino caracterizado por una "maravillosa y equilibrada síntesis del progreso científico, cultural, político, económico e institucional" En ese imaginario, las chances de incorporar algunas de las transformaciones realizadas durante el peronismo eran claramente escasas. Pero al mismo tiempo, la presencia creciente de la retórica anticomunista habilitaba a imaginar alguna forma de convivencia con un peronismo que, al fin y al cabo, también sabía de imponer autoridad y disciplina. Esa convivencia anticomunista con el peronismo iba a convertirse en un horizonte en el imaginario de la derecha antipopulista que siempre se desplazaba un poco más allá, pero precisamente por eso, nunca terminaba de morir. Es ahí donde el argumento antitotalitario se mordía la cola y requería del totalitarismo para

vencer al totalitarismo para, por fin, alcanzar la libertad.

Nada describía mejor esa ilusión contradictoria del antipopulismo que el capítulo VI del libro de Pastor, vanguardísticamente compuesto de solo tres palabras que abrigaban la curiosa esperanza de una síntesis superior: "Orden, disciplina, trabajo".

Una de las mejores expresiones de esa tensión dentro de la derecha antipopulista fue la creación de Unión del Pueblo Argentino (Udelpa), el partido con el que Aramburu imaginó culminar por la vía electoral lo que había comenzado como presidente de la Revolución Libertadora. La importancia histórica de Udelpa es mucho mayor que el impacto político que tuvo en su momento. Si Patrón Costas en 1943 inició el largo período de una élite electoralmente incapaz de triunfar, Udelpa fue el primer intento de la derecha antipopulista por retomar la vía democrática tras el golpe de1955. Es un retorno matizado por la proscripción al peronismo que el propio Aramburu había impuesto antes, pero también es un punto de partida de dos escenas fundamentales del antipopulismo: la de la frustración y la de la esperanza. La de la frustración alimentó el núcleo del discurso político de la dictadura militar argentina. La escena de la esperanza se mantuvo como un espejismo en el desierto durante cincuenta y tres años. Así, ver el paso anecdótico de Udelpa no es tanto un regodeo por los márgenes, sino el rastreo de ilusiones que con el tiempo se convirtieron en sentido común de millones de personas y, por fin, de una mayoría electoral.

Udelpa, obviamente, no ganó las elecciones presidenciales de 1963, pero el 7,5% de votos que obtuvo la fórmula Aramburu-Thedy galvanizó el espacio conservador y militarista alrededor de una alternativa electoral. Para el antipopulismo de derecha, la idea del personalismo demagogo era una droga de la que no podía escapar. Aramburu, que personificaba el golpe contra un movimiento descripto como paternalista y demagogo, buscaba ahora un

liderazgo que sus publicistas describían como “una figura paterna para captar a la clase media democrática”.[107] Se acercaban así a encajar en la descripción del fascismo que ellos aborrecían: según Germani, una diferencia crucial entre Mussolini y Perón era que el primero se había convertido en una figura paterna para clases medias en crisis, mientras que el segundo era el padre buscado para clases bajas en ascenso.

La droga del paternalismo llevaba a la otra adicción, tanto más poderosa: la de los votos. Por un instante, agrupaciones de derecha de Buenos Aires y del interior imaginaron un futuro electoralmente exitoso que en verdad solo llegarían a realizar medio siglo después. Algunos de los que habían apoyado a la UCRP tras la promesa de Balbín de que no admitiría el retorno político del peronismo ahora podían fantasear con su propio partido. Illia había triunfado con el 25% de los votos, adelante del 19% de votos en blanco ordenados por Perón. El resultado revelaba que había varias realidades superpuestas. Una de ellas, ineludible, era que ocho años después del golpe y tras toda la represión volcada sobre sus símbolos y organizaciones el peronismo seguía siendo una fuerza gravitante en la política argentina. Pero también era cierto que el radicalismo había logrado un resultado que podía ser esperanzador. Aun contabilizando los votos en blanco, la Illia y la UCRI de Oscar Alende tenían más del 40% de los votos. Perón, al mismo tiempo, parecía incapaz de encontrar el camino de un retorno triunfal, y esa decepción comenzaba a permear partes de la estructura sindical. La idea de una Argentina sin Perón podía ser verosímil para amplios sectores de la clase media y, en mucha menor medida, para los trabajadores industriales. El panorama podía indicar que el esfuerzo desperonizador había sido en vano o que la tarea aún estaba pendiente. Aramburu, seducido por la ilusión irresistible de una victoria electoral, se balanceó entre las dos posibilidades. A comienzos de 1963 y a contracorriente de su base política más firme, Aramburu se animaba a la síntesis histórica inimaginable:

Nuestro pensamiento político superior debe consistir en lograr la unión de lo valedero y permanente del peronismo con lo positivo de la Revolución Libertadora.[108]

Fue una apertura breve. En septiembre de 1964, después de haber comprobado

los alcances y estrecheces de la derecha conservadora, Aramburu, finalmente, declaraba: “Este es un partido antiperonista”.[109]

Hacia adentro del ejército (un interlocutor privilegiado de la derecha antipopulista mucho más allá de su peso electoral), el enfrentamiento entre azules y colorados presentaba otra cara de las tensiones acerca de cómo enfrentar al peronismo.

Aunque ambos sectores eran definitivamente antiperonistas, los colorados eran tajantes en cuanto a mantener proscripto el peronismo. Los azules imaginaban que una apertura controlada podía ser una estrategia más efectiva para contener sus efectos nocivos. Fueron los más inflexibles quienes pergeñaron el golpe contra el gobierno conciliador de Frondizi en 1962 y continuaron con la sublevación en 1963. Los colorados fueron reprimidos pero la sublevación derivó en la remoción de Frondizi y el reemplazo por su vice, José María Guido, hasta el triunfo de Illia al año siguiente. El liderazgo del grupo azul contra los sublevados colorados había quedado en manos de Juan Carlos Onganía, quien pocos años después lideraría un intento renovado y modernizador por dejar atrás al peronismo.

Interruptus

Las razones por las que la eliminación del peronismo era una condición previa al restablecimiento democrático adquirían legitimidad en la teoría social a nivel internacional. Y esta, a su vez, encontraba en el peronismo un contraste frente a formas más virtuosas de la democracia de masas. Lipset, aquel que había recibido a Di Tella en su despacho en la Universidad de Columbia, publicó Political Man en 1960. Allí, el sociólogo estudiaba la forma en la que obreros, campesinos y pobres se habían incorporado a la política durante el siglo XX. Por esos años, la ansiedad por el fascismo se opacaba en la medida en que el comunismo crecía en el horizonte de preocupaciones. El concepto de "totalitarismo" facilitaba esa transición bajo el vector común del problema de las masas en las sociedades industriales. La psicología de las masas, la educación, las restricciones económicas o la violencia doméstica –todas ideas discutidas a principios de siglo en los estudios sobre la multitud de hombres que ya mencionamos, como los de Le Bon y Ramos Mejía– explicaban los desvíos de la norma. Pero el objeto que querían analizar parecía intrínsecamente inestable, y las categorías eran siempre una sábana corta: el peronismo era fascista pero con apoyo obrero, de clase baja pero anticomunista, comunista pero fascista. Cada idea parecía un atrapasueños imperfecto que no terminaba de capturar la naturaleza del fenómeno. Durante una década, Lipset y sus colegas en los Estados Unidos y América Latina se convirtieron en una verdadera máquina loca que propalaba un concepto nuevo cada día para describir las amenazas que la conducta política de las masas presentaba a la democracia liberal. En una clasificación global, Lipset afirmaba que, en el mundo, "el autoritarismo de la clase trabajadora es comunista, y en menor medida, peronismo". El peronismo fue el blanco dilecto de esa obsesión, con una variedad de categorías que incluyeron, entre otras, "izquierda extremista", "fascismo de izquierda", "autoritarismo de clase trabajadora", "fascismo de clase baja" e incluso el más abarcativo y fundamental, "nacionalismo populista anticapitalista que atrae a los estratos bajos así como al ejército".[110]

Así fue como, por fin, en esa carrera histérica por definir eso que representaba el peronismo apareció el término "populismo". Lipset lo introdujo en las tres

páginas que le dedicó al peronismo en Political Man. que se publicaría en español tres años más tarde. Germani, en cambio, seguirá hasta finales de la década prefiriendo hablar de un movimiento “nacional popular”, que había sido su forma de precisar la especificidad del peronismo y lo que lo separaba del fascismo. Para los años sesenta, el populismo a secas, sin todas las especificaciones que le agregaba Lipset, era algo un poco más preciso. Era distinto al fascismo por un lado, pero también distinto al populismo norteamericano de fines del siglo XIX, de donde provenía el concepto. De aquel populismo conservaba el discurso de una confrontación binaria entre el pueblo y las élites, pero ya no tenía nada que ver con sociedades mayormente rurales que denunciaban al mundo de las finanzas. En la formulación proteica del peronismo, el populismo latinoamericano caracterizaba la tendencia autoritaria con la que las clases bajas se integraban a la política en sociedades industriales en las que la transición de las masas de la tradición a la modernidad se había producido alborotadamente. Esto las había dejado disponibles para el paternalismo protector de un demagogo, al que apoyaban en su despotismo a cambio de beneficios reales y simbólicos, pero a costa de una idea de libertad y democracia para todos.

Junto con la definición específica de populismo, el otro elemento que quedaba inscripto desde el comienzo era su condición de problema. Para quienes lo analizaban, el populismo representó desde entonces una traba, un obstáculo. Para la historia argentina, la presencia del peronismo era un problema, pero el tipo de problema que representaba iba a ser diferente para cada uno y a lo largo del tiempo. En ese amplio espectro de rechazos germinan dos formas distintas de antipopulismo. Uno de esos rechazos veía el populismo como una forma de movilización radicalizada que impedía preservar el orden social; la otra veía en el populismo una forma conciliadora de liderar a los trabajadores que obstaculizaba una transformación sustantiva de ese orden social que aquellos otros buscaban preservar. El antipopulismo, con sus matices más diversos, había llegado para quedarse.

Antipopulismo de izquierda y latinoamericanista

El cambio en la forma en la que la izquierda miraba al peronismo fue tan importante como la Revolución Cubana. Y en muchos sentidos lo primero preparó el terreno para leer la segunda no solo como una revolución socialista, sino como un movimiento nacionalista antiimperialista. Era algo distinto a una simple reconciliación con el peronismo. En algunos casos, la figura de John William Cooke acercó a muchos dirigentes y militantes de izquierda al peronismo a través del Caribe. Fidel Castro representaba ahí el Perón que muchos peronistas querían que fuera. Pero más importante, la revolución le demostraba a la izquierda antifascista que, en América Latina, la "cuestión nacional" no era solo un engaño, sino el punto de partida de una conciencia antiimperialista. En octubre de 1960, mi padre, Elías Semán, integró uno de los primeros contingentes internacionales que hizo el peregrinaje a La Habana de Castro y Guevara. A su regreso publicó Cuba miliciana, un texto urgente que repasaba las condiciones que habían hecho posible la gesta. Pero ese entusiasmo llevaba circularmente a la Argentina. El libro finalizaba ratificando la esperanza del autor en "la unidad de las fuerzas populares. Esta unidad requiere la presencia del peronismo, a través del cual se expresa la vitalidad de las masas argentinas con la jerarquía de un gran movimiento nacional".[111]

Esa mirada esperanzada sobre el peronismo deja su huella más allá de las fracciones del socialismo. El encuentro imaginario entre Cuba y el peronismo habría de alimentar la fantasía (y las arcas) de una guerrilla nacional, a contramano incluso del propio Perón, que para 1959 estaba refugiado en República Dominicana como huésped de Trujillo, cuando llegó Fulgencio Batista como su nuevo compañero de exilio. Pero en la izquierda socialista, el desencanto con el peronismo convivió siempre con el entusiasmo. En abril de 1965, el socialismo vivía un fraccionamiento más hacia la izquierda. Una parte del Partido Socialista Argentino de Vanguardia decidió fundar Vanguardia Comunista (VC), el primer partido maoísta de la Argentina. El grupo controlaba el periódico partidario No Transar, dirigido por Semán. En el número 42, el de su flamante reencarnación, No Transar refleja las coordenadas de su nueva identidad política, entre el internacionalismo imperante y la cuestión nacional

más permanente. El título catástrofe de su primera página es “Fuera Yanquis Asesinos de Vietnam”. La nota con la que termina se llama “El fracaso del populismo”, un análisis de las limitaciones burguesas que el peronismo había mostrado en las elecciones legislativas del mes anterior para liderar a los trabajadores. El estancamiento del peronismo, decía, “demuestra la incorrección de la tesis movimientista”, en la que los obreros conviven con otras clases sociales, y reafirma la necesidad de que “la lucha francamente antiburocrática” y antiimperialista de la base peronista sea liderada “por el marxismo leninismo”. Ya no había en aquellas palabras la ira antifascista que había llevado a muchos de ellos a formar los comandos civiles una década atrás. Pero tampoco estaban marcadas por el espíritu de reencuentro de 1960.[112]

¿Qué había pasado en el medio? Cinco cosas habían sucedido para que la izquierda desplegara entonces una nueva perspectiva crítica sobre el populismo. Una era el entusiasmo inicial con la revolución, que llevó luego a algunos al intento de replicar el foquismo para acelerar y profundizar los cambios. Otra fue el entusiasmo con el maoísmo: en sus viajes a Cuba, Semán y su grupo tuvieron la oportunidad de pelearse sucesivamente con el Che, con la impronta de Castro, con las ambiciones regionales de Cuba y con las planetarias de la Unión Soviética. Superador del populismo en sus formas básicas, el maoísmo les ofrecía el camino de una construcción de masas y de un reencuentro con la cuestión nacional que al mismo tiempo desafiaba la estructura burguesa sobre la que se montaba esa nación.

Un tercer elemento fue el surgimiento en la Argentina de Pasado y Presente. Un grupo de jóvenes díscolos que habían sido cobijados por Héctor P. Agosti dentro del Partido Comunista desde mediados de los años cincuenta fueron finalmente expulsados y, con José Aricó y Juan Carlos Portantiero a la cabeza, fundaron una publicación que sería la referencia necesaria para la Nueva Izquierda en el medio siglo siguiente. Las traducciones de Gramsci, pero también las revisiones del marxismo en América Latina y Europa, forjaron una idea de cambio social distante de la violencia política y con tonos de un socialismo democrático que en la Argentina solo había existido desde 1945 como máscara para el antiperonismo. Las relecturas del peronismo distanciaron a los intelectuales de Pasado y Presente de la interpretación clásica de la conciencia de clase como un derivado necesario de las condiciones de producción que el populismo venía a enchastrar. Si VC retomaba la cuestión nacional a través de una reinterpretación del marxismo-leninismo, Pasado y Presente lo hacía desde el rechazo. Así, comenzaron a reincorporar al repertorio revolucionario la convicción de que si la

izquierda quería recuperar un lugar en el cambio social en la Argentina debía relacionarse con el legado de organización obrera y la visión de la sociedad que dejaba el peronismo, con las elecciones y hasta con los partidos tradicionales. Era un punto de encuentro (no el primero) del socialismo con el liberalismo político, que produjo un formato de antipopulismo democrático que florecería con más vigor dos décadas más tarde alrededor de la figura de Alfonsín.

Un cuarto elemento novedoso de esa primera mitad de los años sesenta fue la percepción de que, efectivamente, la Argentina había empezado un lento desmantelamiento de los legados igualitarios del peronismo. La proscripción había permitido el reacomodamiento de los sectores sindicales más dispuestos a negociar. Los salarios parecían estancados y ni el agro, ni el financiamiento internacional, ni la apuesta norteamericana por la infraestructura económica como antídoto contra el comunismo parecían suficientes para generar siquiera la ilusión de la movilidad social ascendente más allá de las clases medias.

Finalmente, un quinto elemento asociado y que explica las transformaciones en la izquierda fue, justamente, la presencia alicaída del peronismo y la percepción, por primera vez desde 1945, de que había posibilidades de recoger el legado más combativo del populismo para desplazar al peronismo del liderazgo de la clase obrera. El peronismo, proscripto y todo, seguía siendo una presencia formidable, sobre todo ante el debilitamiento progresivo del gobierno de Illia. Pero el peronismo que emergía podía ser caricaturizado como una versión de los elementos más conciliadores del proyecto populista. La elección de 1965 es la última en la historia argentina que se realiza con el peronismo proscripto. El neoperonismo de la Unión Popular se impone bajo la conducción de Augusto Vandor, muy lejos del ideal revolucionario que la izquierda había imaginado en el peronismo apenas unos años atrás con sus acercamientos a Cooke.

El peronismo, entonces, seguía estando en el centro (en ambos sentidos), pero al mismo tiempo también aparecía como incapaz de imponer un destino a la política nacional. Mirando hacia atrás desde mediados de los años sesenta, la percepción podía ser la de un impasse en el que Perón no lograba recuperar las riendas de su movimiento y entre los trabajadores surgía un espacio político fragmentado pero disponible para ser liderado por otros.

Algunos de estos supuestos se iban a reafirmar y otros a descartar desde 1966. Ese año, la Revolución Argentina de Juan Carlos Onganía puso en marcha el primer intento de borrar simultáneamente la herencia desestabilizante del

populismo y el ascenso internacional de la violencia política de izquierda. Esta nueva apuesta militar tenía una confianza férrea en la creación de una burocracia pública moderna y violentamente eficiente que lograra al mismo tiempo proveer y disciplinar. No sería el último intento.

1966-1976. El país moderno

Para esa gesta regeneradora, lo que Onganía necesitaba era, sobre todo, tiempo. Con entusiasmo relativo, los golpes de 1930 y 1955 se habían concebido a sí mismos como instrumentos temporarios para corregir desajustes provocados por la política de masas que los precedían y para restablecer alguna forma de democracia liberal en el corto plazo. Onganía, en cambio, presentó a la Revolución Argentina como un gesto refundacional que tenía por delante una tarea que, si no era infinita, era de muy largo alcance. La nueva dictadura se proponía reorganizar la economía, la sociedad y el Estado.

¿Qué era lo que había que reorganizar que llevaría tanto tiempo? El peronismo había prácticamente eliminado la presencia de la izquierda entre los trabajadores desde 1945, pero ese paliativo contra la radicalización obrera vino con una doble venganza que en 1966 estaba a punto de explotar. Por un lado, la solución peronista contra la izquierda había traído su propia versión de conflicto social, con su desafío plebeyo a la autoridad, el espíritu colectivo igualitario y un Estado embebido de estos valores. Y, por otro lado, ese caldo revoltoso del peronismo terminaba por convertirse en el ingrediente telúrico ideal para el fortalecimiento de una izquierda mucho más radicalizada que lo que hubiera visto antes la Argentina, alimentada por la esperanza que (y el discurso y los recursos de) la Revolución Cubana ponía en la violencia política como herramienta de cambio. Así, el desplazamiento del peronismo del centro de las preocupaciones de las élites venía acompañado, paradójicamente, de un sustrato revoltoso que remitía a este de manera inevitable.

Como en los golpes anteriores, la restauración de la democracia seguía siendo una promesa, pero ahora esta promesa se situaba en un horizonte lejano e impreciso, y eso tenía que ver, sobre todo, con la certeza de que los cambios necesarios iban mucho más allá de una proscripción aquí o un ajuste institucional más allá. La Revolución Argentina fue la primera en la que los plazos quedaban subordinados a una regeneración profunda de la nación cuya duración no podía anticiparse.

Pasados dos años del golpe, Onganía aún proclamaba, en una entrevista con un diario peruano, que “la Argentina tiene que acostumbrarse a pensar que el régimen revolucionario puede durar diez años, porque este gobierno continuará hasta que haya terminado su tarea revolucionaria”. ¿Cuál era la tarea que permitiría volver a la democracia? Onganía suponía, con algo de razón, que los resultados económicos eran “satisfactorios”. Pero opinaba, con un trágico poder predictivo, que lo más complicado era otra cosa, “otra fase de la revolución que es, por así decirlo, verdaderamente revolucionaria:

La necesidad de modernizar el país en sus instituciones, la de hacer reformas básicas y profundas para volver al federalismo real con un Estado más funcional que dirija y controle la actividad nacional en todos sus órdenes.

Un Estado poderoso al frente de un proyecto jerárquico e industrial era algo distinto a los proyectos restauradores anteriores.[113] Se trataba de una tarea que requería erradicar la influencia de la izquierda y borrar la herencia del populismo. En esa nueva nación sana volverían los partidos, porque “la gente, joven especialmente, necesita expresarse políticamente”. La forma en la que se expresarían esos jóvenes sería el legado de la revolución e iba, como se intuye, mucho más allá del antipopulismo monótono anterior: “Mi gobierno es de unidad nacional. El peronismo y el antiperonismo han quedado atrás. Ahora, todos miramos hacia adelante”.

Nada de todo eso salió como Onganía pensaba, obviamente, aunque los años que empiezan en 1966 pueden leerse como la explosión trágica de esas batallas épicas que los militares azules tenían en mente. La primera parte de esa década, la Revolución Argentina propiamente dicha, ambiciosa y eterna, antes de que capitulara en la menos memorable Gran Reculada (Para Aguantar Todo Lo Posible) Argentina, terminó de hecho en 1969 con el Cordobazo. En esos tres años, la dictadura introdujo una de las ideas más cautivantes para la derecha democrática del medio siglo siguiente: la solución apolítica para los problemas argentinos era la creación de una tecnocracia moderna de profesionales y burócratas entrenados, que con sus méritos y sus saberes desplazaran del centro de la política los lazos emocionales, la ineficiencia, las ilusiones irracionales y los abusos de poder con los que los políticos manipulaban las esperanzas de la

gente.

El Estado burocrático autoritario que Guillermo O’Donnell descifró en dos de sus mejores textos reposaba en esta esperanza en la técnica de los mejores para una trifecta improbable: correr los vínculos que obligan a los funcionarios a complacer a sus súbditos del centro de la relación entre la sociedad y el Estado y reemplazarlos por decisiones técnicas libres de esa contaminación clientelar; construir sobre esa base un Estado fuerte para que se convierta en el esqueleto de una economía indestructible que erosione así el encanto de la izquierda, y recién sobre esa base exitosa, darle un pulido nuevo a la legitimidad de las jerarquías que en la Argentina no terminaban de respetarse desde 1912. Sí, Onganía podía pasearse en carroza por la Sociedad Rural y fortalecer el aparato represivo, pero que la caricatura no nos tape el bosque. Esos elementos decoraban una concepción moderna de la política cuya realización, justamente, mostraría sus límites. Lo cual lleva a otra reflexión sobre las respuestas a los fenómenos populistas, y es la necesidad de volver a poner en cuestión la confrontación tajante entre tradición y modernidad para reconocer, con el ejemplo de Chile a la cabeza, que los proyectos modernizadores de las relaciones capitalistas de producción nutren su narrativa en los lazos tradicionales, jerárquicos y autoritarios que vienen a reemplazar, y requieren su tecnología de control social. Si Pinochet podía liderar la modernización más salvaje y acelerada de América Latina era gracias a y no a pesar de el conocido tradicionalismo de la sociedad chilena, la afección del dictador por las rancheras mexicanas y la imposición de las nociones jerárquicas de clase, género y raza más atávicas del período. La explosión social de octubre de 2019 fue una sublevación plebeya contra ese combo que nadie se atrevía a desarmar. Volviendo a la Argentina de los años sesenta, entre el viejo orden de la carroza y la frescura del país industrial hay menos distancias que las que uno imagina y muchas más necesidades mutuas que las que sus promotores reconocían.

Con el nombre que fuera, el proyecto exhibía más contradicciones que las que Onganía podía sostener. Más que en conflicto, los “liberales” y “paternalistas” del gobierno (como los denominó O’Donnell) convivían en un movimiento clásico de desplazamiento de las ambiciones más hegemónicas para darle lugar a las más despóticas. El paternalismo con el que Onganía fantaseaba quizá con un liderazgo similar al de Perón imaginaba que aquella tecnocracia, cuyo exponente más claro era Krieger Vasena, podía canalizar una especie de desarrollismo despótico, en el que la financiación externa y la apropiación de la renta agraria ayudaran a una industrialización tan acelerada que contentara a obreros y

propietarios.

El sueño se quebró a meses de andar cuando los sindicatos, que habían apoyado el golpe, organizaron un paro general contra Onganía. Ahí reapareció el quiebre de una ilusión óptica que también había cautivado a la Revolución Libertadora, fruto de confiar demasiado en la teoría con la que ellos mismos justificaban su proyecto político: la cooptación de los sindicatos. La creencia de que el rasgo central del peronismo había sido la forma en la que Perón controlaba y manejaba a los sindicatos desde el Estado, dejando a trabajadores manipulables y sin agenda propia, despertaba la ilusión de que los gremios, efectivamente, podían ser aliados propios una vez que Perón fuera corrido del poder y del país. El apoyo de Vandor al golpe de Onganía no hacía más que fogonear esa fantasía. Pero la ilusión, una y otra vez, se chocaba con la realidad de que los sindicalistas eran bastante más poderosos, vivos y autónomos que lo que la teoría funcionalista suponía. Y que entendían al sujeto populista mejor que esa teoría y sabían que su poder sí dependía de cierta capacidad de responder a las demandas de sus bases con beneficios ostensibles. El progresivo alejamiento desnudaba la debilidad de Onganía, que se sintió forzado a deslizarse suavemente del paternalismo al liberalismo, designando a Krieger Vasena como ministro. Para los militares de 1955 y 1966, el consumo excesivo de su propia teoría sobre la escasa autonomía de los trabajadores reforzó al poco tiempo la frustración ante una sociedad a la que descubrían, una y otra vez, como intratable.

Ese fue, en sí mismo, un descubrimiento fundacional:

La convicción antipopulista de que la Argentina es un país de mierda que solo merece una política de segunda marca se consolidó en los años sesenta durante el fracaso de la ambición restauradora de Onganía. Fue un cambio drástico respecto de miradas más esperanzadas de la derecha argentina que auguraban un futuro venturoso tras el necesario disciplinamiento de la sociedad. Con el fracaso de los

objetivos ambiciosos de la Revolución Argentina, la frustración frente a la sociedad que tenían a sus pies dejó de ser patrimonio de las miradas decadentistas del país para convertirse en un signo distintivo de sus versiones más modernizadoras. Con el tiempo, esta percepción nutrió también a la identidad de la derecha democrática. Medio siglo después, el enojo del Pro ante la sociedad que trataba de representar y que, una vez más, no se moldeaba alrededor de los experimentos sociales que venía a proponer, abrevaba en el pesimismo liberal de la segunda mitad de los años sesenta ante una Argentina irredenta que se acercaba peligrosamente al abismo.

Ahora, lo que interesa es que esta marca de época de la segunda mitad de los años sesenta, la de la exasperación ante la inamovilidad de los hechos sociales, fue también un signo regional. En esos años los jóvenes economistas chilenos volvieron de hacer sus doctorados de la Universidad de Chicago y se sorprendieron porque Santiago parecía un caserío. De esa impresión surgió “el ladrillo”, el conjunto de ideas que le propusieron al presidente Eduardo Frei Montalva en 1968 –quien las rechazó considerando que solo una dictadura podía llevar adelante tamaño programa– y que finalmente Pinochet aceptó cinco años después y convirtió en la columna vertebral del proyecto dictatorial. 1968 también fue el año en el que los intelectuales uruguayos señalaron los límites estructurales de su bienestar excepcional y asistieron a la virulenta transnacionalización del Estado represivo contra la aparición temprana de su guerrilla urbana, los Tupamaros. Así vista, para América Latina la década terminó en 1969, cuando Mario Vargas Llosa arrancó su novela culminante con una frase que capturó para siempre la cultura del desencanto que daría forma ominosa al futuro de toda una región: “¿En qué momento se jodió el Perú,

Zavalita?”.[114]

En la Argentina, lo primero que se evaporó con el Cordobazo, en 1969, fue la idea de paz social y orden que le daba sentido al liderazgo de Onganía. La tecnocracia que había servido para dinamizar la economía urbana no era capaz de liderar a esa sociedad, quizá porque en la diferencia entre administrar y gobernar reside la clave de la política. Unos años antes, en 1964, José Luis de Imaz publica un libro fundamental de la sociología argentina, Los que mandan. Su trabajo de investigación es previo y abarca a muchas áreas de la vida económica y política, pero su conclusión resuena con fuerza en ese momento. Los grupos que conducen al país solo pueden mandar mediante la imposición, son incapaces de gobernar desde el esfuerzo de convencer a los gobernados de los beneficios de sus ideas para el conjunto de la nación. No son “élites”, no son grupos capaces de expresar alguna forma del interés general, sino que se ven forzados, sin más, a mandar. La revuelta obrera y estudiantil de 1969 hacía esa inexistencia de las élites más evidente que nunca.

Pero con el Cordobazo, por poner un punto de referencia arbitrario pero evidente, también aparecen otros tres elementos que van a dar forma al caracol de fuego en el que se guardará la nación en los años siguientes. El primero: la preocupación por el populismo no desapareció, pero se disolvió en un fantasma mayor como el de la sublevación. Quienes protagonizaron el Cordobazo eran obreros y estudiantes que no necesariamente venían del peronismo, y que en muchos casos habían construido sus liderazgos en la lucha contra la burocracia sindical peronista. Dirigentes de izquierda, socialistas moderados, radicales radicalizados, marxistas maoístas, católicos enervados, peronistas expectantes. Y, sin embargo, esas distinciones tan relevantes también quedaban en la neblina de los volantes impresos en talleres clandestinos. Todo tan politizado pero lo que volvía era lo social, el sedimento fértil en el que florecían mil organizaciones. Tanto folleto y metralleta, pero el problema de fondo seguía siendo la sociedad que producía la política, y no al revés. En pocas palabras, alguien reactualizaba las viejas preocupaciones antipopulistas para un presente feroz: “La guerrilla está en las fábricas”.

Ese es Ricardo Balbín, el 20 de octubre de 1975. Ni los cuarteles de La Habana, ni el barrio cerrado de Madrid en el que Perón había pasado años delirando las incongruencias sanguinarias que lo traerían de regreso, ni la sede de Montoneros, ni las universidades, ni los campos de entrenamiento del ERP, ni los focos aniquilados en Tucumán, ni los terrenos inaccesibles de la Patagonia.

La fábrica. Ese espacio urbano definido en los contornos del proyecto civilizatorio de la ciudad, ese edificio que en 1894 anunciaba desde el fondo del cuadro de Ernesto de la Cárcova que la ilusión sarmientina estaba pariendo un Moloch. La fábrica que Germani imaginó repleta de obreros desorientados en busca de un padre generoso y golpeador. En 1971, Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero publicaban Estudio sobre los orígenes del peronismo. Estos hijos dilectos de la sociología germaniana habían producido una sobria refutación de aquella teoría y mostraban que las fábricas de 1945 no reunían solo a inmigrantes confundidos. Los obreros peronistas de aquel entonces, revelaba el libro, llevaban un tiempo asentados en el conurbano, tenían una buena dosis de experiencia política y se movilizaban más allá de la espontaneidad en organizaciones que en muchos casos ellos mismos habían formado. En la fábrica y en la revuelta, los obreros no parecían desorientados y estaban en pleno uso de sus facultades.[115]

En los años setenta, la fábrica es una máquina de producir terror, aterrorizados, terroristas. Obreros. En la entrada al despeñadero, visto todo desde arriba de una pila de cadáveres, la fábrica. Ese lugar santificado por muchos y que otros, más inteligentes, como Rodolfo Walsh, no veían como el caldo del cual saldría la revolución sin más trabajo que la corroboración empírica de la explotación, sino como el espacio al que había que dedicarse día y noche, con los delegados, con los folletos, con los obreros, para crear el descontento. Esa es la fábrica en la que va a estar la guerrilla.[116]

Balbín no cree en estadísticas; tiene razón analítica, porque lo que da vitalidad a todo un imaginario moderno sobre la violencia política es, efectivamente, la emancipación obrera, el enojo con esos medios de producción que son al mismo tiempo el signo distintivo de una fuerza viril y de un poder, el de producir. La guerrilla se expande desde 1969 por barrios y cañadas. Pero es en esas enormes plantas industriales, aquellas como las que se extendieron en Córdoba durante la década peronista, con sus enormes cadenas de montaje y su producción automotriz para una sociedad próspera, donde la firme distinción política entre el peronismo y el marxismo y entre el populismo y la revolución se desvanecía para convertirse en una preocupación común para los defensores del orden: el acecho de la revuelta social.

Este viejo adversario despide a un amigo,

dice Balbín ante Perón, que lleva cuatro días muerto, recostado y con su uniforme militar. Balbín no divaga, habla cronologías. Balbín usa siete palabras para hacer la disección de un síntoma de tres décadas, un corte diacrónico entre dos formas de Perón y una sola de Balbín. Ese viejo adversario del movimiento que había llegado para desafiar el orden y la disciplina de un sistema injusto despedía al amigo que había puesto su prestigio al servicio de una maquinaria represiva demencial con la que buscaba en el último tranco de la vida lograr lo que no había podido en décadas. Entre el amigo y el adversario había pasado el peronismo como un río caudaloso que se abría hacia un océano de sangre, y Balbín casi golpeaba ese cajón desesperado, implorando que volviera el amigo para ayudarlo, esta vez sí, a liquidar al adversario.

¿Qué había pasado entre 1969 y 1975? Había pasado Córdoba, la Turín de la Argentina, el territorio de frontera que había imaginado Aricó, tironeada entre su cara oeste mirando al desierto bárbaro y su cuerpo oriental y moderno, poblado de fábricas y de trabajadores que habían desafiado al régimen en su momento de mayor bonanza económica. En Córdoba el peronismo había muerto en su ley, allí se habían realizado con más fidelidad los sueños de un país fabril con los que se entretenía el general: con las empresas de servicios públicos, con las poderosas industrias militares de Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) y sobre el final, en 1954, con la llegada de los gigantes Fiat y Kaiser. En la década siguiente, estas industrias cambiaron el paisaje pueblerino de Córdoba y le dieron a la Argentina el retoque modernizador que peronistas, desarrollistas, nacionalistas y tantos otros soñaban: las automotrices produciendo en fábricas modernas para un mercado de masas. E, inevitablemente, le dieron también una robusta clase trabajadora que creció en una Argentina diferente a la que le había dado forma al peronismo en 1945 y que, lejos de seguir ciegamente los dictados del general desde el exilio, se volcó a una política combativa que incluía y excedía el legado peronista. Los obreros cordobeses, como los negros de Santo Domingo que lideraron la primera república negra que abolió la esclavitud en el mundo, estaban razonablemente bien pagos y tenían una organización aceitada. “A mí me echaron los obreros mejor remunerados del país”, llegó a decir Krieger Vasena, perplejo, no sin razón, por la ausencia de una correlación perfecta entre explotación y resistencia. En verdad, con el final de Onganía, por Córdoba pasaron tres tormentas que anunciaron el comienzo de un nuevo régimen marcado por el final de la Argentina igualitaria.

Una de esas tormentas fue la desaparición de aquella confluencia entre una dinámica económica, una vida social y un sistema político definidos por un horizonte de progreso. A fines de los años treinta, el gobernador radical Amadeo Sabattini construyó sobre la calle Roque Sáenz Peña, en el borde del centro de Córdoba, la Escuela Presidente Sarmiento, uno de los edificios más atractivos de la ciudad, y una de las cien instituciones educativas levantadas durante su gobierno bajo un lema de campaña que, como gobernador de la década infame, bien podría haber abrazado el peronismo y muchos de quienes lo sucedieron: “agua para el norte, caminos para el sur y escuelas por todas partes”. Es un edificio de vanguardia, imponente, un monumento a la educación más que una simple infraestructura, que sobresalía aún más en su momento en un barrio de casas bajas y calles arboladas. A comienzos de los años cincuenta, durante el peronismo, un aula de la escuela de estilo modernista podía incluir a Guillermo Bolger, un niño de clase media habitante de una de esas casas modestas, levantada por su padre con un crédito barato de los que abundaban en los primeros años del gobierno de Perón. En el aula de un grado superior podía sentarse Aldo Roggio, el hijo de Vito Roggio quien, para esa época, lideraba una de las empresas de construcción más grandes de la Argentina, fundada a principios de siglo. El edificio de la familia, a menos de 200 metros de la escuela, era uno de los pocos que competía con esta en altura y adelanto. Y en el aula de al lado podía estar Dardo Domínguez, hijo de una familia que recién llegaba a Córdoba desde el norte del país y vivía a solo tres cuadras en la villa 990. A metros de las oficinas de la constructora más grande de la Argentina, la 990 no tenía ninguna construcción de material y era reconocible como un conjunto precario de carpas. La Argentina peronista no era una nación de iguales, como lo demuestra la disparidad abismal entre estos alumnos. Pero era un país en el que el ideal igualitario era un proyecto realizable. Y esa posibilidad no estaba dada solamente por la presencia del peronismo sino, como lo simbolizaba aquella escuela pública modernista con el nombre de Sarmiento construida durante la década infame, por una formación social histórica que en esos años se hacía más palpable que nunca antes ni después. La década del cuarenta representaba en la educación, en la mejor tradición sarmientina, la ilusión de la movilidad social.



Escuela Presidente Sarmiento, ciudad de Córdoba.

En 1969, los obreros luchaban contra las fuerzas de seguridad en las calles de Córdoba no solo por un salario que, como señalaba Krieger Vasena, era de los mejores del país. Marchaban con piedras, palos y (por entonces muy pocas) armas porque habían encontrado en el discurso clasista del sindicalismo de izquierda y del peronismo combativo una forma de denunciar la muerte de aquella promesa igualitaria, que así como se desvaneció, tampoco iba a retornar. Aquellas élites frustradas por el espíritu revoltoso de las bases ("¡la gente no se queda quieta!", se quejaba Henry Ford de los obreros durante la expansión de la cadena de montaje) desmantelaron en las décadas siguientes los instrumentos que daban verosimilitud a la idea misma de una ciudadanía social. Desde la apropiación del excedente agropecuario, que en 2007 se convertiría en el núcleo simbólico de la resurrección triunfal del antipopulismo, hasta el financiamiento de la escuela pública y el poder de los sindicatos, todos se convirtieron en blancos de un trabajo sistemático de socavamiento y erosión. En la Argentina que emergió al otro lado de este proceso, en el siglo XXI, el edificio algo deteriorado de la Escuela Sarmiento aún sobresale en el horizonte cordobés sucio y empobrecido, más como evocación melancólica que como sueño integrador.

El segundo cambio asociado a la liquidación del horizonte igualitario fue la evolución del aparato represivo destinado a domesticar de una vez por todas el espíritu plebeyo nacional. La nación se define en parte por la continuidad jurídica y esa continuidad se expresa clara y puntual en su estructura represiva. Se expresa en la frustración por no poder hacer realidad una integración ordenada, el caudal antipopulista de la Argentina recorre un cauce profundo sostenido en la capacidad de ejercer la violencia contra la sublevación. Se expresa en la Ley de Residencia sancionada por el orden conservador y que Perón llegó a usar contra los trabajadores ferroviarios, porque al fin y al cabo Perón pasó buena parte de su vida tratando de contener insurrecciones propias y, como esta, ajenas. En el Plan Conintes elaborado por Frondizi para poner fin a la amenaza comunista, pero cuyo origen había sido la Ley 13.234 sancionada por el peronismo en 1948 y denominada "Preparación de la Nación para tiempos de guerra". En la Ley de Seguridad Nacional sancionada por Onganía que proveyó

los argumentos jurídicos para una renovación formidable de la intervención militar en asuntos internos. En la liquidación de la guerrilla por parte de los gobiernos de Perón primero y de Isabel Perón después que se transformó en un conducto para la dictadura militar que derrocará a la propia Isabel en 1976.

Los tres años monstruosos del peronismo en el poder que van desde el final atolondrado de la dictadura en 1973 al comienzo de la siguiente en 1976 fueron el corolario de aquella exasperación de las élites, ahora extendida a toda una sociedad marcada por la violencia política. Argentina no entraba en su zona oscura por el retorno del peronismo, sino a causa de la desaparición irreversible de las formas populistas de integración social como las que el propio peronismo ofrecía décadas atrás en aquellas aulas cordobesas. La terquedad de los grupos dominantes y la visión estrecha del peronismo sobre el poder de la movilización social abrían un espacio generoso para la violencia. En esa corroboración estaba el impulso hacia el cambio social mediante la violencia política, no solo para Castro, Guevara y sus seguidores, sino para un radio mucho más amplio que abarcaba incluso a quienes no simpatizaban con la lucha armada pero podían ver la justicia de las decisiones de algunas variantes. Es lo que llevó a Aricó, una década después, a reflexionar sobre la izquierda argentina y a decir, sin las vueltas en las que se escondían otros, una frase cargada de sentido y que estaba más allá de la flagelación o la condena: “En los setenta, algunos más, otros menos, fuimos todos montoneros”.

Lo eran porque aun quienes veían sus falencias, el infantilismo de sus acciones, lo problemático de su ideología y el deterioro ético de sus dirigentes, sentían en el despliegue ascendente de Montoneros una invitación a soñar con los ojos abiertos sobre un destino en el que se jugaba el futuro de toda la izquierda y, por qué no, de una nación.

Ominosamente, no se equivocaban. Finalizado el tramo Onganía de la Revolución Argentina, la frustración violenta desde arriba se volcó contra la combinación de la sombra perenne de la sublevación plebeya con la novedad de las guerrillas. Esa fijación autorizaba moralmente la continuidad de la violencia estatal que, por supuesto, se nutría desde los bordes del propio Estado con la confrontación a esta amenaza por parte de los grupos paramilitares de derecha. De ahí que la expresión de Balbín sobre las fábricas como origen de la guerrilla permitía la identificación de varios protagonistas bajo una misma causa. Cuatro días después de Balbín, Álvaro Alsogaray declaraba que “hay soviets en las fábricas”.[117] Para ese entonces la fábrica ya producía más significantes que

bienes, era más una trinchera que una industria, era el locus de una obsesión por el control social que en 1976 llegaría a un punto culminante y sin retorno.

Pero esa continuidad de la violencia estatal no fue solo una lectura de lo social a través de un dispositivo jurídico y militar, sino también un paso fundamentalmente político, que implicó la producción de un lenguaje y una retórica que presentaba a la lucha por la igualdad como una amenaza a la estabilidad política e impugnaba a sus protagonistas como elementos extraños a la nación, deshumanizando al adversario y justificando así su eliminación como condición necesaria para recuperar la paz. Con los proyectos populistas en un pasado cada vez más lejano e idealizado, la radicalización de la violencia de las guerrillas era al mismo tiempo la respuesta desahuciada ante un horizonte inamovible y la llave esperanzadora para un futuro que muchos veían al alcance de la mano. Pero esa ambivalencia presentaba el problema de justificar acciones que se concebían como revolucionarias en un marco político democrático, y eso es mucho más que una incongruencia. Ante el despliegue de la lucha armada concebida como un recurso legítimo para la transformación social, las Fuerzas Armadas diseñaron junto con el gobierno peronista el dispositivo legal y la jerga política que luego le daría coherencia al terrorismo de Estado.

La tercera y última transformación de este período tiene que ver, precisamente, con el peronismo. Vistas hoy, las esperanzas puestas en el retorno de Perón desde 1970 eran una muestra elocuente de las carencias políticas sobre las que se montaba el futuro. Perón llegaba envejecido, rodeado de una comparsa inverosímil y después de haber pasado los últimos años deambulando sin mayor sentido de la orientación. Que las ilusiones de una nación estuvieran depositadas en su retorno hablaba, claro, de la marca imborrable que el populismo había dejado como un proceso acelerado de emancipación y mejora económica, política y cultural. Pero también evidenciaba el vacío que había dejado el final de aquella experiencia y en el que se hundiría esa ilusión, aunque para ver eso en aquel momento había que estar del otro lado de los márgenes, como quienes lo veían perplejos desde mucho antes. Hacia 1963, personajes marginales como los poetas malditos del grupo Opium encontraban en ese espacio irresponsable la clarividencia que le faltaba al resto de la sociedad. “Nos conocimos orinando en baños donde leímos que Perón o Tarzán nos salvarían”, decían en su manifiesto de 1963, con más clarividencia que nihilismo: “Nos miramos a los ojos y sonreíamos: ninguno quería ser salvado”.[118]

Los tres años de antesala a la dictadura militar están marcados por el

involucramiento enfático del peronismo en la producción de los recursos legales, discursivos y materiales para legitimar el terrorismo de Estado que, desde 1976, va a tener como objetivo general la aniquilación del espíritu levantisco que el propio peronismo había ayudado a convertir en una marca distintiva de la sociedad argentina y que ahora se expresaba a través de la violencia armada por dentro y fuera de él. El imaginario de la frase balbinista que se había extendido al resto de la sociedad era que, tanto vivo como muerto, Perón era mucho más claramente el amigo que el adversario a la hora de instalar la idea de que la paz social solo podía alcanzarse mediante la excepcionalidad jurídica que habilitara la aniquilación de las guerrillas por parte de las Fuerzas Armadas para terminar así con "el problema de la violencia" que era definido, sin ambivalencia, como violencia de izquierda.

En ese momento se produce uno de los cambios fundamentales de nuestra historia:

Desde entonces, la amenaza populista deja de estar necesariamente atada al peronismo para referirse más bien a un legado que ahora era propiedad de las clases bajas en su conjunto. Y, en más de una oportunidad, aquellos que hacen del antipopulismo su identidad vital llegarán a ver en distintas versiones del peronismo a un aliado útil y necesario.

En uno de los análisis más detallados del período 1973-1976, Marina Franco señaló con precisión las poderosas continuidades entre esa época y la dictadura posterior, relativizando la percepción generalizada de que el golpe de Estado del 24 de marzo significó una ruptura tajante respecto de la evolución de la violencia estatal y de las formas en las que esa violencia fue legitimada por amplios sectores de la sociedad. El despliegue de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) y el Operativo Independencia para la eliminación de la guerrilla en

Tucumán son referencias obvias, pero lo que germinó en esos años tuvo que ver, sobre todo, con el otorgamiento público de un manto de excepcionalidad para legitimar la violación a los derechos humanos como necesidad de toda la sociedad. Hacia 1975, la expresión política de esa sociedad iba quedando circunscripta a la opción entre una versión heroica del accionar interno de las Fuerzas Armadas y una interpretación demoníaca de la subversión. El gobierno peronista fue parte fundamental de ese conjunto más amplio en la construcción de un espacio público tolerante y hasta simpatizante con la aniquilación no solo de las guerrillas, sino del activismo de izquierda y sindical que producía la agitación en la que abrevaban.[119] Así fue como se sucedieron los decretos de aniquilamiento: el Decreto 261 de 1975 que creaba el Operativo Independencia y habilitaba a las Fuerzas Armadas a “neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos” en Tucumán, y los decretos 2770, 2771 y 2772 de ese mismo año que extendieron la intervención militar a todo el resto del país.

El espacio exiguo que quedaba para imaginar una restitución del orden social sin recurrir a la violencia resaltaba las limitaciones suicidas de las ideas dominantes sobre el disciplinamiento social. Dentro y fuera del peronismo, muchos imaginaban que el llamado eterno a contener la protesta social podía separarse fácilmente de la coerción violenta. Y que esta, una vez desatada, podía ser contenida y limitada a un trato quirúrgico contra el accionar militar de las organizaciones armadas. Así fue como en 1974, mientras Isabel Perón llamaba a “erradicar la reacción terrorista definitivamente”, Balbín la visitaba convencido de que el poder civil podía limitar el accionar parapolicial y le decía: “No tiene que buscar afuera a los responsables de lo que está pasando, sino acá”. Balbín quería referirse a José López Rega, que estaba sentado junto a la presidenta, pero la frase podía ser extendida a los tres protagonistas de esa escena. Poco menos de un año más tarde Isabel Perón redobló su compromiso con las Fuerzas Armadas mientras Balbín, liberado de toda ilusión, señalaba la fábrica como el lugar por el que debían empezar. Alimentando el fuego desde el borde del infierno, el canciller peronista Manuel Arauz Castex le aseguraba a Henry Kissinger en Nueva York: “la subversión no hace peligrar al gobierno”, mientras Antonio Cafiero, ministro de Economía, celebraba en Buenos Aires la ratificación del compromiso de la presidenta con las Fuerzas Armadas. “Acentuaremos la lucha sin pausa contra el terrorismo económico, aliado y socio de la subversión”, decía Cafiero, saco en mano y sobreactuando la agitación.

El de Cafiero era el tipo de discurso que buscaba mostrar fortalezas y revelaba las carencias. Había aterrizado en el Ministerio de Economía en reemplazo de

Celestino Rodrigo, quien meses antes había fracasado estrepitosamente en la aplicación de un programa de estabilización ortodoxo que devaluaba el peso un 60% y autorizaba incrementos superiores al 100% en servicios, transporte y combustible. El plan no solo no contuvo la inflación, sino que la hizo viral. Y ahí, en esa forma específica del fracaso, se abría la respuesta a una discusión central sobre la continuidad entre esta época y lo que siguió. El peronismo como gobierno había abrazado la causa del disciplinamiento económico y la coerción, pero era incapaz de implementar ninguno de los dos de forma efectiva y exitosa. Tras haber renunciado hacía tiempo a corporizar la demanda por una sociedad más justa, una parte importante de su dirigencia se mostraba impotente tanto ante la puja distributiva como ante la lucha armada. Solo un cambio de régimen y la instauración de un nuevo gobierno podía realizar una demanda de orden y disciplinamiento antagonista que en buena medida había empezado a tomar forma en la reacción contra la irrupción del peronismo, por lo que difícilmente pudiera tenerlo como aliado. Era ese carácter clasista que alimentó a la dictadura lo que el peronismo no podía representar íntegramente y que haría de la venganza de clase un componente destacado del antipopulismo que permeó la mirada de la dictadura militar sobre los males que debía erradicar para restaurar el destino de la nación.

AMETRALLADORAS

Imperialistas Imponen el Coloniaje

Retomaremos la Casa de los Trabajadores



...RBAROS, BARBAROS...

Populista

Venimos a Hacer Porque Estamos Cansados de Oír

AÑO I — Nº 4 BUENOS AIRES, 7 DE JUNIO DE 1957 Precio: $ 3.50

Los Fusilamientos de Junio

Por el doctor Luis Alberto ESTIVILL

¿Y LA LISTA DE LOS FUSILADOS?

En otros lugares del periódico damos noticias sobre los "fusilados" según los comunicados de la radio. Sin embargo, a esa nómina le falta un resto de más de 200 oficialmente masacrados, de los cuales hablaron las agencias noticiosas extranjeras, principalmente AFP y UP, durante los días 12 y 13 de junio de 1956.

Es sabido que los muertos en combate fueron muy pocos. Los 232 fusilados calculados por la agencia noticiosa AFP hace un año, ¿qué nombres tenían? ¿Quiénes eran? ¿Dónde descansan sus cuerpos perforados por las balas?

El gorilato ha preferido guardar completo silencio.

Dirigido durante 1957 por el catamarqueño Vicente Saadi y Fermín Chávez, Populista fue la primera expresión política –y una de las pocas– que se apropió como emblema de la calificación que sus adversarios usaban como epíteto. “Populismo” emergía como una categoría de análisis que cuestionaba la independencia y el buen juicio de las masas en política; la consigna que acompañaba a Populista parecía una respuesta elocuente: “Venimos a hacer porque estamos cansados de oír.”

▪

[94] Entrevista personal con Torcuato Di Tella, Nueva York, 27 de agosto de 2012; correspondencia electrónica, 29 de octubre de 2012. Para un análisis clásico de la idea de “bonapartismo” en la teoría marxista, véase Eric Hobsbawm, Marxism in Marx’s Day.

[95] Ana Alejandra Germani, Gino Germani. Del antifascismo a la sociología, Buenos Aires, Taurus, 2013.

[96] Altamirano, “Estudio preliminar”, en Sarlo, La batalla de las ideas, p. 22.

[97] Halperin Donghi, Historia contemporánea, pp. 480-482.

[98] Sobre este episodio, Samuel Amaral, “El líder y las masas. Fascismo y peronismo en Gino Germani”, Trabajo nº 371, Buenos Aires, Universidad del CEMA, 2008, pp. 2,17.

[99] Gino Germani, Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas, Buenos Aires, Paidós, 1962.

[100] “Bárbaros, bárbaros”, Populista, Buenos Aires, año 1, nº 4, 7 de junio de 1957, colección privada de Facundo Carman.

[101] Ernesto Sabato, Carta abierta a Mario Amadeo, Buenos Aires, Impreso, 1956, pp. 40-46.

[102] Jiena Caravaca, “Prebisch como prisma”, pp. 192. 196; Noemí Brenta, “Argentina y el FMI: efectos económicos de los programas de ajuste de larga

duración", en Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof Carlos S. A. Segreti, Córdoba, año 11, nº 11, 2011, pp. 17-39.

[103] Sobre este punto, véase María Cristina Tortti, "'Cuba Miliciana' y el mundo de la izquierda socialista de los sesenta", en Elías Semán, Cuba Miliciana, Buenos Aires, Ubu, 2019 [1961], "Introducción".

[104] Sobre los episodios de Castro y Guevara en Colombia y Guatemala y sus experiencias con los proyectos populistas, váse Semán, Ambassadors of the Working Class, pp. 156 y 179.

[105] Para un análisis regional sobre el campo que habilita el surgimiento de las organizacione armadas en América Latina, véase Aldo Marchesi, Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

[106] Flavia Fiorucci, Intelectuales y peronismo, Buenos Aires, Biblos, 2011, p. 210.

[107] Primera Plana, nº 30, 4 de junio de 1963.

[108] Marcelo Enrique Arias, Fechas clave en la historia reciente de la Argentina, Buenos Aires, Dunken, 2013, p. 148.

[109] La declaración de Aramburu es del 3 de septiembre de 1964. En "Los vericuetos de la derecha", Primera Plana, 9 de marzo de 1965, p. 7.

[110] Seymour Martin Lipset, Political Man. The Social Bases of Politics, Garden City, Doubleday&Company, 1960, p. 172. Sobre el rol de Germani en la elaboración de las ideas básicas de Lipset sobre el peronismo, véase Samuel Amaral, "Del fascismo al movimiento nacional-popular. El peronismo y el intercambio Germani-Lipset, 1956-1961", serie Documentos de Trabajo, nº 402.

[111] Elías Semán, Cuba Miliciana, Buenos Aires, Ubu, 2019 [1961], pp. 282, 283.

[112] "Fuera yanquis asesinos de Vietnam" y "El fracaso del populismo", en No Transar. Organo de Vanguardia Comunista, Buenos Aires, nº 42, 5 de abril de 1965.

[113] “Declaraciones del presidente argentino”, Expreso, Lima, Perú, 16 de marzo de 1968.

[114] Mario Vargas Llosa, Conversación en la Catedral, vols. I y II, Barcelona, Seix Barral, 1969. Sobre ese período en Chile, Patricia Arancibia y Francisco Balart, Sergio de Castro. El arquitecto del modelo económico chileno, Santiago, LyD, 2007. Sobre las transformaciones paralelas de las ideas de cambio y su agotamiento en Uruguay, véase Ximena Espeche, “Uruguay de medio siglo. Las narrativas de la ‘crisis estructural’ y la paradoja del impulso y el freno”, en Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, vol. 23 nº 2, Facultad de Humanidades Lester y Sally Entin, 2012, pp. 59-80.

[115] Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Estudios sobre los orígenes del peronismo, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 [1971]. Véase, en particular, el estudio preliminar de Hernán Camarero y el prólogo de los autores, ambos de 2004.

[116] Sobre la relación de Walsh con la fábrica como espacio político, véase entre otros Michael McCaughan, Rodolfo Walsh. Periodista, escritor y revolucionario: 1927-1977, Santiago de Chile, LOM, 2015.

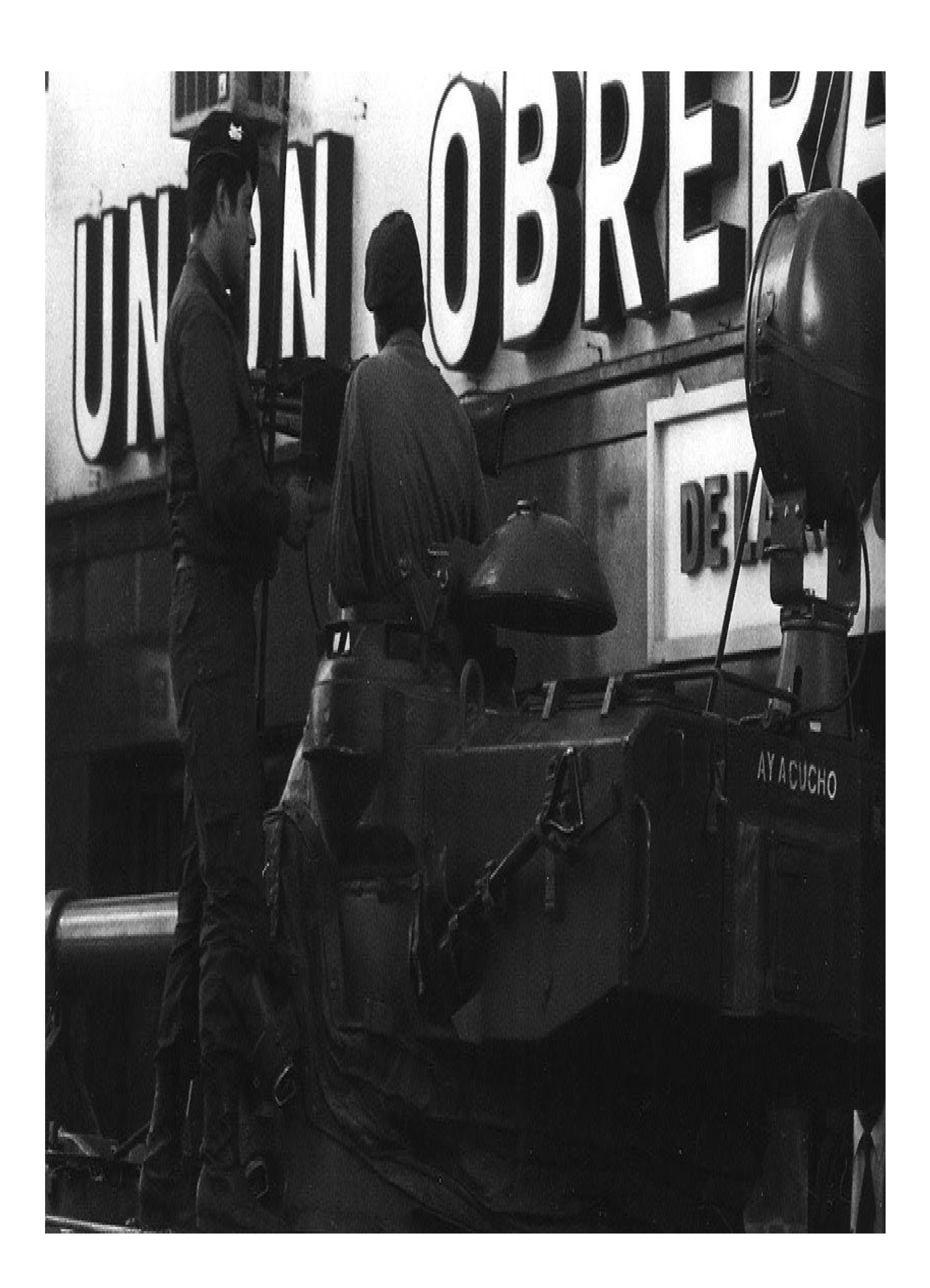
[117] En Baschetti, La violencia oligárquica antiperonista, p. 145, n. 115.

[118] “Manifiesto Opium”, en Argentina Beat. 1963-1969. Derivas literarias de los grupos Opium y Sunda, Buenos Aires, Caja Negra, 2016.

[119] Marina Franco, Un enemigo para la nación. Para analizar los alcances del argumento de Franco, véase el ensayo sobre Un enemigo… de Daniel Lvovich, “A propósito de Marina Franco. Un Enemigo para la nación. Orden interno, violencia y ‘subversión’, 1973-1976”, PolHis, año 6, nº 11, primer semestre 2013, pp. 251-259.

8. El hartazgo como proyecto de nación

Del multifacético antipopulismo de la dictadura


AYACUCHO

Combatir “la agresión marxista y populista”. Con esa fórmula tan peculiar, telúrica, argentina, la dictadura militar desplazaba sus objetivos desde reprimir la violencia y la izquierda hacia la ambición mayor de disciplinar a la sociedad erradicando el desafío a las jerarquías y al orden, flagelo derivado de “la influencia desproporcionada” de los sindicatos en la vida nacional.

El 24 de marzo de 1976, efectivos del ejército intervienen las sedes de los gremios más importantes, como la Unión Obrera Metalúrgica (UOM). Foto: Archivo Crónica, en Pablo Cerolini y Alejandro Reynoso (eds.), En negro y blanco. Fotografías del Cordobazo al Juicio a las Juntas, Buenos Aires, 2006, p. 94.

El 17 de diciembre de 1976, varios meses después de haber desplegado el aparato represivo del terrorismo de Estado, la dictadura militar se hizo tiempo para emitir la orden secreta con la que transparentaba las consecuencias últimas de los decretos del gobierno peronista del año anterior. Si aquellos decretos de 1975 llamaban a “neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos”, la nueva norma convocaba a “aplicar el poder de combate con la máxima violencia para aniquilar a los delincuentes subversivos donde se encuentren”.

La orden era escueta, agolpaba apenas las palabras necesarias para fundamentar la excepcionalidad sobre la que se monta un régimen que ya está en funciones. Redactada por Roberto Viola, por entonces jefe del Ejército, abundaba en un lenguaje violento que exageraba la precisión: “La acción militar es siempre violenta y sangrienta. El delincuente subversivo que empuñe armas debe ser aniquilado sin aceptar rendición”. “Aniquilado”, “activistas subversivos”, “ejecutará”, la jerga militar se agota rápido. La escasez daba lugar a la imaginación y sobre el final se autorizaba el uso de tiradores especiales para “batir cabecillas de turbas o muchedumbres”.[120]

Turbas y muchedumbres. Ahí, alejados de la precisión técnica y de la realidad de las calles argentinas, en 1976 regresaba, desde el fondo de la historia nacional, el fantasma de la masa que había obsesionado a las élites políticas desde el nacimiento de la patria. No las turbas o las muchedumbres en sí, sino su lealtad a los cabecillas, esa indescifrable y fascinante relación. El vínculo entre esos cabecillas y sus bases, que constituía el núcleo de la identidad populista, se presentaba ahí como una amenaza equivalente a la de una organización militar. Echeverría, los socialistas, Germani, el Partido Comunista, Ramos Mejía, Braden, Onganía, Lipset; al final de los devaneos de una decena de generaciones tratando de descifrar el misterio de esa relación indestructible, la alianza tan temida ahora parecía podía ser descabezada de manera literal y con el recurso más bien directo de un francotirador.

Con decisiones como la especificación de los decretos sobre la represión a la guerrilla, la dictadura buscaba hacer bien lo que el peronismo en el poder no había estado en condiciones de ofrecer: la restauración de las jerarquías sociales sacudidas con la irrupción de los trabajadores en la política. Era una visión que incluía la economía dentro de una mirada más amplia sobre el futuro de la nación centrada en la reorganizaación de la estructura productiva y social del

país. Esa, y no tan solo el mesianismo, era la base de una aspiración refundacional que llevaba al entonces ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, a proclamar que la llegada de la Junta Militar al poder no había sido un golpe más, sino “la transformación de la estructura política y económico-social que el país tuvo durante treinta años”. Es decir, desde el surgimiento del peronismo.

La certeza de que la llegada del peronismo había sido un punto de quiebre para una Argentina dorada subsumía bajo un odio común a una multitud de diagnósticos distintos y contradictorios. La Argentina registró un crecimiento cercano a cero en la década que va de 1973 a 1983, una combinación de estancamiento (en los años setenta) y recesión (en los años ochenta) única para América Latina.[121] La industria sustitutiva de importaciones que se asentaba sobre aquella combinación precaria de exportaciones agrarias y fábricas protegidas no podía sostenerse, aparentemente, en el mundo que emergía en los años setenta. Martínez de Hoz le dio un rostro al ya legendario llamado a la liberalización de las fuerzas productivas. Pero esa consigna, que preanunciaba las transformaciones denominadas neoliberalismo, era en sí misma un campo de disputa dentro del gobierno. La salida a “los treinta años de peronismo” era para algunos la inmersión acelerada de la Argentina en el sistema financiero internacional. Otros, como el aliado Francisco Manrique, criticaban el desarrollo de una “cultura de la ciudad de Las Vegas”. Y aún otros dentro del régimen soñaban con una industria nacional apadrinada por el Estado y con obreros más sumisos. El gobierno abría el comercio exterior, pero un grupo de empresarios afines lograban aquí y allá sistemas de excepción que erosionaban el ideal liberalizador (y pergeñaban a los “capitanes de la industria” que en la década siguiente darían con su propia defunción la bienvenida a la Argentina neoliberal). Los sueños industrialistas se desvanecieron con los años a medida que el tipo de cambio alto hacía imposible la competencia con las importaciones crecientes que alimentaban un consumo interno financiado con deuda: la destrucción de la industria nacional se convirtió así en el rasgo distintivo de la década. Pero eso jamás eliminó los sueños desarrollistas de buena parte del sector militar. La dictadura contrataba a la poderosa agencia de publicidad norteamericana Burson-Marsteller para mejorar su imagen en el exterior, y en la dimensión económica de la estrategia de propaganda revelaba las tensiones internas del régimen, que llamaba a promover mercados “para la colocación de exportaciones tradicionales” pero, al mismo tiempo, a interesar a compradores improbables de “exportaciones no tradicionales de productos con alto valor agregado, producidos por la industria argentina”.

En esa diversidad de diagnósticos y propuestas, el antipopulismo funcionaba como un territorio común pero también como un mecanismo de diferenciación. Muchas veces, este no se expresaba como una crítica explícita al populismo, sino a sus hijos dilectos: el estatismo, el dirigismo y la emisión de moneda como un recurso para evitar el recalentamiento de la puja distributiva. Los liberales-conservadores, por ejemplo, veían con escepticismo la forma en que el gobierno cedía a las presiones de grupos que buscaban protección estatal desde arriba o moderaban reformas por temor a desatar reacciones incontrolables desde abajo. Martínez de Hoz tenía prosapia de sobra para ser un referente indiscutido de un antipopulismo clasista, pero la gestión del Estado ponía su linaje bajo el escrutinio de la pureza ideológica. El ejemplo más claro de esta mirada era Álvaro Alsogaray, cabeza visible de los grupos liberales-conservadores que denunciaban desde el comienzo las concesiones de la dictadura. Desde 1976, Alsogaray se quejaba en los medios de "la extraordinaria creación de moneda […] y la 'congelación' del mercado de trabajo" como evidencias de que el gobierno estaba siguiendo "'en la práctica', aunque tal vez 'en teoría' cree que no lo hace, un modelo estatista y dirigista". Alberto Benegas Lynch, que había asumido los ropajes de presentador oficial de la Escuela Austríaca en la Argentina desde la creación en los años cincuenta del Centro para la Difusión de la Economía Libre, era más explícito aún. Para él había una conexión obvia entre su crítica al Proceso y los argumentos que Friedrich Hayek había perfeccionado hacia los años setenta sobre (y contra) el concepto de "justicia social". Hayek no se declaraba "en contra" de la justicia social; la veía más bien como un bien indefinido que dejaba demasiado poder en manos de quien pudiera decidir qué era lo justo en un orden social dado. Puja distributiva y emisión monetaria –fruto de esa pelea por decidir cuánto era justo– se convertían así en el puente de plata que unía a los argentinos con uno de los argumentos centrales del neoliberalismo. Hacia 1980, Benegas Lynch advertía (increíblemente) sobre la posibilidad de que la dictadura cediera a la tentación de una política redistributiva, "por cuanto todos los procesos que buscan una 'mejor distribución de la riqueza' compulsivamente […] conspiran contra la formación de nuevos capitales".[122]

Hacia adentro del régimen, la contaminación con el legado populista actuaba explícitamente como un diferenciador desde el cual se construía el espacio mítico de un liberalismo puro que siempre estaba un paso más allá. La cadena acusativa podía funcionar así: el general Ramón Díaz Bessone era parte de los "duros" que condenaban "la agresión marxista-populista", pero la Secretaría General de la Presidencia de Videla, en manos del general Villarreal, se aliaba

con Martínez de Hoz para denunciar el populismo intrínseco en el intervencionismo de Díaz Bessone desde el Ministerio de Planeamiento. Décadas más tarde, el radical Ricardo Yofre, segundo de Villarreal, recordaba cómo "en la Secretaría General éramos todos vistos como populistas por la gente del Martínez de Hoz". Alsogaray y los liberales-conservadores, por último, cuestionaban al ministro de Economía por ceder a las ideas dirigistas y la preocupación por la cuestión social.[123]

Así, en la cadena infinita del antipopulismo siempre había espacio para la destilación de un liberalismo más puro que el realmente existente. Años después, Alsogaray capitalizaría sobre este liberalismo que solo sobrevivía en la idea y que recibía el nombre más específico de neoliberalismo, exhibiendo sus críticas a la dictadura y sentando las bases para el antipopulismo más sólido de la etapa democrática. El desplazamiento perpetuo de aquel ideal entre pensadores y dirigentes iba en paralelo a una transformación mucho más significativa y duradera en la sociedad: la creación del individuo neoliberal.

Alsogaray y Benegas Lynch repetían en clave local el camino de construcción del neoliberalismo a nivel mundial que, como idea, se había forjado como una respuesta a las concesiones que el liberalismo clásico había hecho a la política de masas. Con diferencias entre ellas respecto de diagnósticos y políticas, el núcleo común de la Escuela Austríaca y de la economía positiva de la Escuela de Chicago denunciaba la forma en la que, desde comienzos del siglo XX, el liberalismo moderno había incorporado la idea de la necesidad de una igualdad material como requisito para la autonomía de las personas. Tanto Hayek como Ludwig von Mises y Milton Friedman después veían en ese giro, como señala Sergio Morresi, "una 'traición' a los valores 'eternos' de la libertad humana que habían sido levantados por el primer liberalismo y habían caído luego en el olvido".[124] Alsogaray, Benegas Lynch y Martínez de Hoz conocían esta trayectoria de memoria, porque habían formado parte de los grupos que abrazaron al neoliberalismo hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Hayek había escrito The Road to Serfdom a principios de los años cuarenta pensando en las experiencias totalitarias europeas, y esa reacción antitotalitaria fue el lente con el que luego vería con pavor la llegada al poder del laborismo británico en 1945 y la construcción del Estado de bienestar. Aquellas ideas y las de von Mises permitían a sus seguidores argentinos, obviamente, articular una crítica conceptual drástica al peronismo.

En 1976, la creación de un nuevo individuo era el cambio que sacaría de cuajo a

la Argentina del pasado. En esa tarea se buscaba producir una nueva “estructura de sentimientos” desde la cual contemplar a la sociedad industrial como una reliquia del pasado, para reemplazarla por una en la que la racionalización extrema de las relaciones económicas fuera el rasgo distintivo. Los economistas del Proceso encararon esta tarea con la ambición de políticos y filósofos y no con la mirada estrecha que se le atribuye a su profesión. En el centro de aquella gesta no estaban las decisiones ministeriales, sino el ciudadano.

La primera tarea era rescatar al individuo sepultado bajo el legado populista de la protección estatal, las organizaciones sindicales y los imaginarios colectivos. Martínez de Hoz señalaba la condición argentina en la que “los gobiernos populistas habían adoptado la práctica autoritaria de diseñar el sistema económico para la satisfacción de intereses sectoriales, es decir, de ‘arriba hacia abajo’, olvidándose del hombre común que carece de voz y de fuerza para manifestarse de forma organizada”. Las decisiones económicas del gobierno estaban dirigidas no tanto a prestarle atención al hombre común como a dotarlo de características novedosas: un agente económico racional, capaz de tomar decisiones en función de su beneficio material, con plenitud de información y sin la contaminación producida por los discursos que subordinaban sus intereses a los de un grupo imaginario, fueran los trabajadores o la sociedad. Faltaba aún una década para que Margaret Thatcher se preguntara en 1987 “¿quién es la sociedad?” y se respondiera de inmediato que “no existe tal cosa. Hay solo individuos, hombres y mujeres”. Pero los economistas argentinos ya habían entendido que lo que Thatcher ofrecería como evidencia era una visión del mundo que debía construirse día a día.

Paradójicamente, la creación de este individuo atomizado también requería de una fuerte intervención “desde arriba”. Las publicidades de la dictadura apuntaban a asociar el nuevo individuo (el verdadero “hombre nuevo”) con el consumidor en el que recaía la responsabilidad de saber elegir. Era uno de los muchos recursos en lo que Daniel Fridman señala como “creación de un consumidor transparente al monetarismo” que contribuiría “a hacer más predecibles a los sujetos”.[125] Las políticas públicas, imperfectas y todo, debían a su vez liberar a esos ciudadanos de las ataduras que impedían aflorar esa racionalidad individual mediante controles, regulaciones y otras distorsiones.

Pero la racionalización de las relaciones económicas requería sobre todo el desmantelamiento de las organizaciones que sumergían al individuo en procesos de decisión colectivos. Se necesitaba, de fondo, desterrar el espejismo según el

cual la noción de interés general estaba en tensión con la de interés individual. El individuo atomizado, que en la visión populista de la sociedad industrial era una víctima indefensa, en la mirada de los economistas del Proceso se transformaba en un horizonte que ponía fin a la opresión. El sueño tecnocrático en el que había tomado forma el régimen de Onganía seguía vigente, pero ahora era la base desde la cual los economistas podían pensar como filósofos.

El desafío interno era cómo producir esas transformaciones como parte de una dictadura liderada por militares que desconfiaban visceralmente de estos economistas y de sus ideas. No se trataba solo de Díaz Bessone y un ministerio cuyo título mismo, "Planeamiento", cifraba todo lo que estaba mal para los economistas. Las Fuerzas Armadas traían sus propias visiones de una sociedad nueva, que suponían en las antípodas de esos profesionales que poblaban el Ministerio de Economía.

Los grados de ese enfrentamiento variaron en el tiempo y según los sectores, pero quien mejor logró sintetizarlo en su ambición y figura fue el almirante Emilio Eduardo Massera. El marino no había esperado mucho para declarar los principios de ese nuevo país que venían a crear. Se debía erradicar el pasado, sí, pero para crear lazos sociales fuertes que protegieran a los individuos de las inclemencias. Un mundo de seres libres y tutelados que no estuvieran expuestos a los sacudones trágicos de una economía volátil porque, como lo señalaba el almirante en el comienzo mismo del Proceso, "la sociedad no es un mercado". La mística profunda del producto final de la dictadura, pensaba Massera en 1978, no tenía que ver con el individuo, ni mucho menos con los números, sino con "un país en donde la economía no es un fin, ni el dinero un ídolo", un ideal organicista en el que "solo Dios sea más importante que el hombre". Para Massera, era la obsesión por lo material lo que hería de muerte al individuo y lo transformaba en un autómata incapaz de pensar y sentir. Su prédica invertía los términos de la crítica antipopulista y ponía en la racionalidad abusiva del beneficio económico la culpa por la pérdida de libertad. "Queremos un país en el que haya sitio para la belleza, para el heroísmo creador," soñaba el almirante en un discurso con tonalidades de Alfredo Palacios. Y agregaba, cerrando un círculo imposible mientras se incorporaba personalmente a los grupos de tareas para poder vivir en carne propia la satisfacción de las torturas y fusilamientos: "Queremos un país de personas, no de masas".[126]

El homo economicus se convertía así en un campo de batalla hacia adentro del régimen. El trabajo de Paula Canelo sobre los documentos internos del régimen

resume la idea contundente de “la naturaleza política de la experiencia refundacional de la última dictadura militar”. En ese marco, los efectos devastadores de las ideas económicas de Martínez de Hoz eran vistos como una amenaza al objetivo mayor de recuperar el orden social. ¿Cómo convivían hacia adentro del régimen ambiciones tan distintas? Analizando el moldeado de aquel homo economicus, Fridman señala que los acuerdos no se basan en intereses idénticos, sino que estos, “en todo caso, se reconfiguran y se traducen para poder construir alianzas”. El sentido de esta convivencia entre economistas que pensaban como sociólogos y militares que declamaban como poetas y que se detestaban entre sí era la producción política. Visto casi medio siglo después, esa coexistencia ni siquiera llegaba al carácter deliberado del término “alianza” y se expresaba más en la connivencia de grupos dirigentes que se toleraban unos a otros, por la razón o por la fuerza, durante la construcción de un tiempo nuevo.

Ese tiempo nuevo es el que podríamos llamar el “consenso posindustrial”. El centro de esa visión eran individuos atomizados que abrazaban la libertad y se sometían a jerarquías sociales rígidas impuestas a sangre y fuego, que les marcaban límites precisos. Lo que los economistas imaginaban eran consumidores autónomos en una economía libre. Lo que los militares soñaban era un orden con autoridades y obediencia. La experiencia de la dictadura le dio forma a la Argentina en la fructífera relación entre estos dos ideales.

Si se mira el consenso posindustrial como un objeto histórico, tradición y modernización no aparecen en la tensión que imaginaban los defensores de cada una, sino en una dependencia necesaria. El caso argentino demostró que la idea

de libertad entendida como la interacción desregulada de los agentes económicos solo sería estable mediante una imposición “prepolítica” de reglas que garantizaran los lugares preestablecidos en esa sociedad. Lo que los distintos grupos vivían como una sucesión de enfrentamientos y alianzas iba tomando forma por encima de ellos. Y esa forma tenía poco que ver con un diagnóstico técnico sobre el porvenir de las fábricas en la estructura económica argentina. Fue, más bien, el surgimiento de un espacio en el que ideas distintas y hasta opuestas se engarzaron en una visión coherente del futuro, en el que la poesía de Massera y la habilidad de individuos atomizados para poder decidir entre sillas nacionales e importadas dejaban definitivamente atrás al país que había emergido en los años cuarenta. El espectro de De la Cárcova volvía de sus cenizas. La fábrica de fondo, rompiendo el horizonte llano de la Argentina de Sarmiento. La falta de pan. La guerrilla está en las fábricas. El país populista.

Esa cruzada por la libertad ponía a la Argentina en conversación con el mundo y a la vanguardia de este. La Argentina y Chile aparecían como dos puntos de entrada distintos al futuro. Como dijimos, en Chile, el grupo de economistas que había regresado de Chicago a fines de los años sesenta, horrorizado por el tradicionalismo pueblerino de su país, tuvo que esperar a la derrota de la revolución socialista de Salvador Allende para servirse de ese mismo tradicionalismo y ejecutar bajo Pinochet la modernización más violenta y exitosa de la región. Del otro lado de la cordillera, la amalgama informe de economistas y militares era la reacción ante la certeza de que, en la Argentina, una parte central de la tradición nacional era desafiarla.

El consenso posindustrial fue el punto de partida para la construcción de un ciudadano neoliberal –autónomo, racional y desorganizado– que solo podía ser real en un régimen democrático. Ese futuro no estaba tan lejos como muchos podían imaginar en 1976, pero el tiempo que pasó hasta 1983 fue mucho más que siete años. Miradas políticas, transformaciones económicas y acciones represivas se condensaron en ese período para la construcción acelerada de una nueva subjetividad individual que, muchos esperaban, podía ser la base de una tercera república. Con industrias o sin ellas, el rasgo distintivo de ese nuevo régimen sería la erradicación de los legados populistas de movilización social, desafío al orden y sobredimensionamiento sindical.

El antipopulismo que se fue imponiendo trabajosamente en las décadas democráticas posteriores a 1983 ya estaba por completo emancipado del enemigo que imaginaba enfrente: el populismo como tal, con todas sus

implicancias, nunca más volvió a existir. Pero la batalla contra su fantasma fue el nutriente indispensable del consenso posindustrial que sobrevuela a la Argentina desde entonces.

Bajar los costos

Aunque los distintos sectores en los que se apoyaba el régimen tenían visiones enfrentadas sobre la economía y la política, todos parecían coincidir en dos cosas: el diagnóstico sobre el origen de los problemas estructurales del país y los desafíos de fondo que debía resolver el gobierno militar. Aquel diagnóstico no era una respuesta histérica ante el descontrol económico que se acentuó hacia fines de 1974. O no era solo eso. Era el producto de la reflexión meditada de las élites sobre las causas que habían desviado a la Argentina de su destino de gloria durante buena parte del siglo XX. Un grupo amplio de civiles, militares y economistas venía discutiendo desde 1975 el plan económico de un eventual gobierno de reemplazo al de Isabel Perón. Como relató Martínez de Hoz, en esas reuniones se debatía sobre el presente y el futuro del país, pero había un consenso afianzado sobre las "causas muy profundas que habían llevado" a la crisis. En esto confluían civiles y militares de distinto pelaje que se sumarían a la dictadura, ya fueran decadentistas, liberales, conservadores o desarrollistas, por mencionar algunas formas distintas de pensamiento que nutrían el accionar del gobierno. En esas causas no figuraba la guerrilla ni el marxismo ni la simbología anticomunista con la que la dictadura insertaba su legitimidad dentro de la Guerra Fría. Al contrario: la Argentina que la dictadura tomaba en sus manos para remendar era un producto directo del peronismo. Sus problemas arrancaban en la posguerra, "especialmente a partir de 1943". Esos años malditos habían sido el comienzo de una política económica "con una doble característica: una creciente intervención del Estado en la economía y una aplicación casi total del concepto de economía cerrada, con una virtual desaparición de los principios de libertad económica".[127]

El segundo núcleo de acuerdos era un derivado directo de este diagnóstico. Allanada la amenaza inmediata de la guerrilla, los distintos sectores civiles y militares que apoyaban el golpe coincidían en cuáles eran los dos problemas centrales que debía resolver la Argentina: eliminar al peronismo de la vida política nacional y desterrar el peso de los sindicatos en las decisiones económicas del país. Ni la imposición de la liberalización de las relaciones económicas ni el aniquilamiento de la subversión capturaban un consenso

interno tan profundo ni producían una relación tan fluida con amplios sectores de la sociedad como estas dos tareas. De eso hablaba Juan Alemann, secretario de Hacienda de Martínez de Hoz, en octubre de 1979, cuando decía que “estamos saliendo de la masificación y hemos debilitado el poder sindical”. No se trataba de un punto más en la agenda, sino de la plataforma para cualquier futuro dentro de la dictadura y después de ella. Para Alemann, “esta es la base para cualquier salida política en la Argentina”.[128]

Estos dos núcleos de ideas no eran nuevos y habían estado presentes en la oposición al peronismo desde 1945. La “desperonización” de la Argentina había nacido casi con el propio peronismo, estaba en la mente de los dirigentes políticos exiliados en Montevideo aun antes del golpe de 1955. Esta idea incluyó siempre alguna forma de repensar el país de raíz para desintoxicarlo de los vicios que habían hecho posible la emergencia del totalitarismo y de los males que este último había introducido en la vida nacional. Era esa tarea profunda la que, paradójicamente, le daba un carácter cada vez más violento al discurso antitotalitario. Pero el paso del tiempo había introducido varios elementos novedosos en la amplia coalición que se identificaba con este consenso.

Quizás uno de los cambios más importantes para el desarrollo del antipopulismo fue que, hacia mediados de los años setenta, el modelo industrialista sobre el que se montaban las ideas modernas e igualitarias del peronismo finalmente se había agotado. Los argumentos sobre los límites de la industrialización argentina –desde la falta de financiamiento genuino hasta la protección frente a las importaciones– también convivían con el peronismo desde el comienzo, pero ahora eran reales y, lo sabríamos después, irreversibles. Liberales y liberales-conservadores veían este agotamiento mejor que nadie, o lo denunciaban con mayor claridad, en parte porque desde siempre habían detestado el ciclo que llegaba a su fin; no la industrialización ni su insustentabilidad, sino la forma plebeya que había adoptado. Y se sentían, en este caso con razón, como los más autorizados para declarar su defunción y darle las exequias. Era justamente esa apropiación lo que les permitiría imponer una lectura que le dio forma al antipopulismo durante el medio siglo siguiente.

Los salarios y el bienestar que los trabajadores

suponen como normales no son sostenibles y la base para recuperar la riqueza e incluso la competitividad industrial es reacomodar sus expectativas salariales.

Era una transformación profunda. Aquellos textos de Prebisch de 1949 que señalaban que el cuello de botella argentino era el consumo suntuario de las clases altas había dado lugar a otro diagnóstico que ahora apuntaba hacia la mentalidad de los asalariados. Esa expectativa de bienestar que el populismo había instalado mucho más allá de los simpatizantes peronistas debía ser desterrada para que la economía pudiera competir, importar menos y exportar más. Si el primer antipopulismo pegaba hacia arriba, este último pegaba definitivamente hacia abajo.

Hacia abajo, hacia el piso. En una famosa publicidad de 1979, seis empresarios de traje y maletín aparecían en un escenario con un techo y un piso móviles. El techo llevaba la inscripción "dólar"; el piso, "costos". Los empresarios aparecían cada vez más oprimidos por un espacio a medida que bajaba el techo, mientras pedían, con angustia "¡suban el techo! ¡suban el techo! ¡Por favor!". En off, la voz de la conciencia decía: "¿Levantar el techo? Veamos". El techo se levantaba, el dólar subía; los empresarios respiraban unos segundos, hasta que el suelo empezaba a levantarse. "Inmediatamente se levantará el piso. Esto es mayor inflación. Todo quedaría como antes", repetía la voz mientras los empresarios volvían a sentirse aplastados, esta vez desde abajo. Ese año, el mensaje resonaba en toda la sociedad mientas la inflación, desbocada, llegaba al 139%. La voz en off anunciaba: "Entonces, ¿qué hizo el gobierno con las nuevas medidas? Bajó el piso. ¡Ahí está el secreto!". Cronos había tenido que empujar el cielo lejos de la tierra para poder iniciar la era de los gigantes; la dictadura buscaba lo mismo pero empujando el suelo. En la pantalla, el piso no paraba de bajar, los empresarios saltaban sobre el piso enardecidos, gritando exaltados de entusiasmo, "¡bajemos los costos, bajemos los costos!".

Los costos eran los salarios que la industria argentina se daba el lujo de pagar mientras el Estado los protegía con tarifas y aranceles frente a la competencia externa. La estética de la época para los empresarios ya tenía poco que ver con la iconografía de las fábricas, que quedaba reservada para otras publicidades en la

que los obreros ahora iban allí “solamente a trabajar”. Con sus maletines y trajes, los empresarios eran indistinguibles de la figura de un financista, lo cual era revelador de otra innovación de la época: hasta que se construyera esa nueva economía, la posibilidad de sustituir los dólares que ya no llegaban en la misma magnitud de antes por las exportaciones agropecuarias y los que ya no se ahorraban por la sustitución de importaciones, se podían obtener ahora mediante el financiamiento externo que desde mediados de los años setenta se extendía generosa y coercitivamente sobre las economías en desarrollo.

Como proyecto político, el antipopulismo es un hijo directo del endeudamiento externo.

La deuda permitía resolver varios desajustes de manera temporaria mientras creaba otros de forma permanente, una dinámica que tuvo su apogeo durante el Proceso y que, pese a su impacto desastroso, sirvió de modelo para todas las experiencias antipopulistas posteriores. Más allá de la teoría y a pesar de la violencia de Estado, las expectativas salariales y de consumo eran tan poco flexibles hacia la baja como el gasto público. La Argentina resultaba intratable, y después de tanta represión y transformación radical de la economía, las cuentas públicas se mostraban en 1983 sorprendentemente iguales a las de 1976: unos ingresos públicos de alrededor del 15% del PBI, y un gasto público 10 puntos más arriba.[129] Pero todo eso podía pagarse con deuda. Esta última, que durante el período 1976-1983 trepó un 364% hasta llegar a los 45.000 millones de dólares, financiaba la avalancha importadora y aceitaba el mercado interno que compraba las remeras Hering que reemplazaban a las producidas por la industria textil doméstica y los electrodomésticos estadounidenses que el país no generaba. Así, el crédito externo era percibido por el equipo económico como una forma de financiar la transición hacia el futuro soñado. Tanto insistir con que el populismo era producto de una transición desajustada de la tradición a la modernidad, y ahora era el antipopulismo el que necesitaba recursos para pagar su propia transición: de las expectativas de consumo de la clase media hasta que tuviera recursos genuinos, de los generadores de divisas hasta que las generaran, y de los aliados que fugaban sus capitales desde fines de los años setenta hasta

que volvieran a confiar. En la mirada de Martínez de Hoz, era el puente que el país necesitaba para que “el bajo costo argentino” fuera la base para “crecer hacia afuera”.

Desde el comienzo, la dictadura combinaba sus ambiciones refundacionales más mesiánicas con la certeza de que, de todos modos, el legado obrerista de la sociedad industrial no desaparecería ni siquiera bajo el terrorismo de Estado. Era una certeza que atravesaba toda América Latina. Bastaba recordar que incluso el régimen pretoriano por excelencia de toda la región había llegado al poder en Chile tres años antes con un registro de aquellos consensos sociales. La violencia contenida de la proclama de las Fuerzas Armadas leída a las 8 de la mañana del 11 de septiembre de 1973 para iniciar la embestida final contra Salvador Allende era evidente. Pero para un oyente algo más desapasionado por el paso del tiempo, lo más sorprendente es cómo, con los tanques en la calle y a punto de iniciar un proceso verdaderamente sanguinario, los militares habían hecho el esfuerzo de incluir en esa proclama su punto tercero: “los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental”. La sola referencia a los derechos sociales por un régimen que se disponía a desmantelarlos revelaba cuán expandidos estaban en la sociedad.

Como en Chile, esa certeza en la Argentina no se traducía en una moderación de los cambios que impulsarían, pero sí en una forma de concebir esos cambios que tuviera en cuenta el poder de esa fiera incontrolable. Hasta la Ley de Inversiones Extranjeras 21.382 de 1976, con la que Martínez de Hoz buscó atraer capitales reduciendo sus controles, no se presentaba en el lenguaje del libre cambio liberal, sino de la contención social. El objetivo era ganar velocidad en la modernización del país; la necesidad –decía el texto de la legislación– era complementar la inversión nacional y el financiamiento externo para “reducir el costo social del proceso de capitalización del país y acelerar su tasa de crecimiento”.

En la Argentina, esa presión por reducir el costo social tenía un blanco claro: erosionar el poder de los sindicatos. Ni el marxismo ni la guerrilla, ni siquiera el peronismo, desplazaban del centro de atención el poder de los sindicatos y el efecto que esto tenía en la puja distributiva. Las violaciones a los derechos humanos generaron de inmediato una suerte de omertá en la que los más variados grupos dentro del gobierno debían defender una decisión política que los ponía al margen de la ley. Pero la única creencia común a todos los

comprometidos era que la represión debía poner fin a los efectos sociales y económicos de la puja distributiva generada por “el desmesurado crecimiento de las organizaciones gremiales, que atentaba contra su funcionalidad y la vigencia de un indispensable equilibro social”, como aseguraba en 1980 la respuesta del gobierno al informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) sobre el país.[130] La guerrilla, sí. Aniquilar a la subversión había sido el eslogan y la búsqueda de legitimidad para el terrorismo de Estado. Pero cuando le preguntaron a Videla en mayo de 1976, en plena ebullición del aparato represivo, cuáles eran los objetivos, el dictador buscó un análisis más estructural de las condiciones que habían hecho posible el accionar de las organizaciones armadas. “Si hubiera que definir el aspecto negativo más importante contra el que debemos luchar todos”, decía, “podríamos hacerlo con una sola palabra clave: demagogia”. La guerrilla, en esa mirada en la que resonaba incluso una lectura marxista de la escena política de la lucha de clases, era “solamente una consecuencia objetiva” de aquel clima revoltoso.[131]

Cuatro años después del golpe, aquella respuesta a la CIDH recordaba que un objetivo del gobierno seguía siendo “obtener el bienestar general a través de […] un adecuado sentido de la justicia social”. Eso era, en la concepción del gobierno militar, lo contrario a lo que ocurría en un país prácticamente tomado por la representación de los trabajadores. “La influencia desproporcionada [de los gremios] en las decisiones económicas” y en la vida social toda otorgaba a los sindicalistas “una capacidad tal –particularmente con el manejo de vastísimos recursos, muchas veces compulsivamente obtenidos– de incidir en la vida política” que facilitaba su “acceso a los canales político partidistas”. Eliminar el peso de los gremios y recuperar una república libre eran una misma cosa y explicaban la necesidad de que la dictadura corrigiera estas imperfecciones con toda su fuerza: la omnipresencia de los sindicatos “llegó finalmente a bloquear las salidas hacia un verdadero equilibrio democrático”.[132]

La módica incomodidad intelectual

Para caracterizar esa amenaza, la dictadura tenía un instrumento que no había estado presente hasta entonces: una definición de “populismo” precisa y bastante extendida, que resonaba en los oídos de quienes apoyaban o estaban dispuestos a tolerar las penurias del régimen a cambio de curar al país de su mal fundamental. Germani murió en octubre de 1979 en Roma, la misma ciudad en la que había nacido sesenta y ocho años antes. Uno de los intelectuales más relevantes de la historia de nuestro país había pasado la última década exiliado de la Argentina y terminaba sus días en la ciudad de la que había huido originalmente. Ese no era, sin embargo, el único círculo que se cerraba con su muerte. Durante su último exilio, Germani había pasado su tiempo refinando “la especificidad peronista”. Con el fascismo cada vez más lejos en la historia, aun el esfuerzo por ver qué era distinto a él perdía su razón de ser. Entre Harvard y Europa, y en un diálogo intelectual intenso –otra vez– con Lipset en los Estados Unidos y Di Tella en la Argentina, entre otros, Germani encontraba en la segunda mitad de los años setenta que la categoría “populismo” era una definición más apropiada del peronismo con características que eran “sustitutos funcionales del fascismo”.[133]

Las elaboraciones de Germani tenían un sustrato de desencanto con la Argentina que había madurado entre los historiadores con los que había trabajado durante décadas. José Luis Romero era un optimista profundo, pero su fe en la revolución se había ido disipando con el tiempo. Las ideas políticas… había salido el año de la llegada del peronismo al poder, y el hecho aluvial era aún un interrogante en la búsqueda del cambio social. Para su cuarta reedición en 1975, Romero le agregó un capítulo nuevo, “La búsqueda de una fórmula supletoria”, en el que la confianza era reemplazada por la perplejidad, y la experiencia peronista quedaba reducida a una suerte de histeria popular con la que describía el trágico retorno de Perón. Algo de ese desencanto se veía en sus conversaciones con Félix Luna, que serían publicadas por Jacobo Timerman poco después. Ese mismo año salía Latinoamérica. Las ciudades y las ideas, una obra magnífica cuya influencia se proyectó más allá de la muerte del autor al año siguiente, pero en la que la tesis aluvial reaparecía vigorosa como el rasgo

distintivo argentino. Vista hoy, es imposible ignorar la forma en la que aquella idea operaba en ese momento como el recurso con el que la dictadura –que rozaría trágicamente la vida de Romero y las de muchos de sus colegas– se presentaba como un correctivo final.

Algo relacionado ocurría con su sucesor más brillante e influyente, Tulio Halperin Donghi. Quedará por evaluar el impacto profundo que tuvo para el pensamiento político argentino el descontento y la incomodidad de Halperin Donghi y parte de su generación con la sociedad que estudiaban. En una obra extensa que se produjo en conversación permanente con la sociología mediante su intercambio intelectual fecundo con Germani, Di Tella y muchos otros, el historiador dedicó buena parte de su producción a relatar la sociedad de masas. Los textos sobre el siglo XIX –su campo original– capturaban la complejidad y limitaciones con las que las élites liberales habían desarrollado una visión para un país al que veían interesadamente yermo. Pero en sus trabajos sobre el siglo XX, de aquella sutileza solo sobrevivía, muchas veces, la escritura alambicada. A diferencia de Romero y de Germani, Halperin Donghi no enfatizaba tanto alguna irregularidad demográfica para explicar el surgimiento del peronismo. Su apreciación de lo que había ocurrido en 1945 recogía la experiencia "desde abajo" que la historia social había revelado. Para quienes lo escuchábamos a principios de los años noventa desarrollar en el Club de Cultura Socialista las ideas que desembocarían en La larga agonía de la Argentina peronista, era revelador que una de sus pocas definiciones categóricas fuera la caracterización del peronismo como una "revolución social", cuya constatación requería apenas mirar a la calle para comprobar la transformación radical que habían vivido la sociedad argentina y, dentro de ella, los trabajadores.

Pero así como esos cambios validaban el impacto del peronismo al comienzo, Halperin Donghi minimizaba luego la construcción posterior de una identidad política de los trabajadores basada en la convicción transformadora de su lugar en la sociedad. Así, la adhesión de los trabajadores al peronismo perdía algo de su legitimidad, y en su mirada de 1972 era simplemente una lealtad atada a los vaivenes de la economía o como fruto del adoctrinamiento: "esa propaganda [que] lograba dar a la vida argentina el tono de inánime frenesí político característico de las modernas dictaduras que han hecho del manejo de la opinión pública uno de sus más cuidados instrumenta regni".[134] Ese énfasis le dificultaba luego entender la durabilidad infinita del peronismo como identidad de los trabajadores, décadas después de que se hubieran apagado los beneficios económicos y la propaganda que supuestamente la habían producido. En un

historiador que había evitado al máximo utilizar el término “populismo” a lo largo de toda su obra, las limitaciones del marco interpretativo antipopulista saltaban aún más a la vista.[135]

Así, como en un sistema de poleas, su mirada de las élites tomaba un tono entre gélido e irónico. En su análisis de 1972 sobre la democracia de masas, Halperin Donghi limitaba el bombardeo a la Plaza de Mayo de 1955 (el mayor atentado de la historia argentina y la mayor matanza de civiles hasta ese momento) a una descripción de cinco líneas en las que “luego de horas de combate en torno del edificio del Ministerio de Marina y de un bombardeo y ametrallamiento aéreo del centro de la capital por los revolucionarios, el gobierno pudo sofocar el reducido núcleo insurgente”. En privado, en la construcción de un campo intelectual que lo tenía como protagonista, el historiador confesaba a un amigo en 1978 su fastidio por compartir un suplemento de la revista Sur con Víctor Massuh, embajador de la dictadura ante la Unesco. Pero las razones para digerir el mal trago revelaban algo más que resignación. Halperin Donghi se molestaba porque Massuh se dedicaba “a desmentir una campaña de calumnias contra el gobierno argentino, campaña que en la mayor parte de los casos se limita a recordar la verdad de lo que pasa”. Pero Massuh lo hacía “por motivos perfectamente honorables” y, con el país en ruinas, Halperin Donghi consideraba que lo que en verdad le quedaba a “la vida cultural argentina se parece a una balsa de salvamento, en que los sobrevivientes, que no han elegido estar juntos, tratan de aguantar lo mejor posible”.[136]

Claro que no todos subían a esa balsa ni calificarían como “sobrevivientes” en los mismos términos que Massuh. Halperin Donghi había criticado con dureza al revisionismo como una “visión decadentista de la historia nacional”. Pero su propia producción alimentaba una especie de “republicanismo” análogamente maniqueo y trágicamente compartido por amplios sectores de una élite a la que el mismo historiador miraba con desconfianza.

Claro que Halperin Donghi no deducía de esa desesperanza la necesidad de instaurar una dictadura de ultraderecha y condenar a miles de personas (muchas de ellas cercanas a él) a la desaparición, la tortura y el exilio. No necesitaba hacerlo; los intelectuales y economistas de las élites nucleados alrededor de gente como Jaime Perriaux, tal vez uno de los civiles más influyentes y olvidados de la dictadura, podían ser menos sólidos pero estaban mejor situados para extraer esa conclusión lógica y deducir que había un método, y solo uno, para retomar alguna forma de normalidad perdida en 1945.

Por supuesto, la dictadura no se nutría de forma directa del trabajo de Halperin Donghi ni del de Romero. Pero muchos de los intelectuales del gobierno militar trasegaban una narrativa peligrosamente común sobre cómo la política de masas, en su versión realmente existente, había arruinado un país prometedor. La figura de Germani sería una forma de evocar aquellos tonos decadentistas como telón de fondo de un presente sanguinario. En medio de la dictadura, la muerte de Germani había sido mayormente ignorada por los medios argentinos. Pero hubo una excepción. La revista Redacción no solo la mencionó, sino que le dedicó un suplemento especial de dieciséis páginas con fragmentos de “El totalitarismo y la integración de las masas a la vida política”, su texto clásico de 1955 en el cual trata de descifrar en qué condiciones específicas de una transición desorientada las masas pueden convertirse en la base de una política totalitaria. Ahora, el texto salía a la luz en medio del régimen más represivo que jamás hubiera existido antes o después en la historia argentina.[137] Pero lejos de ser un acto de desafío improbable a la censura, Redacción no lo concebía como una imputación a la dictadura. Era, en un sentido importante, una defensa de ella. El breve texto introductorio resaltaba cómo Germani había pensado “los males argentinos” de “la era moderna” en una clave que era inconfundible para sus lectores. Concebida como un espacio de diálogo desde la sociedad hacia la dictadura desde 1976, la revista encontraba que la dictadura era “necesaria” pero que debía culminar en una transición a la democracia una vez que la amenaza “populista” fuera erradicada. En 1977 había conmemorado el primer año del golpe militar recordando “la pesada herencia peronista” que complicaba un posible retorno a la normalidad. La democracia era aún algo deseable pero difícil de lograr ya que los partidos políticos que todavía estaban activos eran “populistas” que “proclaman un nacionalismo económico” incompatible con el renacimiento que imaginaba el régimen.[138]

La certeza antipopulista

Aparecía así de forma dominante la preocupación por las masas alrededor de la idea del populismo, el concepto que había estado germinando por más de treinta años. La ansiedad y el enojo hacia el populismo permeaba buena parte del discurso político monopolizado por el gobierno. Con la subversión como enemigo inmediato, la lucha contra el populismo permitía imaginar una batalla mucho más de fondo por el futuro de la patria. En el primer plan político de la dictadura, el Grupo La Plata convocaba a "la Tercera República" como culminación de "un nuevo ciclo histórico argentino". El think tank incluía su pata represiva, una de las más feroces de la dictadura, en la que sobresalían los generales Guillermo Suárez Mason y Ramón Camps, pero su objetivo declarado, desde el comienzo, era profundamente político. En la mirada del grupo, el Proceso debía imaginar el futuro para una sociedad "inequívocamente identificada con la heredad tradicional", pero para hacer de ese legado una realidad tenían una misión inmediata: "resistir hasta la victoria a la agresión marxista-populista".[139]

Era un fenómeno singularmente argentino. En un período en el que el anticomunismo había logrado condensar una variedad de conflictos entre élites locales recalcitrantes y sectores populares bajo el común denominador de la Guerra Fría a través de toda América Latina, la dictadura mostraba que el origen de esa fobia momentánea se remontaba a vicios de origen profundamente telúricos. En su triple expresión –espíritu plebeyo, peronismo y sindicatos–, el populismo era el sustrato último de la tragedia nacional, y se convertía así en una necesidad, un nudo argumental de la reconstrucción decadentista de la historia argentina. A primera vista daría la impresión de que los grupos de tareas no dedicaban su tiempo a estudiar historia. Pero tanto sus jefes como la estructura civil y militar que les daban cohesión sí elaboraban un sentido histórico profundo para las torturas, secuestros, robos, asesinatos y violaciones que ejecutaban a diario. El objetivo de ese aparato que excedía lo represivo era poner fin al "movimiento tumultuario", como lo definía en 1981 el socialista Américo Ghioldi, quien se había sumado al gobierno militar desde la preocupación común por acallar al peronismo. Para Ghioldi no se trataba de elitismo, sino de una

pedagogía, “una relación entre la masa y, bueno, la inteligencia […] sobre la cual hay que actuar”.

Pero a diferencia de lo que suponemos en general, el decadentismo histórico y el elitismo político no confluían en la necesidad de perpetuar eternamente a la dictadura. Muy al contrario, en todos los sectores de peso que constituyeron el régimen militar se imponía el horizonte de, otra vez, la república posible; una formulación que, por encima de todo, implicaba la desaparición del populismo como cultura política nacional. Esto comenzaba con una fase pedagógica. La dictadura debía disciplinar un cuerpo social cuya psicología había retrocedido a un estadio que era al mismo tiempo infantil y salvaje. De ahí que muchas metáforas sobre las tareas pendientes recurrieran a la imposición de una ilustración desde arriba, una prédica que resonaba en las ideas que Lipset había desarrollado sobre la psicología infantil de las masas y la virtud de las instituciones estadounidenses en contenerlas. Videla podía ser temerario en Washington al declarar, en su visita al presidente Jimmy Carter en 1977, que “en la Argentina deberán morir todas las personas que sean necesarias para terminar con la subversión”. Pero aun esa misma aseveración truculenta estaba precedida por una figura retórica que se deslizaba descuidadamente entre la pedagogía y la violencia: para el dictador, el objetivo de su gobierno era “realizar un escarmiento histórico”.

En el diagnóstico que justificaba ese escarmiento, el blanco no era el marxismo ni la guerrilla, sino el populismo. En lo central, el diagnóstico decadentista era una cronología histórica atada a tres períodos fundamentales, aunque uno era más fundamental que los otros, ya que la crisis introducida por la democracia de masas en 1912 había eclosionado solo tres décadas más tarde, abriendo paso a la llegada del peronismo y la violencia. Gloria, crisis y tragedia puntuaban así un declive de décadas que el Proceso venía a revertir. Por ejemplo, para la fracción dura de la dictadura que podía cuestionar tanto la tibieza de Videla como el liberalismo de Martínez de Hoz, el referente podía ser el ideal estatista de Onganía, pero, como bien señala Paula Canelo, su identidad era tan anticomunista como antipopulista y concebían “al peronismo como el mal supremo de la política argentina”.

Lo que se consolidaba en 1976 era la tirria de décadas ante la irrupción de los sectores populares en la vida política. Esto redondeaba un final horrendo para un período que había tomado forma definida en 1945:

El hartazgo ante la política de masas fue el motor indiscutido de la violencia en la Argentina tanto para la guerrilla peronista y de izquierda como para la derecha. Para unos, 1955 había mostrado los límites estrechos y frustrantes de las reformas populistas. Para otros, 1973 evidenciaba que, tras casi dos décadas de proscripción, la política populista era indestructible.

Lejos de confirmar la teoría de los dos demonios, la Revolución Cubana y la Guerra Fría de los Estados Unidos proveyeron recursos discursivos, económicos y materiales a diagnósticos opuestos sobre cómo había funcionado el formato populista de incorporación de trabajadores a la ciudadanía.

Hacia la derecha, si había ahí una tensión entre liberalismo y autoritarismo, esta se disolvía en una idea de régimen republicano al que se podía arribar en el corto plazo una vez que se aplicara sobre la demagogia y el populismo una verdadera "solución final". Clasista e ideológica, la violencia de Estado era parte de la tan mentada transición hacia un futuro no muy remoto. El antifascismo liberal le daba un espaldarazo desde la historia a esta vulneración violenta y momentánea de la paz. El "escarmiento histórico" del que hablaba Videla le daba forma final a un principio inamovible del antipopulismo:

En la Argentina, como en el resto de América Latina, los esfuerzos de posguerra para desmantelar el autoritarismo con el que se habían impuesto las

reformas sociales siempre terminaron llevándose por delante las reformas sociales y generando formas políticas infinitamente más autoritarias que aquellas que venían a combatir.

La certeza antipopulista era el verdadero territorio común de grupos enfrentados entre sí pero mancomunados en encontrar una coherencia política y un sentido último al terrorismo de Estado. Hay cuatro textos con argumentos opuestos pero que de todos modos resumen ese consenso: el Plan político elaborado por el Grupo La Plata en octubre de 1976, el Proyecto nacional redactado en paralelo por el ala dura de la dictadura, la Propuesta política escrita en 1978 por el grupo de Jaime Perriaux, y el Camino para la salida que Ghioldi envió a Videla en 1977. Para los duros, el origen de los males argentinos estaba en "el desplazamiento de las élites del pensamiento y su reemplazo en el poder por una sociedad de masas". Si el grupo imaginaba una presencia eterna de los militares, su diagnóstico era similar al "movimiento tumultuario" y el "espíritu diabólico" de la institucionalidad peronista que denunciaba Ghioldi, quien recomendaba una salida electoral hacia principios de los años ochenta.

Esto estaba a tono con el objetivo del Grupo La Plata, pero sin duda era Perriaux quien mejor ponía la tarea represiva en el contexto general de un diagnóstico decadentista y una propuesta elitista. Perriaux era un abogado y filósofo, que había frecuentado los grupos neoliberales de posguerra junto a Martínez de Hoz y que había liderado un grupo de intelectuales, militares, agentes de inteligencia, empresarios y economistas que se reunían desde antes del golpe (el Club Azcuénaga o Grupo Perriaux) para nutrir el argumento liberal-conservador. Perriaux acumulaba los clichés del saber tradicional que se resumían en el gusto por la filosofía clásica, el manejo perfecto del alemán, las disquisiciones sobre la relación entre moral y política. Había sido el hombre fuerte en la Argentina de Saudt & Cia, la compañía alemana relacionada con el nazismo antes de radicarse en Europa para estudiar con Ortega y Gasset, con quien había mantenido una larga amistad y de quien había heredado su particular obsesión por los efectos de la asociación colectiva en la mentalidad política de las masas. Amigo de Martínez de Hoz y ministro de Justicia durante la Revolución Argentina,

Perriaux ponía el horizonte en la historia: una “reforma de la democracia” que la defendiera de sus “dos grandes enemigos, la infiltración y agresión marxista y la demagogia”.[140]

Perriaux resumía un pensamiento que conectaba a las élites con amplios sectores de la sociedad y que permitía ver en los intereses económicos de empresarios y terratenientes una causa común y política con intelectuales y militares. En su presencia se materializaba más que un consenso: una hegemonía. Pero a diferencia de la perpetuación militar, el filósofo imaginaba que esa hegemonía solo podía consolidarse mediante la gesta de derrotar electoralmente al peronismo. La represión era un medio para eso; la reforma económica, un medio para eso y un fin para el país del futuro. El combate al populismo se convertía así en una especie de líquido amniótico en el que abrevaban el Estado, la sociedad civil y la economía para producir una nueva formación social. Perriaux resumía la encrucijada monumental inspirándose en Ortega y Gasset para sostener que “cada generación, como la sociedad en general, consiste en una dinámica entre minorías y masas”. El elitismo y la meritocracia son cosas distintas, pero la oposición a la política de masas los fusionaba, anticipando ideas que se expandirían décadas más tarde en democracia: Perriaux no tenía dudas de que las minorías eran el espacio integrado por los “hombres sobresalientes de cada generación”.[141] En una fórmula atractiva para economistas y militares de la dictadura pero que se proyectaría en el tiempo, lograba expresar un ideal de libertad basado en el ejercicio pleno de los derechos una vez que cada uno tuviera claro su rol previamente establecido en la sociedad. El clasismo resurgía así, democrático y visceral.

Perriaux no hablaba en el vacío. Sorprendentemente, la eliminación del peronismo y el arribo a una democracia republicana eran dos elementos conectados que dominaban el consenso interno pero también la discusión pública de la dictadura militar. Decadentismo y elitismo tomaban forma en una idea incipiente de transición democrática. Videla podía, en ese contexto, especular durante una gira por Japón en 1979 que si el peronismo se organizaba “como un partido político con responsabilidad ciudadana tendrá cabida como cualquier otro partido en tanto adecue sus hombres y sus ideas a un régimen de democracia plena”. La advertencia sobre los límites a esa apertura imaginaria pero realista no llegaría de mano del ala dura del gobierno, sino de un periodista llamado Jorge Monti, corresponsal de La Nación en la Casa Rosada, cuando durante una conferencia de prensa al regreso de aquel viaje, le preguntó: “¿Usted cree que un partido basado en el culto a la personalidad y por lo tanto esencialmente

antidemocrático tiene derecho a participar realmente en un sistema democrático?". Sí y no, respondió Videla. Las esperanzas para el peronismo eran pocas. "Si se mantiene esa tesitura, de un culto a la personalidad, de un culto a la demagogia, no es justamente un partido organizado responsablemente para vivir en democracia", dijo. Pero aquel lento proceso de creación del sujeto neoliberal que era racional y autosuficiente debía incluir necesariamente un camino para la redención. Para Videla, esa redención posible era una desperonización profunda. Si "el hombre que militó en el peronismo", respondía el dictador, "adecúa sus ideas en lo individual, se agrupa en un sistema democrático, no totalitario, no demagógico, no personalista […] no puede estar imposibilitado de participar en la vida política".

Esa presencia de la democracia en el discurso público de la dictadura no era solo un eslogan. Para Perriaux, el imaginario que Videla garabateaba en público tenía un formato que su grupo había definido por escrito como un "régimen mixto" que combinaba democracia, aristocracia y monarquía. El documento hablaba de una "nueva democracia o nueva república" en la que la consulta electoral, la igualdad de oportunidades y la rotación en el ejercicio del poder debían balancearse con otros dos órganos. Uno era un "consejo de notables" en el que "una minoría dirigente valiosa" integrada por civiles y militares con poderes supremos evitaría que "mayorías electorales contingentes puedan poner en peligro la continuidad histórica de la Nación". Cerrando el círculo autorreferencial del combate al totalitarismo inherente al peronismo, Perriaux echaba mano a la filosofía política clásica e imaginaba que a ese órgano como un "poder corregidor" que funcionaría como "lo que en la antigua ciudad griega de Heracles se llamaba 'inspector de unanimidad'".[142]

Peronismo sin Perón. Ni peronistas

Y aun así, el atractivo irresistible que producen en la Argentina las demostraciones de apoyo popular también contaminaba al régimen que venía a eliminarlas. Desde el almirante Emilio Massera hasta el general Leopoldo Fortunato Galtieri, no faltaron las ilusiones de transferir apoyos desde el peronismo a otras identidades y líderes, para derrotarlo dentro de su propio juego. Alberdi había soñado con cooptar el poder de los caudillos para la causa liberal y aquella debilidad de origen ante el vínculo inextricable entre líderes y seguidores no había desaparecido. Pero al mismo tiempo, se había transformado en una mueca irrealizable. Perón había representado algo aluvional y contestatario, difícil de controlar, que iba incluso en contra de sus instintos más verticalistas.

En la Argentina, ese vínculo poderoso entre caudillos y seguidores no era tan insondable como se pretendía; se alimentaba de la protesta social y de la crítica a las jerarquías establecidas. Los miembros de la Junta podían reproducir con alguna eficacia y sinceridad la mímica de la masificación, pero la transformación que estaban liderando los colocaba como blanco de esas masas y no como sus referentes.

Luego de que la dictadura arrasara con las guerrillas armadas, la izquierda y las organizaciones sociales, la protesta social reapareció apenas tres años después

del golpe y persistió de forma creciente hasta el final. Como si no hubiera pasado nada y la Argentina no estuviera bajo un régimen sanguinario, de alguna manera resurgía una voz pública demandando pan, paz y trabajo. El paro general convocado por la CGT en 1979 era una evidencia categórica de que, por algún motivo, no había violencia que alcanzara para remover el carácter indómito del país. Está claro que tanto la crisis de la deuda en América Latina como la Guerra de las Malvinas le dieron un golpe mortal a la dictadura en 1982. Pero la atención sobre esos dos eventos enormes muchas veces oscureció otro mucho más sorprendente: la protesta social no estuvo dormida un segundo más de lo imprescindible, y para fines de 1978, por entre fantasmas y cadáveres, trabajadores de todo tipo comenzaban a desafiar el poder de la dictadura y a articular un discurso que denunciaba al mismo tiempo la represión y la injusticia social.

La desindustrialización, buscada a veces y provocada otras, había arrinconado a las fábricas. Los obreros ya no eran tantos como antes, pero eran suficientes como para que los sindicatos –reprimidos, diezmados y burocratizados– lideraran un mundo popular económicamente empobrecido que ahora también se expresaba en comedores populares, recitales de rock, organizaciones villeras y movimientos de base de la Iglesia católica. Para un joven de clase media como este autor, espacios como las escapadas ocasionales a los recitales de Riff eran una puerta a ese universo distinto al de la política que conocíamos. Sí, la lucha contra la dictadura estaba en las marchas y los organismos de derechos humanos. Pero había un sustrato profundo y duradero que se percibía aún más claramente en el barro de la cancha de rugby de Obras Sanitarias durante el Buenos Aires Rock de 1982, donde miles nos sacudíamos a los gritos mientras Pappo recitaba desde el escenario Pantallas del mundo nuevo. Aun en aquel entonces, resultaba curioso y revelador ver a decenas de policías parados ahí, pasivos e impotentes, mientras esa pequeña multitud les cantaba a los gritos “megáfonos recomiendan/use máscara de gas/hay oxígeno vencido/en esta farsa, de la paz”.

En ese mundo nuevo, justamente, aparecían las convicciones de antaño que denunciaban la pantomima de la “democracia formal” casi al mismo nivel que la de la dictadura real. Ambas negaban una libertad que pudiera ser extendida y ejercitada. Como identidad política duradera, lo que le dio sentido al fin del terrorismo de Estado no fue la crítica a la derrota militar en Malvinas, sino la consigna ambiciosa y simple de “pan, paz y trabajo”.

Al reforzar la justificación del aparato represivo como un medio para domesticar

más a las demandas sociales que al comunismo, la dictadura había creado el monstruo que se la devoraría después. Hasta entonces, el peronismo se había caracterizado por una tensión entre la defensa los derechos sociales y la erosión de derechos políticos individuales básicos. Eso le había dado al discurso antipopulista liberal la propiedad casi total de la defensa de la libertad política al margen (y en muchos casos en contra) de la igualdad social. Pero la respuesta a la dictadura fue la creación de un espacio que, por primera vez desde 1945, suturaba esa grieta y presentaba la defensa de la libertad y la igualdad económica como dimensiones compatibles y necesarias. Desde los años ochenta, esta nueva formulación se expresó a veces dentro del peronismo, pero mayoritariamente por fuera de él. La salida al terrorismo de Estado de una sociedad encolumnada bajo el lema "con la democracia se come, se cura y se educa" sintetizaba el nuevo y extendido discurso contra el autoritarismo, pero también una absorción de las ideas populistas por otros actores distantes del peronismo. Desde 1983, las mayorías políticas se moverían dentro de ese flamante consenso en el que la libertad política no solo no era enemiga de la igualdad social, sino que legitimaba su defensa. Frente a esta nueva identidad, el antipopulismo que se hizo dominante desde entonces tomó la forma de una cruzada contra un enemigo multifacético e invisible, y se convirtió en el depositario de las esperanzas más recalcitrantes que habían movido al régimen militar.

▪

[120] "Operaciones contra elementos subversivos (R-C-9-1)" e "Instrucciones para operaciones de seguridad (RE-10-51)", reglamentos internos del ejército argentino, 17 de diciembre de 1976. En José Luis D'Andrea Mohr, Memoria de vida, Buenos Aires, Colihue, 1999, pp. 74-75.

[121] Gerchunoff y Llach, El ciclo de la ilusión y el desencanto, p. 372.

[122] En Sergio Daniel Morresi y Martín Vicente, "Los rostros del liberalismo conservador", en Daniel Lvovich (comp.), Políticas públicas, tradiciones políticas y sociabilidades entre 1960 y 1980. Desafíos en el abordaje del pasado reciente en la Argentina, t. I, Buenos Aires, UNGS, 2020, p. 190.

[123] Entrevistas al general José Rogelio Villarreal y Ricardo Yofre, Archivo de Historia Oral (AHO), Instituto Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

[124] Sergio Morresi, "Neoliberales antes del neoliberalismo", en Germán Soprano y Sabina Frederic (eds.), Política y variaciones en el análisis de la Argentina, Buenos Aires, UNGS, 2009, p. 325.

[125] Paula Canelo, La política secreta de la última dictadura argentina (1976-1983), Buenos Aires, Edhasa, 2016, p. 227; Daniel Fridman, "La creación de los consumidores en la última dictadura argentina", Apuntes de Investigación del Cecyp, nº 14, p. 78.

[126] Massera, El camino a la democracia, Caracas, El Cid, 1979; Enrique Vázquez, PRN, la última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar, Buenos Aires, Eudeba. Citado en Fridman, "La creación de los consumidores", p. 79.

[127] José Alfredo Martínez de Hoz, Quince años después, Buenos Aires, Emecé, 1991, p. 16; Morressi y Vicente trabajan sobre la idea de un sector "liberal-conservador" en la derecha argentina que, en el caso de la dictadura, está constituído por aquellos que criticaban a Martinez de Hoz «por derecha» y lo acusaban de no aplicar el liberalismo avant-la-lettre. Véase Morressi y Vicente "Los rostros del liberalismo-conservador…".

[128] Juan Alemann, La Prensa, 23 de octubre de 1979.

[129] Gerchunoff y Llach, El ciclo de la ilusión y el desencanto, p. 376.

[130] Observaciones y comentarios críticos del gobierno argentino al informe de la CIDH sobre la situación de los derechos humanos en Argentina, Buenos Aires, Círculo Militar, 1980, pp, 95-96.

[131] General Jorge Rafael Videla, Clarín, 12 de mayo de 1976, citado en Canelo, La política secreta.

[132] Observaciones y comentarios críticos…, pp. 95-96.

[133] Gino Germani, Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna (1979), en Carolina Mera y Julián Rebón (coords.), Gino Germani, La sociedad en cuestión. Antología comentada, Buenos Aires, UBA y Clacso, 2010. p. 675.

[134] Tulio Halperin Donghi, La democracia de masas, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 116.

[135] Sobre estos puntos específicos de la obra de Halperin Donghi, véanse Luis A. Rossi, “Las interpretaciones del peronismo en la obra de Tulio Halperin Donghi”, en Roy Hora y Javier Trímboli (eds.), Discutir Halperin, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997, pp. 179-210; Omar Acha, “Halperin Donghi y las memorias del peronismo. Un historiador ante el misterio de las identidades políticas”, Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea (segunda época), Córdoba, año 2, nº 2.

[136] Tulio Halperin Donghi a Raimundo Lida, Berkeley, California, 8 de febrero de 1978, en Miranda Lida, “Un puñado de cartas de Tulio Halperin Donghi, entre la Argentina y Estados Unidos (1954-1978)”, Pasado Abierto. Revista del CEHis, Mar del Plata, nº 4, julio-diciembre de 1993.

[137] Gino Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” (fragmentos), en Redacción, suplemento especial, noviembre de 1979.

[138] Sobre la relación de la revista Redacción con el gobierno militar, véase Marcelo Borrelli y Jorge Saborido, “‘Se acabó la pesadilla’. La revista Redacción y el golpe de Estado de 1976”, en Cuadernos de Historia e Ideas, vol. 8, nº 8, diciembre de 2014.

[139] Citado en Canelo, La política secreta, p. 69.

[140] Canelo, La política secreta, pp. 109-115.

[141] Jaime Perriaux, Las generaciones argentinas, Buenos Aires, Eudeba, 1970, p. 19. Citado en Canelo, La política secreta, p. 114.

[142] Propuesta política de Jaime Perriaux para el Proceso de Reorganización Nacional, abril de 1978. Citado en Canelo, La política secreta, pp. 115-117.

Parte III

Posthistoria

9. Últimas postales del país de la brecha chica

Comienzo y final de la Argentina alfonsinista



Menem encabezó el desmantelamiento efectivo de la Argentina peronista. Su liderazgo representó un antipopulismo en estado puro: sus preocupaciones no ya eran el caudillismo, ni el peronismo ni el atropello a las instituciones, sino las regulaciones estatales y las ideas de justicia social que impedían el desarrollo de una idea de ciudadanía atada a la libertad económica y el derecho de propiedad individual.

Carlos Menem junto a Amalia Lacroze de Fortabat (cuyo marido había participado en 1951 de un intento de golpe contra Perón), 1998. Archivo DyN.

El instrumento que utilizó Ricardo Mazzorín en 1986 para intervenir en el mercado de pollos fue una de las últimas leyes sancionadas en la Argentina antes del fallecimiento de Perón en 1974. La Ley 20.680, o “Ley de Abastecimiento”, daba poderes extensos al Estado para intervenir en el mercado interno en caso de desabastecimiento o escasez de bienes esenciales. Con aquel marco, el gobierno podía establecer precios máximos y mínimos, precios de referencia y hasta márgenes de utilidad para las empresas “en cualquier etapa del proceso económico”. Era la ley fuerte de un Estado débil: había sido promulgada el 24 de junio de 1974, una semana antes de la muerte de Perón, mientras el gobierno perdía por completo el control de la inflación. Doce años después, Mazzorín la utilizó para importar 38.000 toneladas de pollo. Así, el Estado actuaba en un espacio en el que dos compañías, Cargill y San Sebastián, ejercían un control oligopólico sobre el accionar de pequeños productores, la comercialización y el precio final.

El gobierno radical había lanzado en 1985 el Plan Austral, el programa más ambicioso hasta ese momento para controlar la inflación y sostener el valor de la moneda –es decir, en el caso argentino, la capacidad de compra de los asalariados– sin ralentizar la economía. Para combatir el control de precios del Plan Austral de 1985 –que las empresas veían como el símbolo y la realidad efectiva de un Estado que coartaba la libertad económica–, Cargill había declarado un lock-out patronal, reduciendo su oferta y elevando el precio del pollo un 120%. La intervención en el mercado de carnes en 1984 ya le había costado a Ricardo Campero, predecesor de Mazzorín, una ofensiva de los grandes productores vacunos. Ahora, Cargill había montado un poderoso lobby, y había logrado sumar a la Sociedad Rural Argentina y la Confederación Rural Argentina al demandar “la suspensión de toda política dirigista y proteccionista que bloquee la producción”. “De mí esperen simpatía, comprensión, ayuda terapéutica”, respondía Mazzorín, parado en la ley que lo avalaba desde 1974 y mirando hacia el futuro: “Cualquier cosa menos liberación de precios”.

La pelea por la estabilidad de precios se daba con una ley de la Argentina previa a la dictadura. La asincronía no pasaba desapercibida para un formidable arco de grupos económicos, líderes políticos y sectores sociales que desde la restauración democrática de 1983 comenzaban la lenta construcción de una herramienta política que representara al consenso posindustrial consolidado desde 1976. En 1988, casi dos años después de la intervención en el mercado avícola, un problema en la cadena de frío obligó a calificar parte de las

veinticuatro mil toneladas de pollo que aún restaban como no aptas para consumo humano. La oportunidad para señalar el comienzo del fin de ese Estado interventor estaba servida.

Aunque las aves habían sido destinadas al procesamiento para otros fines, el incidente era el escenario ideal para quebrar aquella política. Y con una inflación creciente y un plan económico que se desmoronaba, la relación entre comida y salud de la población, tal vez el nudo simbólico de la política de masas en el que la alimentación de los argentinos parece ser la fuente de legitimidad última del sistema, se transformaba en el arma para su erosión. “Los pollos de Mazzorín” ponían una imagen concreta a la ansiedad que la inflación generaba en la mesa de los argentinos. Un rumor aseguraba que las aves provenían de algunas zonas de la Unión Soviética afectadas por el desastre nuclear de Chernobil; “los pollos de Chernobil”. Un diputado presentó un pedido de informes a la Cámara Baja. Un periodista difundió la supuesta primera evidencia de la corrupción: compró veinte pollos en un comercio, los revolcó en el barro y los mostró después en cámara contando que los había encontrado mientras el Estado intentaba enterrarlos. Otro diputado recorrió la Plaza de Mayo junto a un pollo de telgopor gigante apoyando el reclamo de su colega. El episodio, decía, es “un evento que merece el rechazo unánime de la ciudadanía”. Las causas del desmanejo eran, para él, evidentes: “Esto pasa porque de repente un secretario de Comercio Interior se convierte en empresario y usa al Estado para hacer un negocio desastroso para todos”. El problema no era tanto Mazzorín como las atribuciones intervencionistas del Estado. “Ni Stalin tuvo a su disposición recursos tan poderosos”, explicaba junto al pollo de telgopor.

La respuesta de Mazzorín era contundente. Entre 1986 y 1988, el consumo de pollo había subido de once a trece kilos por persona, el precio se había incrementado cien puntos menos que la inflación y ciento cincuenta menos que la carne vacuna. “Yo sé lo que me dicen los números”, argumentaba: “La oferta doméstica se incrementó y el consumo también. ¿Dónde está el daño?”. Pero en medio de tanto ruido, ¿quién podía escuchar? Para la mayoría de los que aún recuerdan esa época, “el caso Mazzorín” es sinónimo de “Chernobil” y “corrupción”. Es mucho más que un equívoco o una mentira. La percepción de la intervención del Estado en la alimentación de los argentinos como algo nocivo y venal socavaba el principio fundante con el que Alfonsín había llegado al gobierno cuatro años: “Con la democracia se come, se cura y se educa”. Los ensayos para desregular las relaciones sociales básicas durante los años que siguieron llegaban a sus instancias finales.

El periodista que exhibió aquellas aves compradas como evidencia de la existencia de los pollos de Mazzorín era el movilero Daniel Hadad. El diputado que presentó el pedido de investigación era el justicialista Alberto Pierri. El que se paseó junto al pollo de telgopor era Alberto Albamonte, el joven dirigente de la Ucedé, el partido liderado por Álvaro Alsogaray. Desde distintos lugares, los tres serían protagonistas cruciales de la década que sobrevendría al colapso del gobierno de Alfonsín al año siguiente. Antes de tiempo y arrastrando sombras del pasado, el futuro había llegado.[143]

Pero no tanto. En la historia argentina que arrancó en 1983 hubo dos tiempos paralelos, órbitas sinuosas que se movieron en simultáneo durante casi cuatro décadas alrededor de dos consensos opuestos. Mucho más que una frase hecha, el eslogan “Con la democracia se come, se cura y se educa” expresó un punto de quiebre con dos tradiciones consolidadas. Una, asociada al peronismo, suponía que la alimentación, la salud y la educación eran prioridades políticas más allá del ejercicio de la democracia. La otra, más vinculada al radicalismo desde los años sesenta, sostenía que la defensa de las instituciones políticas republicanas era el núcleo de un régimen democrático. En aquel eslogan, las instituciones republicanas perdían algo de autonomía y solo adquirían un valor irrenunciable si eran capaces de responder a demandas históricas de la sociedad argentina relacionadas con mantener y expandir las condiciones asociadas al Estado de bienestar. El alfonsinismo fue el primer movimiento político que logró unir con éxito electoral derechos políticos y sociales dentro de un mismo ideario. Y, como tal, era a la vez profundamente estatista: “Con la democracia se come, se cura y se educa” equivalía, para quien quisiera oírlo, a “Con el Estado se come, se cura y se educa”.

Esta asociación entre derechos políticos y sociales era al mismo tiempo una novedad y un atraso. En buena medida había sido una reacción a las condiciones históricas precedentes. Las violaciones masivas a los derechos humanos durante la dictadura militar hicieron evidentes las consecuencias catastróficas de no valorar los “derechos formales” aun para quienes, desde el peronismo y la izquierda, los habían desestimado en función de una idea de liberación asociada a la esfera económica. Pero al mismo tiempo, esta nueva realidad se leía desde una vieja tradición, nacional y regional, que conjugaba la garantía de la ciudadanía en clave del bienestar social. En esta idea fuerte de soberanía, los miembros de una comunidad son parte de una nación que los habilita a ejercer su libertad política, los protege contra la violencia del Estado y les garantiza alguna forma de igualdad de oportunidades económicas. Que los organismos de

derechos humanos expresaran no solo la condena a los crímenes de la dictadura, sino también la reivindicación de las demandas de una sociedad que se empobrecía era una característica singularmente argentina. El populismo, como experiencia histórica, parecía haber desaparecido para siempre.

Lo que emergió en 1983 es un sistema de creencias y acuerdos básicos que podríamos llamar el "consenso alfonsinista". Esos acuerdos giraban alrededor de una superposición explícita de derechos humanos y derechos sociales, y de una confianza implícita en el rol dominante del Estado y de la acción colectiva para la realización de estos derechos.

Cuando Mazzorín ejecutaba la Ley de Abastecimiento, cuando Alfonsín ponía en marcha el Juicio a las Juntas, cuando el gobierno lanzaba el Plan Alimentario Nacional, y cuando recurría a los plebiscitos y la movilización popular, estaba traduciendo en políticas públicas el nudo de ese consenso.

Pero en el control de precios interno había una carga simbólica tan relevante como la económica. ¿Por qué el Estado podía considerar legítima la regulación del precio del pollo y no la de los calzoncillos? Las razones últimas de la acción de Mazzorín tenían menos que ver con las situaciones de crisis bélicas que fundamentaban la intervención del Estado en el decreto de 1974 y más con la noción básica de una economía moral, en la que el valor de uso de ciertos bienes debía imponerse sobre su valor de cambio, porque eran necesarios, imprescindibles para la comunidad y por tanto no podían estar sujetos a las pujas individuales. Para Alfonsín, la intervención en el mercado de pollos podía ser un manotazo desesperado por contener la inflación; para Cargill era un ataque a los fundamentos del comercio. Y Cargill, aun antes de empezar la pelea, tenía razón.

Mucho más que un programa partidario, el consenso alfonsinista nunca incluyó a

la totalidad del gobierno de Alfonsín. Como un magma, varió a lo largo del tiempo en sus énfasis, componentes y protagonistas, y se desplazó como lava por partidos y organizaciones varios a lo largo de la democracia argentina moderna. Desde los organismos de derechos humanos hasta la renovación peronista y desde partes importantes del sindicalismo hasta componentes centrales del kirchnerismo, pasando por la experiencia del Frepaso, el consenso alfonsinista fue el centro a partir del cual se constituyeron –conflictivamente, en contra y a favor– organizaciones políticas y propuestas electorales.

No hay elemento dominante más determinante de la historia argentina posterior a 1983 que la combinación de democracia política, derechos sociales y creencia en el rol del Estado expresada en el consenso alfonsinista.

Pero mientras este consenso constituía una novedad nacional, también ponía al país en una situación extemporánea y de atraso respecto del resto del mundo. En buena parte de Europa y los Estados Unidos, en los años ochenta se produjo una de las transformaciones ideológicas más trascendentes de la historia moderna, que marcó al revés del caso argentino: la separación entre derechos humanos y derechos sociales. Sobre todo a partir del triunfo de Ronald Reagan en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos en 1980, la consolidación de la Nueva Derecha se caracterizó por una restauración del valor de los mercados y del moralismo político. Fue William Clark, subsecretario de Estado de Reagan, quien explicó que el fin de la Guerra Fría no dependía tanto del aparato militar, sino de “una respuesta ideológica” a la Unión Soviética en una lucha “por la libertad política”. En buena parte del mundo, el concepto de derechos humanos había sido la expresión política de los derechos sociales; los Estados Unidos se disponían a realinearlos por fin con la noción de derechos individuales. Richard Allen, el asesor de seguridad nacional de Reagan, describía el destino del mundo en sentido inverso al de la Argentina. “La noción de derechos económicos y

sociales es un engaño y una distorsión del sentido original de los derechos humanos”, decía. “Vida, libertad y propiedad” eran los componentes de la definición escueta. Clark, más expeditivo, decidió por fin que el concepto mismo de “derechos humanos” no podía ser rescatado y que en su reemplazo debía invocarse el lenguaje de “derechos individuales”, “derechos políticos” y “libertades civiles”.[144]

Reagan había asumido el poder en 1981, Margaret Thatcher en 1979. Alsogaray había fundado la Ucedé en 1982 tras la Guerra de Malvinas, a tono con aquellas transformaciones. Lo que luego se conoció como la revolución conservadora en los Estados Unidos e Inglaterra ponía en clave democrática la agenda que los liberales-conservadores venían impulsando en la Argentina. Quien quisiera podía percibir que el consenso posindustrial estaba en sincronía con los valores y los cambios que movían al mundo hacia adelante, pero a contramano de los acuerdos generales que se imponían en el país. Neoliberal, nuevo liberalismo, liberalismo social, liberalismo moderno: Alsogaray nombraba su doctrina de distintas maneras, pero prefería “economía social de mercado”. En todas, sobresalía el énfasis en poner fin al legado populista tanto en términos de políticas públicas como, sobre todo, de la idea de sociedad. Faltaban apenas unos años para que Thatcher negara la propia existencia de la sociedad, aunque la idea de la centralidad del individuo ya era el núcleo duro del pensamiento neoliberal. Pero el dato transformador de la revolución conservadora era suponer que el individuo no existía naturalmente, sino que debía ser construido mediante la acción política. La pelea por el discurso, la política económica, la institucionalidad política y la opinión pública registraban en el caso Mazzorín un punto extremo de un proceso de construcción de largo aliento. Y para que las caminatas de Albamonte junto con un pollo de telgopor se deslizaran desde el ridículo hacia la construcción de una subjetividad individual novedosa, atada a la mano la legitimidad institucionalidad del peronismo alrededor de Pierri y la histeria colectiva alrededor de Hadad, haría falta primero el fracaso alfonsinista, es decir, el final de un proyecto políticamente antipopulista y socialmente inclusivo.

El antipopulismo democrático de Alfonsín

Hice mi primer peregrinaje a Chascomús el 8 de julio de 1989, apoyando la planta del pie sobre la brasa caliente del país. Alfonsín dejaba el gobierno en el tumulto hiperinflacionario y un montoncito de estúpidos imberbes subidos a unos micros escolares viajó un par de horas para alentar a su cascoteado líder. Chascomús era un pueblo modesto, a la medida de Alfonsín. Quizá, visto desde el presente, con tonos que la acercaban social y arquitectónicamente a la Córdoba de los años cuarenta en la que Roggio iba a la escuela pública. La laguna y el pequeño casco rodeado de unas cuantas casas bajas, el cuadrángulo de la plaza central, el edificio municipal de Francisco Salamone (uno de los más insípidos de su carrera), el Club Náutico en el que Alfonsín había ritualizado la rosca alrededor de un plato de pejerreyes con puré.

Mi último peregrinaje fue exactamente treinta años más tarde, en el invierno de 2019. Apenas una hora después de cruzar el Riachuelo, el pueblo cambió, y no. La versión telúrica del "boom turístico" era difícil de detectar entre los cuatro gatos locos que caminaban por la costanera contra un viento húmedo, las mesas desvencijadas del café y los juegos despintados de la plaza. Aun así, los hoteles estaban completos, la casa de Alfonsín era un bed and breakfast y los pejerreyes del Club Náutico provenían del moderno criadero contiguo, que renueva los peces que pierde la laguna y de paso provee a otros pueblos de la provincia, del interior y de Brasil. Frente a la costanera estaba la estatua de Alfonsín, bastante fea, con algún parecido a Juan Gelman y el gesto de estar caminando contra el viento, los hombros apesadumbrados. Casi vencido.

El homenaje más revelador, ficcional, estaba en una de las paredes del palacio municipal. Era un mural realizado en 2018 por Marcelo Carpita, en la gestualidad neoperonista de Daniel Santoro o Ángeles Crovetto. Líneas rectas y luces claras separaban escenas litúrgicas del Estado de bienestar (la mujer que alimenta, cura y educa) de militares rindiéndose. Pero la imagen más poderosa se veía en la parte superior derecha del mural, arriba de un Alfonsín enérgico, donde aparecían un carnero con una cucarda de la Sociedad Rural y, asomando por detrás, el hombrecito rojo de Clarín. Es una sociedad binaria en la que el

pueblo tiene enemigos que son identificados y denunciados desde el púlpito presidencial.

Es el cuadrante populista de Raúl Alfonsín.

El mural reinventaba al alfonsinismo en clave kirchnerista. Pero al hacerlo revelaba también las corrientes profundas de la política de los años ochenta. El discurso de Alfonsín ante la Sociedad Rural de 1988 es un momento mítico de la política democrática, memorable. Ante la rechifla general de los asistentes, en medio de una lluvia tan persistente como los insultos, Alfonsín le quitaba a sus adversarios su legitimidad de origen para convertirlos en enemigos: “No creo que sean productores agropecuarios”. Y ante el incremento de abucheo e insultos, retrucaba reponiendo en el presente a actores políticos del pasado: “Son los que muertos de miedo se han quedado en silencio cuando han venido acá a hablar en representación de la dictadura”. La reacción tomaba forma en el carácter presidencial pero revelaba, para quien quisiera hacer un análisis del momento, una cronología, involuntariamente rescatada en aquel mural de Chascomús:

El abucheo ruralista y la reacción presidencial a las puertas del abismo nacional marcaron el punto culminante del fracaso del proyecto antipopulista democrático con el que Alfonsín llegó al gobierno en 1983 y al que le dio forma con el discurso de Parque Norte dos años más tarde.

En el discurso de Parque Norte de 1985, el año más ambicioso del alfonsinismo, el presidente radical sintetizó lo que imaginaba como una forma de antipopulismo democrático, del cual el alfonsinismo era su experimento más formidable. En un país "donde la intransigencia […] era considerada una virtud", Alfonsín llamaba a los radicales a encontrar espacios de consenso en los que el ciudadano pudiera regenerarse como parte de una masa democrática. El presidente criticaba el egoísmo liberal que había "debilitado la solidaridad social, generando situaciones de desamparo y miedo que nos han hecho particularmente permeables a las pseudosoluciones mesiánicas –populistas y otras– en las que el individuo aislado busca una instancia en la cual reconocerse y bajo la cual protegerse". Para Alfonsín, lo que había jodido a la Argentina era la fragmentación y no el hombre de la multitud. El populismo seguía siendo un defecto que debía ser enmendado, pero había que buscar sus causas profundas en la construcción de un sujeto individual sin pertenencias colectivas significativas y moldeado alrededor de la maximización del beneficio económico: "El egoísmo ha sido el caldo de cultivo tanto del autoritarismo pseudoliberal como del mesianismo populista". Con la esperanza puesta en rescatar un liberalismo ahistóricamente verdadero, Alfonsín convocaba a su proyecto modernizador a las masas peronistas, "protagonistas de una experiencia histórica donde la justicia social conmovió como proyecto a nuestra sociedad", que por eso "veían en la democracia su necesario sostén". Para ser un antipopulista efectivo, a Alfonsín le sobraba populismo.

Surgido de las cabezas de Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola, el discurso de Parque Norte culminaba tres décadas de reflexiones originadas en aquellos años del final del primer peronismo, alrededor de los esfuerzos de la nueva izquierda por interpretar la adhesión de las masas al peronismo más allá de ideas de cooptación y manipulación. Alfonsín recogía esa preocupación en un momento clave de la Argentina e imaginaba que la incorporación de las masas sería posible no tanto por la disposición del peronismo o la genuflexión sindical, sino por su capacidad para acomodar a las élites, a sus ideas y a sus propiedades en un proyecto socialmente inclusivo.

El discurso de Parque Norte fue importante por lo que dijo y por cuándo lo dijo. Diciembre de 1985 es acaso uno de los momentos más vigorosos de Alfonsín. El gobierno parecía haber controlado nada más y nada menos que la inflación mediante el Plan Austral. El radicalismo había derrotado una vez más al peronismo –esta vez fracturado– en las elecciones legislativas de noviembre, confirmando a los ojos del oficialismo que el triunfo de 1983 no había sido un

episodio aislado. El conjunto daba la impresión, al menos para Alfonsín y la organización sobre la que se montaba su liderazgo, de que se había puesto en marcha un cambio de país apoyado en una política de masas, con beneficios económicos para las mayorías, fortalecimiento de las instituciones y regulación del conflicto social. El discurso ante la dirigencia radical reflejaba y producía ese ánimo.

Ese poder que Alfonsín atribuía a la política en aquel discurso era de otra época. Alfonsín era de otra época. Vista a través del lente de la explosión del consumo de masas y la estratificación flagrante que caracterizaron los años siguientes, la Argentina de los años ochenta era una tienda ruinosa, de comercio módico y subsistencia más o menos amena para una parte importante de la población. Viajes en avión para pocos, buenas rotiserías para muchos, vida de barrio en la que se conjugaba el atraso oligárquico y los beneficios peronistas disfrutados en gran parte por quienes se le oponían ferozmente.

Alfonsín fue el último presidente del país de la brecha chica. Y uno de los últimos en enterarse.

Lo que sucedió desde 1985 fue en verdad el desmantelamiento progresivo de lo que Alfonsín imaginó aquella noche en Parque Norte. La convocatoria amplia para al menos mantener aquel legado igualitario fue cediendo día a día. A poco de arrancar, el flamante Estado posdictadura mostraba formidables dificultades para ser ese espacio marxista donde las clases dominantes resuelven sus contradicciones y perdía también la capacidad de terciar en la puja distributiva. En la medida en que Alfonsín mantenía el horizonte de una democracia política atada a la inclusión social, la imperfección de su antipopulismo democrático radicaba precisamente en que lo democrático se convertía en una válvula por la que emergían, como síntoma de su fracaso, componentes del populismo que buscaba desterrar: la conformación de un pueblo abigarrado antagonísticamente contra un enemigo identificable, el intento imperfecto de colar detrás suyo a una masa movilizada, la identificación del líder como héroe y víctima sacrificial de un pueblo necesitado de protección ante enemigos poderosos.

Un camino jalonado por el populismo que, como describe María Esperanza Casullo, “pega para arriba”.[145] Progresivamente, Alfonsín se carajeó en persona con la Iglesia católica, con Clarín, con los militares, con los capitanes de la industria, con Reagan. Era desde ahí, desde ese “arriba” indescifrable del poder, de donde venía, como eco del pasado, el terror. Una vez más, y en contra de lo que postulaba buena parte de la sociología, las teorías de la modernización, el funcionalismo y la psicología de masas, era el miedo de las élites, y no el de las masas irracionales, lo que conducía a una sociedad al autoritarismo. Ahí, en ese espacio insondable de la relación entre las élites económicas y el Estado, se desvanecían las esperanzas más cándidas sobre la transición. A principios de 1988 la inflación llegaba al 15% mensual y desde ahí no pararía de subir. En el gobierno se acomodaban rápidamente a las miradas del país que venía, al mundo que estaba cambiando ahí afuera y que a los ojos modernos hacía ver a Buenos Aires como una foto pobre sacada detrás de una ventana en un día lluvioso. Unos años antes, Rodolfo Terragno había publicado La Argentina del siglo 21, un improbable best seller que describía al país como una carreta atrasada a las puertas del futuro. Ahora, como ministro de Obras y Servicios Públicos entre 1987 y 1989, emergía como la nueva cara del gobierno: privatizaciones y una menor intervención pública en la regulación de la actividad económica harían posible satisfacer más necesidades con menos conflicto distributivo. Más Terragno y menos Mazzorín. El consenso alfonsinista se arrinconaba a sí mismo.

En julio de 1988, Carlos Menem ganó las elecciones internas y se consagró como candidato del justicialismo. Sobre ese telón de fondo, agosto fue lo que es un mes de invierno en la Argentina. Empezó con el anuncio, el 3 de ese mes, del Plan Primavera, la tabla de salvación con la que el gobierno buscaba contener la inflación sin afectar el nivel de empleo ni el poder adquisitivo como para llegar al menos con aire a las elecciones del año siguiente. Una parte central e irreversiblemente débil del plan era reemplazar el control de precios por “acuerdos sectoriales”, una de las mil vueltas para evitar los efectos inflacionarios de la puja distributiva. La respuesta tardó exactamente diez días en llegar, con el abucheo de la Rural el día 13. En la misma escena final del antipopulismo democrático de Alfonsín resucitaba el viejo antipopulismo autoritario, cuya duración y eficacia sería mucho mayor. Ese enroque entre el pasado y el futuro no podía ocurrir en otro lugar que no fuera la Sociedad Rural.

El puente conceptual sobre el que se montaba el ataque a esa asincronía nacional requería ajustes menores a la retórica del antipopulismo. Aun si el populismo había desaparecido, la oposición a su fantasma era necesaria para darle fuerza al

consenso posindustrial. Para eso, el antipopulismo dejaba a un costado la preocupación por el personalismo y el caudillismo y se concentraba en el proyecto de desmontar la sociedad en la que aquellos fenómenos habían tomado forma: el excesivo peso de los sindicatos y de las regulaciones estatales en la vida económica del país. Sin haberlo planeado, abría así el futuro para la llegada de Carlos Menem.

Con sus pollos de telgopor, Albamonte daba forma a lo que vendría. La Ucedé nunca llegaría a ser un partido mayoritario, y el antipopulismo posindustrial debería esperar un tiempo más para construir un instrumento de poder propio y original. Pero la victoria que estaba a punto de obtener era quizá más significativa y su expansión no podía medirse solo por el crecimiento electoral del partido liberal. El lento proceso de construcción de un país de individuos aislados estaba por entrar en una aceleración nunca vivida hasta ese momento. Eliminados los espejismos de la demagogia y el liderazgo carismático, la verdadera discusión de 1989 giró alrededor de la construcción de una relación nueva entre Estado y sociedad en una clave ajena a la tradición argentina y cercana a la forma en la que cambiaba el mundo. La competencia sería entre Angeloz y Menem; entre un candidato que abrazaría esa nueva relación con un ímpetu irrefrenable y otro que la implementaría con esas mismas ínfulas. No había forma de perder.

Dos leyes y un escollo

Desde los años setenta, el antipopulismo había desplazado su objeto de tirria desde el peronismo como estructura política al legado colectivista de aquel movimiento. La llegada de Menem al poder en 1989 culminó ese proceso unos quince años más tarde. Es posible pensar que, bajo muchos parámetros, los diez años estigmatizados como "los noventa" hayan sido más significativos para la consolidación del consenso posindustrial que los gobiernos más genuinamente antipopulistas de la dictadura militar y de Mauricio Macri combinados. La política está hecha de acontecimientos, muchos de ellos inesperados y derivados de su coyuntura más que de las reglas de la historia. En este caso, la "coyuntura" fue la crisis hiperinflacionaria que puso fin a los atrasos nacionales. Durante el gobierno de Alfonsín, los argentinos habían visto implosionar ante sus ojos las certezas básicas de la posguerra, desde el rol de las empresas públicas en la expansión de la infraestructura básica del Estado de bienestar hasta la capacidad estatal para regular los precios internos, pasando por la percepción de una sociedad abigarrada hacia el medio de su estructura social y por la noción de que el mundo del trabajo formal era, con sus notables imperfecciones, el mecanismo privilegiado de integración social. Lo único que se mantenía firme era el poder de los sindicatos, como un recuerdo extemporáneo de una realidad que había desaparecido.

Desde 1989, la presión de la memoria y el presente hiperinflacionarios le dieron al peronismo sino credibilidad, al menos un espacio vacío en el que la puja distributiva se desarrollaba con sordina, con sindicatos que habían perdido buena parte de su fuerza, con una dirigencia mayormente cooptada y con un mundo laboral heterogéneo que tardaría unos años en producir sus propias formas de representación. Desde esa oportunidad, el menemismo iba a producir una operación simbólica única que lo alejaba también de las experiencias liberales anglosajonas de la década anterior: la igualdad no desaparecía del horizonte político –eso recién ocurriría en 2015–, sino que las reformas estructurales se convertían en el instrumento actualizado para lograrla. Bordando un espacio precario entre los dos consensos que definían la democracia argentina, el menemismo tomó forma como la ilusión fantasiosa de que la tensión entre

individuo y sociedad tenía una resolución más pospopulista que antipopulista y de que el desmantelamiento de lo que quedara del Estado de bienestar no implicaba un golpe letal a las tradiciones igualitarias que permeaban la política argentina.

Con la libertad de mercado se come, se cura y se educa.

Esta formulación podía no ser la ideal para Alsogaray, pero esta vez le tocaba a él y a su partido acomodarse y situar sus ideas en una tradición política más amplia. Lo mismo podía decirse de la complicidad condescendiente con la que las élites se dispusieron a aceptar un liderazgo político que era un producto de la democracia de masas, en tanto y en cuanto aparecía como un recurso para reorientarla. Al final de cuentas, bastaba prestarle atención a figuras como Reagan, Bill Clinton o Tony Blair para que quedara claro que tanto las reformas neoliberales de los años ochenta como los proyectos que las hicieron políticamente sustentables en la década siguiente podían y debían apoyarse sólidamente en liderazgos carismáticos. El antipopulismo vernáculo y la sociología funcionalista habían establecido una relación de opuestos entre racionalidad técnica y liderazgo carismático, entre el peso del escepticismo pragmático de los profesionales y la fe redentora de los populistas, pero la llegada de Menem los replanteaba como elementos que podían convivir en una misma fórmula. Quedaba claro que en la fascinación con el saber técnico y el pragmatismo de las restricciones económicas también había un componente inexplicable, una dosis de temor irracional. Y esto a su vez, paradójicamente, permitía reificar el mito antipopulista de la tecnocracia que en su momento había enarbolado Onganía para que se expandiera al resto del arco político.

La preminencia del saber técnico y la calidad de gestión fue algo parecido a un cambio de régimen. Ahí se sumergieron los protagonistas de toda una época, haciendo que ese consenso, secreción del menemismo, fuera luego la base del discurso que se le volvería en contra. Así fue como para la segunda mitad de los años noventa era común encontrarse con Chacho Álvarez o con dirigentes de la

Alianza deshaciéndose en elogios, por ejemplo, hacia el economista neoliberal Federico Sturzenegger. La expertise y la lucha contra la corrupción. La reconfiguración radical que estaba viviendo la Argentina se podía explicar así por la venalidad o la incompetencia profesional más que por la lucha de intereses y la consolidación de sectores económicos con capacidad de operar una fenomenal redistribución de la renta.

El símbolo del éxito rotundo del saber técnico, particularmente depositado en los economistas, fue la Ley de Convertibilidad y la figura asociada de Domingo Cavallo. La combinación de la memoria traumática de la hiperinflación con la calma de la paridad cambiaria hizo realidad por un tiempo la fantasía añorada de un país sin puja distributiva. Y la aparición de un liderazgo bifronte producía el efecto de hacerlo digerible en términos de una pata técnica que llevaba adelante la transformación y otra política que generaba consenso. El peronismo que abrazaba la economía social de mercado era la realización de un antipopulismo exitoso en sus misiones fundamentales.

La Ley de Convertibilidad fue también el experimento exitoso que puso fin a la hiperinflación y le dio vida al gobierno de Menem. Pero las transformaciones más significativas del período, y aquellas que más efectivamente contribuyeron a desmantelar el legado populista y a construir un nuevo orden social, no tenían nada que ver con la convertibilidad y sobrevivieron largamente a la paridad cambiaria. Las dos herramientas que resumen el carácter transformador de la época son la Ley 23.696 de Reforma del Estado de agosto de 1989 y la Ley 23.697 de Emergencia Económica del mes siguiente, ambas aprobadas con el fondo de una hiperinflación galopante. Cada una era un golpe letal a los componentes clave del patrón de desarrollo de posguerra y al mismo tiempo abrían las puertas a la construcción de un nuevo país. La Ley de Reforma del Estado fijaba los marcos normativos para la privatización de empresas públicas, incluidas las compañías de telefonía, agua, luz, gas, aviación, así como ferrocarriles, complejos siderúrgicos, petroquímicos, rutas, autopistas, puertos. Lo que el gobierno de Alfonsín había explorado de forma tímida y culposa adquiría ahora un vigor refundacional. El carácter transicional que dejaba atrás una época quedaba graficado en el fallido con el que el ministro de Obras Públicas, Roberto Dromi, presentó la ley: “Nada de lo que deba ser estatal permanecerá en manos del Estado”.

La eliminación de la interferencia estatal en las relaciones entre agentes económicos desiguales aparecía como la oportunidad para el ingreso de nuevos

actores que acentuarían esa desigualdad. La reforma del Estado fue el punto de partida para que la Argentina se sumara a lo que luego se denominaría globalización, que en los hechos estuvo caracterizada por dos fenómenos específicos de esa década: el crecimiento espectacular del valor del comercio mundial por arriba de la producción y el flujo de esos capitales hacia los países en vías de desarrollo. El pico del proceso se dio en 1996, cuando unos 200.000 millones de dólares viajaron en esa dirección, un monto que, como porcentaje del PBI de esos países, duplicaba al de una década atrás.

La Ley de Emergencia Económica fue, como la describieron Gerchunoff y Llach, “un golpe frontal al corazón del capitalismo asistido que imperaba en la Argentina desde la posguerra”. La ley suspendía por seis meses buena parte de los mecanismos de intervención del Estado en la economía doméstica, desde los regímenes de promoción industrial hasta la estabilidad del empleo público. Esos seis meses se prorrogarían luego seis meses más, y otros seis, y así indefinidamente.[146] En la trayectoria extendida desde 1991 del empleado público que recogía su indemnización para montar un negocio particular se consagraba por fin la idea de libertad individual sobre la que se forjaba el antipopulismo liberal desde la caída de Perón. Fue la primera versión del emprendedor que se consagraría en el lenguaje liberal dos décadas más tarde. Pero el cambio venía con una coda: en la forma acelerada en la que esos ex empleados públicos debían deshacer su flamante negocio para abrir uno más chico, y luego cerrar ese para pasar a integrar el bloque de pobres y desempleados ante la imposibilidad de pagar los precios de una economía desregulada, se veía también el resultado de la interacción desigual entre agentes económicos y la soledad del individuo por fuera de las instituciones que le daban cobijo.

La escala de estas transformaciones fue restringida por un solo fracaso que, visto retrospectivamente, resultó fundamental para dar forma a la democracia argentina que sobrevendría en las décadas siguientes. Menem ganó las elecciones el 14 de mayo de 1989, pero debía asumir el 10 de diciembre. La brecha parecía demasiado amplia en un país cuya inflación de mayo había sido del 79% y que llegaría al 200% en julio. Para adelantar su asunción, Menem exigía que la UCR votara un paquete de medidas en el Congreso inmediatamente, ya que los miembros nuevos recién asumirían en diciembre y los votos radicales aun resultaban necesarios. Las leyes de Emergencia Económica y de Reforma del Estado se pactaron en esos días para ser aprobadas después, pero hubo una tercera medida que ocupó infinitas negociaciones. El

equipo del presidente electo liderado por Raúl Granillo Ocampo exigió que Alfonsín indultara a los miembros de las Juntas Militares encarcelados por violaciones a los derechos humanos como condición para asumir antes de tiempo. El tema parecía extemporáneo, alejado del espiral inflacionario en el que se iba la suerte del país. La exigencia estuvo varios días en la mesa de negociación. Alfonsín, que había retrocedido en aspectos clave de su política de derechos humanos con las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final, que dejaron a la mayoría de los perpetradores de violaciones a los derechos humanos fuera del alcance de la justicia, percibió que el impacto simbólico de un indulto redefiniría el sentido de su legado político y se mantuvo inflexible en su negativa. Al final, Menem aceptó asumir el gobierno con anticipación, el 8 de julio de 1989, con las dos leyes que cambiarían el futuro del país, pero sin el indulto.

Visto hoy, el fracaso de Menem en su intento de que fuera Alfonsín quien indultara a los militares fue el pilar desde el cual se pudo mantener en pie el consenso alfonsinista. Respondiendo a presiones domésticas varias, Menem se imaginaba al frente de un país que alineaba su régimen democrático con la transformación conservadora que ocurría en los Estados Unidos e Inglaterra. En 1989, la aceptación de aquella exigencia del indulto hubiera implicado la disolución del complejo derechos humanos/derechos sociales y el desguace simbólico de la transición. El fracaso de aquella gestión, al contrario, fue lo que ayudó a que el consenso alrededor de los derechos políticos como herramienta para la democratización de la sociedad estuviera en fricción con los cambios de la década. Sin la ayuda de Alfonsín, Menem decretó el indulto en 1990, uno de los mayores retrocesos de la transición democrática, con el apoyo o la tolerancia de la enorme mayoría de la dirigencia peronista. Que los disidentes que denunciaron esta aberración renunciando al oficialismo se denominaran “El Grupo de los 8” habla de cuán reducida había sido la confrontación a Menem dentro del gobierno. La aquiescencia del partido reflejaba también el alejamiento respecto de sus propias bases: Menem gobernó durante la totalidad de sus dos mandatos con una consistente mayoría de sus votantes –y de la población en general– en contra del indulto.

Entre la modernización y el clientelismo

Junto con la regulación de la economía, el otro fantasma de la Argentina populista que sucumbió en medio de estas transformaciones fue el de la puja distributiva. Y una vez más, el liderazgo caudillista parecía el remedio inesperado contra esa disputa que en el pasado había impedido la paz social. La consagración de esa suerte de paternalismo sin protección se podría simbolizar en una sola fecha: mayo de 1995. Ese mes la desocupación alcanzó una cifra récord del 18,6%, mientras que Menem obtuvo su reelección en primera vuelta, con el 49,84% de los votos. En la configuración de una nueva mirada del mundo que permitiera ver el populismo como una experiencia del pasado y como una forma del atraso (un Weltanschauung, como dirían los historiadores), la era estaba pariendo los ingredientes que definieron a la Argentina futura, no tan atada a la suerte de Menem, sino de la alianza social que lo prohijó.

El triunfo de esa coalición social consistió, entonces, en sacar la economía social de mercado de los márgenes atribuibles a la experiencia autoritaria para ponerla en el medio del ring democrático, en tensión permanente con el consenso alfonsinista. Un segundo cambio vinculado fue la asociación entre paz social y fin de la puja distributiva, un combo que luego se convirtió en la identidad de la Alianza que derrotó a Menem en 1999, y también en el corsé del que no logró salir. La eliminación del conflicto social volcaba el énfasis de la política hacia el saber técnico y la honestidad de los individuos. Esta línea evolutiva dentro de la década del noventa se expresó en la figura de Chacho Alvarez: en diciembre de 1989 renunció al PJ en repudio al indulto, denunciando el quiebre del consenso fundacional de la democracia; unos años después fundó el Frente Grande montado sobre una denuncia sistemática de la corrupción menemista y en 1997 dio forma, junto con la UCR, a la Alianza, una herramienta política formidable, constituida sobre las bases de esa misma ruptura que había denunciado nueve años atrás.

En la reafirmación periódica y casi autómata de la convertibilidad con la que Fernando de la Rúa y Chacho Álvarez llegaron al gobierno en 1999, resaltaba esa necesidad fundamentalmente política (José Luis Machinea sostenía desde

1995 la necesidad económica de buscar una salida gradual a un esquema que privaba al país de política monetaria) de asegurar una alianza social entre quienes aborrecían la redistribución de ingresos y quienes habían sido derrotados en ese reparto, entre ganadores y perdedores. La elección llegaba en el final cronológico de la década, pero la Alianza proyectaba la sombra de esos años sobre el siglo XXI. El legado menemista, en ese sentido, conectaba en la Argentina la revolución conservadora de los años ochenta con el auge socialdemócrata de la Tercera Vía que le sucedió, en el que el desmantelamiento del Estado de bienestar se presentaba –como en la Argentina– como una forma de alcanzar la igualdad más que como un desprecio a ella. Tras una década y dos mandatos, Menem estaba simplemente menos preparado que la Alianza para representar ese estado de ánimo que había ayudado a crear.

Dos transformaciones sobre las que giraba ese nuevo consenso de los años noventa se vivieron en la economía y en la sociedad y se proyectaron hasta bien entrado el siglo XXI. En la economía, una parte de la inserción internacional estuvo marcada por la acelerada modernización del agro y la expansión de la minería. Para quienes nos tocó relatar esa época desde los medios de comunicación, los cambios que ocurrían en el espacio abstracto de la estructura económica podrían haber sido detectados en episodios anecdóticos cercanos a nuestra vida cotidiana. Fue a partir de 1995 que nuestras agendas, definitivamente políticas, empezaron a poblarse de almuerzos con representantes de compañías mineras canadienses e invitaciones de Monsanto para conocer las transformaciones del noreste argentino, mientras los horizontes laborales del periodismo se expandían a las áreas hasta entonces desconocidas de vocerías y relaciones públicas de multinacionales del sector primario. La inversión en tecnología para la producción ganadera, la expansión de la producción de soja genéticamente modificada y las nuevas inversiones en minería abierta que se hicieron realidad en los años noventa, al calor del discurso liberalizador, fueron los instrumentos con los que, quince años más tarde, el kirchnerismo buscó una forma de reducir la pobreza y la exclusión sin exacerbar la puja distributiva. Lejos del populismo clásico, la experiencia que se iniciaba en 2003 buscaba en el legado de los noventa la realización de las promesas inclusivas de décadas atrás.

En el “otro extremo” del tejido social, el cambio sobre el que tomaría forma el antipopulismo futuro fue la construcción del clientelismo como elemento distintivo de la nueva política de masas. Las fábricas y los trabajadores desaparecían del horizonte de preocupaciones a medida que el peso de la

industria decrecía y el empleo autónomo, la economía informal y el desempleo se convertían en los rasgos dominantes (y, al menos para los medios de comunicación y el discurso político, novedosos) de la Argentina. Pero las masas, obstinadamente, no desaparecían de la política y eso obligaba a nuevas y aceleradas producciones simbólicas. La incipiente expansión de planes sociales y políticas asistenciales se convertía en la verdadera parte “social” de la economía de mercado, y se hacía iconografía en el conurbano bonaerense. Para 1997, más de medio millón de personas se vinculaban a las “manzaneras”, como se conocía a las referentes barriales del Plan Vida creado tres años antes por el gobierno provincial. En los años siguientes, planes diversos y sus beneficiarios se multiplicaron exponencialmente, porque el repliegue del Estado es, siempre, su redespliegue.

Una de las mayores expresiones de la muerte del populismo era el reemplazo del trabajo industrial por los planes sociales como mecanismos privilegiados de inclusión. Pero esto, lejos de acallar las voces del antipopulismo, redobló las ansiedades sobre la forma en la que las masas tomaban decisiones políticas. En los años cuarenta, la pertenencia a sindicatos controlados por el Estado conspiraba contra la capacidad de los trabajadores de pensar individualmente y subsumía sus capacidades como individuos en la alquimia del interés de clase. Pero a fines de siglo era justamente el estado de soledad y presunta desorganización lo que convertía a estos nuevos pobres en víctimas de un régimen extorsivo representado por los punteros que poblaban el conurbano ofreciendo ayuda a cambio de lealtad. Al final de cuentas, el mayor logro del consenso postindustrial había sido la emergencia del individuo como sujeto autónomo y racional, liberado de las ataduras de la sociedad, pero esa reinvención se dividía de inmediato entre consumidores y productores libres de un lado, y sujetos incapaces de ejercer una ciudadanía libre por el otro. La relación clientelista era un espacio de fantasía en el que élites y clases medias podían resignificar el proceso de toma de decisiones de amplios sectores de la sociedad como un problema al que enfrentar con dosis inciertas de desprecio, espíritu redentor y violencia.

La aparición del pobre como cliente político fue el puente de plata con el que el antipopulismo entró de

lleno al siglo XXI.

▪

[143] Hay pocos análisis históricos del caso Mazzorín. Sobre su relevancia para entender las transformaciones del período, véase Jennifer Adair, In Search of the Lost Decade. Everyday Rights in Post-Dictatorship Argentina, Oakland, University of California Press, 2020, cap. 4 ("'Chernobyl Chickens': Economic Planning and the Caso Mazzorín"), pp. 68-87.

[144] Véase Greg Granin, The End of the Myth. From the Frontier to the Border Wall in the Mind of America, Nueva York, Metropolitan Books, 2019, pp. 218-219.

[145] Casullo, ¿Por qué funciona el populismo?, p. 84.

[146] Sobre el impacto de estas leyes y la integración de la Argentina a la economía global, véase Gerchunoff y Llach, El ciclo de la ilusión y el desencanto, pp. 424-435.

10. Cruzada final

El macrismo, primer triunfo democrático de la derecha antipopulista


LA NACION

Un país que se divide irremediable, hostil. El aumento de las retenciones a las exportaciones agropecuarias promovido por el gobierno de Cristina Fernández abrió las puertas a la última reencarnación antipopulista: la triple convicción de que la libertad económica y el crecimiento están amenazados por un gobierno autoritario, de que el campo podía asociarse a la modernización económica y política del país, y de que el enfrentamiento al gobierno podía expresarse en la movilización política y la competencia electoral. La cultura política que acompañó a Macri ocho años después fue el fruto dilecto de aquel espíritu de época.

Café frente al Cabildo durante una movilización sindical, 18 de junio de 2008. Foto: Carlos Bosch.

Lo que ocurrió durante los primeros años del siglo XXI hasta el 11 de marzo de 2008 puede ser visto, desde hoy, como la preparación del antipopulismo moderno en su última y triunfal reencarnación. Ese día, el Ministerio de Economía emitió la Resolución 125, que establecía una fórmula móvil para calcular el porcentaje de derechos de exportación de soja, maíz, trigo y girasol según el precio pagado en puerto. Difícil imaginar que una resolución de contenido tan técnico pueda ser un parteaguas en la historia. Pero la oposición al nuevo régimen, más conocido como “las retenciones”, fue el espacio en el que tomó forma el clivaje social de una coalición política amplia que llegaría al poder años más tarde. Cristina Kirchner llamó “los piquetes de la abundancia” a las protestas contra la Resolución 125. La respuesta de largo plazo a esa acusación fue construir una fuerza política que desmintiera esa descripción.[147]

En las biografías y relatos personales de quienes dieron forma al gobierno de Macri, la crisis política y económica que terminó con el gobierno de Fernando de la Rúa en 2001 aparece como un momento de iluminación. Iván Petrella, Laura Alonso, Gabriela Seijo, Esteban Bullrich o Sergio Bergman son algunos de los que reconstruyen públicamente sus trayectorias alrededor del impacto que tuvo en sus vidas el desmoronamiento de las promesas democráticas en 2001. En 2013, Macri resumiría ese espíritu al reflexionar sobre sus razones personales para hacer política y sostener que “lo decisivo fue el deterioro que sufrió nuestro país en 2001”. La fecha se convierte en esos relatos en una especie de linaje, tradición, marca de origen. “Eso me terminó de convencer de que tener la sociedad que creemos que nos merecemos iba a depender del compromiso de cada uno, no iba a surgir de casualidad”, dijo Macri.[148] La declaración de principios enunciaba de forma transparente el hartazgo con la incapacidad de los partidos políticos existentes para llevar adelante la idea de un país liberal y la decisión, ofuscada y entusiasta, de tomar el proyecto en sus propias manos. En buena parte, ese punto de partida funcionaba como justificación de una escalada simbólica y política irreversible. El catastrófico final del gobierno de la Alianza demostraba, para ellos, la dificultad del sistema político para liderar una relación nueva entre sociedad y Estado.

Ese no fue el único derivado de la crisis de 2001. El kirchnerismo, por su parte, se concebía como tributario de las protestas, las demandas y las promesas incumplidas de la Alianza. Tras dos años de crisis, sus primeros pasos en el gobierno asumido en 2003 hacían realidad un sueño que había sobrevolado la ilusión democrática desde 1983: la construcción de un espacio imaginario en el

que los consensos políticos transversales acercaban los extremos de una sociedad polarizada, mientras el boom del precio de las commodities permitía recomponer los ingresos y mejorar la calidad de vida de los sectores populares sin afectar la tasa de ganancia empresaria. El modelo garantizaba productividad a tal punto que permitía algo de redistribución, y hacía visible el horizonte de una sociedad más justa sin la amenaza de una puja redistributiva sanguinaria. Después de tantos intentos, el milagro antipopulista de posguerra se concretaba en las manos improbables de Néstor y Cristina Kirchner. Una épica mínima convertida en gesta generacional, pero construida sobre el punto endeble de la nación: la sobreexposición de la estructura social al perfil externo volátil de su economía.

De hecho, fue esa limitación estructural del kirchnerismo lo que le dio aire a la última aparición de un antipopulismo de izquierda que enfatizaba el carácter conservador más que el potencial revoltoso del populismo. Con una mirada regional, analistas como Maristella Svampa señalaron desde entonces a los movimientos populistas en países como Argentina, Bolivia o Ecuador como el componente más conservador de las coaliciones políticas progresistas que gobernaron América Latina desde principios del siglo XXI. En un contexto de reprimarización de la economía, esta crítica señalaba cómo el énfasis en los liderazgos personales, la opción por la redistribución interna de los beneficios de los precios internacionales y la explotación intensiva de los recursos naturales colocaba a los populismos como una suerte de freno de coaliciones progresistas con perspectivas de la economía, la sociedad (incluso el género) y la naturaleza mucho más radicalizadas. Y aunque esta última encarnación del antipopulismo de izquierda quedó arrinconada por el conflicto que crecía a su derecha, el tiempo le dio la razón en toda la región.[149]

En esos años, Néstor y Cristina Kirchner aprovecharon el consenso extendido que proveía esta coyuntura favorable para materializar una forma de republicanismo popular que no solo enfatizaba la relación entre derechos políticos y sociales, sino que también imaginaba una extensión de derechos y mejoras institucionales ajenos a las tradiciones políticas de los años setenta con las que ellos se identificaban. El imperativo “proceda” con el que Néstor Kirchner ordenó al jefe del Ejército que bajara los cuadros de los presidentes de la dictadura de las paredes del Colegio Militar clausuraba una era. Para muchos, aquel consenso alfonsinista iniciado en 1983 recuperaba la centralidad que las crisis de 1989 y de 2001 habían puesto en duda.

No duraría mucho. Esa fantasía de paz social llegó a su fin con la Resolución

125. La disminución de la brecha social solo parecía posible sobre la base de un sector primario dominante. El triple incentivo de un “nuevo modelo económico de matriz diversificada, de acumulación con inclusión social” que Néstor Kirchner había descripto en su asunción se hacía realidad en sus dos últimos términos, a costa de traicionar el primero. Exagerando un dato real, el gobierno cifró la pelea por las retenciones como una forma de redistribución de la riqueza, en la que quienes se favorecían de un beneficio externo debían contribuir al bienestar general. Cristina señalaba la falta de legitimidad del “sector que mayor rentabilidad consiguió en los últimos cuatro o cinco años” y criticaba: “Cuando hay pérdidas debemos socializarlas y cuando las vacas vienen gordas, las ganancias son para ellos”.

Esa proclama colocaba automáticamente a quienes se oponían a las retenciones como enemigos de la justicia social. Resulta que quienes se oponían eran muchos. Pero muchos más eran los que tenían otros reparos ante el gobierno kirchnerista y encontraron en la polarización del conflicto un espacio desde el que vociferar sus reclamos. Néstor Kirchner recordaba “comandos civiles” y “grupos de tareas”. Elisa Carrió, en sus desvaríos, acertaba en la clave cronológica que arrinconaba al kirchnerismo. “El pueblo camina hacia la historia, el gobierno camina hacia el pasado. Ojalá no se enfrenten”, decía retóricamente, “porque uno va para adelante y el otro va para atrás”.

Desde el personalismo a la corrupción y desde los efectos desparejos de las obras de infraestructura a la política internacional y al propio estancamiento en los ingresos de los sectores medios, las demandas podían tener poco que ver con la rentabilidad del agro. Pero la confrontación con el gobierno colocaba al frente de una renovación política al sector que desde el comienzo de la democracia había estado políticamente en tensión con la propia idea de democratización.

La noción de “populismo” como problema reapareció por última vez en ese contexto. La confrontación entre “pueblo” y “antipueblo” reproducía el tipo de polarización binaria y excluyente que se le atribuye a la lógica del discurso populista. Para el kirchnerismo, esa impugnación moral daba por descontado el carácter antidemocrático de las élites, pero tenía como blanco a la clase media. Néstor Kirchner, cuya mayor innovación había sido poner en conversación tradiciones afines a los sectores medios y a los excluidos, hablaba ahora de que “nuestra clase media, que fue lamentablemente instrumentada muchas veces, tiene que darse cuenta de que nunca van a encontrar la solidaridad de los sectores de la oligarquía argentina”. Esa invectiva, sistemática y algo falaz,

permitió que sectores medios con vínculos más tenues con el kirchnerismo buscaran otras formas de representación política.

Fue así como, en su versión inicial, el antipopulismo retomaba algunas de las preocupaciones que le habían dado al kirchnerismo un lugar diferente al del peronismo clásico. La famosa “transversalidad” con la que el kirchnerismo buscó construir un espacio alterno al peronismo ponía a esos temas en relación directa con la inclusión social.

A partir de 2008, la idea republicana de la consolidación institucional y la defensa de las libertades, o la denuncia de la corrupción, por ejemplo, eran problemas que tenían poco que ver con la 125, pero su defensa otorgaba vigor a la plataforma opositora. Desde el campo y los partidos que se movilizaban a su alrededor, aquellas demandas ya no se conjugaban en clave de igualdad, sino en nombre de una libertad amenazada por un Estado que buscaba apropiarse de los frutos de su trabajo para comprar voluntades entre los pobres.

Porque, desde esa perspectiva, en el fondo, ¿quién podía apoyar un régimen tan claramente viciado y perjudicial? Por fuera de los ideólogos y los funcionarios, solo un sujeto político ilegítimo, hijo de la necesidad y la falta de razón. Definir los perfiles fundamentales de ese “pueblo” como presencia política fue importante en la construcción de una alternativa antipopulista de poder. En el pasado, el gaucho, el compadrito y el cabecita negra habían sido distintas imágenes de esa relación viciada entre pueblo y política a lo largo de doscientos años. El nuevo sujeto recogía la memoria histórica de aquellos viejos protagonistas, pero debía ser también un producto novedoso que expresara a un orden político nuevo, el que sucedía al descalabro del consenso alfonsinista.

“Choriplanero” fue un concepto novedoso en la consolidación final y caída de la nueva derecha. El término aparece muy esporádicamente durante la primera década del siglo XXI, siempre después de la llegada del kirchnerismo al poder en 2003. Pero a partir de 2010 se transforma en una palabra de uso común entre activistas opositores al gobierno con o sin identificación partidaria firme. El fracaso del kirchnerismo en su intento de aprobar la Resolución 125 y su derrota en las elecciones legislativas de 2009, incluso el triunfo del PRO contra el mismísimo Néstor Kirchner en la provincia de Buenos Aires, ofrecían una nueva plataforma para construir una identidad.

Junto con eso, la crisis internacional de 2008, la desaceleración del crecimiento

económico y el nuevo aumento del desempleo daban forma a un nuevo mapa social de la Argentina. El "choriplanero" era un producto directo de los planes sociales, ya fueran del gobierno nacional o de las provincias. Su aparición en el firmamento antipopulista coincide con el lanzamiento por parte del gobierno de la Asignación Universal por Hijo (AUH), el plan social de mayor alcance de los doce años de kirchnerismo. Junto con ese plan, una variedad de programas dirigidos a poblaciones específicas apuntó (con suerte diversa) a tener un impacto redistributivo a favor de los más vulnerables.

A diferencia de todos sus predecesores, "choriplanero" era un término completamente nuevo, diseñado para la ocasión. El neologismo, obviamente, combinaba el diminutivo "chori" con un neologismo interno, "planero", para señalar a quienes recibían alguna forma de asistencia social. La combinación era reveladora del juicio. El gaucho y el compadrito eran productos de un desarreglo social y de alguna manera precedían a la política. El cabecita negra, a su vez, tenía huellas evidentes de una condición social subordinada, pero era su adhesión al peronismo lo que lo tornaba problemático. El "choriplanero", en cambio, parecía situado en la intersección justa entre la sociedad y la política, y sus patologías en uno y otro ámbito se alimentaban mutuamente. Pero en su caso la condición de víctima instrumental estaba acentuada. En los años noventa, las manzaneras de Duhalde evocaban el poder discrecional de aquellas mujeres que podían mediar entre los punteros y su base social. De hecho, Chiche Duhalde –oficialmente a cargo del plan– había reconocido alguna inspiración en los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) de Cuba. El "choriplanero" era una versión de aquello corroída por el tiempo y la exclusión, sin nada que ofrecer más que su independencia política.

Poco importaba que esos planes, sobre todo la AUH, estuvieran montados sobre mecanismos más o menos universales que liberaban un poco esos lazos clientelares. Menos aún importaba el hecho de que el peso de estos planes en la población beneficiaria tenía variaciones enormes de tiempo y lugar, y no siempre era un monto tan importante como para justificar ese vínculo perverso. En realidad, el término volvía al lugar mítico de una debilidad irracional de los pobres para insistir con que aquellos que se movilizaban o votaban o expresaban su apoyo al peronismo o a los sindicatos o a los líderes populares o a los activistas indígenas –o la esperanza por algún cambio sustantivo en su situación– actuaban movidos por las necesidades volitivas y no por la razón. Si iban a una marcha, era porque recibían comida; si votaban, era porque recibían beneficios del gobierno. Un término literalmente reaccionario, "choriplanero" describía

aquello que rechazaba esta nueva ola conservadora y lo que, a su vez, definía la imaginación política del conservadurismo liberal moderno. Los pobres eran un objeto de la política, manipulados por jefes y punteros inescrupulosos que se apoderaban de su subjetividad política a cambio de satisfacer necesidades básicas, a diferencia de CEO, arquitectos o proctólogos, que eran auténticos sujetos, liberados de las ataduras del hambre y la necesidad, y capaces de canalizar sus ideas y sus intereses mediante ideas e instituciones que nos representaran a todos.

La condición de “objetos” era la diferencia entre el ciudadano y el cliente, el fantasma que desde los años noventa había reemplazado al sindicalismo como una politización problemática de los sectores populares. En el discurso clásico, el sindicalismo había sido la forma en la que los trabajadores habían desarrollado una dependencia de Perón, en una maquinaria que condicionaba los beneficios sociales a la subordinación política. El cliente vivía una situación análoga, pero al otro lado del arco de la modernización, cuando la sociedad industrial se desmantelaba. Los beneficios sociales que lo mantenían al borde de la marginalidad solo se renovaban si el cliente se sodomizaba ante la maquinaria política de turno mostrando su apoyo incondicional. El “choriplanero” estaba así en el centro conceptual de una dinámica que le quitaba respetabilidad a la propuesta política populista y a quienes la seguían.

Pero esa respetabilidad no se derivaba del dinero, sino del tiempo. Lo que los pobres debían aprender, entonces, era a esperar. Esa era la clave de un ejercicio infinito de disciplinamiento. Esperar mucho, esperar para siempre. En las colas, en el colectivo, en el hospital, en la municipalidad. En 2018, Javier Auyero tomó la idea de Pierre Bourdieu de que la espera es una de las formas más crudas de experimentar los efectos del poder para pensar la política de los pobres en el conurbano bonaerense. Las opciones de los pobres parecían una cárcel sin salida, escribió, porque “hagan lo que hagan, la condena simbólica recaerá en ellos”.

Si se rehúsan a esperar y “des-esperan” manifestando su impaciencia en las calles, se los acusará de disruptivos y/o desestabilizadores. Si, para abreviar los tiempos de espera, “hacen clientelismo”, se dirá que son objetos –no sujetos– de la política, “choriplaneros”, en el estigma biempensante de turno.[150]

En esas dos formas distintas de luchar contra la espera se producía la paradoja del “choriplanero” como estigma, condenado por no disfrutar de una autonomía de pensamiento que, de tenerla, haría volar por los aires las jerarquías de quienes lo condenaban. El pobre del imaginario antipopulista es el pobre chileno. No quienes sufren las miles de formas de ser pobre en el Chile real, sino el “buen pobre” que retrató Daniel Matamala en medio de la crisis social y sanitaria de 2020 como deseo de las élites: paciente, agradecido, comprensivo y obediente. Y sobre todo decidido a ceder a otros las decisiones que impactarán en su vida porque, como ironizaba Matamala, “de seguro los que tomarán la decisión de si ellos tienen o no para comer mañana son gente seria, que por ningún motivo estarían improvisando en un asunto tan importante”.[151]

En la Argentina, la supuesta abulia del “choriplanero”, su sumisión pasiva al puntero imaginada desde quienes lo acusaban de ser un sujeto manipulado era, al mismo tiempo, lo que estaba salvando al sistema que los señalaba y que en esa condena cobraba una nueva vitalidad. La denuncia a los “choriplaneros” energizaba a la base del conservadurismo político en la Argentina al mismo tiempo que le permitía ver (y ocultar) lo que ellos buscaban. Jóvenes profesionales que se identificaban internacionalmente a sí mismos con Obama o con Macron (o con cualquiera que, a sus ojos, aparecería como joven, atlético y moderado) no podían dejar de ver en esos sujetos a una masa cooptada por promesas indecentes. ¿Marchas en defensa de la universidad pública? ¿Movimientos a favor de la legalización del aborto? ¿Protestas por las reformas al sistema de pensiones y jubilaciones ¿Una huelga general? Los nuevos conservadores y liberales argentinos veían en todo esto la aparición de formas de acción política contaminadas y manipuladas pero, sobre todo, carentes de la sensatez que solo se adquiere con el tiempo.

El espesor político de la espera lo daba, otra vez, la idea de la transición como un proceso de maduración que requería posponer por un tiempo la satisfacción de algunas necesidades inmediatas. Pero en este caso se trataba de una espera especial. Los gauchos ofrecían una resistencia atávica a un tiempo que avanzaba irremediable. Los compadritos incomprendían. Los cabecitas negras abrazaban demasiado rápido los beneficios del futuro moderno. Todos estos sujetos avanzaban en la historia adentro de una cápsula sin tiempo, vivían un espacio sin presente en el que debían desarrollar las cualidades de un sujeto político moderno. Pero si todos ellos quedaban atrapados en el laberinto del progreso, la transición que vivía el “choriplanero” era la del retroceso, la tarea que tenía por delante era desaprender los parámetros de la sociedad integrada a partir de la

cultura del trabajo, para aprender a ser individuo y ciudadano desde la exclusión y la informalidad. Ese camino estaba plagado de peligros. Para convertirse en ciudadano e individuo informal debía sortear las trampas de un submundo en el que la necesidad económica derivaba fácilmente en el derroche, lo que al mismo tiempo reforzaba la dependencia de la ayuda social y la necesidad económica inicial.

En 2010, la AUH aún no había cumplido un año de vida como el programa asistencial más abarcativo de la Argentina, cuando el entonces titular de la UCR, Ernesto Sanz, condensó el imaginario de la nueva derecha sobre esa relación específica entre la sociedad y el Estado en una sola frase. El dinero que reciben los pobres por la AUH, dijo, "se está yendo por la canaleta de la droga y el juego".

Pero Sanz no estaba en contra de las políticas sociales ni de la idea básica de que aquellos excluidos del mercado de trabajo (o en sus escalones más vulnerables) podían requerir ayuda. El jefe de uno de los dos partidos de la coalición gobernante reconocía "cuestiones que son positivas: jubilaciones, asignación universal, planes sociales", según sus propias palabras en esa misma conferencia de prensa. "Positivas en teoría", agregaba de inmediato. Su mirada resumía el temor conservador ante aquellas políticas que, en el intento de hacer el bien, profundizaban el mal. La "tesis de la perversidad" con la que Hirschman describía una forma retórica de la reacción se materializaba en el conurbano bonaerense: "Simple, sugerente y devastador (en caso de que sea cierto), el argumento ha resultado popular entre generaciones de 'reaccionarios,' a la vez que bastante efectivo entre el público en general. En los debates actuales", decía Hirschman en 1991, "se lo evoca como el efecto contraintuitivo, contraproducente o, más directamente, perverso de alguna política pública 'progresista' o 'bienintencionada'. Los esfuerzos por alcanzar la libertad harán que la sociedad se hunda en la esclavitud, la búsqueda de la democracia producirá una oligarquía y una tiranía, y los programas de bienestar social crearán más pobreza en vez de disminuirla. En todo sale el tiro por la culata". [152]

A diferencia de la oposición al peronismo clásico, en este caso ya no se trataba de un rechazo ante la redistribución de ingresos desde los sectores de mayores recursos hacia abajo: los efectos de la AUH en la redistribución progresiva de ingresos, como los de otras políticas sociales, nunca fueron muy significativos. La indignación de Sanz era más bien un rechazo ante una especie de exceso de

acción estatal que terminaba produciendo un efecto contrario al deseado. El país estaba siendo perjudicado “por un gobierno que cree que la distribución de la riqueza pasa por la distribución de dinero de los gobernantes”. Como durante el peronismo, lo que faltaba era una solución genuina a la pobreza, que solo podía llegar por el lado del aumento de la productividad, algo que solo podía lograrse apoyando, paradójicamente, al vértice más alto de la pirámide social. “No hay método más potente en distribuir la riqueza que generar riqueza”, decía Sanz y redondeaba un razonamiento que se cerraba sobre sí mismo: “y que apostar a los sectores que la generan”.

Obviamente, los choripanes eran algo de lo más ubicuo en estas y otras manifestaciones, antes y después de 2010, tanto como los incentivos monetarios y las promesas de ayuda antes de las elecciones. Tanto como los CEO y los proctólogos, las masas encuentran formas de obtener beneficios derivados de su involucramiento en política y en la construcción de la volonté generale. Pero los creyentes en las instituciones liberales pueden convertirse muy rápidamente en guardianes del individualismo, incapaces de ver los intercambios materiales como algo más que la contaminación de las transacciones políticas que los ciudadanos deberían supuestamente ejecutar de forma individual. Si los habitantes de las barriadas pobres participaban en una actividad política, incluidos algunos de los actos masivos que el PRO protagonizó durante su ascenso y apogeo, esto solo podía ser aprobado bajo la ilusión de que aquellos habían concurrido de manera individual y no habían obtenido ningún beneficio por su participación. Y, por supuesto, si podían imaginar que no había habido un choripán o la promesa de un plan social como parte de ninguna transacción.

En ese sentido, el “choriplanero” evocaba en sus detractores una combinación de desprecio y miedo, pero con una dosis necesaria de compasión y posibilidades. Su comportamiento social lo señalaba como criminal, su lugar en la política lo convertía en enemigo, pero su orfandad también lo hacía víctima de un aparato estatal omnipresente del que, por momentos, podía ser redimido.

El futuro es nuestro por prepotencia de mercado

¿Cómo redimirlos y en ese acto redimir a la nación? La trayectoria de Macri fue el cauce en el que se identificó una parte significativa del liderazgo de Cambiemos. Individuos exitosos en la economía, las profesiones liberales y la sociedad civil hacían, como Macri, un sacrificio personal para aportar aquello que les había hecho triunfar, para salvar a la política de sí misma, y para evitar a la Argentina un retorno a 2001. Empresarios, líderes de organizaciones no gubernamentales, arquitectos y abogados, todos tenían algo que traer para cambiarle la cara al Estado. Eran ellos, en acuerdo con aquellas estructuras políticas tradicionales que pudieran traducir sus sueños en un instrumento electoralmente competitivo, quienes podían liderar a aquellos sometidos por necesidad a la dependencia del Estado y los abusos de los punteros hacia una mayor libertad.[153] La imagen del sacrificio personal que profesionales varios hacían al dejar puestos bien remunerados en el sector privado para apostar por un proyecto político conectaba, al mismo tiempo, con la idea del esfuerzo individual como motor de la historia. El énfasis en el emprendedurismo que sobrevendría en los años siguientes corrió a las relaciones sociales y las abstracciones económicas del centro de cualquier explicación económica. De ahí en más esos argumentos se concentrarían en subrayar que el esfuerzo de los individuos podía definir los contornos de una nación. Los problemas del país eran complejos, pero las soluciones no se presentaban en términos de estructuras sociales o intereses, que quedaban invisibilizados detrás de las responsabilidades personales de ciudadanos comprometidos. Casi treinta años atrás, como señalamos, Thatcher había desestimado la existencia de algo llamado “sociedad”. Cambiemos devolvía la percepción de individuos avanzando en una marcha infatigable por liberarse de esa sociedad que, si existía, se vivía de forma opresiva.

El riesgo de no encontrar un espacio de manumisión para las masas era pensado (y presentado) en términos cronológicos como una perpetuación de la falta de libertad y un retorno al pasado. La síntesis de esa concepción la había hecho Alfonso Prat-Gay en Nueva York durante una charla cerrada con inversores en 2015 cuando faltaban pocos días para la segunda vuelta electoral. Como a lo

largo de doscientos años, la modernidad aparecía ahí al alcance de la mano, pero al mismo tiempo cíclicamente amenazada por el pasado al que no dejaba de evocarse. En la charla, Prat-Gay había prometido la liberalización pronta de la economía como requisito para abrir la compuerta de las inversiones extranjeras, y culminó con una jeremiada que trascendía los tiempos. El futuro ministro de Economía del primer gobierno democrático definidamente antipopulista se preguntó si en el futuro no nos reaparecería el pasado (o lo que Prat-Gay imaginaba como el pasado) de un modo fantasmagórico. Como ya citamos en el capítulo 2, advirtió: “No vaya a ser que en 2020 estemos hablando de Fulano de Tal, que vino, no sé, de Santiago del Estero, que no lo conocíamos, apareció de la nada y resulta que se quedó con todo el poder”. Prat-Gay no descubría nada. Es probable que haya pronunciado “Fulano” y “Santiago del Estero” sin siquiera saber que sus fantasías ya habían sido realizadas dos siglos atrás, cuando el caudillo Juan Felipe Ibarra dominó la política de la provincia y puso su poder al servicio de los caudillos federales. Prat-Gay no necesitaba saber eso. Pero en su mitrismo deliberadamente fuera de tiempo alguien hubiera podido leer, también, la base profunda de las victorias por venir.

La operación más formidable del antipopulismo moderno fue la apropiación exitosa de las dos ideas sobre las que se monta la legitimidad democrática de un proyecto de cambio: la libertad y el futuro.

En el horizonte de lo que venía, la figura espectral era la de Venezuela, donde la virtual disolución de la economía iba acompañada de un aumento de la pobreza y de la represión bajo el régimen chavista. La dificultad del kirchnerismo para distanciarse de aquella imagen de un futuro distópicamente tropical abría las puertas a un cuestionamiento general de aquella identidad latinoamericana como opuesta a la visión anglosajona de progreso. Como advirtió Elisa Carrió al comienzo de la campaña, “vamos camino a ser como Venezuela”, un grito que resonaba como un horizonte amenazante ante el cual aún había salvación.

En esa construcción ideológica, la interferencia del Estado en el libre intercambio de los agentes económicos afectaba por igual a todo el tejido social. Las retenciones para los productores agropecuarios, el control de divisas para las clases medias, la extorsión a los beneficiarios de planes sociales, todos eran causa y consecuencia de un desarrollo estancado. El desbloqueo de las relaciones económicas se imaginaba así como el reencuentro con una triple forma de libertad cercenada por el populismo: la libertad de no volver al pasado, la libertad de no condenarnos a un destino latinoamericano y la libertad de abrazar una forma de sociedad situada en el futuro.

Por la razón o la fuerza. Especialmente la fuerza

Redimir a las masas y avanzar al futuro eran la misma cosa. Esa redención, profundamente liberal, llegó el 22 de noviembre de 2015, cuando Macri derrotó a Daniel Scioli y puso fin a doce años de gobiernos kirchneristas. El poder transformador de ese resultado estaba a la vista de quien quisiera: por primera vez desde la irrupción del peronismo, un miembro de las élites argentinas llegaba a la presidencia por medios democráticos. No subía al poder, sino que más bien bajaba a él. En la democracia construida desde 1983, la presidencia y el Estado habían sido ocupados mayormente por abogados de pueblo más o menos afortunados encaramados en formidables organizaciones políticas. Macri era el primer presidente acostumbrado a ver el poder político desde arriba, un lugar en el que había aprendido mejor que nadie que el espacio al que accedía era al mismo tiempo más relevante y más precario que la condición de clase que traía. No era un hombre de la aristocracia argentina tradicional, y la condición de recién llegado la había cargado su padre, creador del Grupo Macri, que había venido desde Italia en 1945, el año del peronismo y medio siglo después que los Di Tella y los Roggio. Pero bastaba escuchar la pronunciación de Mauricio Macri, nunca antes asociada a la voz de la nación, la forma casi sobreactuada con la que las clases acomodadas se deslizan de una vocal a otra salteando el obstáculo prescindible de las consonantes, para entender que él era también el primero de su clase en llevar con orgullo ese símbolo de status a la cumbre del poder político moderno. En la cúspide, la posibilidad de cortar de una vez el ciclo populista que marcaba la historia argentina nunca había estado más cerca.

Y ese corte debía comenzar por la prometida liberación de las relaciones económicas, algo que se hizo realidad en semanas, mucho más rápido de lo que muchos imaginaban, de lo que la propia realidad económica sugería y de lo que incluso muchos economistas cercanos al nuevo gobierno consideraban prudente. El fanatismo resultaba ser un poderoso motor del discurso económico y en apenas unas semanas Macri pudo cumplir buena parte de sus promesas. El Estado levantó las retenciones para todas las exportaciones agropecuarias, eliminó los controles de cambios para permitir la libre compraventa de dólares, eliminó la tenaza que tenía frenados los precios de transportes y servicios, al

mismo tiempo que inició un progresivo desmantelamiento de los subsidios a ese sector.

La liberación del Estado intervencionista había llegado en una especie de pacto suicida. Por un lado, el consenso fundante de Cambiemos era tan firme como para que Macri supusiera, con razón, que el gobierno tenía poco margen para moverse de su promesa. La coalición social que había volcado su apoyo a Macri –desde las empresas prestadoras de servicios hasta las clases medias urbanas que deseaban volver a poder ahorrar en dólares, pasando por comerciantes y productores agropecuarios del interior– estaba a la espera de estos cambios. Y en todo caso, el oficialismo, con el ministro de Economía Prat-Gay a la cabeza, creía firmemente que la remoción de toda intervención estatal se traduciría en un aumento de la inversión directa que compensaría con reactivación económica genuina lo que el país perdía en términos de recaudación y actividad subsidiada.

La identidad nacional es una membrana permeable atada al tipo de cambio. El levantamiento del control de cambios era percibido como una necesidad económica, pero también como el reaseguro de una Argentina de individuos libres.

Compromiso electoral, base social y convicción liberal dejaban poco lugar para el pragmatismo, ni siquiera para el análisis de una coyuntura riesgosa. No sin candidez, el ministro de Cultura de Cambiemos, Pablo Avelluto, llegó a reconocer cuatro años más tarde la ingenuidad de la matriz antipopulista: “Creímos que iba a ser más fácil, que con que se fueran iba a alcanzar”.

No alcanzó. Y aunque es difícil saber qué hubiera pasado en otra coyuntura, el contexto en el que gobernó Macri, agravado luego con el triunfo de Trump en los Estados Unidos y la guerra comercial con China, era hostil para la liberalización. Aparecía ahí también un problema generacional: una parte enorme de la plana mayor de Cambiemos había entrenado su habilidad en la función pública, o

había ingresado a la política, o había abrazado sus primeros consensos, durante los años noventa, cuando era casi imposible no recibir el flujo de inversiones masivas que inundó los países en desarrollo. La noción “si abrimos, vienen las inversiones” era profundamente ideológica, pero estaba anclada en una experiencia histórica.

La impronta formativa de aquella época se extendía más allá del gobierno. En las proyecciones para todo el mundo de octubre de 2016, el FMI afirmaba que “la inflación alta es el derivado de un proceso del actual y necesario proceso de liberalización”. En sintonía con el entusiasmo que provocaba el final de la experiencia populista en América Latina, el organismo anticipaba que “la corrección de los graves desequilibrios y distorsiones heredados del gobierno anterior era necesaria para sentar las bases de un crecimiento vigoroso” que llegaría pronto.

La falta de crecimiento intensificó y anticipó conflictos que de todos modos marcarían la suerte del proyecto reformador. Como cualquiera hubiera podido prever desde un comienzo, la política de Cambiemos no podía leerse solo desde los resultados de su plan económico, sino en la forma en que el gobierno enfrentaría el ancho mundo de las restricciones. Pasado el primer año de gestión, la comprobación de que los beneficios de la liberalización tardarían en llegar, sumada al cambio del clima internacional, repusieron en el centro la seguridad y la disciplina, el abrazo a la lucha contra las drogas y el combate al terrorismo aun en sus formas más espectrales.

La paz social con desigualdad requiere del refuerzo periódico y violento de reafirmar las jerarquías y las diferencias, y en ese sentido había sido premonitorio que una de las primeras consecuencias de la asunción de Cambiemos en diciembre de 2015, apenas cuatro semanas después, fuese el arresto de Milagro Sala en Jujuy, mientras protestaba contra el gobernador Gerardo Morales, uno de los principales aliados de Macri. Sala, la dirigente de la agrupación Tupac Amaru, era la cara visible del mundo después del sindicalismo, la confirmación de que acabada la industria no había desaparecido aquello que resultaba más irritante para el pensamiento liberal: el mito constitutivo de la Argentina moderna, el verdadero hecho maldito del país burgués, no son los derechos sociales ni el espíritu rebelde en sí mismos, sino la creencia expandida en el poder transformador de la acción colectiva. Esa certeza derivada de una experiencia de clase tenía en Sala una versión cruda ante la cual convivían el desprecio y la fascinación. Un rostro de los bordes de la política y

de la nación, Sala era la frontera y el extremo, pero sobre todo el exceso y el fantasma de que la acción de masas puede dispararse desde cualquier rincón social o geográfico de la patria. Con la desmesura por arriba de los controles, los abusos de poder, la inadaptabilidad y el despotismo, todo puesto al servicio de un país menos desparejo, Sala confirmaba mejor que Cristina Kirchner o el justicialismo dos certezas nacidas desde principios del siglo XIX: que la tarea sisífica de domesticar a las masas solo terminaba para volver a empezar, y que el vínculo entre las masas y sus caudillos más oscuros seguía siendo inescrutable e indestructible.

Para un proyecto liberal que apostaba a la construcción de instituciones democráticas confiables y duraderas que pudieran posponer y moldear el conflicto social en función de preservar el orden y el interés general, el salvajismo de Sala no solo era el enemigo, sino el objeto de deseo, la envidia de ese estado salvaje en el que se podía actuar sin todas las inhibiciones de la política moderna. Si Sala era el anatema de las montoneras del siglo XIX, ante ella se repetía lo que había sentido Alberdi cuando había soñado brevemente con la posibilidad de sumar a los caudillos federales –su fuerza, sus gauchos, su poder– a un proyecto iluminista. Arrestada mientras realizaba un acampe contra el gobernador, Sala era la cara visible de los vicios de la acción colectiva, traducida en tantos manejos discrecionales de fondos y poder. Cuando Morales describía que la dirigente de la Tupac manejaba “un Estado paralelo” estaba despertando ahí mismo el fantasma de la debilidad del Estado principal. Verdadero símbolo latente e irrenunciable de una época, aún en 2020, tras los reclamos internacionales por su liberación y con Macri fuera del gobierno, Morales no había perdido de vista la importancia de aquel arresto fundacional: “No la voy a indultar”, dijo. “Prefiero que me peguen un tiro en la cabeza”.

Configurada como proyecto de masas, la economía social de mercado que abrazaron los líderes y profesionales de Cambiemos no se desentendía de la búsqueda del progreso social, pero este aparecía formulado en términos de un esfuerzo individual opuesto a la acción colectiva. En esta interpretación, el arma contra el populismo era la meritocracia, un término que con los años se convertiría, sino en bandera de Cambiemos, en un símbolo de su época. Si la aristocracia derivaba las diferencias de posiciones fijas y heredadas en la sociedad, desde el siglo XVII la meritocracia había sido un furioso ataque a esta forma de privilegio. Nada previo a la vida social podía condenar a unos y recompensar a otros. No era la base de un pensamiento igualitario, pero sí un argumento en favor de la igualdad de oportunidades. Sobre esta base, John Stuart

Mill, por ejemplo, consideró la necesidad de otorgar el derecho a voto a los más educados en la sociedad, pero la mismísima base de la democracia moderna marcaba los alcances de las conquistas meritocráticas sobre las viejas estructuras hereditarias: el art. 1 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano proclamaba que los hombres nacían iguales y vivían en una igualdad de derechos en la que "las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común". Cambiemos enfatizaba en la Argentina la necesidad de una sociedad dinámica con incentivos; en su versión, sin embargo, el lugar de la aristocracia como portadora de una desigualdad sin utilidad común lo ocupaba un campo difuso de actores de las clases bajas: los beneficiarios de los planes sociales, aquellos protegidos por derechos conquistados por los sindicatos, o las empresas amparadas por regímenes especiales. En esa mirada, Sala y sus representados –y los beneficios que todos ellos obtenían fruto de su presión colectiva– constituían un obstáculo a la sociedad dinámica mucho más formidable que el de un apellido ilustre.

Durante 2017, y a medida que los resultados esperados de las reformas se postergaban, se produjeron dos corrimientos simultáneos. Uno fue temático y estuvo dado por el ascenso de la seguridad por sobre la economía como centro del discurso y la acción de gobierno. El otro fue cronológico y consistió en el reemplazo de la apuesta a un futuro mejor por la advertencia de no retroceder a un pasado ominoso. "Hay un sector de la sociedad, que por suerte es una minoría, que insiste en volver al pasado. Ese es el debate que está sobre la mesa", le dijo el presidente a una cadena de televisión alemana a mediados de ese año. La invocación al populismo como amenaza, sea en la referencia grosera a la herencia de los setenta años de peronismo o a alguno de sus legados señalaba, en verdad, los límites tempranos del macrismo. Si la conquista del futuro como terreno propio había sido un triunfo del liberalismo, el énfasis creciente en el pasado marcaba los límites de aquella victoria.

Para 2017, las referencias deliberadas y espontáneas al populismo y sus legados se expandían en el discurso oficial y en amplios sectores de su base de sustento. En marzo, mientras los sindicatos marchaban desde todo el país hacia Buenos Aires como parte de la Marcha Federal Docente, Macri ofreció la gaffe reveladora de considerar "una terrible inequidad, de aquel que puede ir a la escuela privada versus aquel que tiene que caer en la escuela pública". La frase irritante y el énfasis en el verbo caer reverberó en amplios sectores de la clase media que habían logrado huir de un sistema educativo público en desmantelamiento y de muchos otros que aún no podían hacerlo. Nacido en

1959, Macri había asistido al colegio Cardenal Newman, uno de los más exclusivos del país, que reproducía entre los individuos los lazos endogámicos de clase. Desde el apoderado del PRO José Torello, hasta el efímero ministro de Finanzas Nicolás Caputo, el presidente había imaginado el futuro argentino en el intercambio con los círculos superpuestos de sus compañeros de educación, junto con los directivos del grupo Socma. Si Roggio había convivido con trayectorias sociales dispares en su escuela pública cordobesa de los años cincuenta, la experiencia de Macri quince años después lo limitaba dentro de su propio círculo. Una vez más, el quiebre de los años sesenta en la memoria histórica y la experiencia de clase volvían desde el pasado como un latigazo del inconsciente para recordar lo que estaba en juego. Claro que Cambiemos se nutrió también de distintos sectores de la sociedad civil y de la política, incluidos, desde luego, el peronismo y el radicalismo.[154]

La educación pública y los sindicatos que ese día marchaban sobre Buenos Aires eran la representación por excelencia del legado populista. Para 2017, el populismo, súbitamente, estaba en todas partes. Y, para el observador desprevenido, podía significar cualquier cosa. Pero la mirada atenta detectaba en la reencarnación final de ese concepto sentidos precisos y certezas compartidas con una buena parte del electorado. Una clave de esa Argentina tironeada entre el pasado y el futuro se puede cifrar en una escena menor, reconocible por todos, de no más de noventa segundos, que tuvo lugar en una mañana destemplada de invierno, el 13 de julio de 2017, en un rincón arrumbado del conurbano bonaerense. Participaron personajes improbables, profundamente nacionales, que usaban un lenguaje gastado, aprendido durante décadas. Un idioma que anticipaba, en palabras truncas e imágenes imprecisas, aquello que los intérpretes mismos no terminaban de saber sobre el drama que estaban protagonizando.

Ahí, un comisario de la policía bonaerense cumplía de forma sumaria con la tarea asignada de apalear trabajadores. Ese día se trataba de trabajadores y trabajadoras despedidos que habían tomado la fábrica PepsiCo en Florida. En esa planta, la multinacional alimenticia producía gaseosas y papas fritas, entre otras cosas. Productos de masas, consumo barato, contaminante e insalubre que alimenta a poblaciones como la que rodea a la propia fábrica, pero en toda América Latina. La compañía se encontraba en un proceso de consolidación a nivel regional, y la caída brutal de la actividad económica en la Argentina había puesto a aquellos trabajadores en el patíbulo. Con el detalle de que la comisión interna de PepsiCo, como varias del sector alimenticio, estaba controlada por la

izquierda. El gobierno había ordenado la recuperación de la planta, y había delegado la tarea en agentes de infantería de la Policía Bonaerense. Es algo recurrente en la historia de los grupos dominantes y que se confunde con la buena educación: la clase alta es más amable no solo porque su vida es más confortable, sino porque durante la mayor parte del día delega la defensa física de su espacio y su propiedad a las fuerzas de seguridad. Coincidencia inverosímil, el cuerpo especial de la Bonaerense que se hacía presente ahí había sido creado en 1917, exactamente un siglo antes de este incidente, en el pico de la curva en la que el activismo anarquista y de izquierda se ponía al frente de la política de masas.

El comisario de la Bonaerense llevaba adelante la represión con diligencia y hasta algo de amabilidad. En algún momento, un movilero lo interrumpió: "Comisario, comisario: la policía le está pegando a la prensa. Comisario, comisario". Ahí mismo, desde atrás, emergía Nicolás del Caño, en ese momento precandidato trotskista a diputado nacional por el Frente de Izquierda y los Trabajadores. Del Caño llevaba haciendo aquello casi tanto como el policía, así que aprovechó el scrum sobre el comisario para arrojarse en un lugar intermedio entre los periodistas y los infantes, gritando enardecido. "¡A los diputados, a los trabajadores… le pegan a todo el mundo!".

Comisario: "Acá nadie le está pegando a nadie".

Del Caño: "¡Tiene que resguardar la integridad física de los trabajadores!".

La historia, tal como la conocemos, se quebraba en ese instante. El comisario siguió caminando, pero tomó un respiro entre la represión y el periodismo para dirigirse a Del Caño. En medio del griterío, ambos rodeados de escudos y con las banderas de la comisión interna de fondo, mirándolo fijo a los ojos por primera vez en esa mañana, pero con la atención puesta en las cámaras, el comisario habló: "¡Dejen de hacer populismo!".

Parecía un equívoco. El comisario bonaerense, que quizás haya votado más de una vez al peronismo, buscaba descalificar a Del Caño acusándolo de populista. Del Caño recibía el epíteto como representante trotskista, el movimiento convencido de que la llegada del populismo fue la mayor tragedia que sufrió la clase trabajadora argentina, heredero de Nahuel Moreno, que vio el 17 de octubre de 1945 como el momento en el que "el proletariado atrasado salió a defender el orden burgués contra la propia burguesía".[155] En apariencia, dos

momentos históricos del antipopulismo se cruzaban, intercambiando roles.

Pero Del Caño no rehuyó la acusación. Todos creen que el término “populismo” es demasiado vago y se usa para cualquier cosa. Pero para él, como para el comisario, para los trabajadores de PepsiCo y para los millones de televidentes, no había absolutamente ninguna duda de cuál era la traducción literal del grito policial: “¡Dejen de hacer quilombo!”.

Hay una razón que explica la facilidad con la que todos entendemos lo mismo y sabemos con claridad qué significa y qué no significa un término presuntamente tan ambiguo. Desde mediados de los años setenta, un varietal del pensamiento antipopulista que asocia la política de masas expresada sobre todo en el peronismo con el desorden y con la desobediencia a las jerarquías establecidas había ido ganando terreno en la cultura política argentina.

Cambiemos, que se encaminaba a un triunfo rotundo en las elecciones parlamentarias a finales de ese mismo año sin saber que sería el comienzo del fin, era la expresión más perfecta de esa transformación. El mismo mes de las elecciones, el FMI pronosticaba que la economía crecería un 2,5% más al año siguiente y también que habría un aumento de la demanda interna y del poder de compra de los salarios, todo “mientras se mantiene una rígida política macroeconómica” de control del gasto público. El milagro de la desregulación parecía estar haciendo efecto.

Pero aun con todas esas promesas en el horizonte, el gobierno corrió a la economía del medio y centró la agenda pública del año electoral en el endurecimiento de la política de seguridad. La militarización de la seguridad reemplazaba a la idea de “seguridad ciudadana” que se había impuesto con el tiempo. En marzo, el gobierno emitió un decreto que modificó la aplicación de la Ley de Migraciones con el que buscaba obstaculizar la regularización y facilitar la deportación de residentes extranjeros en la Argentina. En abril, tras una represión violenta contra los docentes en huelga en la ciudad de Buenos Aires, la ministra de Seguridad, Patricia Bullrich, señaló que “el espacio público se defiende con autoridad” y acusó a los docentes de haber provocado a la policía. La represión en PepsiCo ese mismo mes reafirmó la relación entre represión y contención de la protesta social. En agosto, tras la desaparición de Santiago Maldonado y mientras la Gendarmería recibía el apoyo firme del gobierno por su accionar violento contra las protestas indígenas en el sur, Bullrich avivó el fantasma de la integración territorial: “De ninguna manera vamos a permitir una

república mapuche en medio de la Argentina”, declaró, al mismo tiempo que en un documento interno de 180 páginas relacionaba la protesta indígena con organizaciones militares kurdas.[156] En diciembre, semanas después de las elecciones, el oficial de la policía bonaerense Luis Chocobar asesinó por la espalda a un ladrón en plena huida. En los días siguientes, Bullrich respaldó enérgicamente al policía. El presidente Macri lo recibió en la Casa Rosada mientras la justicia decidía su procesamiento y los organismos de derechos humanos que denunciaban al policía eran acusados de politizar la discusión. Era, para Bullrich, el corolario de un compromiso mayor: “Desde el primer día de gestión adoptamos un lema: cuidar a quienes nos cuidan”. Lo que pasó a conocerse como “doctrina Chocobar” le daba nombre y jerarquía a lo que la democracia argentina había conocido hasta ese momento como “gatillo fácil”.

2017 era el momento. Que en el año electoral en el que la economía aún no había entrado en una crisis terminal la figura más relevante del gobierno fuera Bullrich expresaba también las prioridades respecto de los consensos básicos del régimen democrático. Cambiemos energizó a su amplia base electoral bajo la certeza de que el camino del desarrollo podía ser largo, pero debía estar definido por un proceso de disciplinamiento social, un escarmiento que hiciera posible la espera. Desatar aquel nudo entre democracia y democratización, y entre derechos sociales y políticos, habilitaba a una redefinición de ambos. El lema fundacional de la transición democrática podía ser ahora:

Con la democracia no se come, no se cura, no se educa. Esas son cosas que sucederán separadamente.

La imposibilidad de unificar una mirada hacia el futuro alrededor de la figura de Cristina Kirchner mantuvo a la oposición tan dividida como impotente. En las elecciones legislativas de 2017, Cambiemos y sus aliados obtuvieron el 41,7% de los votos, pero la desorientación opositora magnificó la solidez política de Macri tanto o más que los números. Con ese envión, el gobierno anunció de inmediato que avanzaría entonces con los dos proyectos que, en la Argentina y el mundo, eran sinónimo de la liberalización económica en estado puro: la reforma

del sistema previsional y la desregulación del mercado laboral. La reforma laboral era el río en el que se habían ahogado anteriormente las esperanzas liberales, donde habían confirmado una vez más el peso de la acción colectiva organizada a través de los sindicatos, aun si estos habían perdido base social, representatividad y prestigio. Los 145 artículos que Macri llevó al congreso reducían las cargas patronales, las indemnizaciones por despido y la estabilidad de los puestos permanentes, lo que facilitaba la terciarización y subcontratación como mecanismos de empleo. En su momento de mayor poder político y con el respaldo de todas las organizaciones empresarias, Macri no dudó en enfrentar aquella suerte esquiva. "La haremos", dijo, "aunque los sindicatos no quieran".

En la Argentina, la ambición de restaurar a la nación soñada domesticando a su base social dura tres años. Esa fue la extensión exacta de la Revolución Libertadora, pero también fue la duración real de la Revolución Argentina que comenzó en 1966 y que, tras el Cordobazo en 1969, pasó los cuatro años restantes sobreviviendo en el juego de tratar de que no triunfara la guerrilla, de que no retornara el peronismo, o de que no sucedieran las dos cosas, que fue exactamente lo que ocurrió. Ese límite de los tres años resultó más patente aún en la dictadura militar que comenzó en 1976 con la disposición, más firme que nunca antes en el pasado, de erradicar política, institucional y físicamente a toda expresión de esa Argentina irredenta. Y, sin embargo, tras la experiencia del terrorismo de Estado y el aniquilamiento aparente de toda forma de oposición, en 1979 la CGT declaró su primer paro general. Si el gobierno de Cambiemos hubiera tenido algún lector atento de la historia argentina moderna, podría haber sido más mesurado en el festejo de las elecciones parlamentarias que le dieron un triunfo aplastante a solo dos años de haber asumido, para concentrarse en cómo enfrentar la sublevación que, indefectible, empezaría a tomar forma inmediatamente después.

Las certezas del triunfo legislativo se desvanecieron en unos pocos días. El proyecto de reforma previsional fue resistido con manifestaciones masivas y violencia en la zona del congreso. Los mayores, el electorado más leal a Cambiemos, simpatizaron con las protestas. La reforma laboral, una vez más, fue detenida por el sindicalismo. La Argentina populista, derrotada una y otra vez, volvía a asomar.

Al mismo tiempo, las reformas ya implementadas empezaron a hacer efecto, solo que no en el sentido que buscaba el gobierno. La quita de subsidios disparó el precio de los servicios, lo que aumentó la inflación y redujo la capacidad de

compra del salario. Mientras tanto, la eliminación de las retenciones dejaba al gobierno sin un recurso precioso para atender políticas sociales que parecían más imprescindibles que nunca. La reducción del gasto público, lejos de compensar los ingresos que el Estado perdía por retenciones, aumentaba la demanda de políticas sociales. La guerra comercial de los Estados Unidos y China tornaba inverosímil la dinámica llegada de inversiones que anticipaba el gobierno. El acceso de la Argentina al mercado de capitales seguía estancado. Lejos de crecer un 2,5%, el PBI de 2018 bajó en esa misma proporción, e inició así la cuarta recesión que el país afrontaba en una década. En 2018, el PBI era más chico que el de 2011. Y el PBI per cápita había sufrido una caída significativa de alrededor del 1% anual. La tendencia no había comenzado con Macri, sino en 2012, con el fin de los altos precios internacionales de las commodities y el enfriamiento de la economía mundial. Pero la liberalización, aun en la versión gradualista que presentaba Macri, profundizó algunas de sus tendencias y agudizó el empobrecimiento, y creó una vez más el escenario tentador de la transición en la que se requería más disciplina social y más advertencias sobre los espectros del pasado antes de poder disfrutar de los beneficios del futuro.

Entrando en esa espiral, era cuestión de tiempo que llegara la primera corrida cambiaria. Y llegó en abril de 2018, cuando la apuesta de un grupo relativamente pequeño de inversores disparó el precio del dólar y con este la inflación. Habían pasado solo seis meses del triunfo categórico del gobierno en las elecciones legislativas.

Nueve días

Todo se desmoronó rápidamente, pero la aceleración del abismo requirió de nuevos y mejores argumentos extra económicos para validar la visión de largo plazo con la que había llegado Cambiemos. Ese mismo mes, apenas unos días después del comienzo de la corrida cambiaria y con la recesión en el horizonte, Macri se sentó junto a Sebastián Piñera y Mario Vargas Llosa en el escenario de la Fundación Libertad para escribir el epitafio de la era populista latinoamericana. Menos de una década atrás, los triunfos electorales y empujones institucionales habían puesto cierre a la ola de gobiernos progresistas que había dominado el mapa de la región desde comienzos del siglo XXI. Con el llamado "giro a la derecha" en marcha, los presidentes de la Argentina y Chile y uno de los intelectuales más renombrados del mundo explicaban el nuevo rumbo sobre el filo de su final.

El "giro" era un movimiento casi físico de todo un continente, una torsión del cuerpo que le daba la espalda al pasado y caminaba erguido hacia el futuro. En el escenario, la gestualidad de Piñera lo ubicaba un poco por encima de los otros dos cuando ofrecía su apoyo al presidente argentino "para poner fin a décadas de decadencia". "Chile es un referente" agregaba, para satisfacción de Vargas Llosa, quien acababa de abrir esa línea argumental recordando que "basta aterrizar en el aeropuerto de Santiago para saber que uno no está en América Latina, sino en un país del Primer Mundo".

Eran formas celebratorias de un nuevo momento, pero al mismo tiempo reavivaban una lectura clásica de la geografía política de la región, que coloca a Chile y a la Argentina como polos opuestos de previsibilidad y caos, disciplina e indocilidad. Eran las voces que rodeaban a Macri las que le permitían reivindicar el triunfo sobre ese pasado y ponerle nombre y apellido. "Hemos estado en una fiesta populista por demasiados años", dijo, y agregó, para sellar el fin de un período histórico: "Ya estamos listos para un cambio cultural".

Ese cambio cultural era profundamente regional y, para la Argentina, significaba desplazar la mirada desde Venezuela para volver a posarla al otro lado de la

cordillera. Chile había ejercido un enorme atractivo no solo para quienes habían apoyado con convicción a Pinochet, sino para un arco ideológico mucho más amplio que incluía a sectores liberales y progresistas que no podían dejar de admirar la estabilidad económica y política posterior a la caída de la dictadura. "Hagamos como Chile" significaba cosas muy distintas para distintos grupos, pero en todos los casos enfatizaba una queja por los vaivenes argentinos y por la dificultad para encontrar consensos de largo plazo como los que sí existían del otro lado. Chile se había convertido, también por eso, en una usina intelectual del antipopulismo latinoamericano.

Ante aquel escenario, Macri, Piñera y Vargas Llosa tenían un auditorio dispuesto a escuchar los fundamentos profundos de ese ideario. El liberalismo, en esa exposición, no era el enemigo de la justicia social y el progreso de todos, ni una ideología enceguecida por la riqueza individual a cualquier costo. Vargas Llosa les había preguntado a los presidentes por la desigualdad y Piñera había dado una lección sobre los fundamentos de una sociedad dinámica y liberal. Para el presidente chileno, el objetivo no era lograr igualdad en la sociedad, ya que los individuos debían ser retribuidos de acuerdo con sus méritos y esfuerzo, pero sí igualdad de oportunidades, como para que esos individuos arrancaran de posiciones equiparables. La igualdad de oportunidades "es un valor esencial de una sociedad libre y democrática", decía. Más aún, el liberalismo tiene "los instrumentos para garantizarla". La libertad política y económica solo tenían sentido si estaban atadas a "la libertad social, cuya mejor expresión es un compromiso sólido con derrotar la pobreza y con la igualdad de oportunidades". Piñera oponía esta idea a una noción de igualdad "final", a la que consideraba "antinatural", porque "los hombres y las mujeres somos distintos y cuando garantizamos la igualdad al final de la carrera, nadie se esfuerza".

El mecanismo privilegiado para alcanzar esa igualdad de oportunidades era, para los tres, la educación. Desde la fundación del Estado moderno en el siglo XIX, la esperanza en la educación ha sido el atajo para imaginar el progreso evitando el conflicto social. Ese era el campo en el que Vargas Llosa veía que "Chile es el país que ha avanzado más rápidamente hacia la modernidad". Pero la afirmación era la plataforma desde la cual revivir la mirada histórica decadentista y, recordando el sistema educativo argentino, se preguntaba: "¿Qué pasó para que ese sistema ejemplar y admirable se desmoronara y pasara a ser del Tercer Mundo?". Dicho de otro modo, volviendo sobre las palabras con las que su personaje Zavalita había representado a la región en la década del sesenta, ¿en qué momento se había jodido la Argentina? El interrogante, obviamente, no

necesitaba respuesta.

Macri explicó que la educación estaba "en el centro de un cambio cultural" necesario para reformar "un Estado que cede ante los grupos de presión del gremialismo, que se han sentido los dueños de la educación pública". Retomando aquella poderosa caracterización de Juan Carlos Torre sobre la "sobrerrepresentación del movimiento obrero organizado" de la Argentina peronista, Macri sostenía que estos sectores "han acumulado mucho poder". En línea con lo que Piñera había comentado segundos antes, reafirmó que los sindicatos "hacen el daño mayor [a este cambio cultural]" que era llevar "el sistema hacia la destrucción del mérito" e "interrumpir la educación con los paros".

El mito de la educación como base del progreso adquiría en aquellos discursos una dimensión casi sanadora. La educación era la forma de evitar el conflicto social y, con la debida espera, proveer a todos una plataforma razonable para competir con los méritos propios. Las desigualdades derivadas del mérito y del esfuerzo eran, decía Piñera, las que "sí se justifican, pero para que se justifiquen es necesario garantizar aquella igualdad de oportunidades". Como un argumento que se mordía la cola, la educación era el mecanismo para garantizar la igualdad de oportunidades, lo que a su vez era la plataforma desde la que legitimar la desigualdad de resultados. En el imaginario antipopulista de esa noche, los verdaderos enemigos no eran el progreso y la inclusión social, sino aquellos que la educación vencería: la puja distributiva y la capacidad de presión de los sindicatos.

Una ronda de aplausos le dio ceremonia al final de la respuesta de Macri. Los participantes pasaron de inmediato a hablar de otro tema: Venezuela.

El levantamiento

Todo se desmoronó precipitadamente. En Chile, las viejas glorias se juzgaban ahora bajo una nueva luz. Los síntomas del estancamiento económico permitieron que la imagen clásica de orden y estabilidad pasara de ser una identidad apreciada del sistema político a un objeto de denuncia por parte de quienes veían ese mismo sistema político como un club de privilegios contra mayorías excluidas. Macri y Piñera vivieron el tiempo que transcurrió desde aquella conferencia hasta mediados del año siguiente en la cúspide de una ola cuyos fundamentos se disolvían en el aire.

En mayo de 2019, apenas un año después de aquella demostración de fuerza antipopulista, Cristina Kirchner anunció que el candidato a presidente sería Alberto Fernández, a quien ella acompañaría como candidata a vice en una coalición amplia en la que el kirchnerismo pudiera reencontrarse no solo con la estructura del peronismo, sino con partes del electorado de la capital y del interior a los que había alienado durante su gestión. El anuncio tonificó a un peronismo unido y lo transformó en vehículo electoral de sindicatos, organizaciones sociales, intelectuales y sectores medios opuestos a Macri que creían encontrar ahora un canal para expresarse.

La Argentina volvía a encarnar una amenaza con rostro conocido. Académicos y analistas estiraban el uso del término “populista” para lograr que contuviera cualquier desafío imprevisto al orden democrático liberal, incluyendo así a fenómenos como los liderados por Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en los Estados Unidos en el mismo grupo que, por ejemplo, Evo Morales en Bolivia o el kirchnerismo en la Argentina. El crecimiento de la extrema derecha en Europa y el triunfo del movimiento Brexit en el Reino Unido se explicaban, también, como parte de un “levantamiento populista”.

El pegamento teórico que mantenía unidos a todos estos fenómenos dispares era, una vez más, el bendito argumento de la transición. En este caso, era la conflictiva transición de los trabajadores de la sociedad industrial a la sociedad digital y de la soberanía económica a la economía global. El atractivo de esta

teoría impregnó, e impregna, la casi totalidad del espacio público. Bastaba leer desde el Financial Times hasta Página/12 para encontrar descripciones de pueblos perdidos y fábricas cerradas donde el desconcierto de obreros despedidos y comerciantes empobrecidos se traducía en apoyo a discursos demagógicos y a figuras viriles que ofrecían alguna forma de protección a quienes habían quedado a la intemperie. Una vez más, tanto para la izquierda como para la derecha y para la academia como para el periodismo, la "transición" era ese presente sin tiempo que los trabajadores desaprovechaban en su desesperación. La transición del campo a la ciudad, de la tradición a la modernidad, del agro a la industria, de la industria a la era digital y de la nación a la globalización; el discurso sobre la transición se repetía a sí mismo por doscientos años y aun así seguía teniendo un poderoso atractivo. La matriz transnacional del antipopulismo se reafirmaba en sus propias convicciones. En ese análisis diacrónico aparecía siempre un período estable que se añoraba y sobre la base del cual se construía un puente político equivocado. El populismo como derivado de una transición desordenada permitía, una vez más, englobar fenómenos disímiles bajo el común denominador de un desajuste en la sociedad que explicaba un fenómeno político, mientras que el análisis de las opciones políticas realmente existentes para esos trabajadores supuestamente desorientados quedaba para más adelante.

Los propios protagonistas, en cambio, parecen tener definiciones bastante más precisas y menos prescriptivas que aquellas generalizaciones. Como aquel comisario que reprimía a la comisión interna de PepsiCo en la provincia de Buenos Aires, muchas veces son ellos los encargados de señalar que, en América Latina, el populismo no es cualquier desafío a las instituciones, sino uno vinculado con la lucha contra la desigualdad económica y las jerarquías sobre las que se sustenta. Así fue como, el 28 de junio de 2019, Trump le preguntó a su par brasileño Jair Bolsonaro durante una conversación telefónica qué podían hacer los Estados Unidos por Brasil. Bolsonaro no dudó: "Ayudar a la Argentina para que no vuelva el populismo".[157] Que Bolsonaro se pusiera sobre sus espaldas una cruzada contra el populismo solo era sorprendente para quienes no habían sabido leer las transformaciones sociales de la región desde la posguerra. Macri y Piñera no veían ninguna contradicción en ser parte de una misma coalición de derecha antipopulista junto con Trump y Bolsonaro. Chile y la Argentina funcionaban como polos simbólicos de una misma misión. Si consolidar el modelo chileno era una fuente de inspiración, derrotar al peronismo argentino constituía una meta no menos formidable para toda América. De ahí que, tras aquella conversación telefónica, Trump siguiera el consejo de su par

brasileño y ejerciera su poder para que el FMI acordara con el gobierno argentino un desembolso de 56.000 millones de dólares (parte del cual nunca llegó a concretarse), con la esperanza de que la llegada de fondos calmara la economía en los meses previos a las elecciones a costa de un endeudamiento formidable hacia el futuro.

Los sueños de una América Latina libre de populismo se terminaron de derrumbar en apenas nueve días hacia finales de 2019. El 18 de octubre, un grupo pequeño de estudiantes de distintos colegios de Santiago de Chile decidió no pagar el viaje en subte, tras un aumento menor al 5%. Al grito de “evadir/no pagar/otra forma de luchar”, los estudiantes enfrentaron la represión desproporcionada de las fuerzas de seguridad y pusieron en marcha la movilización social más extensa de la historia de Chile moderno, demoliendo la legitimidad de Piñera y de buena parte de la clase política nacional como si hubieran sido un castillo de arena. En la Argentina, Macri había forzado la campaña hacia una radicalización de su electorado, endureciendo su retórica contra el populismo. En medio de la debacle económica, el fantasma autoritario y el carácter atávico del populismo pasaban a un segundo plano para que la crítica se centrara en la oferta de un bienestar insustentable. “El populismo te hipoteca el futuro para que vos vivas un presente, y cuando se acaba, se acaba”, dijo durante la campaña en un acto en Pergamino, para retornar a la metáfora histórica que caracterizaba la irracionalidad de las masas como algo intrínsecamente femenino. “Es como ceder la administración de tu casa a tu mujer, y ella en vez de haber pagado las cuentas, usó la tarjeta”, razonó. “Un día te vienen a hipotecar la casa”. Cambiemos aparecía así como el renacimiento de un protectorado viril pero que garantizaba ya no el bienestar, sino la racionalización de las relaciones económicas.

Sin embargo, la revuelta en Chile proyectaba una luz distinta sobre esa crítica en la Argentina. Sí: la crítica al populismo se presentaba como una crítica al paternalismo, a una actitud proteccionista del líder y del Estado que encerraría en sí mismo un esfuerzo por subordinar a los de más abajo, o condicionar su libertad total, o limitar una democracia radical en la que la capacidad de imaginar un futuro común sea ilimitada.

Pero el paternalismo es humillante hasta que uno se

encuentra con el desamparo.

Por un rato, desde 2017, la Argentina había coqueteado con la experiencia de realidad virtual de cómo sería una sociedad perfectamente diseñada para que la acción colectiva y las organizaciones que dan forma a la vida de los individuos (los clubes, el Estado, los sindicatos) no estropearan la libertad de los ciudadanos. En ese breve instante, la autonomía individual se pareció demasiado a la orfandad. El 27 de octubre, Macri fue derrotado en la primera vuelta electoral por Alberto Fernández al frente de un peronismo unido y en medio de un clima social inflacionario y explosivo. La derrota podía tener, para quien quisiera verlo, un gusto agridulce. Sí, el sueño había sido corto y había terminado en forma dramática. Pero la coalición Cambiemos había obtenido el apoyo de un 40% de los votantes. En medio de una catástrofe económica que solo amenazaba con empeorar, una formidable multitud había reafirmado su compromiso con Macri y con la convicción violenta de que los problemas argentinos venían del pasado que Cambiemos buscaba sepultar. Las victorias de Cambiemos también ponían en evidencia un clivaje económico, ideológico y generacional de una rigidez nunca antes vista en la democracia argentina. En parte, el "cordón amarillo" que unía a la ciudad de Buenos Aires y las provincias de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza –aquellas en las que había ganado Macri– dibujaba una Argentina de clases altas, medias y trabajadores ligados a la economía integrada al mundo y que giraba alrededor de la exportación agropecuaria, la minería y los servicios de los que disfrutaba ese sector. Los integrados. Incomunicado con esa rama dinámica estaba el resto del país, atrasado y expuesto, vulnerable. Pocas veces antes en la historia la separación política entre populismo y antipopulismo había tenido una correspondencia social y geográfica tan marcada.

Pero, junto con eso, un corte generacional no menos claro agregaba otra especificidad al macrismo. Las encuestas señalaron que el crecimiento de un millón y medio de votos de Cambiemos entre la interna abierta de agosto y la elección general de octubre se explicaba, sobre todo, por la concurrencia masiva de votantes mayores de 65 años. Aparecía así un legado que confirmaba los quiebres históricos de la historia argentina:

El macrismo había sido, en muchos sentidos, una expresión de la llamada al orden de las generaciones que fracasaron políticamente desde los años sesenta en adelante y que habían traducido esa frustración en una demanda por alguna forma de solución final.[158]

Los de Chile y la Argentina eran procesos distintos y con dinámicas nacionales independientes, pero que se reflejaban una sobre la otra como equilibrios internos básicos de la región. En Chile se apagaba el faro que durante décadas había iluminado la ilusión de una democracia con conflictos de baja intensidad, élites con un manejo invariable del poder y masas dispuestas a sacrificar derechos en nombre de la estabilidad. En la Argentina, en cambio, se confirmaba el carácter faccioso de su orden político, el enamoramiento del país con el conflicto y la ingobernabilidad de la puja distributiva. El antipopulismo triunfal que poco más de un año antes anunciaba el comienzo de una nueva era llegaba a un final abrupto.

Y una vez más, de entre sus escombros asomaban, con un rostro distinto, los rasgos más permanentes de la política plebeya.

▪

[147] Para un análisis detallado del lugar de aquella disputa en la emergencia de nuevas identidades políticas en la Argentina, véase Gabriel Vommaro, “Narrativas políticas y polarización en Argentina. 2008 y la constitución del kirchnerismo y del antikirchnerismo”, en Silvana Carozzi, Beatriz Davilo y Juan José Giani (comps.), Populismo. Razones y pasiones, Rosario, Paso de los Libres, 2019, p. 333.

[148] Marcos Peña y Alejandro Rozitchner (comps.), Estamos. Una invitación

abierta, Buenos Aires, Planeta, 2013. p 13. En el texto, los referentes de Cambiemos mencionados y muchos otros reflexionan sobre el lugar de la crisis del 2001 en sus vidas.

[149] Sobre esta mirada, véase Maristella Svampa, “Populismos latinoamericanos en el fin del ciclo progresista”, en Sin Permiso, 11 de abril de 2017, en <www.sinpermiso.info/textos/populismos-latinoamericanos-en-el-fin-del-ciclo-progresista>.

[150] Javier Auyero, “La paciencia de los pobres”, La Nación, Buenos Aires, 17 de noviembre de 2018. Auyero desarrolla esta aproximación a los usos de la espera y la interpretación de algunas ideas de Bourdieu sobre cómo se experimenta el poder desde abajo en Pacientes, Buenos Aires, Eudeba, 2013.

[151] Daniel Matamala, “Decálogo del buen pobre”, La Tercera Domingo, Santiago de Chile, 23 de mayo de 2020.

[152] Hirschman, La retórica reaccionaria…, p. 98.

[153] Sobre la cuestión del sacrificio personal, véase Gabriel Vommaro, La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017; en particular, la introducción y el capítulo 4.

[154] Par un análisis de las corrientes que convergieron en Cambiemos y la forma en la que los protagonistas percibían ese salto desde el sector privado o desde los partidos tradicionales, véase Vommaro, La larga marcha de Cambiemos.

[155] Nahuel Moreno, “¿Movilización antiimperialista o movilización clasista?”, en Revolución Permanente, año 1, nº 1. Buenos Aires, 1949.

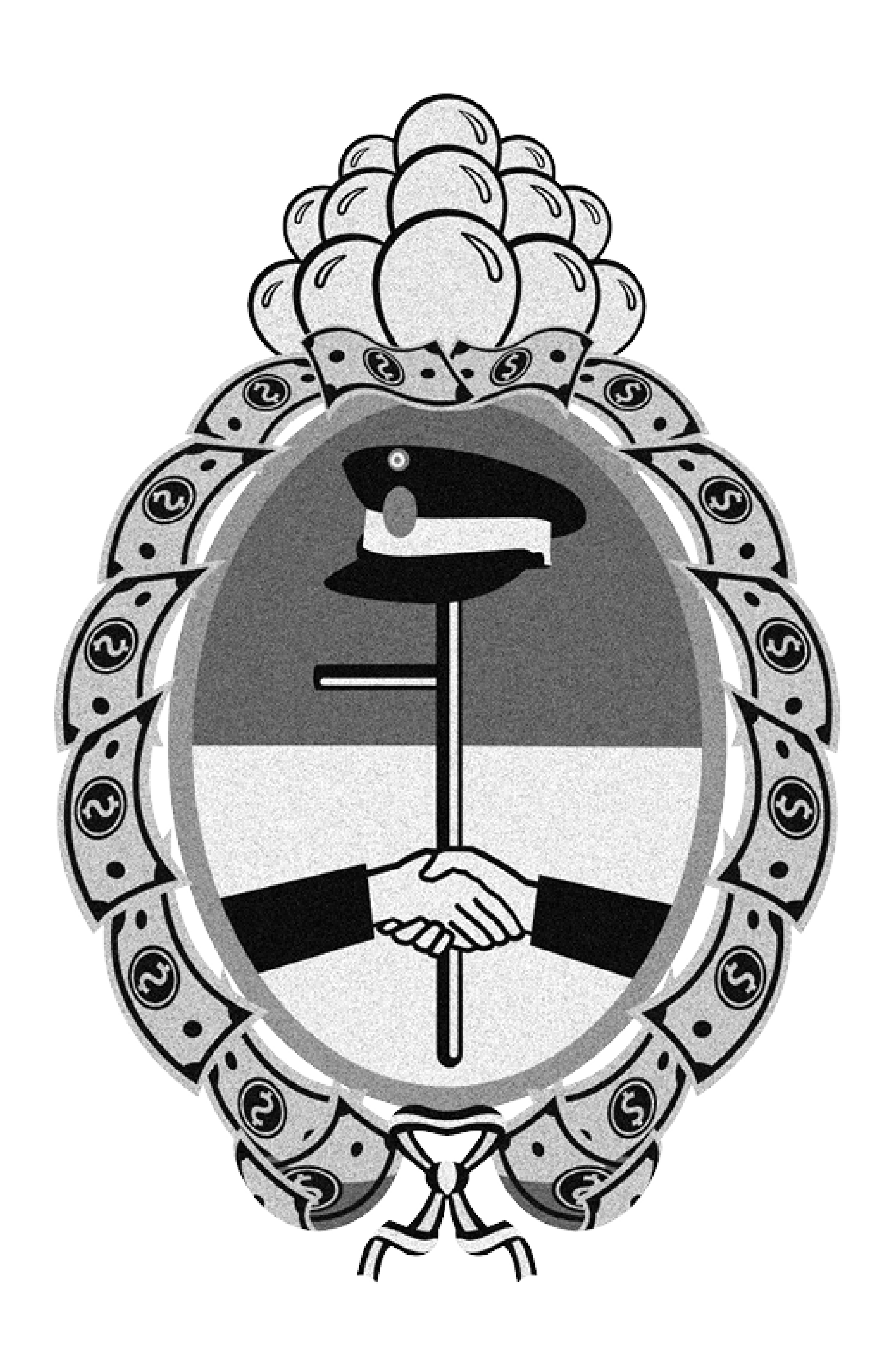
[156] “R.A.M. Informe conjunto realizado entre el Ministerio de Seguridad de la Nación y los Gobiernos de las provincias de Río Negro, Neuquén y Chubut”, diciembre de 2017, en <www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informe_ram-_diciembre_2017.pdf>.

[157] “Fuerte respaldo de Trump y Bolsonaro a Macri: ‘Que no vuelva el populismo’”, La Nación, 28 de junio de 2019, en <www.lanacion.com.ar/politica/fuerte-respaldo-trump-bolsonaro-macri-que-no-nid226275>.

[158] Le debo la discusión sobre la dimensión generacional del apoyo a Cambiemos al profesor Julián Valle.

Coda

El triunfo de la soledad



Cuando las certezas sobre la potencialidades de los individuos aislados y desprotegidos se hicieron añicos contra la crisis social, el ideario antipopulista no sólo no cambió sino que se reafirmó en sus verdades históricas: la necesidad de infringir cierta violencia real y simbólica contra la acción colectiva para profundizar los cambios hasta que los beneficios económicos de la libertad se hagan visibles.

Ilustración: Ana Zelada & Rompo.

Hacia mediados de 2020, los Estados Unidos se asomaron una vez más al abismo de su propio final, siempre último y eterno. En medio de la peor epidemia sanitaria que le había tocado al mundo en un siglo, millones de personas presionaban sobre el Estado para obtener el seguro de desempleo y millones más reclamaban por la reactivación de la economía. También, millones de personas ocuparon las calles, incendiaron comisarías y saquearon comercios en protesta por la violencia policial contra la población negra. Una combinación explosiva y multitudinaria de final abierto. La radicalización conservadora de Trump, el estrangulamiento de alternativas dentro del Partido Demócrata, la virulenta acción de las fuerzas de seguridad, unos ciento veinte mil muertos hasta ese momento a causa del coronavirus y el descalabro de la economía norteamericana confluyeron en una imagen cierta del apocalipsis.

Hay dos escenas de aquellos meses, dispares y enfrentadas, con una música de fondo común. La primera muestra las protestas de norteamericanos, blancos en su mayoría, en las pequeñas ciudades del interior del país, que demandaban la reapertura de la economía cuando las posibilidades de contagio de un virus mortal estaban en su pico. Eran trabajadores y pequeños comerciantes que habían perdido sus ingresos o estaban a punto de perderlos. Y que, no sin razón, protagonizaban un instante cercados por el estrangulamiento figurado de la economía y la asfixia literal del coronavirus. Arrinconados entre la muerte y la muerte, aquellos manifestantes de ultraderecha mostraban una sociedad al desamparo. Sin Estado, sindicatos ni formas materiales ni discursivas de asociación colectiva, esa intemperie evocaba en un formato racista y fanático la rabia ante la carencia de una red forjada a lo largo del tiempo a la que poder acudir cuando más se la necesita.

La segunda imagen es la del ciudadano negro George Floyd segundos antes de morir asesinado por un policía. Si sus palabras más conocidas fueron “I can’t breathe” (no puedo respirar), las más reveladoras fueron las que pronunció a continuación, cuando el final parecía irreversible: “Mama, I’m through” (mamá, estoy listo). Como bien señaló el psicoanalista Felipe Muller al observar los poderosos sentidos de esos segundos, lo que había en esa última súplica era un desvalimiento, un esfuerzo por regresar al cobijo maternal originario ante una situación de total indefensión. La asfixia del “I can’t breathe”, que desde 2014 se había convertido en la posición de fuerza de Black Lives Matter, el mayor movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos desde la década del sesenta, exponía así el reverso vulnerable.

No hay equivalencias entre los negros víctimas del racismo institucional y los manifestantes blancos de ultraderecha. Sin embargo, hay un universo común, una experiencia que designa a la época, en aquel momento agónico de la sociedad norteamericana, y que devuelve la imagen de un arco amplio de la experiencia social que se debate entre el desamparo y el desvalimiento. Amplificada por el caos, aquella desesperación de unos y otros hacía realidad la afirmación de Thatcher de que “hay solo individuos, hombres y mujeres”. Solo que ahora aparecía desplegada en todo su potencial: solo hay individuos solos. Si aquellos simpatizantes de Trump apostaban a la muerte para evitar la muerte, era también porque esas habían sido las opciones construidas en las cuatro décadas anteriores; una asfixia lenta y difícil de precisar. En la ausencia de toda forma de integración horizontal de la sociedad o de contención mediante políticas públicas, el Estado solo recuperaba su presencia en la forma específica de la violencia, representado en la rodilla del policía Derek Chauvin contra la nuca de Floyd, en el rigor más profesional que fanático con el que ejecutaba la sentencia. Una sociedad libre de toda contención en la que solo existen individuos necesita de un orden y una coacción que garantice la autonomía personal; esto es, que prevenga la asociación y las formas colectivas de realización que explotan por fuera del consumo y el progreso. Rodillas sobre nucas, coqueteos con la muerte; dar la vida por el ideal libertario se transforma en un imperativo impuesto o abrazado. Floyd, Chauvin y los fanáticos, Black Lives Matters y el trumpismo, comparten el planeta y el tiempo del desamparo y el desvalimiento.

El tumultuoso verano estadounidense preaunciaba no solo el final de la era Trump, sino la forma específica de la despedida. El atolondrado ataque de sus seguidores al Congreso en enero de 2021, días antes de entregar el poder, mostró un país desflecado, risible pero frágil, peligroso. Pero sugirió también varias cosas más. Contra la descripción de los seguidores de Trump como marginales apremiados por la globalización, el grupo de fanáticos incluía CEO de compañías de alta tecnología, abogados de firmas prestigiosas, miembros de las fuerzas armadas, un atleta olímpico, dentistas, madres de suburbio. Contra la idea machacada por cuatro años de una “rebelión de los abajo” contra el sistema, la investigación posterior reveló una calculada manipulación desde arriba, con la participación de Trump y miembros del Partido Republicano. Contra la acusación del carácter antiinstitutional del discurso trumpista, sus seguidores enarbolaban como simbología a la mismísima constitución.

Un año después de haber conversado sobre cómo detener el regreso del populismo en la Argentina, Trump y Jair Bolsonaro se pusieron al frente de un

culto a la ausencia de vida en el que se fundían seguidores y muertos. La sociedad, y no solo la extrema derecha, realzó los valores con los que hoy construye su propio precipicio, reafirmando que eran entrepreneurs porque trabajaban como autónomos para obtener con más trabajo menos estabilidad e ingresos que los que conseguían antes como fuerza laboral y sindicalizada; que estaban emancipados porque podían trabajar hasta morir para ser propietarios; que eran libres porque podían dispararle a otros. El fervor del triunfo era, como su construcción histórica, tóxico y enojoso.

En la Argentina, final de todo un ciclo de doscientos años, el antipopulismo hacía realidad la actualización cronológica del país y su conexión con el resto del mundo, aunque en sentidos inesperados. Aquel formidable 40% obtenido por Macri en el 2019, sumido en el descalabro económico de su gobierno, energizó en Cambiemos con los rasgos más desnudos que lo unían con la ultraderecha de los Estados Unidos o Brasil. Libertaria, antiintelectual y radicalizada, la sociedad antipopulista que había quedado en pie en la Argentina tras 2019 presionaba para que el país enfrentara la pandemia con las estrategias de Trump y Bolsonaro, abrazando a la vez la muerte y la libertad económica, que ahora por fin se mostraban unidas en la vida cotidiana. El espanto por los modos de los mandatarios de aquellos países había cedido esperablemente a un sentido común compartido en la oscuridad, en el que las formas populistas de la felicidad de posguerra debían ser eliminadas aun a costa de erosionar esa misma felicidad.

Hacia mediados de 2020, cientos de miles de personas en la Argentina se expresaban en las calles y en sus redes sociales contra la expropiación de la empresa Vicentin, una de las exportadoras de granos más grandes del país, ordenada por el gobierno. La consigna “Todos somos Vicentin” expresaba en tres palabras trágicas el andamiaje ideológico del interés general.

La contracara tumultuosa de aquella coalición exportista inundó las calles a fines de noviembre de ese año tras la muerte de Diego Maradona. Lo hizo a la manera de su ídolo, aluvional y revoltosa, alegre y siempre en el límite. Hacia mediados de los años setenta, Borges dijo varias veces que la Argentina sería otro país (otro y mejor) si su libro nacional fuera el Facundo de Sarmiento en vez del Martín Fierro de Hernández, si el país hubiera optado por denunciar los efectos pavorosos de las emociones pleyebas en vez de celebrarlas. Algo análogo subyacía en la reacción que provocaron las lágrimas de millones por su imperfecto ídolo: que el país sería distinto y mejor si su ícono nacional fuera Lionel Messi en vez de Diego Maradona. Ya no era una diatriba contra el fútbol

–al fin y al cabo, el fenómeno cultural más importante del mundo contemporáneo–, sino un rezongo por un país perdido. Ahí estaban las dos claves de un proyecto de país anclado en el antipopulismo. La primera, que todo proyecto de una nación moderna está centrado en la capacidad de controlar las emociones de las masas. La segunda, que esas masas no pueden quedar afuera, sino que son parte intrínseca del sueño de la razón, solo que en esa perspectiva se trata de masas reformadas, que puedan ser representadas por un genio contenido, por un talento que se comporta bien, que no se mueve de su lugar.

¿A quiénes representaban entonces aquellas movilizaciones a favor de Vicentin? Claramente, no se trataba solo de miembros de una élite aislada del país, ni de simples desclasados obnubilados por el odio. Mayoritarios o no, lo que daba espacio para que los movimientos antipopulistas se expandieran en la escena pública era el descalabro del país. Alberto Fernández gobernaba un país neoliberal forjado a lo largo de décadas. El enfoque ante la pandemia era el opuesto al de los Estados Unidos: relativamente estable, construido alrededor de los consensos cambiantes de la comunidad científica, y con el foco puesto en salvar vidas y contener los costos sociales de la parálisis económica. En la Argentina, el antídoto contra la transformación del sujeto en consumidor y del ciudadano en cliente siempre tuvo una matriz arraigada y populista. Pero, al mismo tiempo, ese Estado populista existía en una escena que era irremediablemente neoliberal y trumpiana, y terminaba siendo más rápido en sus fuerzas policiales para reprimir la circulación pública que para distribuir ayuda económica y social en los niveles astronómicos necesarios. Quizá por eso sorprendió poco que, a un año de comenzada la pandemia, dos enfoques tan opuestos como el de Argentina y los Estados Unidos produjeran resultados bastante similares y penosos, al menos en cuanto a las víctimas fatales del covid-19 como porcentaje de la población.

El desamparo y el desvalimiento fueron los sucesores del paternalismo heredado de la sociedad de masas. Con una pobreza cercana al 50% y el default de su deuda soberana en el horizonte, eran las limitaciones y no las virtudes las que definirían la suerte de una visión de país socialmente integrada, enfrentada a la barbarie del mercado. Y como Alfonsín, a quien recurrió una y otra vez como identidad y fuente de inspiración, Alberto Fernández entendía que gobernar es gobernar en contra.

Quizás, el legado de los cuatro años de gobierno de Cambiemos no fue solo la derrota, sino también la corroboración imperturbable de que el triunfo era

posible. Y si los Estados Unidos y Brasil mostraban las formas psicopáticas de ese triunfo, también dejaban en evidencia que, al fin y al cabo, se podía. Con la mitología obsesivamente fijada en la construcción de un individuo autónomo contra cualquier forma de contaminación, sea la expropiación o la cuarentena, la noción de “inmolarse por la libertad” adquirió, de repente, un sentido literal. Y en esa tensión imperfecta entre la protección y el desamparo, entre la fuerza y el desvalimiento como pulsiones de un ciclo, el proyecto antipopulista volvía sobre sus bases más genuinas a recorrer los pueblos prósperos del interior, las barriadas deshauciadas de la provincia y las ansiosas calles de Buenos Aires.

Agradecimientos

La idea de este libro empezó a tomar forma en el 2017 durante charlas informales con María Esperanza Casullo y Mark Healey en Richmond, Estados Unidos. Dos años después conversé sobre el tema con Verónica Torras, que me sugirió que a veces los proyectos más interesantes son aquellos que no se sabe cómo terminan, y con Ximena Espeche, que me dijo que lo escribiera.

Desde entonces, otra enorme cantidad de gente colaboró generosamente al punto de que resulta imposible imaginar este libro sin la participación de ellos. Por más de un año, ayudaron corrigiendo párrafos o páginas a las cinco de la mañana, revisando archivos al otro lado del mundo, abriendo sus colecciones privadas, facilitando datos, fechas, nombres, ideas, visiones, libros y más libros: Gerardo Aboy Carlés, Paula Canelo, Martín Plot, Felipe Muller, Mariano Siskind, Laura Ehrlich, Gabriel Puricelli, Silvio Panizza, Martin Sandbu, Nicolás Stilliti, María Cristina Tortti, Jennifer Adair, Carmen Soliz, Marcelo Leiras, Paty Bolger, Consuelo Moisset, Julián Valle, Ricardo Martínez Mazzola, Lorena Verzero, Manuel Trancón, Facundo Carman, Julio Menajovsky, Javier Auyero, Daniel Fridman, Pablo Stefanoni, Beatriz Taber, Martín Liut, Gabriel Galar, Sergio Morresi, Martín Alejandro Vicente, Martín Rodríguez, Gabriel Di Meglio, Javier Franzé, Santiago Gerchunoff, Jorge Nállim, Mario Wainfeld, Ezequiel Adamovsky, Gastón Chillier, Federico Polak, Claudia Fernández, Santiago Conti, Marcos Novaro y los trabajadores del Instituto Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, Alba Lombardi y los trabajadores del Archivo de la Cancillería Argentina.

Partes de este libro fueron discutidas en el seminario “Hyisteory”, organizado por Christine Mathias, Paulo Drinot, Alejandra Irigoi, Natalia Sobrevilla y Thomas Rath, en el IHR Latin American Seminar del University College London el 5 de marzo de 2019; el panel “Populism for Export: Uses, Theories, and Histories from Latin America to the World”, durante la conferencia anual de la American Historical Association (AHA) del 4 de enero de 2020, junto a Mark Healey, Sarah Hines, Alejandro Velasco y Thea Riofrancos; y el grupo de escritura del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Bergen,

con Roxana Sobrino, Kari Soriano Salkjelsvik, Marta Sánchez Salvá, Soledad Marambio, Tania Espinoza y Ann Cathrin Corrales Øverlid, en mayo de 2020. Parte del tiempo para la escritura de este libro fue financiado por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Bergen.

Todas esas conversaciones y horas de escritura dieron como resultado centenares de páginas e ideas más o menos dispersas. Pero el libro en esta forma final es el fruto del trabajo de Yamila Sevilla y Raquel San Martín, las dos editoras de Siglo XXI que tomaron en sus manos la tarea de transformar aquella masa de texto en un libro que, al mismo tiempo, mantuviera algo de su carácter ensayístico y aluvional. Muchas veces, en el berenjenal de palabras, Yamila descubrió lo que yo trataba decir, y lo que no. Raquel pulió el texto aún más y siguió encontrando datos para corregir, párrafos para mejorar, ideas para aclarar.

El borrador de este libro lo escribí a lo largo de 183 días seguidos, empezando el 18 de diciembre de 2019. Fue una larga sentada, aislado en algún rincón del bote familiar, ansioso por terminar para volver a los proyectos, desayunos, libros y conversaciones del resto de la tripulación, a la que está dedicado este libro: Soledad Marambio, Clara Semán y Pelusa.